



ÁNGELES
IBIRIKA

*Donde siempre
es Otoño*

Lectulandia

Como cada otoño, Ian O'Connell, afamado escritor de novelas de amor, se aísla en su apartado refugio de Crystal Lake para escribir su nuevo éxito. En su desesperada búsqueda de la inspiración que por primera vez le ha abandonado, encontrará a Elizabeth Salaya. En ese entorno idílico, mientras la va convirtiendo en la protagonista de su novela, el amor comenzará a entretorse entre los dos sin que él sea consciente. Un amor que nunca creyó que existiera más allá de los libros, y que, junto al gran secreto que esconde Elizabeth y por el que intentará alejarlo de su lado, le harán dudar de todo lo que hasta entonces había creído firmemente. En la hirviente Manhattan, envuelta en el ardor de los candidatos en plena carrera hacia la Casa Blanca, los caminos de Ian y Elizabeth volverán a cruzarse. Pero en medio de intrigas, ambiciones y cadenas de favores que amenazan con tambalear los cimientos de la alta sociedad neoyorquina, será enfrentarse a sus sentimientos y miedos lo que cambie sus vidas para siempre.

Lectulandia

Ángeles Ibirika

Donde siempre es Otoño

ePub r1.0

sleepwithghosts 01.05.16

Título original: *Donde siempre es Otoño*

Ángeles Ibirika, 2012

Editor digital: sleepwithghosts

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A mis hijos, Aitor e Irati, dueños
de mi corazón y de mi vida*

«He amado hasta llegar a la locura;
y eso a lo que llaman locura, para mí,
es la única forma sensata de amar».

FRANÇOISE SAGAN

Agradecimientos

A mi querida amiga Eli, que ha leído esta historia casi tantas veces como yo misma, y que lo ha hecho desde el cariño para darme, como siempre, su más cruda y objetiva opinión. Sabes que un pedacito de mi corazón es y será siempre tuyo.

A Fernando Benito, por leer la novela inacabada y por regalarme su tiempo para contarme, con su particular y dulce calma, sus impresiones.

A Zuriñe y a Laura, que cuando leen mis novelas no se conforman con decirme si les gustan o no, sino que las desmenuzan y deshacen para que yo entienda cómo las ven por dentro.

A mi editorial, en especial a Lourdes y a Siscu, por su plena confianza en mí, por sus ánimos, por su cercanía, por el cariño que han derrochado en todo el proceso de convertir esta historia en un precioso libro. Nuestro libro.

Aún tuvo fuerzas para gritar al sentir que le rompían los dedos de la mano derecha.

No podía moverse. Ni siquiera para hacerse un ovillo y proteger su magullado cuerpo por si aún no se habían cansado de golpearlo. Derrumbado en el suelo de la Rivera Verde del río Hudson, mientras el aire no le alcanzaba los pulmones, sólo podía pensar en ella y en que, si ése era el precio por haberla tenido, una y mil veces que volviera a nacer, una y mil veces se ofrecería a esa tortura por volver a tenerla.

El dolor físico no importaba. Era peor el del alma, el que le provocaba saber que ella lo quería apaleado, roto por fuera y por dentro, hundido; y tal vez hasta lo quería muerto.

Y en esa cruel agonía encontró su único y desgarrador consuelo.

La complacería.

Moriría para complacerla una última vez.

CAPÍTULO 1

Otoño en Crystal Lake

Dicen que un instante puede cambiarnos la vida. Que un encuentro al que no damos importancia puede convertirse en el suceso que marque toda nuestra existencia. Dicen que puedes ser testigo de ese intervalo fugaz y mágico en el que la rueda del destino se detiene, duda y termina variando la dirección y ocasionando que nada vuelva a ser igual.

Tampoco él supo distinguir ese momento clave en el que su propio universo, absolutamente perfecto, comenzó a quebrarse. No entendió la trascendencia que tendría ese segundo exacto ni vislumbró el motivo por el que de pronto se le aceleró el corazón. Nada le hizo presentir que estaba asistiendo al sencillo hecho que iba a alterar todo su mundo y que, sobre todo, iba a cambiarlo a él.

Esa tarde, el otoño burbujeaba en ocres y amarillos en el extremo noreste de Crystal Lake. El sol desaparecía en el horizonte y los ya débiles rayos penetraban por entre las copas de los árboles dorando las tranquilas aguas del lago y la fachada principal de la solitaria casa victoriana.

Ignorando ese fulgor que lo cegaba, Ian, de pie en el porche, clavaba los ojos en el cielo rojizo. Miraba sin ver, esperando encontrar lo que había perdido, no sabía cómo ni dónde.

La suave brisa le llegaba de frente, alborotándole la sedosa melena oscura y meciendo, tras él, el banco que cuatro gruesas cuerdas sujetaban al techo. El acompasado crujido de los anclajes oxidados se entremezclaba con el suave pasar de las hojas de un cuaderno que había en una pequeña mesa, junto a una pluma estilográfica y una taza con café.

Crispó las manos sobre la barandilla pintada en blanco, cerró los ojos y bajó la cabeza a la vez que profería una maldición. Le desesperaba presenciar una nueva puesta de sol sabiendo que, una vez más, se acostaría con la misma sensación de vacío y sin haber escrito una sola línea. «Capítulo uno», había anotado hacía casi un mes, y después nada. Se había dedicado a dar largos paseos por los bosques que bordeaban el lago, disfrutando del hermoso espectáculo con el que el verde esplendoroso del verano iba dando paso a los colores incendiados del otoño, gozando del olor a humedad y a musgo, del relajante crujir del mullido manto de hojas bajo sus pies. Pero era ahí, en ese porche, donde había pasado la mayor parte de las horas, sentando frente a un cuaderno y a una taza en la que siempre terminaba enfriándose el café. No entendía qué le estaba pasando y eso lo frustraba y lo llenaba de impotencia.

Una racha, más fuerte y heladora, irrumpió, agitando a su espalda el banco y

pasando con velocidad las hojas del cuaderno hasta lanzarlo al suelo. Ian se irguió furioso contra no sabía quién y se frotó el rostro con las manos. Inspiró hondo, tratando de calmarse. Sólo si estaba y se sentía en paz recuperaría esa parte de sí que lo había abandonado.

Un movimiento en el sendero llamó su atención, y entrecerró los ojos para evitar los cegadores rayos. Aguzó la mirada y a través del fulgor creyó distinguir la figura de una mujer envuelta en una prenda gris. Pero todo duró un brevísimo instante. Fue como una sombra, un reflejo de oro en medio de minúsculas partículas que brillaban en el aire a contraluz y que parecían el agitado y mágico polvo de un ángel que abría sus alas, o tal vez simplemente los brazos, y que, de pronto, se desvaneció con el último destello de sol.

Algo dulce y extraño impregnó el aire, y su corazón dio un respingo. Desconcertado, se quedó mirando el punto donde casi sin llegar a verla, la había perdido. Se dijo que no era posible. Llevaba toda la vida visitando aquel lugar y años acudiendo cada otoño, y nunca había advertido ninguna presencia humana. Ese extremo del lago era lo más aislado de la civilización que podía encontrar cerca de Manhattan, por eso le gustaba.

Aún conservaba esa confusa visión en la retina cuando, esa noche, sentado frente al escritorio, abrió el cuaderno y contempló durante largo rato la primera página en blanco.

¿De verdad podía hacerlo? ¿De verdad ese impulso por comenzar a escribir no terminaría convertido en otra frustración, como todos los anteriores? A pesar de sus instintivas ganas, era consciente de que si volvía a fracasar pasaría mucho tiempo antes de que se atreviera a intentarlo y eso lo contenía.

Pero, cuando al fin se armó de valor para arriesgarse, su vieja pluma comenzó a hilvanar una frase tras otra sin que le llegara el sueño ni le venciera el cansancio, mientras una redonda luna llena se asomaba, curiosa, por entre los visillos para observarlo.

La mañana siguiente no escribió ni una línea, pero no porque éstas no le bulleran en la cabeza. Necesitaba cerciorarse de que la mujer a la que creyó ver no había sido producto de su desesperada necesidad de imaginar. Por eso se mantuvo vigilante, de pie ante la baranda o sentado en el banco y dejándose mecer por la potencia del viento.

Las horas se le hicieron eternas. Llegó el ocaso y los últimos rayos de sol volvieron a dorar el agua y el frente de su hermosa casa de madera. Pronto anochecería, pero él siguió albergando la esperanza de que esa mujer, real o imaginada, apareciera de nuevo.

Acercó la silla a la baranda y se sentó a horcajadas, con el respaldo delante. Apoyó los brazos en él y sobre ellos el mentón, dispuesto a esperar lo que fuera necesario mientras el frío y las sombras se iban adueñando del entorno.

Tras unos minutos de calma, tomó aire y lo retuvo en los pulmones: la fantasía

que le había inspirado durante la noche pasada estaba allí, avanzando por el sendero con paso lento, real y humana, y tan misteriosa como si hubiera surgido de las páginas de uno de sus libros.

La contempló con atención. El cabello rubio, recogido descuidadamente sobre la nuca, el enorme jersey gris con el que se protegía del frío, las largas mangas en las que desaparecían sus manos... Toda esa triste melancolía que parecía desprender acrecentó su interés.

A partir de entonces, se encontró sumido en una entusiasta rutina: escribía sin descanso, comiendo un sándwich hecho con prisa cuando lo apremiaba el hambre y durmiendo sólo cuando lo doblegaba el sueño. Y, al comenzar cada ocaso, lo dejaba todo y se acercaba a la barandilla para no perderse su llegada entre el ramaje, su paseo junto al lago y su desaparición en el cerrado bosque de robles y hayas. Contemplaba hasta el más insignificante de sus movimientos. Lo hechizaba simplemente verla sujetarse los mechones que le alborotada el aire, pues sólo entonces aparecían sus delicados dedos bajo la gruesa lana. A veces, cerraba por un instante los ojos para rescatar de su memoria el suave crujir de la hojarasca bajo sus pies y sentía que estaba junto a ella, andando a su lado y respirando su aroma. Porque no necesitaba acercarse para saber que ella olía como un cálido atardecer de otoño.

Escribir y aguardar, verla y volver a escribir: una repetición constante que lo absorbía y lo satisfacía por completo.

Hasta que una de esas tranquilas esperas se alargó hasta convertirse en eterna. Terminó de ocultarse el sol y cayó el manto de oscuridad sin que la hubiera visto.

No le dio importancia, como tampoco le preocupó que esa noche no consiguiera escribir ni una línea. Estaba seguro de que las cosas volverían a la normalidad al día siguiente. En ese momento, el pensamiento se le iba una y otra vez a ella y a los motivos que podían haberla retenido esa tarde en otro lugar.

Pero con el amanecer regresaron los días largos de horas interminables, las pesadas jornadas sentado en el porche, mirando las apacibles aguas del lago o haciendo girar la pluma entre los dedos mientras el café se enfriaba.

Se preguntaba qué le estaba ocurriendo. Por qué no le brotaban las historias con la misma facilidad de cada otoño en ese rincón apartado. No entendía que ni siquiera pudiera continuar desde donde, de forma tan abrupta, se había parado. Por eso leía y releía durante horas el último párrafo, esperando que eso le abriera la mente.

«El otoño enfermó de invierno la tarde en que ella desapareció», escribió de pronto, sin pensar, deseando que a partir de ahí las palabras fluyeran solas. Pero fue inútil. Las tenía atascadas en algún lugar inaccesible de su cerebro, o tal vez más lejos.

Asió la taza y dio un pequeño sorbo: el café estaba helado; helado y amargo. La dejó en la mesa con tal brío y tan mala fortuna, que el líquido se derramó sobre el espacio en blanco de la hoja. Lo secó presuroso, dando pequeños golpecitos con el pañuelo, y contempló el desastre: lo escrito estaba a salvo, excepto por una pequeña

salpicadura que teñía de ocre el término «desapareció».

«Desapareció», repitió en voz baja. Ella le había devuelto la inspiración al llegar con los últimos rayos de un atardecer. O eso creyó él. Porque ahora comprendía que era su simple presencia la que le había estado contando una historia que ya no sabía cómo continuar. Necesitaba que volviera, se dijo sin apartar los ojos de la mancha oscura. Lo necesitaba para escribir lo que únicamente ella y su silencio podrían dictarle.

CAPÍTULO 2

La mujer del lago

—Regresa, regresa, regresa... —suplicaba, sin apartar la mirada de la senda, al cuarto día de frustrada soledad. Se negaba a pensar lo que iba a hacer si no aparecía y, a pesar de ello, no lograba impedir que la callada preocupación fuera royéndolo por dentro.

Seguía la misma rutina de siempre con la esperanza de que eso lo ayudara. Se levantaba con el alba y disfrutaba de un paseo por el bosque, cada vez más desnudo de hojas y con un tenue olor a invierno. Le apasionaba salir temprano, cuando la niebla era más cerrada y el frío le penetraba hasta los huesos haciéndole sentir intensamente vivo. Después regresaba al calor de la casa, donde se daba una larga ducha que lo desentumecía, y se tomaba un primer café, preparándose para enfrascarse en la novela.

Pero ni aun siguiendo ese ritual de años encontraba las palabras que necesitaba para llenar sus cuadernos.

Esa tarde, con el cielo encapotado y un frío mordiente, aguardó en su dormitorio sin ninguna esperanza de verla, pero sin apartarse de la ventana, con los cansados ojos fijos en el punto entre los árboles donde la había descubierto otras veces.

—Tienes que aparecer —decía sin convencimiento—. Seas quien seas, tienes que aparecer.

De pronto, se acercó hasta rozar el cristal, su semblante se iluminó y media sonrisa se le dibujó en los labios.

Ella estaba allí, encogida bajo su gran jersey gris y caminando despacio. El ramaje del gran arce de la loma, entre la casa y el lago, se interponía y no le dejaba verla con claridad. Tenía que bajar cuanto antes.

Salió veloz del cuarto y corrió escaleras abajo. Resollaba cuando alcanzó el porche, más por la emoción que por el intenso pero breve esfuerzo físico que había realizado. Se asió a la barandilla y la buscó con la mirada, a un lado y a otro, repitiendo con agitada alarma el mismo gesto.

Ya no había rastro de la mujer, pero estaba seguro de que no la había imaginado como le había ocurrido otras veces durante sus desazonadas esperas.

Descendió los tres peldaños y avanzó por la densa hierba silvestre en dirección al lago, preguntándose cómo podía nadie esfumarse en unos pocos segundos.

El último tramo hasta el camino lo hizo de nuevo a la carrera y al llegar se detuvo en seco para otear hacia los lados como si su vida dependiera de que la encontrara en ese preciso momento.

—¿Busca a alguien?

Dejó escapar el aire al oír la voz a su espalda. Se volvió, sonriendo con la misma torpeza con que se había expuesto a esa incómoda situación.

—Éste no es el mejor lugar para encontrar vida humana —respondió frotándose con suavidad la nuca mientras también ella sonreía, apoyada en un viejo y grueso roble.

Lo aturdió mirarla, pero aun así no dejaba de hacerlo. Era tal y como la había descrito en su cuaderno: cabello dorado, brillante y sedoso como los rayos del sol; ojos azules como un cielo despejado; labios rosáceos de aspecto aterciopelado y sonrisa seductora.

—Eso mismo pensé yo mientras hacía la maleta para venir a pasar unos días, que no encontraría a nadie.

La vio ahuecarse el pelo con el extremo visible de sus delgados dedos y se preguntó cuánta semejanza tendría con su heroína de papel y tinta.

Se mantuvo a distancia y hundió las manos en los bolsillos traseros del pantalón. Tan ensimismado estaba, grabándose cada uno de sus gestos, que ni siquiera notó que el frío hiriente que hacía un rato lo había empujado a esperarla bajo techo, ahora le laceraba la piel a través de la camisa de manga larga. Ni siquiera lo pensó cuando vio que ella cruzaba los brazos y se encogía buscando abrigo.

—Tengo que irme —la oyó decir, y entonces reparó en que había estado mirándola absorto.

—¿Puedo saber su nombre? —preguntó en el último momento, cuando vio que comenzaba a alejarse.

Ella se detuvo y lo miró, vacilante y silenciosa. Por un instante, pareció que no respondería.

—Elizabeth... —Volvió a callar y se humedeció los labios, despacio—. Elizabeth Salaya.

—Ian O'Connell... —comenzó a presentarse.

No pudo añadir más. Ella sonrió con misterio, le dio nuevamente la espalda y continuó su camino.

Deseó llamarla, ahora que sabía su nombre, y preguntarle adónde se dirigía si no había otra cosa más que vegetación en kilómetros a la redonda. Quiso saber si regresaría al día siguiente o si pensaba desaparecer de nuevo. Pero prefirió creer que sí, que volvería, aun a pesar de lo inquietante que le resultó verla desvanecerse en la espesura del bosque, entre los arcos, en la bruma que anunciaba la llegada de la noche, en la enormidad de la nada.

Con esa extraña sensación, entró en la casa, tiritando de frío. Llenó un recipiente con agua, en la que disolvió el contenido de un sobre de consomé deshidratado, y esperó a que hirviera durante unos minutos. Después, llenó con él un tazón de porcelana y se lo llevó al dormitorio.

Mientras se enfriaba el caldo y la loza caliente le entibiaba las manos, se acercó a la ventana. Miró hacia el punto por donde la mujer había desaparecido y recordó el

suave timbre de su voz. Era como lo había imaginado la primera vez que la vio y hasta sus tímidos esbozos de sonrisa le habían resultado reconocibles. Se preguntó qué podía llevar a alguien, joven y hermosa como ella, a buscar la absoluta soledad del noreste de Crystal Lake. Porque, que él supiera, la soledad era igual de eficaz para ocultarse de alguien que para encontrarse a uno mismo.

Estaba llena de misterio y eso le gustaba: le estimulaba la imaginación. Como el hecho de que, a punto de anochecer, se hubiera internado en dirección a ninguna parte.

Se acercó el caldo a los labios y comprobó que aún ardía. Lo dejó en un extremo del escritorio y siguió junto a la ventana, pensativo.

Y fueron sus recuerdos los que le respondieron, los más antiguos, los del niño que pasó en ese lugar largos fines de semana y que tuvo que hacer uso de su fantasía para no aburrirse mientras su padre salía al lago, con una barca de remos y sus aparejos de pesca. Odiaba acompañarle para hacer esas cosas horribles. Sufría cada vez que veía un pez salir del agua colgado de un anzuelo, agitándose para liberarse y después boquear en el interior de la cesta de mimbre durante interminables minutos hasta que se quedaba rígido. Prefería pasar las horas en el bosque, luchando con dragones imaginarios para rescatar hermosas princesas. Durante aquellas largas y emocionantes jornadas recorrió todos los alrededores. Todos. Incluso ese espacio por el que ella había desaparecido.

Y de pronto volvió a verse allí, niño de nuevo, frente a la casa abandonada que fue el gran castillo en el que rescató a sus princesas. Sus princesas... Sonrió al recordar que ésos fueron los comienzos de su afición a inventar historias. No debió permitirse olvidar esa vieja casa. Tal vez si la hubiera visitado de vez en cuando, habría visto que alguien la arreglaba, que la hacían habitable de nuevo. Se preguntó cuántas veces, durante años, habría vivido gente allí, tan cerca y sin que él llegara a saberlo. No era algo impensable. De hecho, si esta vez no lo hubiera abandonado la inspiración y se hubiera desesperado buscándola en cada árbol y en cada soplo de aire, tampoco habría visto a la mujer caminar junto al lago. Cuando escribía, se sentía en una isla inexpugnable en la que ni la irrupción de un cataclismo lo podía desconcentrar.

Sí, esa mujer debía de estar pasando una temporada en ese viejo refugio, se dijo, tomando asiento frente al cuaderno. Sonrió ante su inexcusable olvido al tiempo que se inclinaba sobre la última frase escrita: «El otoño enfermó de invierno la tarde en la que ella desapareció». Tomó entre los dedos la pluma estilográfica y, como si una voz interior comenzara a dictarle las palabras, continuó escribiendo la historia en ese punto extraño en el que la inspiración lo había abandonado.

Al día siguiente, experimentó una emoción nueva y desconcertante: no se atrevió a acercarse a Elizabeth. La observó desde el porche, con disimulo y fingiendo estar absorto en la escritura. Pensó que el deseo de averiguar detalles de ella era tan fuerte, que en lugar de animarlo a conseguirlo lo retenía.

Por eso, cuando un día más tarde se decidió a salir a su encuentro, descendió la ladera con los ojos clavados en ella y el corazón latiéndole en la garganta como no recordaba haberlo sentido ni en sus años de atolondrada inexperiencia, cuando tratar de seducir a una chica era una excitante y enloquecedora tarea. Le pareció increíble que la mujer que de forma inesperada se había convertido en su heroína pudiera provocarle tal desazón.

Ella lo recibió con media sonrisa retraída. Él también sonrió, pasándose la mano por el cabello hasta tropezar con la goma que se lo sujetaba en una coleta. El nerviosismo de una alimentaba la torpeza del otro, pero cuando ella retomó con lentitud el paseo, toda la tensión se desvaneció. Él no preguntó si podía acompañarla. Lo hizo. Y lo hizo con la misma libertad con la que otras veces la había acompañado con los ojos sin que sus piernas se movieran del porche.

La mayor parte del tiempo caminaron en silencio, arropados por el sonido del viento y el crepitar de la hojarasca fragmentándose bajo sus pies, sin que ese callar la voz resultara incómodo. No era del todo una extraña. Había dejado de serlo cuando él jugó a entrar en sus pensamientos para relatar su historia.

El paseo de las tardes se convirtió en el momento más esperado del día. Ian buscaba información para su novela en la vida de Elizabeth, o al menos eso pensó mientras descubría lo poco que ella quiso contarle.

—No eres americana y menos aún inglesa —le dijo en una ocasión, cuando se acercaban al lugar donde solían despedirse.

—¿Tan terrible es mi inglés?

—Es perfecto —musitó él como una caricia—, *pero, me atrevería a asegurar que procede de un país cálido y lejano* —dijo en un casi correcto español.

Por primera vez ella dejó escapar una carcajada abierta y clara.

—¡*Me has pillado!* —exclamó en el mismo idioma, sin dejar de reír—. *Por lo que veo, dominas mi lengua.*

—*Un poco, como el alemán. Pero prefiero la dulzura de tu idioma latino.*

Elizabeth volvió a reír y él, que no se perdía ni uno solo de sus gestos, posó la mirada en su boca como si nunca hubiera visto a nadie reír de ese modo.

Al sentir Elizabeth esos ojos negros sobre sí, no pudo evitar que sus mejillas se encendieran de rubor. Disimuló, hablando más de lo que acostumbraba, contándole que era de Lekeitio, un pequeño pueblo de mar vizcaíno, del que salió con dieciocho años para cursar estudios de Ciencias Políticas en la Universidad de Washington.

—Y conociste al hombre que consiguió que lo dejaras todo, incluida tu familia y tu país, y te quedarás aquí por él —se atrevió a aventurar.

—Tu hogar está donde tienes el corazón —respondió ella con voz queda.

La piel se le erizó a Ian cuando la oyó. ¿Acaso era tan sensible y apasionada como para amar hasta las últimas consecuencias, como los personajes que él creaba, como la protagonista de la historia que le estaba inspirando? Tal vez sí. Tal vez las dos mujeres, la real y la inventada, tenían más cosas en común de las que podía llegar

a imaginar.

Cuando cayó en la cuenta de que volvía a mirarla absorto, Elizabeth, que se había adelantado unos pasos, recogía unas hojas del suelo y hablaba de los muchos colores con que se viste el otoño.

Después de muchos intentos, consiguió que cada paseo terminara en el porche, donde tomaban un café caliente en relajada conversación. Daba igual el frío desapacible que hiciera, ella nunca aceptaba su ofrecimiento de pasar al interior de la casa. Era como si, por más que hablaran y rieran juntos, se resistiera a confiar por completo. Pero todo servía para averiguar cosas sobre ella, para empaparse de su tono de voz, de sus gestos, de su risa. Conocerla a fondo era algo más complicado y pronto comprendió que no lo conseguiría. Elizabeth era alegre y expresiva cuando no tocaban temas personales. Le dejaba entrever, sospechar, adivinar, hasta que cambiaba el semblante y, con sorprendente soltura, desviaba el rumbo de la conversación.

Tal vez era ese misterio, ese querer descubrir más de lo que ella estaba dispuesta a contar lo que hacía que el tiempo que pasaba a su lado se le hiciera tan breve que, en cuanto se quedaba solo, contaba las horas que restaban para volver a verla.

—Tiene unas vistas preciosas —dijo Elizabeth cuando él llegó con la cafetera para llenar por segunda vez las tazas—. ¿Nunca vienes con alguien con quien compartir esta maravilla?

—Nunca. Es mi refugio, el lugar donde creo. No tendría sentido traer compañía para eso.

—Y yo estoy interfiriendo en tu...

—Nada me desconcentra cuando escribo —la interrumpió en voz baja, como si compartiera un secreto—. Y me agrada conversar contigo durante las pausas, tan necesarias para no confundir el mundo que invento con el real.

La observó reír, feliz y tal vez nerviosa, y tomar la taza con el extremo de los dedos que asomaban bajo la lana. Deseó rozarlos y comprobar si eran tan suaves y cálidos como parecían. Pero no lo hizo. Pasar horas pensando en ella, recordando sus palabras, sus miradas o sus sonrisas ya le parecía demasiado atrevimiento.

Su impaciencia de una tarde hizo que se adelantara a esperarla en el sendero, apoyado en el viejo roble desde el que ella le sonrió por primera vez. La vio llegar y mirar hacia la casa con sorprendente interés. Inmóvil. Entre sorprendido y adulado, la contempló alzar la cabeza para otear por encima de los arbustos que le dificultaban la visión. Le gustó comprobar que ella acudía a su encuentro con parecida ansiedad con la que él se consumía mientras la aguardaba. Cuando la vio suspirar decepcionada y girarse para regresar sobre sus pasos, se incorporó y se acercó con rapidez pero con sigilo, se colocó tras ella y le susurró, pegado a su cuello:

—Por nada del mundo renunciaría a pasear a tu lado mientras caen hojas doradas a nuestro alrededor.

Elizabeth se volvió bruscamente. Sus ojos y sus labios sonrieron, sus mejillas enrojecieron de vergüenza. Abrió la boca, pero la cerró de inmediato sin saber qué decir, encogiéndose en el interior del enorme jersey.

—En una ocasión, escribí una historia sobre una chica muda —continuó él—. Bueno, en realidad no era muda, pero un hecho traumático la mantenía en silencio desde la niñez.

—No he leído ninguna de tus novelas —dijo con una risa nerviosa.

—¡Vaya! —exclamó fingiendo decepción—. Lo merezco, por presuntuoso. Cuando te conté que soy escritor y lo relacionaste con mi nombre, di por hecho que también conocías alguna de mis obras.

—Ya ves que no, pero he oído hablar de ti. La última vez hace muy poco, en un programa de radio, mientras iba en coche del aeropuerto a casa.

—Espero que los comentarios fueran positivos.

—No lo recuerdo bien —mintió con una enigmática y graciosa sonrisa.

Y al instante siguiente cambiaba de conversación, dejando a Ian más intrigado que nunca.

Un anochecer de viento notablemente frío y la promesa de una taza de chocolate caliente lograron hacerla entrar en la casa. La chimenea llevaba todo el día encendida y la temperatura era lo bastante cálida como para que decidiera deshacerse del viejo jersey. Quería verla sin él mientras intentaba, una vez más, que le contara cosas de su vida.

Pero tanto su deseo como su intención fracasaron.

Apoyada en la encimera de madera, junto al fogón, y abrigada hasta el cuello, observó la facilidad con la que él partió la tableta de chocolate y echó los trozos en la leche hirviendo. Cuando la mezcla se volvió cremosa y el tentador olor les despertó el hambre, se sentaron frente a la mesa, en un mirador semicircular desde el que se divisaba el reflejo plateado de la luna en las tranquilas aguas del lago.

—¿Sabes cocinar? —preguntó Elizabeth al saborear el preparado.

—Dos o tres cosas, pero, y sin ánimo de resultar presuntuoso, me quedan deliciosas...

Se detuvo. La prudencia le aconsejó que no la invitara a compartir una cena, por más que estuviera deseando hacerlo. Acababa de lograr que entrara en casa, y eso ya era algo impensable hacía tan sólo unos minutos. Dio un sorbo al chocolate mientras la observaba rodear la loza con ambas manos y parte de las mangas para llevársela a los labios. Le provocaba ternura verla tan dulce, tan delicada, protegiendo su aparente inseguridad con un simple entrelazado de vieja lana gris.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—¡Por supuesto! —respondió ella, mirándolo con atención.

—¿Por qué llevas siempre ese jersey tan grande?

—Es lo más abrigado que tengo aquí.

Pero no la creyó. Era un jersey de hombre y le pareció probable que se lo pusiera

para recordarlo, para percibir su olor, para sentirse abrazada por él. ¿Era una mujer locamente enamorada, igual que la protagonista de su novela? No. No la veía enamorada a pesar de todo. Habría jurado que esos hermosos ojos garzos escondían un secreto, pero dudaba que tuviera que ver con el amor.

Suspiró turbado al reparar en que volvía a contemplarla casi con embeleso. Desconcertado por un instante, no pensó en las consecuencias de lo que iba a hacer y le rozó con suavidad los dedos con los que apesaba la taza.

—Los tienes fríos —dijo, al tiempo que ella se apartaba, nerviosa—. No te da mucho resultado abrigarte tanto.

—Mañana me pondré guantes —trató de bromear, casi sin voz, pero ya había tomado la decisión de desaparecer. Por eso estaba allí dentro, despidiéndose sin que él lo sospechara. Lo que había comenzado, hacía casi un mes, siendo una simple atracción, se estaba convirtiendo en algo más profundo que la mantenía inquieta. Porque ella sabía que no podía enamorarse, ni de él ni de nadie, y que eso sería lo que ocurriría si no se alejaba de su cálida sonrisa y de sus turbadoras miradas.

Ian fue consciente de su marcha al día siguiente, cuando tras esperarla durante horas comprendió que no aparecería y decidió salir en su busca. Se internó por entre los árboles tras los que la había visto marchar cada anochecer y se dio de bruces con la pequeña casa de madera que en otros tiempos fue su gran castillo. De no haber sido por el inequívoco lugar, habría pensado que era otra, más nueva, más pequeña y más hermosa. Pero era la misma y sin duda también era la que Elizabeth había estado habitando. Lo indicaba la ausencia de hojas secas en el porche, los troncos para el fuego apilados a un costado de la leñera, las huellas recientes de unos neumáticos en dirección al camino sin asfaltar que llevaba a la carretera estatal. Ésa era la casa y estaba cerrada, con las contraventanas pintadas de blanco bien atrancadas contra los cristales.

No entendió su repentina partida. Pensó en todo lo acontecido el día anterior: las palabras, los silencios, los hechos; sin embargo, no halló nada en lo que pudiera haberla ofendido.

Volvió a casa apagado, como si acabara de perder algo simple y a la vez único que no recuperaría jamás. Ya no volvería a esperarla en el porche o en el camino, porque, por alguna razón que no podía explicarse, presagiaba que no regresaría. Ella tenía una vida que él desconocía y, tal vez, también a alguien que la había hecho volver de modo inesperado.

Esa noche, cuando abrió el cuaderno y tomó la pluma entre los dedos, éstos le temblaron de indecisión, pero pese al temor, las palabras fueron brotando una tras otra. En su rostro sombrío fue apareciendo una relajada sonrisa al tiempo que comprendía que, esa vez, la inspiración no lo había abandonado para correr tras Elizabeth y que se sentía tan pleno de sensaciones, de ideas y de curiosidad insatisfecha como para escribir con todo ello, no una, sino innumerables historias.

Aún permaneció allí unas semanas más; las que necesitó para terminar la novela,

teclearla en el pequeño ordenador y prepararla para entregársela a su editor apenas regresara a la ciudad.

Y, al igual que le había ocurrido otras veces, en cuanto dio por terminado el trabajo, sintió el deseo de volver al mundo real, al ruidoso y mundano Manhattan, a su privilegiada vida que consideraba perfecta.

CAPÍTULO 3

Entre damas de honor

—Yo también tengo ganas de verte, Audrey. No imaginas cuántas.

Sonrió, escuchando la entusiasta despedida al otro lado del auricular, y colgó el teléfono. Durante unos segundos, miró el equipaje que había dejado en el suelo, apoyado en el sofá de fina piel blanca, se sirvió una copa y salió a la terraza.

Le gustaban las vistas desde su pequeño ático, en Central Park West. Contemplar cada día el grandioso ramaje de los árboles del parque, que se agitaban al otro lado de la calle, era como tener un poco de la esencia de los alrededores del lago. En verano tenían el mismo verde intenso y en otoño los mismos tonos encendidos, pero no lo emocionaban igual. Faltaba el olor a humedad y a musgo, sobraba el ruido sordo y constante de la urbe.

Acabó su copa y entró de nuevo en casa. Era tarde, sin embargo se encontraba tan despejado como si acabara de levantarse. El caótico ritmo que había llevado en Crystal Lake lo había desorganizado. Pero se adaptaría en unos pocos días, como hacía siempre.

Se sentó ante el ordenador, en un extremo del salón, junto al ventanal que daba a la terraza, y accedió al correo. Se encontró con cientos de emails. Lo cerró de inmediato y abrió el procesador de textos.

Podía escribir su columna de opinión para el *Daily News*. A Harry Welliston, el director del periódico, le agradaría encontrarla a tiempo de incluirla en la primera edición del día siguiente. Solía decirle que al diario le faltaba algo durante los meses en los que él se retiraba al condado de Nueva Jersey. «Le falta mi columna entre la decena que publicas cada día», solía responderle Ian, con guasa, seguro de que era igual de adulator con todos. «Una columna se sustituye con otra, pero hay algunas que los lectores consideran irremplazables, entre ellas la tuya», respondía con gravedad Harry.

Tenía plena libertad para escribir del tema que quisiera, que normalmente se ajustaba a la actualidad política y social. Esta vez no sería así. Llevaba demasiado tiempo desinformado, viviendo cerca de la civilización, pero ajeno a lo que acontecía en ella. Además, su alma aún andaba enredada en colores y aromas: hablaría sobre la belleza del otoño. Ese otoño que había pasado en Crystal Lake, como todos desde hacía años, pero tan diferente y especial que presentía que iba a recordarlo siempre.

La familia Stanford residía en las plantas octava y novena de un lujoso edificio de la Quinta Avenida. Un portero uniformado custodiaba la entrada al portal, asegurándose

de que nadie que no hubiera sido invitado por los propietarios pusiera un pie en el interior. Y allí estaba él, que disfrutaba de libre acceso a cualquier hora del día y de la noche, esperando mientras se abría con lentitud la puerta del octavo piso.

—Buenos días, James —dijo, a la vez que se quitaba el abrigo—. ¿Está la señorita Audrey en casa?

El anciano mayordomo extendió un brazo para hacerse cargo de la prenda.

—Está en su habitación, señor, y en buena compañía —comentó con una sonrisa.

Ian le dio las gracias y avanzó por el *hall* hacia la escalera de blanco mármol de Carrara. Resultaba fácil olvidar que se trataba del interior de un gran rascacielos y no el de una fastuosa mansión rodeada por un espléndido jardín. La ostentosa vivienda era una de las muchas evidencias externas del poder de los Stanford. Desde hacía décadas, eran los abogados con más influencia social y política de todo Nueva York, como si la profesión formara parte de la herencia que iba pasando de una generación a otra.

Pero a Ian ni la fastuosidad ni el poder lo impresionaban. Sus necesidades y su ego se alimentaban de cosas más simples y reservadas.

Subió apresuradamente los peldaños, con una expresión radiante en el rostro. Redujo el paso cuando oyó voces y risas y se acercó sigiloso al dormitorio. La puerta estaba entreabierta. La empujó ligeramente con la punta de los dedos y se quedó quieto, observando. La estancia azul era una fiesta, con grandes cajas abiertas en el suelo, telas brillantes sobre la cama, gasas que pasaban de unas manos a otras, flores, zapatos. Apoyó el hombro en el marco de madera, se cruzó de brazos y siguió curioseando sin que repararan en su presencia. Sonrió mientras las contaba: diez. Eran diez las damas de honor que su querida Audrey deseaba tener cerca mientras pronunciaba el sí quiero y se convertía en su esposa.

—¡Buenos días, señoritas!

Todas se volvieron a mirarlo con aire sorprendido y embobado. Audrey se levantó con un grito de alegría, se lanzó a su encuentro y se fundieron en un abrazo.

—Ian, mi amor. ¡Te he echado tanto de menos!

Él le rodeó la cara con las manos y, sin importarle que estuvieran siendo observados por diez pares de asombrados ojos, la besó con suavidad en la boca.

—¿Nos disculpan unos segundos? —rogó, dedicándoles una simpática sonrisa, al tiempo que se llevaba a su prometida.

Ya en el pasillo, la aprisionó contra la pared, junto a la puerta, a salvo de miradas curiosas, y volvió a besarla hasta que los dos se quedaron sin aliento.

—¿Os queda mucho para terminar? —susurró para que sólo ella pudiera oírlo.

Audrey lo besó de nuevo. Le costaba apartarse de él y de las caricias que tanto había anhelado.

—Yo creo que media hora más. Lo siento, mi vida, pero han tenido que cambiar muchos planes para poder coincidir todas. —Le sonrió, mimosa—. No les puedo decir ahora que se vayan.

—No te preocupes, preciosa. Sabré esperar —dijo mientras su respiración evidenciaba su verdadera urgencia—. Me desfogaré leyendo la prensa en la biblioteca —bromeó, chasqueando la lengua—. Necesito ponerme al día.

—¿Sólo con las noticias del mundo?

Su voz, suave y tentadora, consiguió su propósito. Ian se humedeció los labios, ansioso.

—Después me pondré al día contigo —susurró, y la estrechó más contra su cuerpo.

—Te aseguro que acabaremos lo antes posible. En cuanto escojamos el color del vestido de las damas de honor.

—No te preocupes, de verdad. Tarda cuanto necesites. —La devoró con otro ansioso beso, que acabó con los últimos restos de carmín.

Audrey gimió bajito, pegada a su boca. Sabía lo insaciable que él podía ser después de su abstinencia de cada otoño. Prefería quedarse sin aire a que le faltara el sexo, le había dicho incontables veces. Y, en ocasiones, ella habría jurado que hablaba totalmente en serio.

—No están papá y mamá. —Él se apartó y la miró a los ojos—. Pasarán el día con un senador de nombre muy raro y su esposa. Parece que su chico mayor ha hecho algo que no debía y pretenden que papá, acompañado de todo su bufete de abogados, lo saquen del aprieto. —Arrugó la nariz dejando claro que nada de eso le importaba—. La casa es nuestra.

—Perfecto... —musitó con provocación, alejándose marcha atrás sin dejar de mirarla.

La biblioteca era una estancia tan impresionante como el resto de la vivienda; sin embargo, y a pesar del lujo, resultaba acogedora. Las paredes estaban forradas con madera de un claro cerezo, para aprovechar hasta la última brizna de luz que entraba por los grandes ventanales, y lucían cubiertas con estantes repletos de libros; la mayoría con tapas de piel y letras doradas. La gran altura del techo había permitido instalar una especie de holgada galería que rodeaba la habitación, a la que se accedía por una estrecha escalera de madera que facilitaba alcanzar con comodidad los libros de la zona superior.

El señor Stanford guardaba los últimos números del *The New York Times* y el *Daily News*. Pasados dos meses, su secretario se encargaba de llevarlos a una empresa de reciclaje. Ian seleccionó unas cuantas fechas que le interesaban por diferentes motivos y se los llevó hasta uno de los sillones, al lado de las ventanas.

Trató de centrarse, pero la excitación física y mental de la espera no le dejó hacerlo. Optó por pasar directamente a las páginas de contenido político. No había nada más antilujurioso que un cargo oficial prometiendo lo que sabía que jamás cumpliría o tratando de justificar lo que era a todas luces deleznable.

Una noticia captó especialmente su interés. La leyó y buscó ampliación en los diarios de fechas más recientes. Kate Evans, conocida periodista y presentadora de la NBC, que siempre había mostrado su firme apoyo al Partido Republicano, ahora formaba parte del equipo de campaña del senador demócrata Thompson, al que auguraba que ganaría las primarias y se convertiría en el candidato más sólido y honrado que jamás había tenido un partido para presidente de la nación. Hasta su aspecto había cambiado desde la última vez que la vio entrevistando a un político. Ahora se recogía en un ordenado moño la llamativa cabellera rubia que siempre lució aleonada y sus generosos escotes habían sido sustituidos por sobrias y bien abotonadas chaquetas. Le pareció evidente lo que esa mujer estaba haciendo y lo juzgó como mínimo poco honorable.

Entrecerró los ojos y sonrió, imaginando el titular que encabezaría su columna del *Daily News* del día siguiente.

CAPÍTULO 4

En la vida real, el amor no es como en las novelas

Volvió a mirar el cuaderno que continuaba sobre el escritorio desde la noche de su llegada. No sabía por qué, pero le provocaba un intenso hormigueo saber que allí, bajo las cubiertas azules, estaban las decenas de páginas que había llenado pensando en Elizabeth. Golpeó con la yema de los dedos el conjunto de hojas encuadernadas mientras la recordaba, delicada y misteriosa, caminando junto al lago, y cerró los ojos durante unos segundos. Sin duda alguna, le gustaba la extraña sensación, pensó, y tras un profundo suspiro, sacudió la cabeza y tomó las llaves del coche.

Condujo su Chevrolet plateado hacia el edificio de redacción del *Daily News*. Esa mañana, Audrey estaba ocupada reuniéndose con las esposas de algunos políticos con las que pretendía organizar una cena para recaudar fondos; esta vez para los huérfanos del último terremoto en Indonesia. «Defensora de los desheredados de la tierra», solía llamarla su padre. Pero a él le gustaba que dedicara tanto esfuerzo a ayudar a los débiles sin esperar recibir nada a cambio. No era fácil encontrar a alguien como ella en su entorno social y se sentía orgulloso de que en pocos meses fuera a convertirse en su esposa.

Dejó el coche en el parking y, antes de subir a la oficina, compró un expreso en el Gourmet del Café Teresa's: no le gustaba el café de máquina que preparaba Michelle, la regordeta secretaria de Harry. Durante un tiempo, había aceptado el sucio brebaje para no herirla, pero hacía mucho que había dejado de disimular. A cambio, y para compensarla, contribuía a subirle el ego expresándole siempre lo hermosa que estaba.

No llegó a decirle nada esa vez y tampoco a notar la expresión fingidamente ofendida con la que ella miró el vaso térmico de polietileno. Desde el despacho cerrado les llegaban unos iracundos gritos femeninos y el tono apaciguador del bueno de Harry.

—Tal vez debería irme y volver en otro momento, ¿no crees, preciosa? —murmuró en tono bajo.

Pero la puerta se abrió con brusquedad y la mujer salió, hecha una furia y amenazando con que pondría una demanda que iba a hacer tambalear al rotativo. Pasó a su lado sin mirarlo, golpeándole el brazo con su hombro. Milagrosamente, Ian alcanzó a sujetar la tapa cuando comenzaba a derramarse el café.

—¡Ahí tiene al responsable! —dijo Harry, que salía tras ella con aspecto relajado a pesar de todo.

La mujer se detuvo, se volvió y miró con atención a quien acababa de rebasar, comparándolo con la pequeña fotografía de la solapa de sus libros. Reconoció el largo cabello negro, recogido en una coleta, que le daba un punto bohemio sin

restarle lo que hasta entonces le había parecido elegancia natural y que ahora juzgaba estúpido orgullo congénito.

—¿Ian O’Connell? —preguntó, recelosa, conteniendo a duras penas su ira.

Los ojos de Ian brillaron divertidos. Dejó el vaso sobre la mesa de Michelle, que le ofreció un kleenex con el que se limpió con calma los dedos.

—Kate Evans. —Inclinó la cabeza con formalidad y le tendió la mano, ya seca—. Es un placer.

—¡Y un cuerno, es un placer! —gritó ella agitando el periódico—. ¿Cómo se ha atrevido a escribir esta basura sobre mí?

—Yo no lo llamaría basura, señorita Evans. Está muy claro que es una opinión personal.

—No le voy a decir por dónde se puede ir metiendo sus opiniones personales, porque seguro que lo sabe —exclamó con rabia—: se lo han debido de explicar cientos de veces. Pero le exijo una rectificación en su columna de mañana, señor O’Connell.

—Repito que es una opinión. Únicamente podría rectificar si esa opinión cambiara y hasta el momento no lo ha hecho.

—Y su complejo de superioridad no le permitirá hacerlo, ¿verdad?

La miró sonriente, sereno, complacido ante la certeza de que las cosas acabarían como él se había propuesto que acabaran.

—La invito a comer, señorita Evans, y así aclaramos esto con calma.

—No iría con usted ni hasta el ascensor, prepotente insensible que cree saberlo todo —aseguró ella entre dientes, sin detenerse ni para tomar aire.

—Estoy enarbolando bandera blanca —indicó con suave sarcasmo—. Le estoy proponiendo que hablemos, que me exponga sus puntos de vista para que yo analice en qué me he equivocado.

—¡En todo! ¡Se ha equivocado en todo! ¡Y no me sonría como si estuviera haciéndome un cumplido, señor O’Connell! Por si no lo ha notado, llevo uno de esos trajes que usted asegura que me dan un aire masculino y rancio capaz de apagar la libido del hombre más desenfrenado.

—¿Lo discutimos en los postres? —Ella apretó los dientes amenazando con explotar de nuevo—. Trabaja usted con políticos, señorita Evans —dijo con voz cálida—. Sabe que es dialogando como se aproximan los puntos de vista.

Kate dudó un momento, pero finalmente aceptó, mostrando sus pocas ganas con un descortés movimiento de cabeza y saliendo sin preocuparse de si él la seguía. Ian miró a Harry y a su secretaria y sonrió con orgulloso y fingido aire de resignación.

Ian se cerró la cremallera del pantalón y se ajustó el cinturón. Recogió la camisa del suelo y se la puso, mirando el cuerpo desnudo sobre el revoltijo de sábanas. Comenzaba a oscurecer y a través de la ventana llegaba el fulgor azulado del letrero

de neón de la fachada principal del hotel. No encendió ninguna otra luz. Ese reflejo en la aún sudorosa piel femenina, resaltando sus largas piernas, la hendidura en la que se perdía su ombligo o sus voluminosos senos, le gustaba. Era la perfecta despedida a un tórrido y excitante encuentro puramente carnal. Y nada podía ser más carnal que las generosas y bien formadas curvas de la conocida belleza sureña de ojos verdes a la que deseaban una buena parte de los neoyorquinos.

—Ha sido un verdadero placer —dijo al tiempo que se abotonaba la camisa.

Kate levantó los brazos por encima de su cabellera rubia para mostrarse en todo su esplendor y los dejó caer sobre la almohada.

—Un placer que no tendría por qué acabar tan pronto.

—Tengo cosas que hacer —señaló, sin dejar de observarla.

—Como, por ejemplo, organizar tu boda —comentó irónica.

Ian rió y se sentó en el borde del colchón para ponerse los calcetines.

—De eso se ocupa mi prometida.

—¿Sabe ella de tus devaneos?

—¿Sabe tu pareja de los tuyos?

—Yo no tengo pareja. ¿Para qué atarme a un solo hombre cuando puedo tenerlos a todos?

—No veo dónde está el conflicto. Puedes querer a uno y tener al resto cada vez que te apetezca.

—Eres un cínico. —Se incorporó, arrodillándose tras él, y enredó los dedos en la melena negra que le sobrepasaba la nuca—. Escribes maravillosas historias de amor que se venden como perritos calientes con mostaza, donde quien ama preferiría la muerte antes que ser infiel, ¿y me dices esto?

—El amor de las novelas no existe en la vida real. Y es una suerte que sea así. —Volvió la cabeza y la miró por encima del hombro—. ¿Imaginas lo que ocurriría si amaras a alguien con tanta fuerza que no pudieras respirar sin tenerlo al lado y que contaras cada segundo que te quedara para verlo? ¡Dios, no! Te devoraría la angustia. —Se sujetó el pelo al inclinarse para alcanzar los zapatos, que habían quedado medio cubiertos por la colcha—. El amor arrebatado que puede con todo sólo existe en las historias inventadas. Por eso vende tanto.

—Si tus lectores supieran...

—Mis lectores, en su mayoría mujeres, lo saben, pero mientras leen mis novelas forman parte de ese amor que yo he creado. Les gusta pensar que el hombre o la mujer que va a cambiarles la vida no ha llegado aún, pero que lo hará, y que en el instante en que se miren a los ojos se reconocerán. El autoengaño les hace la vida más fácil, cuando en realidad vivir las cosas como son ya es sencillo y además apasionante. El amor de verdad es tranquilo y sosegado y no te mueres si el otro te abandona.

—Me reafirmo: eres un cínico, pero me gustas —susurró, abrazándolo desde atrás y acariciándole el abdomen bajo la camisa—. Eres bueno en la cama.

—La admiración es mutua. —Se puso en pie para que ella dejara de manosearlo —. Hace mucho que no follaba con una fiera como tú, pero ahora debo irme.

—¿Rectificarás en tu columna?

—No puedo hacerlo. Me has explicado que por casualidad asististe a un discurso del senador Thompson, en Wisconsin, y quedaste tan impresionada por la importancia que daba a la honestidad sobre la simple popularidad, que te regeneraste en demócrata. Pero da la casualidad de que si ese hombre llegara a ocupar la Casa Blanca, el puesto de secretaria de prensa que ahora tienes en su equipo se quedaría pequeño ante el que te ofrecería para su gabinete. Tal posibilidad jamás se te hubiera presentado con el Partido Republicano al que se supone que eras fiel. Y ese «pequeño detalle» no me permite fiarme de tu palabra.

—El tiempo te demostrará que no miento. En cuanto a la vulgaridad que dijiste de mi nuevo estilo...

—Volveré a escribir sobre él y lo haré fundándome en lo que me ha provocado cuando te he visto salir del despacho de Harry y me he imaginado hundiendo mis manos en tu pelo y quitándote las horquillas. —Sonrió al recordar cómo le había excitado verla impecablemente vestida por fuera, pero ardiendo por dentro—. Diré que ese estilo masculino y rancio inflama el deseo hasta del hombre más controlado y frío —bromeó—. ¿Te parece bien?

Ella miró durante largo rato el relajado rostro en el que parpadeaba el reflejo azulado de la luz de neón. Aún no había respondido, cuando lo vio acercarse a la cama y revolver las sábanas hasta encontrar la goma negra que ella le había arrancado al comienzo del juego erótico. Mientras lo observaba recogerse el pelo, pensó en el acto íntimo que acababan de compartir cuando hacía unas horas sólo había querido matarlo.

—¿Eres un hombre controlado y frío? —preguntó, incrédula—. ¿Sólo te mueves por propio interés?

—Soy un hombre controlado, sí, pero ardiente, muy ardiente. —Dejó escapar una suave carcajada—. Y nunca me muevo por interés, porque cualquier cosa que pueda desear, ya la tengo.

—No te hace falta nada —dijo con sorna—. Ni siquiera un amor de novela.

—Ésos los vivo cada vez que los invento. Soy el primero en disfrutar de mis propias mentiras.

Hora y media después, Ian cenaba en el hogar de los Stanford. Margaret había ordenado que prepararan el pastel de carne y champiñones que tanto le gustaba y Howard le fue confiando los últimos chismes políticos que circulaban por las altas esferas. Le habló también de Kate Evans, y lo felicitó por la valiente columna que había publicado esa mañana. En un momento de la conversación, Howard se inclinó hacia su futuro yerno para decirle, en un confidencial tono que los castos oídos de su

heredera no pudieran escuchar, que le enorgullecía que hubiera tenido los cojones bien puestos para joderla de esa manera.

—Puedes estar seguro de que he disfrutado haciéndolo —respondió Ian con una sonrisa satisfecha.

Los dos rieron, aunque no con el mismo regodeo ni la misma imagen en la mente. Cuando Audrey los miró, esperando que le contaran lo que fuera que les había hecho tanta gracia, Ian le guiñó un ojo con cariño. No sentía remordimientos debido a su particular forma de entender la fidelidad. Llevaba demasiados años separando el amor del puro acto sexual y consideraba que sólo existía traición cuando se implicaban otros sentimientos que no fueran los puramente carnales.

—He tratado de poner en guardia al senador sobre esa chaquetera —continuó contando Howard—, pero dice que se fía de ella. ¿Puedes creerlo? ¿Puedes creer que se fíe de una oportunista de su calaña?

—Cabe la posibilidad de que seamos nosotros los equivocados y de que en verdad se haya reconvertido en demócrata. Demos tiempo al tiempo y lo comprobaremos.

Tomó la mano de Audrey y se la besó con delicadeza, iniciando una conversación en la que ella y su madre pudieran participar. Y lo hizo con la misma facilidad con la que pasaba de un cuerpo de mujer a otro, con el mismo desparpajo con el que seducía o jugaba a dejarse seducir.

—Buenos días, mi amor. Espero que te guste el delicioso desayuno que acabo de prepararte.

Ian abrió los ojos y miró a Audrey, que apartaba cuadernos y libros para dejar la bandeja en el escritorio.

—Buenos días, preciosa —contestó con un ronroneo, y tendió el brazo para que ella le tomara la mano—. ¿Aún no sabes que lo que el cuerpo de un hombre pide al despertar no es, precisamente, el desayuno? —preguntó, atrayéndola hacia sí.

Ella rió y lo besó en la boca, pero cuando notó sus manos ascendiendo por sus muslos se apartó y regresó junto a la bandeja.

—Las tostadas se me han quemado un poquito, pero las he raspado con la paleta y al final han quedado perfectas. ¡Por cierto! —dijo, poniendo los brazos en cruz—, ¿has cambiado de sitio tus camisetas? No las encuentro y no imaginas lo difícil que es cocinar con tanta tela sobrando por todos los lados.

—Estás sexy —ronroneó de nuevo, imaginándola desnuda bajo su camisa de seda blanca—. Anda, deja eso y ven aquí conmigo.

Audrey no se movió. Se mordisqueó el labio inferior, provocándolo para que saliera de la cama y se lanzara a por ella. Bajó los brazos y las manos le desaparecieron bajo las largas mangas.

Y en esa fracción de segundo, la sonrisa de Ian desapareció. Dejó de ver a su

prometida mientras, mirando la blancura de la tela, sus ojos perfilaban la imagen de una conocida, vieja y cálida lana gris.

Ante su silencio, ella se arremangó hasta los codos y puso los brazos en jarras.

—Ian O’Connell —exclamó, fingiendo enfado—, estoy tratando de provocarte.

Pero él, absorto, no escuchaba. Se preguntaba qué diablos hacía aquella mujer en su pensamiento y por qué ese desconcertante hecho lo aturdiría tanto.

—Ian... —repitió Audrey, esta vez con preocupación.

Las mangas volvieron a caer mientras él comenzaba a regresar con lentitud a la habitación y a su prometida. Carraspeó, con aire todavía ausente.

—Perdona. Verte tan arrebatadora me ha aturdido —mintió, al tiempo que se levantaba y la estrechaba contra sí, apresando sus nalgas entre las manos—. Tendremos que solucionarlo.

Audrey rió, echándole los brazos al cuello y los labios a la boca, dispuesta a seguir descentrándolo hasta el desvarío.

Y, a partir de ese extraño instante en el que casi pudo tocar el recuerdo de Elizabeth, ella comenzó a invadirle el pensamiento con más claridad y en los momentos más inesperados. A veces, en los más inoportunos.

CAPÍTULO 5

Manhattan

La cafetería, en plena Madison Avenue, estaba repleta a esa hora de la mañana. De pie, junto a la barra, Ian tomaba un café cargado mientras su fiel amigo Edgar introducía un extremo de su cruasán en el café con leche.

—Anoche no cené y hoy no me ha dado tiempo a desayunar.

—¿Demasiados días sin ver a Jennifer?

Media sonrisa iluminó el perfecto rostro de Edgar. Sus ojos azules chispearon al recordar el especial recibimiento de su esposa.

—Hubo problemas en el aeropuerto de Memphis. Llegué muy tarde a casa, y aun así, Jenny me esperaba despierta. Había preparado una cena muy especial, con mantel, flores, velas... pero yo preferí cenarla a ella. —Chasqueó los labios con satisfacción—. Y esta mañana me la he desayunado... —Mordió el trozo remojado del cruasán y guiñó un ojo—. Dos veces.

Ian se echó a reír mientras su amigo daba un trago largo al café. Por fin se explicaba el aspecto con el que había aparecido. Su corto pelo rubio mojado, como recién salido de la ducha, y revuelto como si no hubiera visto un peine en su vida; con aire cansado, profundas ojeras y, a pesar de todo, una sonrisa bobalicona dibujada en los labios.

Dejaban el establecimiento cuando Edgar se palpó el bolsillo de la chaqueta, echando en falta su inseparable paquete de cigarrillos. No podía prescindir de ellos. La mayor parte del tiempo le tranquilizaba el simple hecho de saber que los llevaba encima, aunque a veces fumaba uno tras otro sin ningún descanso. Se pasaba la vida diciendo que lo dejaría antes de que acabara matándole, pero mantenía su vicio tan arraigado que él mismo dudaba de que alguna vez llegara a abandonarlo.

Volvía a salir con el tabaco recién recuperado de la barra cuando, a través de la puerta acristalada, entrevió que Ian hablaba en la acera con una morena espectacular que se lo estaba comiendo con los ojos.

—¿La última conquista? —preguntó unos minutos después, mientras caminaban por la avenida en dirección al local que quería mostrarle.

—No lo digas ni en broma —respondió él—. Es una conocida de Audrey. Se me ha insinuado un par de veces, pero le he dejado claro que soy un hombre inaccesible y fiel.

—¡Qué cabrón! ¡Inaccesible y fiel, dices! —ironizó Edgar.

—Un cabrón, sí, pero con normas bien claras. La principal: nunca con alguien que ella conozca.

—Saltármolas acabaría con nosotros, ¿no?

Risas de complicidad sustituyeron a las palabras durante los escasos metros que los separaban de la sala de exposiciones, junto al Museo de Arte Americano.

Edgar se detuvo frente a la elegante fachada pintada de blanco. En el escaparate, la fotografía de *La niña afgana*, de asombrosos ojos verdes, hecha en el campamento de refugiados de Nasir Bagh, indicaba con claridad que en el interior se exhibían los trabajos del prestigioso fotógrafo Steve McCurry. Había elegido ese lugar por su situación, pero también porque allí habían expuesto nombres reconocidos a nivel mundial. Pensaba que si quería que los demás valoraran sus obras, era él quien primero debía hacerlo.

—¿Te parece demasiado pretencioso para un desconocido como yo?

—Desconocido sólo para el gran público. Tus trabajos se cotizan bien y las mejores agencias te han propuesto que trabajes para ellos. Si viajaras tanto como él —señaló la fotografía de la niña afgana—, ya habrías conseguido el Pulitzer.

—Y Jennifer se habría divorciado de mí —bromeó Edgar buscando en el bolsillo de su chaqueta—. Aunque en el fondo le encantaría que trabajara para *National Geographic* o algo parecido y que captara las imágenes con las que sueño.

Sacó una tarjeta identificativa que mostró a la mujer encargada de las entradas y pasaron al interior.

—¿Dónde has estado toda la semana? —preguntó Ian.

—Persiguiendo políticos. —Rió ante la verdad que eso encerraba—. He fotografiado mítines de todos los aspirantes a la carrera presidencial de los dos grandes partidos. Ahora me tomaré unos días de descanso, porque esto de las primarias es largo. Pero no creas, no pararé. Trabajaré en el libro de fotografías que quiero publicar y organizaré lo de la exposición.

—¿Qué piensas del senador Thompson?

—Durante los últimos días, lo he seguido por Rhode Island, Wyoming y Mississippi. He escuchado sus mítines y he visto cómo se comía con patatas a su oponente, el prestigioso senador Morgan Owens. Puedo decir que me gusta.

Caminó hasta el ventanal que constituía el escaparate, sacó un cigarro y lo prendió con un mechero dorado que volvió a meter al bolsillo. Ya había decidido cuál sería la fotografía, captada en un acto político, que ocuparía todo el cristal que ahora dominaba el rostro de la niña afgana: la ternura de los ojos, azules y despiertos, de una pequeña sentada sobre los hombros de su padre que permanecía con la mirada al frente.

—¿Te ha dejado impresionado por la importancia que daba a la honestidad sobre la simple popularidad? —preguntó Ian, recordando lo que le había dicho Kate Evans sobre el senador, momentos antes de que la sedujera.

—Yo diría que sí. —Se volvió, expulsando el humo de la primera calada—. En esto de la política, quien hoy parece un corderito mañana puede descubrirse como un lobo hambriento, pero de momento voy a fiarme de mi intuición.

—Hoy almuerzo con él —comentó Ian avanzando hacia la siguiente sala—. Es

amigo de Howard, que no pierde ocasión de invitarme a sus encuentros. Piensa que es bueno tener relaciones con personajes importantes y está seguro de que éste llegará a ocupar la Casa Blanca.

—Al contrario que a su hija, a tu futuro suegro nunca le ha impresionado tu éxito como escritor. Si le dejaras hacer, ya te habría buscado algún cargo político.

Observaron a su paso una fotografía de los pescadores de Sri Lanka, encaramados a zancos de madera clavados en el fondo arenoso de los arrecifes y lanzando el anzuelo sin cebo para atraer a los peces con el simple movimiento de la caña.

—Se conformaría con que sacara más partido a mi título de periodista de investigación. Ya sabes, «la información es poder». —Sonrió dejando claro que no le preocupaba—. Le gusta que mantenga mi columna de opinión, pero cree que no la exploto como debería.

—En el fondo, lo hace porque te aprecia.

—Eso es cierto. Tanto él como Margaret me han acogido como a un hijo. Por eso no me ofende su insistencia en redirigir mi vida hacia asuntos que no me interesan en absoluto.

Se detuvieron ante la imagen de un grupo de mujeres en el desierto de Rajastán, en el noroeste de la India, agrupadas en círculo para protegerse de una tormenta de arena. Era sencillo imaginar el agobio de las muchachas tratando de no respirar ese polvo espeso. Sin embargo, la composición resultaba agradable, con los saris rojos cubriéndoles las cabezas y los extremos ondeando al viento.

—A Audrey y a Jenny les gustaría ver todo esto —comentó Edgar, contemplando la composición y preguntándose si, algún día, una de sus fotografías llegaría a hacerse la mitad de famosa que cualquiera de las de Steve McCurry.

Cuando el senador viajaba a Nueva York y quería disfrutar de una comida tranquila, escogía el distinguido restaurante Park Avenue, en el número 100 de la calle 63, en el barrio predilecto de los millonarios de Manhattan. Se sentía cómodo en el Townhouse, un elegante salón privado de paredes azul celeste y blanco, con sillas de madera tapizadas en el mismo color chocolate de la suave moqueta de lana.

Por recomendación personal del chef, tomaron *filet mignon* con chuletillas a la brasa y parrillada de verduras, mientras expresaban, sin apasionarse, lo que cada uno opinaba que necesitaba el país.

Lo que Ian venía presintiendo desde que supo que se produciría ese encuentro, se cumplió durante el café, cuando el político saboreaba un bourbon y Howard encendía uno de sus Cohiba Behike de 400 dólares, llegados directamente de la fábrica cubana El Laguito, en una caja de ébano negro con una placa con su nombre y la identificación de los legítimos y exclusivos habanos.

—Tengo la seguridad de que saldré elegido representante del partido. Cuando eso ocurra, lo primero que haré será reforzar mi equipo y he pensado en ti —dijo el

senador, de forma directa y sin pudor alguno.

Ian se aflojó ligeramente el nudo de la corbata y miró de soslayo a su futuro suegro, que aceptó su culpa devolviéndole un amago de sonrisa.

—Que salga elegido es bastante probable, después de sus victorias en Iowa, Nevada o Carolina del Sur. Pero sobre todo es evidente que tiene un gran equipo, senador. Un equipo que funciona en todos los frentes: logística, prensa, recaudación de fondos...

—Todo se puede mejorar, sobre todo cuando se trata de convertirse en el presidente de los Estados Unidos de América.

—¿Y cuáles son sus planes?

—Muchos, pero hay uno para el que te necesito. —Tomó otro sorbo de bourbon y dejó la copa sobre la mesa—. Tengo buena gente preparando mis alocuciones, es cierto, pero para el comienzo de campaña necesito algo muy especial que emocione, que llegue al corazón de todos los americanos —expuso con solemnidad—. Quiero pronunciar un discurso que les erice la piel y les llene los ojos de lágrimas.

—Yo no me dedico a eso —dijo Ian, acomodándose contra el respaldo.

Howard, que se mantenía al margen, al oír esa respuesta disimuló un gesto de disgusto.

—Te dedicas a emocionar con tus palabras —continuó el senador— y lo haces tan bien que eres uno de los escritores más leídos del país. Sólo quiero que hagas para mí eso en lo que te desenvuelves a la perfección.

—Hay otra cosa que también acostumbro a hacer y es cuestionar lo que los políticos hacen mal y elogiar lo que hacen bien. Para seguir expresándome con libertad, no puedo vender mi alma a ningún partido.

—No hay por qué ser tan tajante —dijo Howard, mirándolo mientras hacía girar el habano entre los dedos—. Ya que nada te convencerá para que pases a formar parte de su equipo, ¿por qué no le escribes el discurso de comienzo de campaña? —Alzó las cejas, solicitando en silencio que fuera más flexible—. Algo que no te comprometa, si es eso lo que temes.

—Lo siento. —Apoyó los antebrazos en el borde de la mesa, entrelazó los dedos y se dirigió de nuevo al senador—. No tengo nada contra usted. De hecho, me gusta la forma en que está luchando, sin exhibir a su familia como si fueran monos de feria. Si llegan a elegirlo candidato, lo habrá logrado por méritos propios y eso me parece admirable.

—Desde el inicio hasta la elección a la presidencia transcurre más de un año. Es inhumano condenar a esto a quienes me rodean, cuando el único que tiene aspiraciones políticas soy yo.

—Estoy de acuerdo, pero sus buenas intenciones acabarán cuando comience la carrera a la Casa Blanca. Los ciudadanos no votan sólo al presidente, también lo hacen a la primera dama. Entonces, la asistencia de su familia a los mítines será imprescindible; ya no podrá protegerlos de los flashes y la popularidad.

—Lo sé mejor que nadie y está todo calculado para la gran convención del partido, donde me declararán candidato a la presidencia. Lo que se escapa a mi control es ese discurso que necesito y que te niegas a escribirme —insistió con una sonrisa.

—Es del todo imposible, pero si quiere escuchar lo que haría un profano como yo...

—Por favor —dijo el político, invitándolo a que se lo contara.

—Lo mío son las palabras, pero para poder escribir esas palabras antes me he forjado una imagen. Mi estilo es muy visual, y entiendo la importancia que eso puede tener en cualquier cuestión. Si va a presentar a su esposa en esa noche de triunfo, haga que todos, hasta los que no piensan votarle, quieran verla. Cree expectación por conocer a quien puede convertirse en la primera dama. Y nada puede hacerlo mejor que unas fotografías en las que ustedes dos compartan algo simple y cotidiano. Deberían parecer casuales, como las que nos han dejado ver muchos de nuestros ilustres presidentes. Después, un miembro de su equipo podría filtrarlas a la prensa.

—Me parece bien, pero eso no responde a mi pregunta. ¿Pasarás a formar parte de mi equipo o, al menos, me escribirás ese primer discurso?

—Lo más que puedo hacer es presentarle al mejor fotógrafo que pueda imaginar. Alguien con gran sensibilidad, que ama la fotografía, que respira de ella y que es capaz de capturar sentimientos con cada clic de su cámara. —Howard se movió incómodo mientras el senador lo escuchaba interesado—. No se lo recomendaría si no creyera, sin el menor atisbo de duda, que no existe reto que él no pueda superar de forma brillante.

CAPÍTULO 6

Encuentro en Baltimore

Con la novela ya publicada, llegó el momento más duro, pero también el que Ian consideraba más satisfactorio: la promoción y, con ella, la toma de contacto con lectores de todo el país. No eran muchos los días que se ausentaba. A veces cinco si viajaba grandes distancias. En esa ocasión, lo esperaba Baltimore, en el estado de Maryland, donde durante cuatro jornadas firmaría ejemplares en las librerías más populares y representativas.

Hizo todo cuanto pudo por llevarse consigo a Audrey, pero abril no era el mejor mes para que ella se alejara de Manhattan. Faltaban apenas cuatro semanas para la boda, y seguía inmersa en detalles como flores, mantelería, vajilla y grupo musical de renombre que ambientara la velada. Quería una boda fastuosa, de princesa de cuento. Ian había aceptado sólo por contentarla, pero desde el principio le había dejado claro un requisito: que no lo volviera loco con la elección de esos carísimos detalles que él consideraba frívolos. Utilizó esa palabra porque decir lo que realmente pensaba la hubiera ofendido. Y él la mimaba, la consentía, la hacía sentir especial. Creía tener la vida perfecta, la relación perfecta y que le aguardaba un matrimonio perfecto. Le resultaba sencillo ser el hombre más atento del mundo, tal vez también porque en el fondo se sabía el más infiel.

Viajó en un vuelo directo, con tiempo suficiente para registrarse sin prisa en el Intercontinental, frente a la bahía de Chesapeake y el Inner Harbor de la ciudad, y comer en el Blue Swan con su agente de prensa para acordar fechas de otros actos. El resto de la corta jornada transcurrió con tranquilidad, sin más anécdotas de las acostumbradas: que alguien lo reconociera en el lugar más inesperado y le pidiera que le firmara en una servilleta de papel o en cualquier otra cosa que tuviera a mano.

Se acercó a la librería recorriendo las dos calles que lo separaban del hotel y regresó por la noche del mismo modo, satisfecho de la gran afluencia de lectores y curiosos que se habían acercado a verlo. El éxito no le había hecho olvidar las primeras presentaciones, cuando era un desconocido, en las que habría podido contar las asistencias sin utilizar todos los dedos de las dos manos.

Truenos, rayos y agua, como si hubieran abierto las compuertas del cielo, le dieron los buenos días en su primer despertar en Baltimore. Pasó la mañana con una larga llamada telefónica a su editor y escribiendo la columna para el periódico del día siguiente.

Por la tarde, el cielo seguía derramando agua y las calles, con las alcantarillas incapaces de engullir todo el caudal, se convirtieron en riachuelos intransitables.

Sentado en el taxi que lo conducía a Ursula Books, en el extremo norte de la

ciudad, miraba a través del cristal de la ventanilla convencido de que esa vez le bastarían los dedos de una sola mano para contar a los asistentes, porque, ¿qué loco que no tuviera una verdadera razón de peso saldría de casa en una tarde como ésa? Sólo él, pero él se debía a sus lectores, ya fueran cien o uno solo.

El taxista se detuvo en doble fila, él pagó la carrera y salió, levantándose el cuello de la gabardina y bajando la cabeza para protegerse del agua. El nailon tenso y húmedo de un paraguas de pequeños cuadros azules se le pegó a la frente, cegándole.

—Lo siento —oyó decir a una dulce voz femenina.

Se apartó ligeramente y se quedó quieto, mirando el entramado de cuadros azules. Los segundos se eternizaron y todo se detuvo a su alrededor, hasta las gotas de lluvia quedaron suspendidas en el aire sin llegar a rozarlo. Mientras, ella, la dueña de la voz que creía haber reconocido, cerraba el paraguas, lo sacudía ligeramente y lo miraba para averiguar por qué estaba obstaculizándole la entrada al taxi.

—¡Elizabeth! —exclamó, asombrado y dichoso.

Ella entreabrió los labios, pero durante unos segundos no pudo emitir sonido alguno. No había esperado volver a verlo y, sin embargo, estaba ante él, el hombre al que amaba, a pesar de haber intentado con todas sus fuerzas no hacerlo. Y, además, la recibía con expresión radiante, como si durante los últimos seis meses no hubiera hecho otra cosa que buscarla. Por eso, mientras los dos se empapaban de lluvia, no podía hacer otra cosa que mirarlo y recordar las maravillosas tardes que había pasado a su lado.

—Qué sorpresa —dijo, cuando logró controlar la emoción.

El taxista los urgió a que entraran o cerraran la puerta, porque se le estaba inundando el taxi.

—¿Tienes tiempo para un café o cualquier otra cosa? —preguntó Ian, emocionado y sin soltar la portezuela del coche.

—No hay ninguna cafetería por aquí cerca... —respondió ella, incapaz de pensar con claridad—. Tendríamos que recorrer dos manzanas hasta Between Tea & Coffee, y...

... y no había aleros bajo los que protegerse. Los establecimientos comerciales eran edificaciones de una sola planta, sin más salientes que algún pequeño toldo, y las viviendas estaban separadas de las aceras por huertos o jardines.

Ian sonrió al advertir su atolondramiento, pero no reparó, aún, en que él era el responsable de esa torpeza. Para alivio del taxista, cerró la puerta dejando que se fuera.

—Dos calles es ahí al lado. —Se secó el rostro con la mano y lanzó un disimulado vistazo al paraguas que Elizabeth sujetaba con su mano derecha, cerrado.

—Sí, ahí al lado. —También ella sonrió para ocultar su sonrojo mientras lo abría con rapidez y lo colocaba entre ambos. No podía creer que el hecho de encontrarlo la hubiera bloqueado de esa forma tan absurda.

Entonces, él le pasó el brazo por la cintura, sin sospechar que el leve roce la haría

estremecer, y la condujo hacia la acera sorteando charcos. Después continuaron hasta Between Tea & Coffee, la pequeña casa victoriana pintada de blanco y azul, bien pegados el uno al otro para que el paraguas los cubriera.

Sentados junto a una de las ventanas en las que el viento estrellaba sin piedad las gruesas gotas de lluvia, hicieron breves comentarios sobre la inclemencia del tiempo mientras esperaban a que les sirvieran el expreso y el capuchino con crema que habían pedido. Elizabeth, más tranquila, le explicó que la planta baja estaba dedicada a las diferentes variedades de café y que la de arriba era un coqueto saloncito donde degustar más de treinta especies de té llegadas de diferentes partes del mundo, y que el placer se completaba con deliciosas pastas servidas en pequeñas bandejas de plata.

Cuando el camarero llegó con las finas tazas de porcelana, Ian aprovechó para observar a Elizabeth y comprobar que su sensación al verla deshacerse del impermeable había sido correcta: no era tan menuda como la había imaginado en el interior del enorme jersey masculino. Tampoco la recordaba tan hermosa ni tan mujer, a pesar de que había pensado en ella cada uno de los días que habían transcurrido desde que desapareció. Se dijo que tal vez era debido a que por primera vez la veía con el cabello suelto, rozándole levemente los hombros, y el rostro maquillado con sutil fineza. O quizás era su nuevo estado de ánimo, más visceral y terreno, muy diferente a cuando se dejaba seducir por el entorno natural y apacible de Crystal Lake.

—Creí entender que vivías en Washington —comentó cuando volvieron a quedarse solos.

—Y así es. Paso aquí unos días, visitando a unos amigos. —Sujetó con cuidado un mechón tras la oreja y tomó aire para preguntar—: Y tú, ¿qué haces tan lejos de Manhattan?

—Trabajar. Estoy presentando la novela que escribí en el lago.

—¿La que hacía que te olvidaras de comer, de dormir y casi de respirar? —preguntó sonriendo.

—Esa misma —respondió con idéntico buen humor.

Un trueno sonó como si se resquebrajara el edificio y los dos se volvieron hacia la ventana. Fuera, la tormenta arreciaba por momentos, pero dentro, al calor del local y del dulce aroma a café, Elizabeth observaba con disimulo el perfil de Ian. Un empapado mechón escapado de la coleta le rozaba la frente y ella hubiera querido tener la confianza necesaria para retirárselo. Pero nada le impidió imaginar que lo hacía, tocándolo con las yemas de los dedos, apartándolo con suavidad y despejando el armonioso y sereno rostro.

—He leído dos de tus novelas —confesó, para huir de sus desconcertantes pensamientos.

—¿Y...? —preguntó él con una amplia y fascinante sonrisa.

—Reconozco que me han gustado. —En realidad, le había impresionado el ingenio y la sensibilidad que derrochaba cada página y la sensualidad de la que estaba

impregnado cada párrafo hizo que, a medida que avanzaba en la lectura, se fuera enamorando un poco más de él.

—¿Puedo contarte ya entre mis lectoras?

—No te precipites. Dos novelas no son suficientes para que quiera entregarte mi fidelidad. —Soltó una breve risa, y él se quedó prendado de ese sonido, como tantas veces le pasó en los alrededores del lago—. Necesito leer al menos una tercera.

—Esperaré con impaciencia tu veredicto —le siguió la broma.

Un trueno, más fuerte y amenazador que ninguno de los anteriores, volvió a dejarlos en silencio. Ian enmudeció, pero siguió contemplando los hermosos ojos azules y recordando la última tarde que compartieron. «No te despediste», iba a decir, pero no le fue posible.

—Lamento no poder terminar siquiera el café —dijo Elizabeth, apartando la taza con cuidado—, pero se me hace tarde, y seguro que también tú tienes obligaciones.

—A mí me esperarán. —Ella ya se ponía en pie, y él la ayudó a colocarse el impermeable sin mostrar su decepción—. Me ha gustado verte de nuevo.

—También a mí me ha gustado verte —contestó, a la vez que se abrochaba los botones y lo miraba a los ojos, como si pretendiera llevárselos consigo.

—Permíteme que te pida un taxi...

—No es necesario. Aquí es fácil conseguirlos. —Echó una rápida ojeada a la mesa mientras se ahuecaba el pelo—. Mejor te tomas el café y haces acopio de calor y fuerzas para lo que te espera en la librería. —Tomó el bolso y el paraguas y suspiró—. Espero que triunfes con esta nueva novela igual que lo has hecho con las anteriores.

—La consideraré un triunfo sólo si logra seducirte a ti —aseguró en un susurro, lamentando que el encuentro hubiera sido tan breve y sintiendo la extraña necesidad de volver a verla.

Otra clara y nerviosa risa fue la respuesta de Elizabeth y también su despedida. Salió de allí con el corazón feliz y tembloroso, dispuesta a guardar el recuerdo de ese breve encuentro en el mismo espacio de su alma donde mantenía cada segundo que estuvieron juntos en Crystal Lake. No era mucho, pero era cuanto podía permitirse en esos complicados años de su vida.

Unas horas después, entraba en una librería del centro de la ciudad y pedía la última novela de Ian O'Connell. Le emocionó descubrir la bucólica portada de un esplendoroso otoño, con la difusa figura de una mujer caminando por la orilla de unas aguas doradas. *La mujer del lago*, leyó, y sintió que se le aceleraba el corazón, tanto como cuando leyó en la contraportada y se encontró con la imagen del autor, de medio perfil, con su personal coleta baja y los misteriosos ojos negros que parecían clavarse en los suyos.

Los dedos le temblaban cuando levantó la tapa y comenzó a pasar las páginas, devorando cada palabra escrita. Dos veces tuvo que leer la dedicatoria para asegurarse de que no la había imaginado: «A Elizabeth, la bella desconocida que me

inspiró esta historia. Ian O'Connell».

En el interior de The Book Escape, el acogedor establecimiento de libros nuevos y usados del 805 Light Street, Ian correspondía a los lectores que habían desafiado al frío y a la lluvia, para verlo y conseguir su firma, rubricando un ejemplar tras otro con suma amabilidad, personalizando con cariño la dedicatoria y entreteniéndose más de lo habitual con cada uno de ellos. Echó un vistazo por el espacio que dejaban las cortinas blancas recogidas a ambos lados de la ventana para constatar que la tarde seguía estando infernal. Agradecido, buscó con la mirada al siguiente en la larga hilera y sonrió con placer al descubrir a Elizabeth, que aguardaba con el bolso colgado del hombro, el paraguas de cuadros azul en una mano y su novela en la otra.

—No me pude resistir. Ayer compré tu libro y tenía que venir a darte las gracias. Nunca pensé...

—Soy yo quien debe agradecértelo —la interrumpió. Sus ojos brillaban cuando se inclinó sobre la mesa para acortar la distancia y susurrarle—: Nunca te lo dije, pero fuiste mi inspiración. Sin ti, esta historia no existiría.

—Me halaga saber que mi compañía te ayudó a crear algo tan hermoso —balbuceó, enrojeciendo emocionada—. Esta noche he disfrutado mucho leyéndola. —La dejó sobre la mesa, como había visto hacer a quienes le pidieron su firma, y suspiró nerviosa—. Es la culpable de que apenas haya dormido.

El inocente comentario aumentó las pulsaciones de Ian. No sabía qué tenía aquella mujer que lo hacía sentir bien, aun cuando los días en los que la necesitó para inspirarse quedaban ya lejanos. Tenía algo especial; lo tuvo durante el tiempo en que se recogía el pelo con descuido y se cubría con el viejo jersey, y lo seguía teniendo ahora que tenía un sofisticado y seductor aspecto.

—Entonces, ¿ya puedo contarte entre mis fans?

—Sin ninguna duda.

Compartieron una sonrisa cómplice antes de que Ian, consciente de los muchos lectores que aguardaban su turno, apartara la mirada para firmarle el libro. Levantó la tapa y escribió algo en la primera página. Al devolvérselo, sus dedos se rozaron levemente. Él, absorto como estaba en grabársela en las retinas mientras se despedían, no lo notó, pero ella sintió que su piel se erizaba, a partir de ese pequeño punto.

Tras darle una vez más las gracias y oírle decir que era él quien le debía más de lo que podía imaginar, salió a la calle, abrió el paraguas mientras descendía los dos escalones y avanzó apenas tres pasos para que no pudiera verla a través de la ventana. Se detuvo junto al escaparate de Tradestone Gallery, repleto de hermosos tesoros de Rusia, y leyó lo que le había escrito, como si fuera una continuación de la dedicatoria impresa: «Ya un poco más cercana. Gracias. Ian».

Una hora después, y sin que se la hubiera apartado del pensamiento, era él quien

dejaba la librería, se paraba junto a la puerta y se levanta el cuello de la gabardina mientras oteaba buscando un taxi. A través de la cortina de agua, vio que uno se acercaba desde Montgomery Street. Descendió con rapidez los dos peldaños y se acercó al borde de la calzada, levantando la mano para detenerlo.

Pero una voz, dulce y reconocible que sonó a su espalda, lo detuvo.

Inspiró hondo. Se reafirmó en que había algo en esa mujer que le gustaba, que le gustaba mucho, y empezaba a sospechar que a ella le ocurría algo parecido.

Se volvió despacio y se encontró con la hermosa Elizabeth parada en la acera, entre la roja fachada de Tradestone Gallery y la azul de la librería que acababa de abandonar.

—Espero que no consideres esto como una persecución, acoso o... o algo aún peor —dijo ella, atusándose nerviosamente el cabello y con esa sonrisa que a él lo dejaba absorto.

—Te agradezco que estés aquí —reconoció con sinceridad—. Creo que nos merecemos una despedida en condiciones, sin prisa.

Por un instante, contempló cómo la lluvia llegaba a ella, empujada por el viento, y cómo las brillantes gotas se colgaban de sus pestañas y se deslizaban por su rostro, encontrando cobijo breve y perfecto en el suave carmín de sus labios. Le fascinó apreciar cómo parecía beberlas con suavidad, para que otras resbalaran hasta ocupar ese espacio. Pero, en apenas unos segundos, abandonó la deliciosa visión y se movió para protegerla con el cuerpo y concederle un poco de alivio.

—Tal vez volvamos a vernos algún otoño en Crystal Lake —musitó agradecida.

—Tal vez —repitió él, deseando que fuera cierto, aunque con poca esperanza—. Pero mientras aguardamos a que eso suceda, ¿puedo invitarte a cenar o te esperan esos amigos tuyos?

—No es necesario. Sólo pretendía despedirme, ya que ahí dentro ha sido imposible hacerlo. —Señaló con los ojos la librería.

—Deja al menos que te acompañe al hotel.

—Te lo agradezco, de verdad, pero tomaré un taxi.

—¿En cuál de los maravillosos hoteles de esta ciudad te alojas? —insistió, con cautivadora decisión.

—En el Plaza —respondió bajito—. Y si insistes en acompañarme, me harás sentir mal. Mi intención ha sido despedirme y agradecerte el precioso regalo que me has hecho con este libro.

Ian se alegró de que, finalmente, fuera ella quien se pusiera en la posición de no poder negarse.

—¿En una acera y bajo la lluvia? —Sonrió seductor y alegre—. Si de verdad quieres agradecerme, el modo perfecto sería aceptando cenar conmigo esta noche.

Ella se mordisqueó los labios, dudosa. Se moría de ganas de responder con un sí, aunque sabía que no podía hacerlo, era consciente de que debía alejarse cuanto antes para no acrecentar el sentimiento que terminaría rompiéndole el corazón.

Pero cuando él le suplicó con una mirada tierna, mientras para protegerla a ella dejaba que la lluvia le empapara la espalda, no encontró fuerzas para volver a negarse.

No hubo ninguna doble intención en Ian cuando propuso el restaurante Blue Swan, cercano a donde se encontraban y también a su hotel. Sencillamente, no conocía la ciudad, y durante la comida con su jefe de prensa le había gustado tanto la sencilla decoración como la refinada cocina. Lo que no sabía era que, por las noches, en el Blue Swan se bajaba la intensidad de las luces y un pianista interpretaba en directo dulces y sosegadas melodías.

—¿Cómo es ese pueblo que abandonaste para venir aquí?

—Verde, muy verde. —Pinchó con el tenedor el trozo de apio más verde de su ensalada Waldorf y se lo mostró, divertida, pero terminó ladeando la cabeza con ensoñación—. Y azul. Yo vivía en las afueras, en una casa pequeña. En la parte trasera había un gran roble que...

—Te puede la nostalgia —dijo, cuando ella se quedó en silencio—. ¿Vas allí con frecuencia?

—Es complicado.

—¿Por qué?

—Porque es complicado —repitió con decisión—. Y tú, ¿siempre has vivido en Manhattan?

Durante unos segundos, Ian no respondió. Se quedó mirándola, preguntándose por qué había reaccionado de esa manera, qué complicación podía tener visitar su país, aunque sólo fuera de vez en cuando.

—Siempre —respondió, aún pensativo—. Los antepasados de mi padre llegaron a Nueva York en un carguero irlandés, en 1847 y, desde entonces, vivir en Manhattan se convirtió en una tradición casi sagrada. El único que osó saltársela fue mi padre, cuando, tras jubilarse, compró un rancho en Laredo, en Texas. Mi madre adora ese lugar fronterizo con México —dijo riendo mientras seleccionaba en la ensalada un pequeño trozo de manzana roja y otro de nuez pelada.

—¿Eres hombre de tradiciones?

—Depende. Hay tradiciones que merecen conservarse y otras que te convierten en esclavo.

—¿Como por ejemplo?

Ian dejó los cubiertos sobre el plato y lo retiró ligeramente para mirarla tan sólo a ella.

—Las que te obligan a ser quien no eres —señaló, sin reparar en lo que esa frase provocó en Elizabeth—. En mi familia, los hombres de las últimas generaciones han sido médicos de diferentes especialidades. Mi padre, sin ir más lejos, fue un reputado cirujano plástico. —Se frotó el mentón, en el que le comenzaba a sombrear la barba

—. Yo, sin embargo, soy la oveja negra que se atrevió a estudiar periodismo y se convirtió después en escritor.

—Seguro que están muy orgullosos de tus logros —dijo, con un tono de admiración que a él no le pasó desapercibido.

—La verdad es que sí, pero no fue fácil al principio. —Recordó la decepción de su progenitor, los primeros disgustos, los duros enfrentamientos—. Me costó que entendieran que no estaba traicionándolos, sino viviendo mi propia vida.

—Vivir la propia vida es importante, aunque, a veces, para conseguirlo te veas obligado a renunciar a muchas cosas.

—Como en tu caso —comentó en voz baja—. Hemos compartido muchos paseos, muchas conversaciones frente a una taza de café y prácticamente no me has contado nada de ti, exceptuando que lo dejaste todo por alguien.

—Conoces el acontecimiento que cambió mi vida y eso ya es mucho.

—Soy consciente de que siendo escritor de novelas de amor debería saberlo, pero confieso que no imagino lo que debe ser encontrar ese sentimiento para siempre.

—Pocas cosas son para siempre.

—En tu caso deberían serlas —dijo, sin poder contenerse—. Cuando una mujer como tú lo deja todo por alguien, ese alguien debería serle fiel eternamente.

—Eso es demasiado tiempo —bromeó, a la vez que bajaba los ojos y cogía su copa de vino, poniendo especial cuidado en que no se le notara el temblor en los dedos.

Pero ya era tarde para disimulos. Para entonces, Ian ya había comprendido el origen de su conversación atropellada y de sus silencios, de sus disimuladas miradas y de sus ojos huidizos, de sus sonrojos. Solía ser más rápido en diferenciar la admiración que causaba el escritor del deseo puramente carnal que provocaba el hombre. Pero las circunstancias en las que la había conocido fueron tan desconcertantes como lo era ella misma y eso había bloqueado su parte seductora y canalla, que ahora despertaba. Esa parte que disfrutaba ante el desafío de conseguir a cualquier mujer que le apeteciera y gozaba de cada segundo de refinado cortejo con el que iba deshaciendo las defensas femeninas, aun cuando la presa escogida se le resistiera hasta el último momento. Porque, si la culminación de llevarse a la cama a la mujer codiciada era grandiosa, saborear ese placer de la anticipación mientras iba ganándosela con sutileza era algo que excitaba sus sentidos.

—No hay nada tan fascinante como una mujer hermosa que no sabe que lo es —musitó, rozándole levemente la mejilla con el dorso de los dedos.

Y la sonrisa torpe con la que Elizabeth le agradeció el cumplido comenzó a templarle la sangre, pero no la razón. Hizo gala de la seducción más sutil y perfecta, la más paciente, la de apariencia más inocente y también la más segura. Porque esa vez, conquistar se convirtió, más que en un reto, en una imperiosa necesidad de tener a esa atractiva y delicada mujer sudorosa y jadeante entre sus brazos, entregada a cualquier cosa que él quisiera hacerle.

Entre conversación relajada, miradas, sonrisas y copas de buen vino, fue acariciándole los dedos al hacerle confidencias, apartándole algún mechón del rostro cuando era ella quien hablaba y él la miraba con adoración, y hasta rozándole los labios con la disculpa de quitarle inexistentes restos de la tarta de arándanos que les sirvieron de postre. La satisfacción que lo llenó al notarla temblar bajo su contacto no fue comparable a nada que hubiera sentido hasta entonces. Tal vez, pensó, porque a ninguna de sus muchas conquistas la había analizado tanto antes de desearla.

Cuando salieron del restaurante, el vino que él había cuidado que a ella no le faltara en su copa había cumplido su cometido. Los dos estaban relajados y desinhibidos, aunque con el corazón apresurado por lo que pudiera suceder a partir de ese momento. Al pisar la acera, todavía húmeda pero ya sin charcos, Ian miró al cielo, negro y sin luna ni estrellas, y extendió los brazos.

—¡Por fin ha dejado de llover! —exclamó, mostrando entusiasmo—. Comenzaba a creer que volvería a Manhattan cubierto de escamas.

Ella se echó a reír y continuó andando, con el bolso colgado del hombro y el libro y el paraguas en la mano derecha.

Ian se le acercó por detrás, le pasó el brazo por la cintura y la pegó contra sí como si lo hubiera hecho cientos de veces. La sintió tensarse, pero no la soltó, porque estaba seguro de que ella no quería que lo hiciera. Se detuvo, dispuesto a no ceder ni un milímetro del terreno conquistado, la tomó de la barbilla y le volvió el rostro para poder mirarla a los ojos. Le pareció que contenía la respiración, anhelante y temerosa, como si supiera lo que iba a ocurrir y deseara que ocurriera. Y entonces fue él quien perdió el aliento. Se inclinó, despacio, y besó con recatado pero posesivo ardor sus labios.

CAPÍTULO 7

Tras una noche inolvidable

Despertó con un extraño sentimiento de desprotección, no sabía de qué; con una incómoda punzada de culpa, y se mantuvo inmóvil, con los ojos cerrados tratando de identificar qué le provocaba esas abrumadoras emociones. Inspiró hondo y, de pronto, sintió que lo invadía el suave y sensual olor a atardecer de Elizabeth.

Elizabeth...

Un oleaje de sensaciones lo sacudió por dentro al recordar que la tenía al lado, descansando de la agitada noche que habían compartido. Abrió los ojos despacio. Comenzaba a amanecer y la débil luz de la mañana se colaba con libertad por la ventana en la que estaban descorridas las cortinas, cruzaba el pequeño salón de estar y alcanzaba el dormitorio. Le costó volverse a mirarla. Pre sentía que, de alguna forma, ella era la causa de su inexplicable malestar y eso no concordaba con nada que hubiera sentido tras una noche con cualquiera de sus conquistas. Por eso se tomó tiempo apresando aire, disponiéndose a mirarla y descubrir qué era lo que lo estaba inquietando. Pero al volverse para mirar su hermoso rostro o su dorado cabello revuelto, encontró la almohada vacía con la leve huella de su ausencia. Extendió el brazo y comprobó con decepción que las sábanas estaban frías.

Se incorporó y miró alrededor, buscando las ropas que los dos habían ido dejando caer al suelo. Localizó las suyas, iluminadas por los tenues jirones de luz, pero ni el más leve rastro de las de ella.

Saltó de la cama, se puso con rapidez los pantalones y se dirigió al cuarto de baño. Después, al pequeño recibidor, independiente de la suite, donde se enfrentó a la certeza de que estaba solo.

Regresó a la alcoba y se detuvo al notar bajo los pies descalzos su camisa blanca. Cerró los ojos y volvió a sentir los dedos de Elizabeth, nerviosos e imprecisos, soltando cada botón, apartando la tela y abriendo espacio para que sus labios le rozaran el torso con suavidad.

Resopló con lentitud, ebrio de nuevo por el placer que sus vehementes caricias le habían provocado. Le temblaban las manos. Recogió la camisa y se acercó a la ventana esperando que la embriagadora sensación desapareciera. Desde esa cuarta planta se abarcaba al completo el puerto interior de la ciudad, con sus lujosos yates atracados en los muelles. El barco-faro Chesapeake y el impresionante guardacostas *Cutter Taney* se preparaban para ser invadidos por bulliciosos visitantes.

Pero de nada le servía el lugar hacia el que orientara los ojos o al que tratara de prestar atención. Sus manos seguían temblando sobre la camisa, recordándole cómo habían vibrado hacía unas horas sobre la piel de Elizabeth, incendiándola a su paso

como a delicada seda rozada por la oscilante llama de una vela. «Ve despacio», le había rogado ella, con ojos encendidos de deseo, cuando él ya había asumido que necesitaba tomarla poco a poco. Había recorrido su cuerpo con lentitud, sin ninguna prisa, como lo hubiera hecho de haber dispuesto de toda una vida para descubrirla. Y ella le había respondido con la más apasionada entrega, con la más dulce que recordara haber recibido nunca.

Soltó la camisa y unió las manos fuertemente tras la nuca en un gesto de impotencia. Bajó la cabeza y se preguntó por qué las consecuencias del exceso de una noche lo golpeaban como la resaca de una gran borrachera; por qué le dolía el recuerdo; por qué le dolía cada surco que las caricias de ella le habían dejado en la piel.

Había desplegado sus mejores armas para seducirla y ahora tenía la amarga sensación de que el seducido había sido él, de que el abandonado estaba siendo él, de que quien deseaba que la aventura no hubiera terminado aún era, por primera vez en su vida, él.

Anochece cuando abandonó Phone Books, en pleno centro de Baltimore. Había sido una tarde agitada, con lectoras emocionadas y activas que suspiraban mientras les escribía la dedicatoria. Una firma de libros de las que denominaba «divertidas e imprevisibles» y que solían inflamarle ese ego masculino que no le flaqueaba nunca. Pero esa vez no había disfrutado. Lo ocurrido con Elizabeth y su raro estado de ánimo le invadieron hasta la última partícula del pensamiento.

Su trabajo había terminado. Con el tiempo justo para recoger el equipaje en el hotel y salir para el aeropuerto, se acercó a la calzada y detuvo un taxi. Entró y se dejó caer en el asiento trasero con gesto cansado.

—¿Adónde, señor?

No lo oyó.

Luchaba contra la necesidad de ir tras ella mientras se preguntaba qué era lo que le estaba desordenando las emociones que siempre había mantenido bajo control.

—¿Adónde le llevo, señor? —volvió a preguntar el taxista.

—Al hotel Plaza —respondió, temblando por dentro.

—¿A cuál de ellos, señor?

—¿Cómo? ¿Qué quiere decir?

—Tenemos tres Plaza en la ciudad. El Radisson Plaza, el Saint Paul Plaza y el Tremont Plaza.

Era el momento de atender a las señales, de aceptar que no debía ir a buscarla y continuar con lo que tenía programado, tomando el avión que en unas horas le llevaría a casa. Tal vez debería hacerlo. Pero el miedo a no averiguar a qué se debía la endemoniada confusión que lo inquietaba podía más que todos los razonamientos, que todos los presagios. Miró por la ventanilla, respiró despacio y trató de infundirse

calma.

—Lléveme al que nos quede más cerca y me espera mientras compruebo si es el que estoy buscando.

Dos horas después, otro taxi se detuvo en la calle Saint Paul, al borde del toldo negro con soportes dorados del Tremont Plaza, y el portero uniformado abrió la portezuela para que descendiera Elizabeth. Tras un saludo atento, accedió al hotel por la puerta giratoria y atravesó el *lobby* envuelta en el rítmico golpear de sus tacones sobre el mármol blanco. Se detuvo en la zona de ascensores, junto a una pareja de apacibles ancianos.

Cansada y deseosa de llegar a su habitación, no reparó en que alguien abandonaba uno de los cómodos sillones de la zona más discreta, entre las columnas revestidas de madera y pintadas en blanco, y se acercaba a ella.

Las puertas de uno de los ascensores se abrieron, Elizabeth dejó que pasara la pareja, luego lo hizo ella y apretó con descuido la tecla que correspondía al piso veinticuatro. Apoyó la espalda en la pared de espejo, en el ángulo del fondo, y de pronto contuvo el aliento, consciente de que, sin ese apoyo, las piernas no la hubieran sostenido.

Ian entró justo cuando las puertas comenzaban a cerrarse. Se acercó a ella con su irresistible y seductora sonrisa, pero sin la seguridad que se esforzaba en aparentar. Por primera vez iba a buscar a una mujer con la que ya se había acostado y por la que sentía más interés que antes de hacerlo. Por primera vez, desplegaba sus dotes de seductor para conseguir no sabía qué, pero desde luego no sólo unas simples horas de sexo. Por primera vez, sentía que su forma decidida de relacionarse no le serviría ante una mujer.

—Has olvidado despedirte esta mañana —dijo, adoptando un tono despreocupado.

Ella inspiró con disimulo.

—Dormías profundamente. No he querido despertarte.

No pudo creerla. Era evidente que había esperado a que se durmiera para salir huyendo, pero ¿por qué? Las mujeres nunca abandonaban su cama de esa forma. Él sí. Él lo había hecho a veces.

Apoyó el hombro en la pared, junto a la hilera de botones, y contempló el hermoso rostro como si pretendiera encontrar en él las respuestas a todas sus preguntas. Pero mirarla tan sólo aumentó su confusión.

—Pareces cansada —dijo preocupado, al advertir sus marcadas ojeras.

—Ha sido un día intenso —aseguró, cuando la definición adecuada hubiera sido demoleedor, deprimente.

—Las noches intensas a menudo desembocan en días intensos —susurró, con doble y tierna intención, a pesar de su inseguridad y de sus nervios.

Ella apretó más la espalda contra el cristal, sintiéndose acorralada y deseando que apartara los ojos. Su incomodidad de no saber hacia dónde mirar acabó en la primera parada, en el piso veinticuatro. Se deslizó hacia un lado para no rozarle, saludó a los ancianos, que ni un momento habían dejado de observarlos con curiosidad, y salió al pasillo.

Ian la siguió.

—¿Qué quieres? —preguntó, tras volverse hacia él, despacio—. ¿A qué has venido?

Allí estaba la maldita pregunta que él mismo se hacía y para la que aún no encontraba respuesta.

—A verte —dijo, cada vez más inseguro—. No pensé que eso pudiera molestarte.

—No lo hace. —Se atusó el pelo, incómoda—. Pero tengo la sensación de que pretendes continuar donde lo dejamos y eso no va a pasar.

—¿Qué es lo que no va a pasar? —preguntó, con la esperanza de no haberla entendido.

—No volveré a acostarme contigo. No... Lo siento —se tomó un segundo para dar con palabras que no lo hirieran—, pero no necesito añadir otra complicación a mi vida, ya que...

—¿Complicación? —repitió desconcertado—. No entiendo qué pasa. ¿Qué ha cambiado desde anoche?

—No se trata de eso. Y no insistas más, por favor. Sólo quiero que te vayas y me dejes tranquila —dijo comenzando a alejarse por el pasillo.

Cuando Ian pudo reaccionar, fue tras ella, la adelantó y trató de retenerla poniéndose enfrente.

—Esto es una locura. —Elizabeth no se paró y se vio obligado a caminar de espaldas—. ¿He hecho o dicho algo que te haya molestado...?

Ella continuó avanzando, con la cabeza baja para no enfrentarse a sus ojos. Se arrepentía de haberse dejado llevar por la emoción y el vino la noche anterior, en especial al verlo insistir, cuando, sabiendo lo que sabía de él, había esperado que no lo hiciera.

—Sólo te pido que lo hablemos —aclaró Ian mientras seguía retrocediendo de espaldas—. Quiero entender por qué has cambiado de esta manera.

La inexpresible actitud con la que ella siguió ignorándolo lo hizo reaccionar. Se le enfrentó con brusquedad, forzándola esta vez a detenerse.

—¡Ya está bien! —exclamó contrariado—. No hagas que me sienta un imbécil. Al menos mírame cuando te hablo. —Ella trató de continuar, y él estalló volviendo a cortar el paso—. Bastaría con que me dedicaras una milésima parte del interés que pusiste anoche, mientras te abrías de piernas para mí. —Y al instante se mordió los labios, deseando no haber cometido esa estúpida torpeza.

El dolor estalló en las entrañas de Elizabeth. Su mano abierta cruzó el aire con tanta rapidez que Ian sintió el impacto en el rostro sin que hubiera tenido ninguna

posibilidad de apartarse o detenerla. Le sorprendió su arrebatado de orgullo. Se llevó la mano a la mejilla a la vez que se esforzaba por poner una sonrisa cínica en sus labios. Había sido un buen golpe. Probablemente el más fuerte y apasionado que una mujer le había dado nunca.

—¡No sigas por ahí o te juro que...! —comenzó a exigir Elizabeth, rogando por que el bofetón, que tanto le había dolido darle, le hiciera irse.

—¿Qué me juras? —Avanzó mientras se acariciaba el escozor de la piel.

Ella se hizo a un lado para evitarlo, pero en dos únicos pasos, se encontró con la espalda pegada a la pared. Él apoyó el antebrazo junto a su cabeza, con los dedos rozándole el cabello.

—¿Qué me juras? —volvió a preguntar con suavidad, roncamente, acercándose hasta oír el acelerado sonido de su respiración, preguntándose qué tenía esa mujer para que, a pesar de su inesperada aspereza, se muriera de ganas de comerla a besos.

—No me gusta lo que estás haciendo, Ian —dijo, confundida ante su turbadora cercanía.

—Ayúdame a entenderte —rogó, acariciándola con la voz y la mirada—. Quiero hacerlo. Llegué a pensar que lo de anoche fue bonito para los dos.

—¡Sí! —soltó para defenderse de la debilidad que su ternura le provocaba—. Si eso es lo que quieres oír, sí, me gustó. Estuviste perfecto. Es un problema que tengo: los hombres que me gustan por las noches, suelen decepcionarme por las mañanas. Debe ser que los elijo pensando en sus cualidades como amantes y no en su valía como personas.

Hubiera preferido una decena de sus enérgicas bofetadas, una tras otra, aunque para recibirlas hubiera debido cometer una cadena de imperdonables torpezas. Le hubieran dolido menos. Pues esas palabras fueron como un insulto a esa dignidad que nunca le había preocupado. Y a su hombría. Porque, a pesar de su dilatada experiencia en aventuras, por primera vez una mujer lo trataba y lo despedía como él había hecho en incontables ocasiones.

Se apartó y con el puño cerrado se golpeó dos veces la palma abierta de su otra mano. Lo hizo para controlar las ganas de aporrearse la frente contra la pared hasta que se le aclarara el pensamiento y descubriera qué maldita cosa estaba buscando allí.

—Amantes... —repetió con un gesto cínico—. Uno diferente cada noche, por supuesto. —Inspiró hondo, tratando de que ella no advirtiera su irritación—. Pudiste decírmelo desde el principio. ¿O es que te divirtió dejarme creer que era yo quien te seducía?

—No creo que tú vayas siempre adelantando tus auténticas intenciones. La verdad es que no entiendo qué te molesta tanto.

—No me molesta. Todo lo contrario —mintió con orgullo—. Esto termina con mi problema de no saber cómo tratarte. —Se acercó, mostrando seguridad—. Ahora sé que lo puedo hacer de igual a igual, como con cualquiera de las mujeres a las que me he follado antes que a ti.

Las últimas palabras las susurró con arrogancia y pegado a sus labios. La sujetó por la nuca con ambas manos y le invadió la boca con un ardor posesivo e impaciente, sediento de sus besos. Dispuesto a no soltarla hasta dejarla sin aliento o hasta que a él le faltara el suyo. Porque ese era el modo, pensó atropelladamente. El que debió utilizar con ella desde el principio. El de hacer que se inflamara hasta que le suplicara que no se detuviera.

Pero Elizabeth sabía lo que quería, o más bien lo que no quería. No quería convertirse en su juguete de una noche. Ni de dos. No quería humillarse quedándose a su lado hasta que él se cansara y quedarse después cargada de motivos para despreciarlo. No quería, pero de haber estado dispuesta a esa indignidad, tampoco se habría sentido con la libertad de hacerlo.

Incapaz de separarse ni para tomar aire, colocó las palmas abiertas sobre su pecho y empujó con todas sus fuerzas.

—¿Qué parte del «no volveré a acostarme contigo» no consigues entender?

—¡No consigo entenderte a ti! —gritó su desengaño—. Podías haber sido clara desde el principio. Eso habría evitado que perdiéramos el tiempo, tú esperando a que fuera yo quien te llevara a mi cama, y yo viniendo hasta aquí para averiguar qué te había pasado. ¡Me siento imbécil! —exclamó resentido—. Y no entiendo que te comportes como una puritana ofendida cuando en realidad eres una...

—Yo también puedo ofenderte —lo interrumpió con rabia—. Pero no voy a decir cosas de las que después me arrepienta.

Ian alzó una ceja, con un gesto de cínica incredulidad, resistiéndose a aceptar que eso le estuviera pasando a él. Y aun así, aguardó a que ella dijera algo que volviera a cambiarlo todo, hasta que percibió su intención de no seguir hablando.

Retrocedió, silencioso para no herirla de esa forma irreparable que ella parecía temer. Él ya estaba herido. Herido en su dignidad, en su orgullo. Herido de impotencia y frustración. Herido no sabía bien de qué, ya que una mujer era siempre una mujer, una noche era siempre una noche, y él llevaba la vida entera disfrutando de mujeres y noches que no le habían dejado ninguna huella, menos aún heridas o frustraciones. No sabía qué iba a pasar con ese malestar incomprensible que llevaba dentro, pero si ella pedía silencio como despedida, silencio iba a tener. Siempre se le había dado condenadamente bien satisfacer a mujeres hermosas sin que para ello necesitara entenderlas.

Elizabeth dejó escapar el aire cuando lo vio girar sobre sus talones y dirigirse al ascensor, pero no experimentó ninguna sensación de alivio, sino un dolor profundo e intenso. Aguantó el deseo de llorar mientras miraba su espalda por última vez y después se alejó por el pasillo. Le había desaparecido la tensión, el despecho, la necesidad de defenderse, y ahora le afloraban a un tiempo todos los hermosos sentimientos que Ian le provocaba, todo el amor que por él sentía.

Se detuvo, aguardó hasta recuperar fuerzas y se volvió despacio. Él seguía allí, parado junto al ascensor, y ella se quedó mirándolo. Podía irse sin más, se dijo. Podía

correr hasta su habitación y llorar hasta quedar exhausta. Pero había algo que le pesaba más que el deseo de esconderse junto a su pena: por muy canalla seductor que él fuera, no merecía las malas formas que había utilizado para alejarlo de su vida. Además, le costaba dejarlo marchar creyéndola una mujer sin sentimientos. Pensaba que la olvidaría nada más alejarse, pero aun así, quería que si en algún resquicio de su memoria quedaba un poco de ella, fuera al menos un recuerdo amable.

Abrió la boca para llamarlo, pero las palabras no sobrepasaron su garganta. Pensó que no estaban en el lugar adecuado ni en el momento adecuado, ni el ánimo de ninguno de los dos era el más adecuado.

Mientras tanto, Ian insistía en pulsar el botón iluminado, como si no supiera que hasta que no se apagara, el ascensor no estaría a su disposición. Le urgía salir de allí, dejar de notar la presencia de Elizabeth y comenzar a calmarse.

La luz se apagó mientras él oprimía el botón sin cesar, y a la vez que se encendía de nuevo para indicar que el ascensor acudía a su llamada, sintió que alguien hurgaba en el bolsillo de su chaqueta. Se volvió despacio, seguro de que no podía ser nadie más que ella.

—Llámame —le rogó Elizabeth mientras se alejaba caminando hacia atrás—. Por favor, Ian —añadió nerviosa—. Podemos hablar de todo esto cuando estemos más tranquilos.

Se metió la mano en el bolsillo y rozó con los dedos los pliegues de un pequeño trozo de papel. No tenía que verlo para saber que era su número de teléfono. Asintió con un movimiento de cabeza, en silencio, como ella quería y como él deseaba hacer en ese instante, y se volvió hacia el ascensor, que lo aguardaba con las puertas abiertas.

CAPÍTULO 8

Cuando el corazón tiene motivos que la razón no entiende

El sol brillaba en el cielo de East Hampton, hermosa y privilegiada zona al este de Long Island. La majestuosa mansión de los Stanford se preparaba para el gran acontecimiento que se repetía con cada nueva generación: el enlace matrimonial de la heredera. No había un lugar que representara con más rigor el poder de la familia que ese casi palacio de estilo colonial construido a mediados del siglo XIX, coincidiendo con los años más esplendorosos de la isla, en los que las familias más adineradas de Esta dos Unidos levantaron allí sus casas de verano.

Rodeada por más de diez hectáreas de cuidada vegetación con amplias arboledas, era el límite donde morían los jardines y el césped lo que realmente cortaba el aliento: una hermosa playa de fina arena blanca, bañada por las frías y limpias aguas del Atlántico.

Con los ojos clavados en ese océano azul, Audrey y Jennifer reían, con los antebrazos apoyados en la regia balaustrada de piedra y los cabellos, dorados como el amanecer el de una y negros como la noche los de la otra, danzando al viento.

—Por eso me gustan más sus besos al despertar —decía Jennifer—, porque no saben a nicotina. Aunque... —volvió a reír— también me encanta cuando me besa mientras sujeta un pitillo entre los dedos y al final lo deja caer porque no puede apartarse de mi boca.

—Tenemos hombres a cual más apasionado —comentó Audrey, poniendo los codos en la baranda y posando la barbilla en las manos—. ¿Crees que estaremos a la altura?

—¿Estarán ellos a la nuestra?

Volvieron a reír como si fueran adolescentes emocionadas ante la novedad del sexo. Preparar los detalles del casamiento a menudo las llevaba a comentar si esa primera noche de bodas sería diferente al resto de las que ya habían compartido. Y, por unos momentos, Audrey envidiaba a las novias que llegaban a ese momento vírgenes y expectantes.

Contempló de nuevo el jardín, a sus pies, y preguntó por enésima vez:

—Entonces, ¿dónde deberíamos colocar la carpa?

—En el centro —respondió Jennifer con paciencia—. De ese modo, el sendero de piedras que conduce a la playa te hará de camino que te lleve al altar. Y los invitados te admirarán boquiabiertos, sentados en sus sillas y con sus lujosos zapatos pisando la frescura del césped.

—Gracias —musitó, consciente de las veces que había oído la misma explicación—. Quiero flores blancas, como las que adornaban la catedral cuando te casaste con

Edgar.

—Lirios, rosas y flor de manzano —dijo Jennifer con ensoñación.

—Está pasando una temporada en casa, ¿no? —dijo por hecho Audrey, mirándola con complicidad.

—Sí. Y tenerlo durante tanto tiempo seguido es una gran novedad. Anda centrado con la exposición y ultimando los detalles del libro. Pero dentro de unos días comenzará a trabajar en la campaña del senador Thompson.

—Papá opina que tiene muchas posibilidades de salir elegido presidente. Si es así, es más que probable que tu marido entre a formar parte del equipo de la Casa Blanca.

—No aceptaría aunque se lo ofrecieran. Edgar es un espíritu libre —dijo Jennifer con admiración—. Trabajar en la campaña lo seduce por lo que tiene de novedad, de locura. Piensa que puede aprender mucho de la vorágine que envuelve ese mundo. Pero después volverá a su trabajo en solitario, a estar hoy aquí y mañana sólo Dios sabe dónde.

—Yo no podría soportar esa vida. Me moriría de pena y de celos. Los meses que Ian pasa en Crystal Lake son una agonía.

—Pero con cada regreso nos compensan por todos los minutos perdidos. —La miró sonriente—. ¿O no?

—Sin ninguna duda. —Audrey le devolvió una sonrisa satisfecha—. Aún sigue en Baltimore. Estaba previsto que volviera ayer por la noche, pero al parecer se le han complicado un poco las cosas. Como bien dices, me consuela pensar que en unos días lo tendré conmigo, esforzándose por pagarme este retraso como es debido.

Las risas volvieron a llenar el aire, entremezclándose con el sonido de las olas del Atlántico. Al cabo de unas semanas los sonidos serían bulliciosos, procedentes de los representantes de las más ilustres familias de Nueva York, de poderosos banqueros y prestigiosos abogados, de influyentes políticos y de la solemne marcha nupcial que acompañaría a los novios hasta el altar.

No prestaba atención al alboroto del que se iba llenando la cafetería Among Friends a esa hora de la tarde. Desde el día anterior no prestaba atención a nada que no fueran sus inquietantes pensamientos. Apenas había dormido y, ahora, al fondo del local, en el ángulo que formaban el rincón y la ventana que daba a Lexington Street, seguía haciéndose las mismas inadecuadas preguntas, repasando la misma patética escena, rememorando cada momento que había compartido con Elizabeth desde que la conoció. Había algo que probablemente lo ayudaría a entender qué era lo que le estaba pasando y estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para que esa opresión y esa duda no lo acompañaran el resto de su vida.

Miró hacia la puerta y después volvió su atención a la fina capa blanca en la que se habían convertido los dos centímetros de densa espuma de su cerveza. Ir a buscar a Elizabeth a su hotel había acentuado lo que fuera que le ocurría con ella y había

hecho que deseara más que nunca encontrar las respuestas. Por eso estaba sentado en ese café, esperándola de nuevo, con las emociones revueltas y con una idea que tan sólo unas horas atrás le hubiera parecido descabellada. Debía pensarlo bien, se repitió, haciendo girar el vaso sobre la superficie de madera. Decidir sin apasionamiento, con la cabeza fría, sopesando cada cosa que ponía en juego con esa decisión. Reflexionar con cuidado, como había hecho siempre, porque, además, esa vez el riesgo al que se exponía era inmenso.

Tan absorto y preocupado estaba que no la vio llegar. Levantó la vista cuando sintió que arrastraba la silla que quedaba a su derecha.

—Lamento el retraso —dijo ella tomando asiento.

Las manos le temblaban tanto como la voz, pero Ian no se dio cuenta. Prestó más atención al modo en que sujetaba el bolso sobre sus piernas, como si se preparara para salir huyendo en cualquier momento.

—No importa. Soy yo quien se ha adelantado. —Carraspeó y miró alrededor, buscando al camarero—. ¿Qué te apetece tomar?

—Nada, gracias.

Se revolvió inquieto en su asiento, comenzando a temer que nada fuera a salir como había esperado. Como había esperado o como había temido. Pues, a pesar de sus intentos de pensar en ella como en cualquier mujer de las muchas que ya había tenido, y a pesar incluso de que lo hubiera rechazado, tenerla cerca lo ponía nervioso.

—Me alegra que me hayas llamado —comentó Elizabeth—. Necesitaba disculparme por algunas de las cosas que te dije ayer.

—Yo soy el único que debe disculparse...

—No, por favor —pidió ella con dulzura—. Deja que me explique. —Él se excusó con un gesto para no seguir interrumpiéndola con palabras—. Ayer te dije cosas que no son ciertas. No voy por ahí seleccionando hombres con los que acostarme. No me gustan las aventuras de una noche y no quisiera que te marcharas pensando eso de mí.

Ian respiró satisfecho, sin caer en que, de haber sido ella la clase de mujer que insinuó que era, irse y olvidarla le hubiera resultado más sencillo. Pero de pronto volvía a ser la dulce y misteriosa joven que conoció en el lago, y eso le gustaba lo bastante como para no ser capaz de razonar con claridad.

—¿Y qué es lo que debo pensar? —preguntó inseguro—. Porque se supone que ése fue el motivo por el que abandonaste mi cama de aquella forma. Si no fue por eso, dime, ¿por qué lo hiciste?

—¿Qué más da eso ahora?

—Para mí es importante. Necesito conocer la respuesta.

Elizabeth lo contempló unos segundos en silencio. Después entrecerró ligeramente los párpados con un gesto de reproche porque le estuviera haciendo una pregunta innecesaria y a la que no deseaba contestar.

—Dímelo —insistió, sin comprender aún el motivo de su expresión.

—¿Qué quieres volver a oír?! —dijo con rabia—. ¿Que fue una noche maravillosa que recordaré siempre? Pues bien. Es cierto —concedió con franqueza—. Fue una noche maravillosa, pero sabes bien que nunca será nada más que eso. Lo sabes mejor que nadie —sentenció más calmada.

Y entonces, mientras se preguntaba si ella tenía su misma confusión, fue Ian quien hizo el gesto de entrecerrar los párpados, suplicando sin palabras que no siguiera por ahí, que no nombrara eso con lo que él no dejaba de martirizarse.

—Eres un hombre comprometido y dentro de unas pocas semanas serás un hombre casado —aclaró al fin lo que los dos sabían—. Ése es el problema. —Ian bajó la cabeza, consciente de que sólo un estúpido trataría de rebatir algo tan rotundo y ella aprovechó para levantarse, despacio y sin ánimo—. Es por lo que debemos terminar con esto antes de que nos hagamos daño —añadió con ojos enrojecidos por las lágrimas que no le brotaban—. No eres de los hombres que insisten ni buscan, Ian. No lo seas conmigo. Hemos compartido una bonita noche; olvídala, como haces siempre —concluyó, comenzando a irse.

Y él reaccionó de pronto. Aceptando en un segundo lo que durante horas había tratado de analizar con la mente fría. Porque Elizabeth parecía deseosa de quedarse, tal vez para tratar de comprender un enredo de emociones similar al suyo.

La sujetó con firmeza de la muñeca y alzó los ojos hacia ella.

—¿Y si no lo estuviera?

—No... no te entiendo —titubeó sorprendida.

—¿Y si no estuviera comprometido?

—¡No digas eso! —ordenó, con el corazón latiéndole en la garganta a la vez que se volteaba para escapar y no exponerse a la tentación de escucharlo.

Pero él no la soltó.

Se puso en pie y se colocó de frente, cortándole el paso, decidido ya a poner en riesgo su futuro, sus emociones y hasta su alma.

—Espera, por favor —pidió inquieto—. Ahora soy yo quien te ruega que me escuches.

CAPÍTULO 9

Quédate conmigo

La rotunda negativa de Elizabeth no le hizo desistir. Sabía que debía hacer la maleta y regresar a casa, a los brazos siempre dispuestos de Audrey, pero no podía hacerlo. No antes de averiguar qué era eso tan implacable que estaba sintiendo y saber si a ella le estaba ocurriendo lo mismo. La infatigable tenacidad irlandesa que salvó a sus antepasados de la miseria y de la muerte, no le permitía rendirse hasta haber agotado todos los recursos. Nunca lo hacía. Por eso, al día siguiente la aguardó en el hotel, dispuesto a rogarle que esa vez no lo rechazara sin haberlo escuchado.

Se acercó a ella en cuanto la vio salir del ascensor, hermosa, elegante y perfecta, con unas gafas oscuras que ocultaban sus preciosos ojos azules. No pudo apreciar su expresión cuando pasó por su lado sin detenerse y rogándole con brevedad que no insistiera. Él se quedó allí, inmóvil en el centro del *hall*, tras haber consumido horas de espera para al final verla durante unos segundos y no poder pronunciar ni una palabra completa.

Pero su incansable tesón, y lo que fuera que sentía por ella, fueron más poderosos que todos los rechazos, que todas las humillaciones. Siguió esperándola, apostado unos ratos en el interior del hotel, otros caminando arriba y abajo de la calle Saint Paul, sin perder de vista la puerta giratoria que destacaba bajo el toldo negro, confiando en que si podía explicarse, Elizabeth acabaría aceptando.

Hasta la tarde siguiente, de nuevo en el *hall*, cuando su confianza en que lo conseguiría comenzaba a resentirse. Había tratado de obstaculizarle el paso para que se detuviera, para que al menos lo escuchara. Pero ella, segura de que si no se paraba él se apartaría, lo había rebasado y caminaba hacia la puerta.

—Por favor —rogó Ian contemplando su espalda—. Te prometo que no hablaré, que no trataré de convencerte de nada. Pero deja que te acompañe. Si no lo haces, volveré aquí mañana, y pasado; volveré todos los días que sean necesarios.

Ninguno reparó en que, tras el mostrador de recepción, los empleados, testigos mudos de todos los vanos intentos del escritor, los observaban conteniendo la respiración.

Elizabeth se detuvo, inquieta. Las defensas que había alzado ante él habían comenzado a debilitarse al descubrirlo esperándola. Y seguían deshaciéndose cada vez que pasaba por su lado y lo ignoraba, o cuando, al regresar, lo encontraba en el mismo lugar, insistiendo a pesar de sus desaires.

Él avanzó hasta quedar a su lado.

—Por favor —repitió, ahora en voz baja—. No estropeemos una bonita amistad por lo que hicimos una noche.

Se miraron en silencio durante un largo instante, con una extraña expresión que la curiosidad de ninguno de los presentes fue capaz de descifrar y, sin mediar palabra, salieron del hotel, por primera vez juntos.

A partir de entonces, las esperas de Ian no resultaron baldías. Sin preguntas, sin citas programadas, igual que cuando recorrieron los caminos de los alrededores del lago con la naturalidad de quienes lo han hecho siempre, comenzaron a hacerlo de nuevo, cambiando el suelo mullido de hojarasca por asfalto, y los grandes árboles de hojas doradas por edificios de hormigón. Volvieron a mantener entre sí aquella prudente distancia que evitaba roces casuales, volvieron a observarse cuando creían que el otro no miraba.

Siempre por las tardes.

Las mañanas, durante las que no faltó algún breve pero intenso chaparrón, Elizabeth las guardaba para sí, convirtiéndolas en un misterio por el que Ian no se sentía con derecho a preguntar. Él utilizaba esas horas para arreglar asuntos, escribir su columna para el *Daily News* y seguir preguntándose qué estaba pasándole a su vida; qué estaba haciendo con Audrey. Y terminaba sintiéndose tan mal, tan traidor e infiel aunque no se estuviera acostando con nadie, que la llamaba para tranquilizarla y descargar un poco de su mala conciencia.

Y es que, cuando estaba solo, le atormentaban las dudas. Quería a su prometida. La quería como siempre la había querido, como siempre creyó que se quería a una mujer, sin perder la razón o dejar de respirar al no tenerla cerca. Sin embargo, con Elizabeth estaba comenzando a sentir cosas diferentes, sentimientos que le aceleraban el pulso, le dejaban sin aire o le impedían conciliar el sueño.

Por las tardes, ni Audrey ni sus remordimientos de hombre infiel existían, pues cuando estaba con Elizabeth no podía mirar nada ni pensar en nada que no fuera ella. La examinaba con atención, como ya hizo en las intermediaciones del lago; memorizaba sus gestos, su risa y hasta esos silencios en los que sus ojos le contaban cosas que no entendía.

Esa tarde, su caminar sin rumbo los llevó hasta el barrio étnico de la Pequeña Italia, con sus pintorescas tiendas y sus típicos restaurantes que llenaban el aire de invitadores aromas a tomillo, orégano y albahaca. Y, cuando la luz comenzó a languidecer y las farolas a encenderse, ese tentador olor los condujo hasta el Aldo's, en South High Street, con su fachada beige, sus ventanas de marcos blancos y las dos banderas americanas ondeando sobre la puerta de madera con cristales emplomados.

Algo debió de ver en ellos el *maître* cuando, sin preguntarles en cuál de las estancias les apetecía cenar, los condujo, escaleras arriba, hasta el acogedor atrio donde cada una de las seis mesas estaba dispuesta para dos únicos comensales.

Un rincón romántico, de luz tenue, con un techo acristalado por el que mirar las estrellas era lo más apropiado para recordar una noche de pasión, no para olvidarla, como los dos fingían haber hecho. Y, mientras degustaban delicadas bolitas de chocolate recubierto de copos de maíz, recordaron cómo había terminado aquella otra

cena en la que el postre fue una generosa porción de tarta de arándanos.

Abandonaron el restaurante, bien entrada la noche, con un intenso sabor italiano colmándoles el paladar y un revoltijo de emociones inquietándolos desde el alma. Necesitaban un taxi que acercara a Elizabeth a su hotel y se dirigieron hacia las calles más amplias, donde éstos abundaban a la búsqueda de clientes. Caminaron despacio, manteniendo aún la distancia y midiendo cada palabra, como si sólo les interesara el sonido que sus pasos provocaban sobre las gruesas losetas de la acera.

—¿Has estado alguna vez en Italia? —preguntó Ian cuando doblaron la esquina hacia Trinity Street.

—En un viaje de estudios, unos meses antes de hacer la maleta para venir a la Universidad de Washington —respondió ella con la vista al frente, clavada en el atractivo edificio del Museo de Obras Públicas, antigua estación de bombeo de la ciudad, en sus cúpulas verde óxido y sus tejados de pizarra negra.

—¿Qué fue lo que más te gustó?

—Me resulta difícil elegir. Tal vez Florencia. Es bellísima. Cuando me encontré frente al *David* de Miguel Ángel casi me puse a llorar de la emoción. —Sonrió con timidez—. Y tú, ¿conoces Italia?

—Pasé allí unas semanas de vacaciones, con un amigo que lo fotografiaba todo; hasta las pizzas que comíamos. Pero yo sentí una emoción similar a la tuya cuando vi el cuadro de *El nacimiento de Venus*, de Botticelli. Me pareció una diosa bellísima —bromeó, pero no logró su objetivo de hacerla reír—. La verdad es que no me emocioné hasta el extremo en que tú lo hiciste —reconoció ya en serio—, pero todo aquello me impresionó profundamente.

—Tenía la sensación de que eras difícil de impresionar —ironizó ella.

—También yo lo he creído durante años. —Miró de soslayo su delicado perfil, callándose que ella había cambiado eso, que ella lo había impresionado hasta marcarlo como nunca hubiera imaginado que le marcaría nada ni nadie.

Un taxi paró junto a la acera. El chófer asomó la cabeza por la ventanilla abierta y les preguntó si necesitaban sus servicios. Ian asintió y le pidió con un gesto que aguardara.

Se detuvo, con el pulso acelerado ante la inminente despedida.

Ella aún dio dos pasos para ponerse frente a él. Y al verlo a esa poca distancia, con las luces de las farolas reflejadas en sus ojos negros, olvidó lo que iba a responder.

—Italia nunca me había parecido tan hermosa como hoy, al verla en tu compañía —bromeó Ian con una sonrisa—. Intuyo que sería fascinante recorrer el mundo entero contigo. —El semblante de Elizabeth se tornó adusto. Hundió las manos en los bolsillos de la chaqueta y alzó los hombros mientras a él se le desdibujaba la sonrisa—. Gracias por todo esto —siguió diciendo, más cauto, ordenándole con los ojos y la imaginación varios mechones despeinados.

—Gracias a ti —susurró bajito—. El taxi me espera —añadió, y se sintió tonta al

escucharse.

—Que tengas felices sueños —dijo él, también en voz baja, mirándola entrar en el coche y comenzando a restar el tiempo que le quedaba para volver a verla.

Al quedarse a solas, se llenó los pulmones de oxígeno y los vació con lentitud. Otro taxi se detuvo a su altura y él le indicó que continuara. Un par de kilómetros lo separaban de su hotel. Un par de kilómetros que necesitaba hacer caminando para sosegar el acelerado palpitar de su corazón y recuperarse de la emoción que le causaba tenerla cerca.

Como si se tratara de algo que habían discutido y acordado, no volvieron a compartir cenas, por creer que esa estrecha intimidad acabaría llevándolos a vivir otra noche apasionada que terminaría, no sólo con una bonita amistad, como la había denominado Ian, sino también con el recuerdo de los días que compartieron un otoño, y que quedaron reflejados para siempre en las páginas y en la dedicatoria de un libro. No eran conscientes de que sentirían esa intimidad a cualquier hora del día y en el lugar más concurrido de la ciudad, pues la llevaban consigo desde que se abrazaron, piel con piel, mientras unían sus bocas y entremezclaban sus alientos. Se limitaron a dar largos paseos por los barrios étnicos o las calles empedradas de Fells Point y a parar para tomarse un café o comprar un helado.

La mañana del domingo se dejaron atraer por el sonido de música de orquesta y acabaron en los jardines de la zona portuaria, junto al Maryland Science Center y su observatorio espacial, en medio de un concierto en directo. Con el fin de contemplar a los músicos, Elizabeth se sentó en uno de los extremos de un banco de piedra sin respaldo. Ian lo hizo a horcajadas, tras ella, para verlos por encima de su cabeza. La banda interpretaba entonces la *Serenata* de Schubert, que ellos escucharon absortos, aunque, a ratos, Ian dejó que su mirada recorriera, guiada por la dulce cadencia de la música, las suaves curvas que formaban los bucles del delicado cabello rubio. En otros momentos, inspiró despacio para llenarse del olor de los tibios atardeceres en el lago que ella desprendía.

—Mira —le dijo, señalando hacia arriba con el dedo.

Ella alzó el rostro, buscando entre las nubes, y siguió el vuelo de la cometa de colores hasta que se encontró con él, que la observaba desde atrás y desde lo alto.

Y el mundo entero quedó reducido a esos profundos ojos negros en los que, sin pretenderlo, se quedó enredada.

Fue un instante, apenas unos segundos en los que las dulces notas de Schubert convirtieron sus miradas en pura magia y estrecharon el espacio entre sus rostros sin que ninguno hubiera sido consciente de haberse movido.

A punto de rozarse, Ian tragó saliva y se humedeció los labios reseco, advirtiéndole de pronto que contemplarla en silencio le iba dejando sin aire y acercando de modo atrevido a su boca.

—¿Sabes que tus ojos son fascinantes cuando reflejan el cielo? —susurró con voz ronca.

Sin embargo, a ella le fascinó verse dibujada y perdida durante un segundo eterno en la negrura de los suyos. Pero al instante siguiente se irguió, dándole de nuevo la espalda mientras tragaba aturdida.

Ian no reaccionó con la misma rapidez, tal vez porque tuvo que asimilar la decepción y después hacerse las inevitables recriminaciones. Ella le había demostrado incontables veces que le incomodaban esos arrebatos de confianza, esas bromas o gestos de ternura. Sin embargo, él no siempre podía controlarlos. Lo intentaba, pero dejaba todas las fuerzas para contenerse en no besarla cuando le mataban las ganas de hacerlo.

No volvió a decir nada ni a seguir con la mirada el recorrido de los bucles de su pelo. Se aproximó hasta que pudo rozarlos levemente con el rostro mientras se llenaba los pulmones y el alma de su aroma, ya que, a pesar de no entender el motivo, le gustaba cómo tenerla cerca le provocaba esos temblores en el corazón.

Cada uno de los escasos encuentros fue especial, aunque recorrieran las mismas calles, se sentaran en los mismos bancos o entraran en el mismo café. Y fue especial porque, en cada uno, Elizabeth fue conociendo cosas de él que no aparecían en los libros ni se difundían en la prensa y que la acercaron un poco más al hombre solícito, sensible y tierno que siempre pensó que era. Y Ian, que apenas descubrió nuevos detalles de la vida de ella, fue detectando en cambio cosas que desconocía de sí mismo. Comprobó que le gustaba la forma, descarada a veces, en la que Elizabeth evitaba algunas de sus preguntas y que se habría pasado horas o incluso días enteros contemplándola con ese brillo mágico que le iluminaba los ojos.

Y esas risas y sonrisas que ella no siempre podía contener, fueron las que más difícil se lo pusieron a ratos. Porque la forma perfecta de sus labios y el modo en que se los humedecía cuando parecía nerviosa, le había incitado a besarlos algunas veces; en realidad, cientos de veces. Y no estaba acostumbrado a desear a una mujer y a no hacer nada para conseguirla. No estaba acostumbrado a la abstinencia. No estaba acostumbrado a disfrutar tanto con tan poco.

—¿Sabías que este buque transportó auxilio a Irlanda durante la Gran Hambruna? —preguntó Ian cuando pasaban frente al *USS Constellation*, la corbeta de tres mástiles atracada en el muelle 1 de Inner Harbor, que ya había contemplado desde la habitación del hotel.

Se detuvo. Ella se dio cuenta y se volvió hacia él para decirle:

—Sé que antes de la guerra civil se dedicó a interceptar el tráfico de esclavos en la costa de África y liberarlos.

—Después llevó alimentos para aliviar un poco el sufrimiento de los irlandeses, que morían a miles —le contó Ian—. Entre ellos y los que emigraron para no seguir

la misma suerte, la población se vio reducida a la mitad.

—¿Aquello fue lo que trajo aquí a tus antepasados?

—Sí, aquello fue. —El interés con que lo escuchaba lo emocionó y lo animó a continuar—. Ellos arribaron a Nueva York y otros lo hicieron a Canadá, Argentina o Australia, y los menos osados a Gran Bretaña. Mi padre me contaba la historia del *Constellation* cuando yo aún era un niño que no alcanzaba a entender la dimensión de aquel desastre ni que tuviera algo que ver conmigo.

—No quería que olvidaras tus raíces irlandesas.

—En nuestra familia es imposible olvidarlas. —Sonrió recordando las interminables lecciones de historia que le dieron tanto su padre como su abuelo—. Se supone que mi obligación como O'Connell es contarles a mis hijos todo lo que me contaron a mí, y hacerlos sentirse americanos con corazón irlandés.

—¡Qué bonito suena eso!

Ian frunció ligeramente el ceño y la miró con divertida severidad.

—Lo sabes todo sobre mí; sin embargo, yo sé bien poco de ti —le reprochó con cariño—. ¿Por qué eres siempre tan reservada conmigo?

—No soy reservada —se defendió—. ¿Qué quieres saber?

—Todo. Quiero saberlo todo. Ni siquiera me has dicho si terminaste tus estudios, si trabajas o...

—Nada más terminar la carrera de ciencias políticas, conseguí un puesto de asesora en marketing en una gran empresa farmacéutica —respondió de un tirón al tiempo que reiniciaba el paseo por el muelle.

—¿Te gusta lo que haces? —quiso saber, a la vez que se ajustaba a sus cortos pasos.

—Me gusta, sí, pero llevo... un tiempo fuera de servicio —dijo, con media sonrisa azorada—. Motivos personales y familiares me han hecho pedir una excedencia. Pero pronto volveré a trabajar.

—¿Motivos familiares? —preguntó, arrugando de nuevo el ceño, pero ella señaló hacia el buque-faro de Chesapeake, por cuya escalerilla ascendía en ese momento un ordenado grupo de turistas.

—¿Conoces algo de su historia? —preguntó—. Tengo entendido que fue faro en la desembocadura de la bahía de Chesapeake.

Pero Ian no cejó en su empeño de saber más de ella.

—Sí. Fue faro en la desembocadura de la bahía de Chesapeake. ¿Tienes hermanos? —añadió sin darle tiempo a reaccionar.

Ella apretó los labios para tragarse la risa. Después, el recuerdo de su familia la obligó a suspirar.

—Tengo tres. Dos hermanas y un hermano.

—¿Los ves a menudo o...?

—¿Podemos subir? —lo interrumpió con plena intención—. Me gustaría ver el buque por dentro mientras me cuentas su historia. ¿O ésta no la sabes? —lo desafió

con una sutil sonrisa.

—¡Te voy a hartar a datos! —amenazó, divertido, aceptando su reto.

Después rió, negando con la cabeza. Era buena cambiando de conversación cuando no quería hablar de sí misma, que era la mayor parte de las veces.

Se preguntó qué ocurriría si alguna vez Elizabeth dejaba de ser un misterio. ¿Perdería interés cuando no le quedara nada por descubrir? Era posible. Era muy posible que toda su obsesión naciera de la necesidad que sintió de saber de ella, mientras la observaba en el lago, y que le desapareciera cuando terminara de conocerla.

Poco podía imaginar que en unas pocas horas sus pensamientos dejarían de ser confusos, y que al fin entendería que ese amor vehemente que había descrito tantas veces y con tanto ardor, existía en la vida real, existía en Baltimore, existía en el interior de su propio e incrédulo corazón.

—Aquí hacen las mejores tortas de cangrejo de Maryland de toda la ciudad —dijo Elizabeth un rato después, cuando pasaban ante Cheesecake Factory, en pleno centro de Inner Harbor.

—¿Las has probado?

—No, pero he oído contar maravillas.

Ian, siguiendo uno de esos impulsos que antes de conocerla había tenido controlados, la tomó de la mano y la arrastró hacia el restaurante. Unos minutos más tarde, salían llevando ella un envoltorio de grueso papel marrón y él unas cuantas servilletas de papel blanco. Se sentaron en un banco de piedra, frente al atardecer, temiendo que los nubarrones que comenzaban a cubrir el cielo terminaran ocultando el sol y cogieron dos grasientas tortas entre los dedos.

—¡Asquerosamente deliciosas! —exclamó Ian tras el primer mordisco.

—¿Habías comido alguna vez así, en medio de la calle? —preguntó ella, con la boca llena de masa crujiente.

—¡Por supuesto! —contestó con entusiasmo—. Vivo en Nueva York y no se es un neoyorkino de pleno derecho hasta que no se ha comido un perrito con mostaza o se ha tomado un café en un vaso de polietileno de camino al trabajo.

—Yo vivo en Washington —se justificó Elizabeth riendo, confesando de ese modo que para ella sí era una excitante novedad.

El sol, perseguido por nubes oscuras, se fue ocultando tras los edificios, con el mismo brillo con el que desaparecía entre los árboles de Crystal Lake, dorando el agua del puerto con los mismos jirones con que pintaba la superficie del lago.

—La magia está en cualquier parte si estás con quien deseas estar —musitó Ian, y Elizabeth suspiró al pensar que eso era, exactamente, lo que ella sentía.

Continuaron sentados, contemplando ahora cómo las nubes negras terminaban de adueñarse del cielo. Y cuando el viento comenzó a soplar más frío, ella se anudó al cuello el suave pañuelo celeste con el que se lo protegía algunas tardes.

—¿Sabes que a esta ciudad se la conoce como ciudad del encanto? —preguntó

Ian, queriendo alargar cuanto pudiera esos momentos.

—He oído alguna vez esa definición —dijo, callando las muchas veces que la había recordado mientras recorría con él las calles—. Y también he oído motivos muy diferentes por los que la llaman así.

—Debe de ser por cosas como esos vendedores de Fudge Brownies que atraen a la clientela cantando blues con esa privilegiada voz afroamericana, por sus barrios del siglo dieciocho... —Rió al tomar conciencia de que estaba hablando por hablar.

—En Europa tenemos la ciudad de la luz —comentó Elizabeth—. ¿La conoces?

—París —pronunció como si recitara—. No la conozco aún, pero no quiero tardar en hacerlo. —Ladeó la cabeza, sonriente y cautivador, y susurró con fingido desconcierto—: ¿Me has hecho una proposición?

Esta vez, Elizabeth no pudo evitar echarse a reír, aunque sin volverse al notar que él la miraba con fijeza. Lo que no entendió era que lo hacía para grabársela riendo con esa claridad que a menudo trataba de provocar.

—De momento disfrutemos de la ciudad del encanto. —Volvió a reír mientras el cielo dejaba caer pequeñas gotas dispersas.

—Si ocurre como esta mañana, en unos segundos esto se convertirá en un intenso chaparrón —advirtió Ian, poniéndose en pie y asegurándose de que ella lo imitaba.

Embriagado aún por el melodioso sonido, miró alrededor al tiempo que se ahuecaba la chaqueta para alzársela por detrás y cubrirse la cabeza.

—¡Vamos! —exclamó, al localizar tras ellos la larga marquesina del Acuario Nacional, y se lanzó a la carrera para alcanzar con rapidez el refugio.

Aún llevaba en los oídos la risa de Elizabeth cuando, ya al amparo del techo de cristal, se volvió buscando sus ojos.

—Conseguiré un taxi que nos lleve a... —Las palabras murieron en sus labios y el corazón se le contrajo al verse solo.

Miró hacia la plaza y alivio y sorpresa lo invadieron a un tiempo.

Ella no había corrido tras él. Se encontraba aún junto al banco, con la cara hacia el cielo y comenzando a alzar los brazos para recibir la lluvia.

No podía creerlo. Jamás había visto a nadie hacer una cosa así. Las mujeres con las que trataba no hacían pactos con el diablo para estar siempre perfectas, porque no sabían cómo contactar con él. Ellas nunca expondrían su cabello, su carísima ropa de marca o sus exclusivos zapatos a las inclemencias del tiempo. Y había creído que Elizabeth tampoco.

Avanzó unos pasos y se paralizó al notar las gruesas y frías gotas en la cabeza y en el rostro. ¿Cuándo había hecho él algo como lo que estaba haciendo? Tal vez nunca. O tal vez sí y no lo recordaba debido a que ninguna de las veces pudo ser tan fascinante como ésta, en la que la belleza de una mujer, de esa mujer a la que nunca se cansaba de mirar, formaba parte del nostálgico milagro de ver llorar al cielo.

Volvió a avanzar, despacio, grabándose cada detalle de esa increíble estampa que no quería olvidar nunca: la chaqueta de Elizabeth mojándose encima del banco y ella

recibiendo la lluvia sobre su ligero vestido azul, la cintura aún seca, el modo en que el húmedo tejido se le pegaba a las caderas y a las piernas, y las gotas estrellándose contra el suelo y salpicando la delicada piel de sus zapatos, sin notar que a él mismo comenzaba a filtrársele el agua por el cuello.

Se detuvo a unos centímetros de su espalda y contempló absorto cómo, por un brevísimo instante, las gotas perlaban sus bucles dorados antes de disolverse y desaparecer. Inspiró y su aroma le llegó esta vez impregnado de nostalgia y de la cándida felicidad que desprendía por cada poro húmedo de su piel.

Y ya no pudo contenerse.

Rodeó con sus brazos la estrecha cintura y la atrajo hacia sí, desbordado de emoción, hundiendo el rostro en su pelo y descendiendo luego hasta alcanzar el pañuelo mojado y ceñido a su cuello.

Ella se sobresaltó ante el inesperado contacto, pero al momento sus labios dibujaron una sonrisa, como si sentir a un tiempo al hombre que amaba y la lluvia pegados a su cuerpo, estuviera colmando sus más secretos anhelos. Posó sus brazos sobre los de Ian y sus manos pequeñas en las grandes y fuertes que presionaban sobre su vientre, y cerró los ojos para susurrarle:

—Quédate conmigo esta noche. —Notó que él se quedaba sin aliento—. Necesito sentir tus abrazos durante toda la noche. Sólo eso. Sólo tus brazos alrededor de mi cuerpo hasta que amanezca.

Ian la estrechó con más fuerza, protector y tierno, confuso como jamás en su vida había estado, empapado de lluvia y de emociones, incapaz de explicarse toda esa locura y aun así deseando que no terminara nunca.

Pronto amanecería y Ian aún no había cerrado los ojos. Se le había adormecido el brazo derecho, pero no importaba. Seguía absorto, mirándola dormir tan pegada a él que no entendía cómo conseguía respirar.

Unas horas antes habían entrado en la habitación, él confuso, ella callada y temblando por fuera y por dentro.

—Abrázame fuerte —le había dicho al fin, mirándolo a los ojos.

El desconcierto paralizó a Ian al ver en su brillo una dulce y tierna indefensión, una súplica para que la protegiera de lo que fuera que estuviera temiendo. O tal vez no. Tal vez era similar desconcierto al que él sentía cuando la tenía a ella cerca.

—Abrázame —había repetido ante su sorpresa y su silencio—. Necesito que me abracés; sólo que me abracés fuerte durante toda la noche.

Y él, aun sin entenderla, lo había hecho. La había alzado del suelo y, acomodada en su pecho, la había llevado a la cama. La había desvestido sin prisa de sus ropas mojadas, arropado después con mimo, y se había acostado junto a ella, rodeándola con los brazos, protegiéndola no sabía de qué. Y, allí, entre las sábanas, embriagándose con su olor y notando su aliento en su torso desnudo, la había deseado

como no recordaba haber deseado jamás a nadie. Sin embargo, no había hecho otra cosa que mirarla dormir y oírla respirar.

Y mientras lo hacía, mientras el hormigueo le agarrotaba el hombro sobre el que Elizabeth descansaba, sintió que ésa era la noche más extraña y perfecta que había pasado nunca, compartiendo lecho con una mujer, deseándola hasta el tormento, pero sin tocarla de todas las maneras en que necesitaba hacerlo, sin pedirle que ella lo tocara a él de la forma en que ya una vez lo hizo. Se dijo que quería pasar muchas noches así, contemplándola dormir, viéndola despertar..., amándola. Ya que si eso que estaba sintiendo por ella mientras la abrigaba contra su piel no era amor como el que describía en sus novelas, se le parecía tanto que le asustaba. Le asustaba porque al fin entendía que su obsesión no desaparecería cuando lo hiciera el misterio que la rodeaba...

... porque al fin comprendía que se había enamorado de Elizabeth con ese tipo de amor para el que no existe cura ni redención.

CAPÍTULO 10

Tras la última llamada

—¿Por favor, quiere volver a mirar? —le pidió Ian al recepcionista del Tremont Plaza—. No tenía previsto marcharse todavía. —Resopló al recordarla diciendo que se quedaría toda la semana.

—No necesito hacerlo, señor. Ni siquiera necesitaba hacerlo una primera vez. Yo mismo le he pedido un taxi poco antes del mediodía. Cuando ha bajado, el coche ya la estaba esperando y el botones ha sacado su equipaje mientras ella liquidaba la cuenta.

Ian se pasó las manos por el cabello en un gesto de desesperación y miró hacia la entrada. A través de la sucesión de cristales de la puerta giratoria, distinguió al portero uniformado que se colocaba con esmero las solapas de la chaqueta.

Salió con prisa, casi a la carrera, creyendo aún que la información que obtuviera le permitiría ir tras ella y alcanzarla donde fuera que se hubiera escondido.

—Sí que la recuerdo, señor —aseguró el hombre con una sonrisa—. La he ayudado a subir al taxi y ha sido muy amable conmigo, como siempre.

—¿Qué dirección le ha dado al taxista? —preguntó, con la esperanza aún intacta—. ¿Ha dicho que la llevara al aeropuerto o a algún otro hotel de la ciudad?

—Eso no lo sé, señor. Nunca presto atención a las conversaciones de los huéspedes por...

Ian dejó de escucharlo. Miró hacia los lados, desorientado, perdido ante la repentina certeza de que había agotado las posibilidades de encontrarla.

Comenzó a alejarse por la calle Saint Paul, cabizbajo y con los hombros hundidos.

No entendía nada. ¿Cómo iba a hacerlo, después de que ella le hubiera pedido, con aquel dulce aire de desamparo, que la abrazara durante toda la noche; después de que él lo hubiera hecho, entregándole en esas horas más de sí mismo de lo que le había dado a nadie en toda su vida? Y nada extraño había ocurrido por la mañana. Al menos, no más extraño que cualquiera de los momentos que había pasado con Elizabeth desde que la vio por primera vez.

La había contemplado despertar, abrir despacio los ojos y sonreír con pereza al encontrarse de frente con los suyos. Había aguantado la respiración mientras ella le acariciaba con sus finos dedos la mejilla y se había mantenido quieto, absorbiendo la ternura de esa caricia, de esa mirada aún somnolienta.

—Buenos días —musitó, cuando ella dejó de tocarlo.

—Buenos días —repitió Elizabeth, sentándose en la cama.

Él se incorporó, apoyando el antebrazo en el colchón, y le sembró una cadena de

besos ascendentes por el centro de la espalda.

—Podría acostumbrarme a despertar a tu lado —le había susurrado, sin despegar la boca de su piel.

Ella no le había respondido. Se había quedado quieta, pensativa, para finalmente volverse a decirle:

—Tengo que irme. Volveré pronto.

—¿Por qué no te quedas aquí, conmigo? —susurró, a la vez que rozaba con los dedos la invisible huella que sus besos habían dejado en su espalda.

Ella suspiró despacio.

—De verdad, no puedo —dijo, a la vez que se levantaba.

Se acercó a la silla y palpó su vestido, extendido en el respaldo, para comprobar si estaba seco. Y comenzó a vestirse mientras él, callado, no se perdía ninguno de los naturales movimientos con los que fue cubriendo su espléndida desnudez.

Cuando el tejido azul descendió, ocultándole definitivamente la hermosa visión de su trasero y sus piernas, él siguió inmóvil, tratando ahora de toparse con su mirada.

—Voy a quedarme aquí, esperando a que vuelvas —musitó con suavidad, para no romper del todo el silencio en que la había estado contemplando—. Después de lo que hemos compartido esta noche, tenemos que hablar.

El corazón se le detuvo al verla volver hacia él la cabeza, balanceando los bucles dorados, y clavar sus fascinantes ojos garzos en los suyos. Los percibió chispear a la vez que sonreía también con la boca, mientras, sin decir una palabra, comenzaba a alejarse.

Y la había dejado ir, confiado en que a su regreso podría sumergirse en esos ojos llenos de esperanzadoras promesas y confesarle que al fin había comprendido qué era eso tan arrollador que estaba sintiendo por ella.

Sin embargo, la impaciencia con que la había esperado se había ido convirtiendo en desesperación. Porque ella no había vuelto y tampoco había cogido el teléfono ninguna de las incontables veces que la había llamado.

De todas las extrañas actitudes con las que lo había sorprendido, aquella de su última repentina desaparición era la que más le costaba entender. Especialmente después de lo que había visto y vivido durante las últimas horas: el temblor que había notado en su cuerpo mientras la abrazaba pegado a su espalda, empapados ambos de lluvia; el modo en que le pidió que la abrazara durante toda la noche; la tierna indefensión que le vio en los ojos mientras la llevaba en brazos a la cama. Nada de eso que había percibido en el alma y en la piel se podía fingir. Estaba seguro.

Tras chocar con transeúntes un par de veces, cruzó la calle sin prestar atención al color del semáforo ni a los coches que circulaban por la calzada y descendió las escalinatas de piedra que llevaban a los hermosos y desiertos Jardines de Preston.

Algo debía de haberle ocurrido a Elizabeth esa mañana, pensó en uno de los vaivenes en los que perdía o recuperaba la confianza. Tenía que haber una

explicación comprensible y ella se la daría en cuanto contestara a alguna de sus llamadas.

Se detuvo junto a una hilera de arbustos con abundantes adelfas rosa y sacó el teléfono del bolsillo. Le temblaban los dedos cuando, tras inspirar hondo, pulsó el botón de rellamada. Contuvo el aliento al oír la primera señal. Y la segunda. Antes de que sonara la tercera, un clic le advirtió que alguien había colgado al otro lado.

Cerró los ojos y maldijo a todos los dioses que conocía: al católico con el que llegaron sus antepasados desde Irlanda, al protestante en el que habían enseñado a creer a Audrey...

Audrey...

El mundo terminó de desmoronarse a su alrededor cuando, de pronto, su prometida llegó a su pensamiento.

¿Qué iba a hacer ahora con ella? ¿Qué iba a hacer con la fastuosa boda que estaban preparando? ¿Qué condenada cosa iba a hacer con lo que a él le restaba de vida ahora que sabía que amaba a la mujer equivocada?

Aún permaneció un día más en la ciudad, esperando inútilmente el milagro que lo solucionara todo. Al decidirse a volver a Manhattan, tomó el último vuelo de la noche, con el fin de atrasar un poco más su encuentro con Audrey. Necesitaba tiempo para poner orden en sus sentimientos y tiempo para que Elizabeth se decidiera al fin a llamarle. Pero fue la llamada de su prometida la que recibió en cuanto entró en su apartamento de Central Park West.

—Deberías estar durmiendo —sugirió, mientras se servía dos dedos de whisky—. Siempre dices que tienes ojeras cuando te acuestas tarde.

—Quería hablar contigo sabiendo que sólo nos separa el ancho de Central Park. —Rió feliz como una niña—. Pero ya estoy acostada y contando las horas que faltan para que volvamos a vernos.

—No podrá ser por la mañana —dijo Ian abriendo la puerta acristalada y saliendo a la terraza—. Tengo una cita con mi editor. Hay detalles de la promoción que necesito discutir con él.

Oyó uno de los graciosos resoplidos con los que Audrey acostumbraba a mostrarle disconformidad y apoyó el vaso en la balaustrada de piedra que lo apartaba del vacío. Frente a él, los frondosos árboles del parque y, tras ellos, la Quinta Avenida, desde la que le hablaba Audrey.

—Te esperaré con mi coche a la salida —decidió ella de pronto—. En la oscuridad del parking —precisó con un sensual susurro.

—Mejor paso por tu casa cuando termine —propuso él para evitar lo que conllevaba ese encuentro.

—Demasiado formal —opinó ella riendo—. Estarán papá y mamá y quiero verte a solas, ¿o es que tú no deseas lo mismo?

—Sí, Audrey. Claro que quiero verte a solas.

Se odió por mentir.

Dio un trago largo a su whisky, confiando en que lo reconfortara, mientras ella jugaba a excitarle detallándole lo que le iba a hacer en cuanto entrara en el coche. Cerró los ojos con fuerza, sintiéndose miserable, pues sabía que de ser Elizabeth la que le estuviera haciendo esas incitantes y seductoras promesas, no estaría deseando que callara y se despidiera.

Tras la provechosa reunión con su editor, la preocupación volvió a absorber a Ian. No sabía cómo iba a mirar a su prometida sin que lo matara la vergüenza por lo que había hecho; por lo que aún hacía. Pues eso era para él la verdadera infidelidad: tener a una mujer en el pensamiento, la hubiera tenido o no en la cama.

A medida que el rápido ascensor devoraba las cincuenta y nueve plantas hasta el *hall* y las tres subterráneas del parking, su angustia aumentaba. La esperanza de que Elizabeth llamara se iba desvaneciendo, lo que le enfrentaba a la realidad de que jamás podría encontrarla si ella no quería que lo hiciera.

Y con ese crudo desaliento se dirigió hacia lo que era y sería siempre su vida.

Se dijo, sin demasiada firmeza, que en el fondo eso era lo mejor, que al abrazar a Audrey descubriría que era ahí donde quería estar, que al oír su risa volvería a creer que era la más hermosa del mundo, que al acariciarla y entrar en ella volvería a tener la seguridad de que era la mujer hecha para él y que las demás eran perfectas sólo durante unas horas, a veces durante toda una noche. Todas ellas. También Elizabeth.

Pero sus pensamientos, inestables como una balsa de juncos en un mar furioso, no se sostenían y cambiaban de dirección continuamente. Por eso insistía en evocar las cosas que más le gustaban de su prometida.

Se sentía bien con ella. Se entendían a la perfección en la cama y apenas recordaba que hubieran discutido un par de veces, siempre por tonterías. Ella era la mujer que necesitaba; tolerante con sus ausencias, dulce, hermosa, ardiente hasta calcinarle en cada uno de sus encuentros. Durante los tres años que llevaban juntos, la había contagiado de lo que para él la había convertido en la compañera perfecta: la capacidad de gozar del placer de practicar el sexo en otros sitios que no fueran únicamente la intimidad del dormitorio. «Me has pervertido», solía bromear ella, radiante y satisfecha, tras hacer el amor en lugares en los que antes no le hubiera permitido ni el más ínfimo manoseo.

Con esa sensación de falsa euforia, atravesó la tercera planta del parking mientras el eco de sus pisadas iba llenando ese espacio cuajado de columnas. El coche de Audrey estaría al fondo, como en otras ocasiones en las que le había esperado con la misma fogosa intención.

El corazón se le aceleró al distinguir el rojo vivo del Maserati entre las sombras, en esa zona difícil de iluminar, junto al grande y ruidoso extractor que convertía el

aire soterrado en materia respirable.

En cuanto se dejó caer en la fina piel color marfil del asiento del copiloto, Audrey cruzó con facilidad por encima de la palanca de cambios y se sentó a horcajadas sobre sus piernas, mientras le daba un largo y profundo beso en la boca.

En unos segundos lo dejó sin aire, como si hubiera sabido que la necesitaba más entregada que nunca, más ardiente y lujuriosa. Igual que si le hubiera pedido que se mostrara como la mujer insaciable que siempre había sabido cómo volverle loco.

Ella se apartó para que durante un instante los dos pudieran respirar.

—¿Me has echado de menos? —susurró bien pegada a él.

—Sí, te he echado de menos —mintió, con la voz más baja que pudo, consumido de vergüenza.

Y volvió a besarla, esperando recuperar esa paz que siempre encontraba en ella, ya fuera al volver de un largo viaje de abstinencia o simplemente de los brazos de una ardorosa mujer de la que nunca recordaba su nombre.

—Tendrás que desenvolver tu regalo —dijo jadeante, mostrándole la hilera de pequeños botoncitos que abrochaban su vestido por la parte delantera.

—No sé si podré —fingió bromear él mientras trataba de soltar el que quedaba a la altura de los ojos, entre los dos apetecibles senos.

Audrey le lamió los labios con lentitud.

—Estás realmente ansioso —susurró complacida al ver torpeza en las manos siempre hábiles y raudas.

—Más ansioso que nunca —reconoció, a la vez que los botones comenzaban a ceder, uno tras otro.

La prenda se separó en dos mitades, dejando ver los perfectos pechos de Audrey desprovistos de los exquisitos encajes con los que solía cubrírselos para él; para cuando les sobraban horas en las que Ian disfrutaba del placer de quitárselos con lentitud.

Los senos de Elizabeth eran más pequeños, pensó sin poder evitarlo.

Y esa inoportuna interferencia le hizo sentirse el más canalla de los infieles.

Cerró los ojos y acercó su boca hasta las generosas curvas de Audrey, hacia esa perfección que no abarcaban sus palmas abiertas. Y, mientras la hacía inflamarse como un incendio entre maleza seca, buscó bajo su falda, ansioso por perderse en el gozo que le hiciera olvidar todo lo demás.

Pero no fue exactamente como había previsto. El sexo desenfadado en el reducido espacio del deportivo había sido bueno. Siempre lo era. Pero no había logrado apartarle a Elizabeth del pensamiento. Tal vez había esperado demasiado de ese encuentro. Tal vez iba a necesitar algunos días para conseguirlo. Tal vez...

... tal vez no hacía más que engañarse.

Quería a Audrey. Seguía estando seguro de que la quería, pensaba mientras

dejaban Columbus Circle a su espalda, con su gran estatua de Colón, y se adentraban por el sendero de Central Park. La quería, pero le costaba respirar cuando recordaba que en unas semanas estaría casado con ella. Casado para siempre.

—¿Qué te ocurre? —preguntó ella cuando comían en el exterior del Boathouse, en el parque—. No estás muy hablador.

Ian reparó en que llevaba rato con la vista fija en los botes de remos en los que parejas de enamorados se deslizaban por el lago. Sacudió la cabeza y fijó la atención en la carne a la parrilla de su plato, ya fría y todavía intacta.

—Perdona. —Sonrió con torpeza—. Estoy dándole vueltas a un par de cosas que me ha comentado mi editor.

—¿Seguro que sólo es eso?

—Seguro —dijo a la vez que le guiñaba un ojo con complicidad.

Le comentó que estaba un poco cansado del viaje, especialmente de llevar tanto tiempo fuera de casa. Pero en esa ocasión temía que Audrey descubriera sus mentiras. Y por primera vez evitaba su mirada mientras le contaba inventos con los que ocultaba la verdad.

La disculpa de su agotamiento le sirvió también para despedirse pronto y evitar la cena familiar en casa de los padres de ella. Solía disfrutar de esas veladas, pero ahora su ánimo sólo pedía soledad para tratar de reordenar el caos en el que de pronto se había convertido su vida. Ya que, por más que fingieron creer que todo volvería a ser como siempre había sido, terminaba deseando que Elizabeth estuviera en su presente, y también en su futuro.

Elizabeth...

Y al instante siguiente, su mente confusa volvió a gritarle que no, que no cometería la estupidez de buscarla. Audrey era la mujer que le convenía, con la que siempre había estado bien y con la que volvería a estarlo. Al día siguiente o al otro; poco importaba cuándo, porque ella era lo mejor de su vida —se repitió para convencerse—. El amor desgarrado que sentía por Elizabeth desaparecería, como siempre se desvanecían todos los amores. Tan sólo tenía que concederse un poco de tiempo.

Inmóvil en la terraza, con las manos en los bolsillos de los pantalones y la mirada en el suave balanceo con el que el viento mecía el ramaje de los árboles, dejó pasar el tiempo. Su mente, siempre clara, no conseguía ordenarse esta vez, no conseguía centrarse en un solo pensamiento. Aunque siempre había una idea que destacaba sobre el amasijo de todas las demás:

Elizabeth. Elizabeth. Elizabeth.

Tomó una profunda bocanada de aire fresco y entró en casa con una acuciante necesidad de llamarla. Pero ni quería ni podía hacerlo. Miró hacia el ordenador y decidió escribir su columna para el *Daily News*. Sabía que una vez que su mente se centrara en convertir sus pensamientos en palabras, no existiría nada más hasta que hubiera terminado.

Se iluminó la pequeña pantalla, abrió el procesador de textos y comenzó a teclear sobre algo muy diferente a lo que acostumbraba a publicar en el periódico. No estaba para hablar de problemas sociales, corrupciones políticas o el cambio climático. De sus dedos fue surgiendo el bullicioso palpitar del corazón de la Gran Manzana, los cálidos latidos que la mantenían viva: los que surgían desde las entrañas encendidas de Central Park por las que había paseado hacía unas horas con su prometida. Escribió sobre los jugadores de ajedrez que, sentados unos junto a otros, aceptaron el desafío de cuantos paseantes quisieron medirse con ellos; sobre los pequeños grupos de actores noveles que interpretaron su obra rodeados por casuales pero entregados espectadores; sobre el gran grupo de patinadores que, con ropas extrañas y la alegría en los rostros, habían bailado la misma música, intercambiando parejas, tomándose de la mano y realizando piruetas imposibles al ritmo de hip-hop, house, pop, soul; sobre los niños escandalosos, los perros, las palomas y hasta sobre las perfectas e impresionantes estatuas que formaron los inmóviles mimos.

Una hora después, enviaba su trabajo al diario, apagaba el ordenador y, sin poder evitarlo, volvía a pensar en Audrey, en Elizabeth, en lo que estaba convirtiendo su vida lo que debió haber sido la simple aventura de una noche.

Pensativo, acarició con el pulgar las teclas del teléfono móvil. ¿Qué perdía si se atrevía a llamarla nuevamente? Otra llamada inútil no haría que sintiera más dolor ni más confusión. Y aún tenía la esperanza de que le respondiera.

—¿Qué puedo perder que no haya perdido ya? —se preguntó en voz alta al tiempo que marcaba la combinación de números que se sabía de memoria. Necesitaba intentarlo una última vez; una última y desesperada vez.

Después cerró los ojos y comenzó a contar los tonos de aviso.

Uno. Dos. Tres...

Muchos tonos sin que ella colgara, pensó esperanzado.

Seis. Siete...

Demasiados tonos sin que respondiera.

Temió que, esa vez, en lugar de castigarlo con su rechazo lo fuera a mortificar con algo que iba a clavársele infinitamente más hondo: su indiferencia.

Pero de pronto, los tonos cesaron y el corazón le dejó de latir, esperando oírla.

—Lo siento —dijo tras oír una enérgica voz masculina—. He debido equivocarme.

—No lo ha hecho —respondió el otro, cortante—. Está llamando a Elizabeth, ¿no es cierto?

—Así es —afirmó, mientras un mal presentimiento le encogía el cuerpo—. ¿Puede ponerme con ella, por favor?

—No. No lo voy a hacer. —Su tono autoritario terminó de confundirlo—. Ella no quiere hablarle. Está aquí, conmigo, oyendo nuestra conversación, y le pide que deje de llamarla.

—Disculpe —dijo luchando por mantener la calma—. Eso es algo entre ella y yo

y no necesito intermediarios para...

—Al parecer eres de los que les cuesta entender —comenzó a tutearlo de pronto, hablando como quien está acostumbrado a ordenar y ser obedecido—. Soy mucho más que un intermediario. Elizabeth es mi esposa y si ella considera que vuestra aventura ha terminado, es que ha terminado.

Ian se tambaleó hasta que su espalda encontró la pared. Estaba casada. La mujer por la que había estado dispuesto a cambiar su vida era peor de lo que una vez intentó hacerle creer, peor que la versión más ruin de sí mismo. Había jugado con él de una manera sucia y absurda y se lo mostraba con la misma incomprensible crueldad con la que lo había utilizado.

Comenzó a invadirle la rabia. Una rabia que nunca antes había sentido, que lo abrasaba y lo rompía por dentro.

—No puedo entenderlo —dijo, como si hablara para sí.

—Es muy sencillo —comentó la voz al otro lado—. ¿Conoces el significado de las palabras aventura, desliz, entretenimiento? Eso has sido para mi mujer. Y ahora, ella ha decidido que se acabó.

—¿Y la señora acostumbra a que su marido le quite de encima a los amantes que se vuelven incómodos? —espetó lleno de resentimiento, preguntándose qué acuerdos o qué malsana relación podía existir entre ellos cuando compartían detalles de lo que habían experimentado en brazos ajenos.

—¡Óyeme bien, ya que no pienso repetirlo! —exigió el hombre entre dientes—. Hay una sola cosa que debes saber: olvídate de mi esposa, olvida su número de teléfono. Olvida que una vez la conociste.

A Ian la rabia no le permitió seguir escuchando. Aulló desesperado y lanzó el teléfono contra la puerta acristalada, cortando la comunicación. Cientos de pequeños pedazos de vidrio centellearon en el aire antes de ir a caer en la mullida moqueta beige y en el suelo de arcilla de la terraza.

No podía creer que hubiera sido tan necio de insistir, casi de suplicar, de querer averiguar qué era lo que sentía por ella. Seguro que la maldita señora se había divertido viéndole enamorarse como un loco y sabiendo que la necesitaría con desesperación cuando ya no la tuviera.

—¡Estúpido, estúpido, estúpido! —se llamó con impotencia. Y ciego de resentimiento, con el rostro desencajado por una expresión furiosa, salió al exterior.

No percibió el dolor físico de caminar con los pies descalzos por un suelo cuajado de afilados cristales. Fue como si cada punzada en la piel hubiera ido destinada a hacer que emergiera ese otro dolor más profundo y devastador y ahora estaba allí, agudo y latente, retorciéndole las entrañas. Estaba allí, dejándolo sin alma y sin fuerzas. Y antes de que alcanzara la balaustrada se le doblaron las rodillas y dejó que el resto del cuerpo fuera tras ellas, cubriéndose la cabeza con las manos y llevándola hasta el suelo mientras dejaba que fluyera el llanto.

Nunca había llorado por una mujer; nunca había llorado por nadie, ni siquiera por

sí mismo. Y es que nunca había sentido una aflicción tan grande, tan profunda, tan agónica.

Al acabársele las lágrimas, y mientras sus ojos continuaban llorando por dentro, encontró fuerzas para levantarse. Se acercó a la balaustrada de piedra, apretó los párpados y se llenó los pulmones del aire que agitaba las ramas verdes de los árboles, que la noche había convertido en negruzcas.

La maldijo.

Cuando su dolor se fue calmando y sólo le quedó un enorme y gélido vacío, la maldijo con la misma ferocidad con que comenzaba a odiarla.

A más de trescientos kilómetros, en el salón de una señorial mansión de Cleveland Avenue Northwest, en la ciudad de Washington, un hombre sujetaba el teléfono móvil de Elizabeth sin apartar los ojos del espléndido jardín iluminado por elegantes farolas. A su espalda, los lloros silenciosos de su esposa se iban haciendo más intensos.

Volvió la cabeza para mirarla una vez más. Encogida en el sofá, secándose una y otra vez las lágrimas con un arrebujado pañuelo de papel, le pareció la criatura más dulce e indefensa que había visto nunca.

Se acercó, se agachó a su lado y le retiró con delicadeza la pequeña pelota arrugada en que había convertido el kleenex. Después, sacó de su bolsillo un pañuelo grande, de hilo blanco, con el que le secó las mejillas, y se lo colocó entre las manos para que se lo quedara.

—¿Estás bien? —Ella asintió con la cabeza a la vez que retorció el pañuelo entre los dedos—. Siempre estaré contigo, pequeña mía. Te quiero y haría cualquier cosa por ti.

—Lo sé. Y te ruego que no te molestes, pero ahora necesito estar a solas.

—¿Para qué? ¿Para torturarte con pensamientos que te hagan daño?

—Por favor, Stephen —rogó con un gemido—. Necesito estar sola.

—Está bien. —Apartó las manos y las alzó, mostrándose vencido—. Pero no pienses. Trata de dormir. Verás que mañana todo te parece menos terrible.

Un profundo sollozo fue la respuesta de Elizabeth, que corrió a refugiarse en el dormitorio.

La suave luz que llegaba desde el jardín iluminaba levemente el cuarto y parpadeaba sobre el vaporoso tejido blanco que colgaba del dosel del cabecero. Apartó la colcha y se tendió junto al borde, encogida en ese mínimo espacio, como si le espantara perderse en la enorme amplitud de mantas y sábanas. Su llanto, de nuevo silencioso, fue empapando de lágrimas la almohada mientras su corazón susurraba el amado nombre de Ian.

CAPÍTULO 11

Sí, quiero

La casa de Edgar y Jennifer, un segundo piso de renta antigua en el 68 de Morningside Avenue, era amplia y llena de luz. No podía ser de otro modo en un barrio cuyo nombre tenía ese precioso significado, solía bromear él. Pero siempre ocultaba que se había vuelto loco buscando un piso en ese lugar como regalo especial para su amada Jenny.

—¿Quieres despertar conmigo cada uno de los días de tu vida, en una preciosa casa que está «al lado de la mañana»? —le había preguntado, hacía dos años, hincando una rodilla en el suelo de granito del restaurante Lincoln, junto a la gigantesca pared acristalada.

Jennifer se había emocionado al oírlo, pero no había entendido el verdadero significado hasta que la llevó a ver el piso y descubrió en la señalización de la calle la palabra Morningside. Y después de los años seguían despertando juntos y abrazados «al lado de la mañana», siempre que Edgar no estaba haciendo fotografías a cientos, a veces a miles de kilómetros de Manhattan.

—Creo que está perfecto —dijo Ian, sentado junto a Edgar, los dos ante el ordenador, revisando la forma definitiva con la que, en unas semanas, sería publicado el libro de imágenes—. Has elegido bien las fotos. No sabría decirte cuál resulta más impresionante.

—¿Te gustan las del senador? —preguntó, retrocediendo algunas páginas hasta dar con una en la que el político, con los brazos alzados, era aclamado por una multitud que portaba letreros rojos y azules con el lema «vota Thompson».

—Es buena —respondió, apreciando la emoción que reflejaba la instantánea—. Todas tus fotos de mítines tienen algo especial.

—Aún recuerdo ése, en Alabama. Allí, el senador se dio un baño de masas. Creo que fue donde realmente comenzó a creer que podría resultar vencedor en las primarias.

—Tiene carisma.

—Tiene mucho más que carisma. No imaginas la legión de mujeres de todas las edades que lo siguen. He visto jovencitas espectaculares haciendo de todo por llegar a él al finalizar cada acto.

—¿Y alguna lo consigue? —preguntó riendo.

—Bueno —sacudió la cabeza—. Eso nunca se sabe. Suponiendo, y es mucho suponer, que disfrute de esas bellezas, lo hará con la suficiente discreción como para que nadie llegue a descubrirlo nunca. —Retrocedió otra página y apareció un primer plano del senador—. ¿Cuántos años dirías que tiene?

—Andará sobre los cuarenta y cuatro o cuarenta y cinco.

—Parece bastante más joven.

—La buena vida —opinó Ian.

—¿Buena vida con el estrés que debe de provocar la política? Ni loco me cambiaría por él.

—Eso a lo que tú llamas estrés, él lo considera normalidad. Está acostumbrado. Viene de familia de políticos, todos muy reconocidos. Su abuelo fue congresista y alcalde de su ciudad natal, y su padre embajador en Gran Bretaña. Él fue senador por el estado de Virginia en cuanto cumplió la edad mínima de treinta años. Y, si todo le va bien, se convertirá en el segundo presidente más joven de la historia, por detrás de John Fitzgerald Kennedy.

—Y le arrebatará a Obama ese honor, dejándolo en tercer lugar —les sorprendió la armoniosa voz de Jennifer a sus espaldas. Dejó sobre la mesa dos botellines de cerveza fría recubiertos de delicadas gotas de agua helada—. Y no creo que se beneficie a sus votantes —murmuró, con el rostro junto al de su marido—. Está casado y un hombre casado que ama a su esposa no se beneficia a nadie.

Edgar aprovechó su cercanía para ceñirla por la cintura y estamparle un apasionado beso en la boca.

—¿Desde cuándo entiendes tú de política? —preguntó en tono divertido.

—¡Esto no es política, tonto! —bromeó, apartándole el brazo, y sin abandonar la sonrisa, se enderezó y se volvió hacia Ian—. Voy de compras con Audrey. En el frigorífico tenéis más cervezas frías.

—Contrólala un poco —le pidió él fingiendo seriedad—. Cuando empieza a comprar, no tiene límite.

—La que no tiene límite es su tarjeta de crédito —puntualizó Jennifer riendo, y Edgar le propinó un cariñoso azote en el trasero cuando la vio volverse para abandonar el cuarto.

Los dos hombres continuaron hablando de fotografías y políticos hasta que les llegó el inconfundible sonido de la puerta de la calle cerrándose.

—Así que te estás pensando si deberías casarte o anularlo todo —dijo Edgar, ante la seguridad de que Jennifer ya no volvería a sorprenderlos.

—Yo no he dicho eso —lo corrigió Ian—. He dicho que durante unos días tuve miedo de no haberlo meditado lo suficiente, de estar precipitándome. Pero ya pasó, y ahora sé que quiero casarme con Audrey.

—¿Habría pasado si en lugar de cogerte el teléfono el marido lo hubiera cogido esa mujer, dándote ocasión de volver a verla?

Ian bebió de su cerveza mientras recordaba lo hundido que se sintió tras aquella llamada y la tristeza que vio en Audrey al día siguiente, cuando después de una noche entera de compadecerse, tumbado en el sofá, abrió los ojos y la encontró allí, de pie, observándolo con gesto preocupado.

—¿Qué te ha ocurrido en Baltimore? —le había preguntado, tras lanzar una

rápida mirada al suelo cubierto de cristales.

—Nada, aparte de tener que trabajar durante más días de los que había previsto —contestó incorporándose—. Por eso he vuelto tan cansado.

—Ninguna mujer te amaré nunca como te amo yo. Lo sabes, ¿verdad? —le había asegurado, conteniendo las lágrimas.

—Lo sé —había respondido él, más convencido que nunca de esa verdad.

—Eres toda mi vida —insistió ella, manteniéndose alejada—. Si algún día te pierdo, me dejaré morir.

Se había estremecido al oírla, y se había sentido miserable al descubrir el daño que había estado a punto de hacerle por una mujer que no valía nada.

—¡No digas eso! —le había ordenado, acercándose con rapidez, sujetándole la cara entre las manos y mirándola a los ojos hasta comprobar en ellos que no mentía.

Entonces supo que no podía hablarle de sus dudas, menos aún pedirle que atrasaran la boda hasta que recuperara la seguridad con la que siempre había aceptado sus sentimientos. Ninguna mujer llegaría a quererle como le quería ella, eso era cierto, había pensado mientras la abrazaba y, además, él amaba a una mujer que jamás sería suya.

—Si tardas tanto en darme una respuesta, es porque tengo razón —dijo Edgar, sacándolo de su ensimismamiento—. Por fin te has dado cuenta de que lo que sientes por Audrey es simple cariño. Estaba seguro de que llegarías a esto. Lo que siento es que hayas tenido que encontrarte con una desconocida para que lo creyeras, alguien como tú que...

—¡Ella no es como yo! —lo interrumpió enfadado—. Ni como tú. Ella juega sucio, miente para conseguir que un hombre se arrastre.

—Te recuerdo que fuiste tú quien insistió.

Sacudió la cabeza, frustrado ante esa verdad. Pero de pronto la recordó reprochándole que fuera un hombre comprometido, mientras «olvidaba mencionar» que ella estaba casada. ¡Casada!

—No le busques justificación. Ella quiere mucho más que unas simples horas de sexo. Ella no te deja hasta que no está segura de que se lleva tu alma.

—Me asustas.

—Se me pasará —dijo confiando aún en que el amor de Audrey lo ayudaría a conseguirlo—. ¡Y no vuelvas a darme lecciones sobre el verdadero amor! No vuelvas a hacerlo mientras tú, que aseguras amar a tu mujer más que nadie, te follas a quien quieres cuando te da la gana.

—Pero yo, al contrario que tú, sí tengo remordimientos por lo que hago.

—Disculpas absurdas. Haces lo mismo que yo, que es lo que cuenta.

—No —contestó Edgar con seriedad—. No hago lo mismo que tú. Yo no trato de seducir a cualquier mujer hermosa que me entra por los ojos.

—Ya. Son ellas quienes te seducen a ti —se burló él, olvidando por un momento su mal humor.

—Me fijo en las chicas bonitas, claro que lo hago. Y me gusta ser atento con ellas, pero sin ninguna segunda intención.

—El problema es que no sabes decir que no.

—¡Y no será porque no lo intento! —exclamó su amigo, con un gracioso gesto de resignación—. Cuando una preciosidad se me insinúa, lo primero en lo que pienso es en mi Jenny, y cuando quiero darme cuenta, ya estoy metido hasta el fondo y sin posibilidad de retroceder. Pero, una vez que todo ha pasado, me llega el inútil arrepentimiento.

—De acuerdo —aceptó Ian en el mismo tono de regodeo—, yo las busco y tú las encuentras, yo no siento remordimientos y tú sí. Pero al final es lo mismo.

—No es lo mismo —insistió Edgar una vez más—, porque entre nosotros hay una diferencia aún mayor. Y es que yo sé que no puedo arriesgarme a perder a Jenny, ya que estoy seguro de que... si algún día me deja, cogeré mi Magnum y me reventaré los sesos.

—Estás enfermo —trató de bromear Ian ante la conmoción que le provocó escucharlo.

—Cierto. Así se siente uno cuando piensa que puede perder al ser que ama: enfermo. —Se volvió hacia el ordenador y avanzó dos páginas—. Bueno. ¿Por dónde íbamos?

Había deslizado tantas veces los dedos por las letras doradas de la tarjeta, igual que si las leyera al tacto, que no entendía que aún no se les hubiera apagado el brillo. Eran muchas las invitaciones que le enviaban a su esposo para todo tipo de eventos y la boda de la rica heredera con el afamado escritor había sido una de ellas, hacía ya algunos meses. Pero no podía soportar imaginarse en esa ceremonia, viendo a Ian prometerle amor eterno a otra mujer que no fuera ella.

Con la invitación en la mano se acercó hasta el amplio vestidor de su dormitorio. Allí, entre las prendas más exclusivas y costosas, colgaba el vestido, con escote palabra de honor, de seda gris azulada que Karl Lagerfeld le había confeccionado para ese acto especial. Aunque, si se hubiera dejado llevar por su ánimo, le habría pedido que le hiciera algo bien sobrio, negro; negro como la noche oscura en la que transcurría su vida desde que se había alejado del hombre que amaba.

Descolgó el vestido de la percha y se lo acercó al cuerpo para calcular si le seguía estando bien. En las últimas semanas había adelgazado. Cada vez que Stephen volvía a casa, la reprendía porque no se estuviera alimentando como debía. Sabía bien que a ella la tristeza solía cerrarle la boca del estómago.

¿Qué iba a pensar Ian al verla con ese majestuoso vestido? Quería que la olvidara, que no sufriera por ella y, sin embargo, no podía evitar anhelar que la encontrara hermosa, deseable.

Un esbozo de sonrisa se le dibujó en el rostro al imaginar cómo le brillarían los

ojos al verla radiante. Y mientras lo pensaba, se vistió con el delicado tejido gris.

Se miró en el espejo, que ocupaba toda una pared. Le sobraba tela. Se la recogió en los costados hasta que lo sintió ceñido a la piel, realzando su estrecha cintura y sus senos pequeños y erguidos. Se recorrió con los ojos, imaginando que eran los de Ian. Y cuando ascendieron por sus hombros desnudos y el cuello, los cerró y sintió la calidez de sus labios acariciándole ese punto sensible bajo el lóbulo de la oreja. Inspiró, falta de aire, y el sonido del teléfono la sobresaltó, haciéndola enrojecer de vergüenza.

—¿Qué hace mi pequeña? —preguntó la cariñosa voz de Stephen.

—Si te lo cuento no lo creerás —dijo echándose de bruces en la cama y esparciendo sobre la colcha toda la amplitud de la falda—. Me estoy probando el vestido que llevaré a la boda, dentro de dos días.

—Seguro que estás preciosa —afirmó él con admiración—. Igual que lo estarás el día que te conviertas en la primera dama de todos los americanos.

Elizabeth inspiró, pero no le desapareció la sensación de ahogo. Trató de serenarse, diciéndose, como tantas otras veces, que estaba donde había elegido estar.

—Los dos sabemos que no eres nada objetivo —rió, deseosa de animarse, y se volvió hasta quedar mirando el techo—. ¿Cómo van las cosas por ahí?

—Mejor que nunca. ¡He arrasado en Kentucky! —exclamó con euforia—. En este momento, sólo necesito el apoyo de quince delegados para alcanzar la mayoría. ¡Esto está hecho, pequeña! Prepárate, porque dentro de unos meses tú y yo estaremos luchando por convertirnos en presidente y primera dama de la nación.

—Eso será más difícil de lo que ya lo está siendo que te nombren candidato del partido.

—Siempre te digo que hay que soñar a lo grande, Elizabeth —contestó en tono paciente—. Que sólo así conseguiremos cosas importantes. Los sueños, cuando se acompañan con trabajo duro, mueven montañas.

—Hablando de trabajo duro —lo interrumpió con cariño—. ¿No era esta noche cuando volvías a casa para unos días de descanso?

—Mañana, pequeña. Hoy tenemos que celebrar este importante avance, pero mañana por la noche estaré ahí, para celebrarlo contigo y para llevarte del brazo a esa boda.

Un sol radiante pareció emerger del océano en la costa de Los Hamptons la mañana del enlace. La fachada este de la mansión familiar se tiñó con el escarlata y oro de sus rayos mientras en las dieciséis habitaciones comenzaban a desperezarse algunos de los cientos de ilustres invitados y, en el jardín, decoradores y floristas trabajaban a contrarreloj para que todo estuviera a punto a la hora convenida de la tarde.

Ian se despertó en su apartamento de Manhattan, pues Audrey aseguraba que daba mala suerte que los novios se vieran antes de la ceremonia. La pequeña avioneta

privada de su ya casi suegro lo llevaría hasta la costa con el tiempo justo para que se vistiera allí para la ocasión. Pero no estaba solo en esas horas previas al momento más importante de su vida. Sus padres, que hacía días habían llegado desde Laredo, dormían en la habitación contigua.

Le había venido bien tenerlos cerca. Entre las cosas que su padre le detallaba del rancho y los sabios y amorosos consejos de su madre, no había tenido tiempo para ir restando los días que faltaban para que uniera definitivamente su vida a la de Audrey. Pero ahora se despertaba, por última vez soltero, y su primer pensamiento había sido para Elizabeth, y su primer sentimiento había sido de dolor por no haber significado nada para ella.

Se enfureció consigo por esa debilidad y rogó que ese hecho no fuera el augurio de que el recuerdo de esa mujer se interpondría siempre entre él y su es posa.

Elizabeth se encogió bajo las mantas mientras le llegaba la voz inquieta de Stephen. Llevaba rato caminando nervioso por el pasillo, disculpándose por teléfono con Howard Stanford. Le remordía la conciencia por estar fingiéndose enferma, pero le había parecido lo mejor. La otra alternativa, confesarle a su marido que el escritor y el hombre de Baltimore eran la misma persona, le parecía poco prudente. No podía decirle que su reciente amigo y prestigioso abogado, que además contribuía generosamente a su campaña, era el suegro del hombre que ella amaba. Pero de ninguna manera podía acudir a aquella boda. No podía hacerlo por el bien de Ian y por el de ella misma, que sin ninguna duda se moriría de dolor al verlo convertirse en el marido de otra.

—Lo siento —dijo, cuando Stephen volvió a entrar en el cuarto—. Sé lo importante que era esto para ti.

—Yo me alegro de que te hayas sentido mal precisamente hoy, que estoy aquí para cuidarte, y no en uno de los muchos días en los que te dejo sola. —Se acercó con preocupación y se inclinó para posar los labios en su frente—. No parece que tengas fiebre.

—Sólo es un pequeño malestar que se me pasará con un poco de descanso y silencio.

—No estoy tranquilo. Debería llamar al doctor Carlson.

—Stephen —musitó con paciente resignación—. Sólo es un malestar pasajero con el que no puedo ir de fiesta. Eso es todo. Mañana estaré bien.

No. No estaría bien. Estaría enferma de tristeza, como lo estaba ahora, y no existía médico ni medicina en el mundo que pudiera curarla de esa enfermedad.

El camino de losas de piedras sobre el césped estaba salpicado de delicados pétalos de rosas blancas cuando lo recorrió la novia, del brazo de su orgulloso padre. Al

internarse bajo la gran carpa en la que aguardaban los invitados, murmullos de admiración se entremezclaron con el *Ave María* de Schubert que entonaba una melodiosa voz femenina. Pero Audrey no prestó atención. Para ella el mundo dejó de existir y no apreció el esmero con el que las sillas, vestidas con tafetán blanco, se habían distribuido a ambos lados del sendero nupcial. Ni las guirnaldas de hiedra que, sujetas a balaustres dorados, lo demarcaban por ambos costados. Todo estaba tan hermoso como había querido que estuviera, como en una boda de princesa de cuento, y ella avanzó entre ese fastuoso despliegue con todos los sentidos puestos en el hombre que la aguardaba al final del recorrido, bajo el armonioso arco de lirios, rosas y flores de manzano.

Ian sí captó los disimulados comentarios en voz baja sobre la increíble belleza de la novia. Su novia. La que en unos minutos se convertiría en su esposa para siempre. Y, mientras la contemplaba avanzar hacia él, radiante, se preguntó por qué había estado liándose con otras mujeres, para acabar enamorándose de la más despreciable, cuando lo tenía todo en Audrey. Absolutamente todo en la mujer más hermosa de todas cuantas había tenido, incluso entre las que alguna vez había deseado y no pudo conseguir.

Y, sin embargo, nada de cuanto se dijo le sirvió para convencerse. En cuanto tuvo a Audrey al lado, arrinconó el protocolo para tomarla con fuerza de la mano y no soltarla durante toda la ceremonia. Seguía sintiéndose inseguro y necesitaba su contacto, porque no quería dudar. No quería pensar, ni por un instante, que se estaba equivocando. No quería volver a pensarlo ni en ese momento ni en ningún otro del resto de su vida.

Se extinguía la tarde, con vivaces ocres y rojos, cuando caminaba junto a su madre por la fina arena blanca, a escasa distancia de donde las olas se convertían en espuma segundos antes de desaparecer. Suelos los primeros botones de la pulcra camisa blanca, colgando por ambos lados del cuello los extremos de la corbata, y con el rostro marcado por un distraído cansancio, cerraba los ojos para recibir el viento, que le acercaba ráfagas de música y de voces desde los jardines en los que recuperaban fuerzas los invitados.

—No cometas el error de pensar que ya está todo hecho porque te has casado con ella —le insistía Madeleine—. Si quieres que vuestro matrimonio dure para siempre, tienes que seguir enamorándola cada día.

—¿Eso hace papá contigo? —preguntó con incredulidad.

—Sí. Eso viene haciendo tu padre desde que nos conocimos —dijo su madre, ignorando el punto de graciosa ironía en su voz.

Ian rió, consciente de que no era su padre quien había mantenido vivo el amor, sino ella, con su infinita paciencia y su generosa forma de querer. Se agachó para coger un puñado de arena y volvió a alzarse mientras la dejaba escurrirse entre los dedos. Cuando toda ella desapareció, quedó al descubierto el brillo de su recién estrenado anillo, recordándole que ya era un hombre casado.

—Lo haré bien, mamá —prometió, al tiempo que le pasaba un brazo por los hombros, seguro en ese instante de que podría conseguirlo—. Quiero hacerlo bien.

—No es tan difícil. ¿No has oído decir eso de «ya no es la persona de quien me enamoré»?

—A veces —admitió.

—Ahí está el mayor problema. Que la vida nos va cambiando, nos va convirtiendo en seres diferentes, y no nos preocupamos por enamorarnos una y otra vez, sin descanso, para evitar que llegue el día en que tengamos que decir o escuchar de quien tenemos al lado, «no es de ti de quien me enamoré».

—Papá tiene suerte de tenerte.

—No voy a negar eso —dijo riendo.

Sus nombres llegaron con vaga claridad a sus oídos. Ian se volvió y, con la mano, cubrió los rayos del hiriente sol bajo para poder mirar a lo lejos. Era su padre, que se adentraba en la arena llevando consigo a Audrey. Ella, con los zapatos en una mano y recogida la seda del vestido con la otra, caminaba con dificultad, pero guardando esa actitud grácil y distinguida que claramente había heredado de su madre.

—Tu padre está muy contento —declaró Madeleine—. Ella ha recibido el brillo del sol mientras caminaba hacia el altar y dice que, aunque no sea irlandesa, eso os traerá suerte.

Ian no la escuchó. Contemplaba la estampa sensual y divertida de la mujer que en ese momento avanzaba entre risas hacia los brazos de su hombre.

—Es hermosa, ¿verdad? —señaló con admiración.

—Hermosa por fuera y por dentro —concedió su madre, tan orgullosa como si hablara de su propia hija—. Cuídala. Enamórala cada día. Estoy segura de que ella hará lo mismo. Lo veo en sus ojos cada vez que te mira.

Elizabeth no halló fuerzas para abandonar la cama durante todo ese largo día que llegó a creer que no terminaría nunca. Stephen le hizo constantes visitas para preguntarle si necesitaba algo, para rozarle con los labios la frente en busca del más leve indicio de fiebre, para sentarse a su lado y tomarla de la mano mientras le daba un poco de tranquila conversación. Pero hubo veces en las que el amargo cúmulo de lágrimas no le permitió abrir los ojos sin delatarse y fingió dormir. Entonces Stephen la había mirado en silencio desde los pies de la cama y había salido sigiloso y sin hacer ruido.

Al día siguiente, pasada ya su fingida enfermedad y con su marido menos pendiente de ella, no resistió la tentación de buscar en las noticias y en los diarios.

El perfecto rostro de Audrey, con sus ojos verdes chispeantes de felicidad, la llenó de celos. Pero fue al ver a Ian, con su pelo oscuro sujeto en una coleta baja y un distinguido chaqué negro, cuando le invadió el verdadero e insoportable dolor.

—Hacen una bonita pareja —le había dicho Stephen al abrir el periódico mientras

desayunaban en el jardín.

—¿A qué se dedica ella? —había preguntado mirando de reojo la fotografía que él le mostraba.

—Al parecer, estudió Derecho, pero al comenzar a trabajar en el bufete de su padre descubrió que eso le ocupaba demasiado tiempo. —Sonrió con gesto de indulgencia—. Tiempo que necesita para lo que su paciente padre asegura que es su verdadera e inexplicable vocación: recauda fondos para las causas más disparatadas que puedas imaginar; abre y sustenta, a veces con el dinero que no gana, casas de acogida; lleva alimentos a comedores sociales...

Entonces entendió Elizabeth qué había visto Ian en ella, además de su incuestionable belleza, y por qué se había casado a pesar de las dudas que en Baltimore quiso hacerle creer que tenía. Contemplando la expresión de felicidad con la que estrechaba por la cintura y apretaba contra sí a su flamante esposa, tuvo la seguridad de que nunca existieron esas vacilaciones. Y se sintió tonta por haber caído en las artimañas de un hombre como él, cuando, ingenuamente, pensó que entre sus armas de seducción no estaba la mentira.

CAPÍTULO 12

La fotografía

Un largo viaje de novios por Europa y unas vacaciones veraniegas en la mansión familiar de Los Hamptons, mantuvieron al reciente matrimonio O'Connell alejado de Manhattan hasta bien entrado el mes de julio. Que Ian pudiera hacer su trabajo aunque viajaran al otro extremo del mundo, era el lado positivo que Audrey le encontraba a ese absorbente oficio de escritor y periodista. Eso le compensaba por las horas eternas en las que él estaba ausente, escribiendo su columna de opinión, documentándose siempre para la siguiente novela o entretejiendo en su mente la nueva historia que lo llevaría, un año más, a pasar el otoño en la soledad de Crystal Lake.

En un año de elecciones, el mes de julio era el momento en que los partidos políticos recuperaban fuerzas y se preparaban para comenzar el duro camino hacia la Casa Blanca, y lo hacían sobre la marcha, sin gozar apenas de descanso. El nombramiento oficial del elegido por el partido como su candidato a presidente de la nación marcaba el fin de las primarias y era también el pistoletazo de salida para una nueva campaña más dura y agotadora que la que dejaban atrás.

Y esta vez, Edgar iba a estar en primera línea, listo para apresar con su cámara toda imagen que pudiera contribuir a la captación de votos para el senador Thompson.

El Coffee Legends, un local con la atractiva apariencia de un viejo vagón de tren, estaba poco concurrido a media mañana y Edgar y Ian hablaban con tranquilidad en una mesa, junto a la cristalera que daba a Broadway.

—¿También hoy te has desayunado a Jennifer? —preguntó, al verlo devorar con placer el cruasán que mojaba en café con leche.

—Me la desayuno cada mañana que despierto en casa —dijo Edgar con satisfacción—. Pero hoy he madrugado mucho. La he dejado en la cama y no he querido hacer ruido en la cocina para no despertarla. Mi casa no es como la tuya. Lo que haces en un extremo se oye con precisión en el opuesto. —Rió mientras separaba con los dedos otro pedazo de cruasán—. Me había citado con el gerente de la galería de arte para lo que te conté. Está satisfecho con la acogida que está teniendo la exposición y quiere alargarla tres meses más.

—Felicidades. —Alzó su taza de café igual que si brindara con champán—. Y felicidades también por esa segunda tirada del libro. A este paso pronto te veré viviendo en la Quinta Avenida, al lado de mis suegros.

—¡Eso nunca! —exclamó su amigo en el mismo tono de broma—. Jenny se casó conmigo porque le prometí que despertaríamos «al lado de la mañana» durante el

resto de nuestras vidas.

—¿Y cumples todas las promesas que le haces? —preguntó Ian irónico.

—Casi todas. —Frunció el ceño mientras mojaba el último trozo de cruasán—. En realidad, todas menos una. ¿Qué promesas le estás cumpliendo tú a Audrey? —preguntó, con la boca llena y una sonrisa mordaz dibujada en los labios.

—Todas —respondió satisfecho.

—No te creo —dijo con asombro—. No conseguirás hacerme creer que el matrimonio te ha vuelto un hombre fiel.

Ian tenía una explicación con la que sin duda lo hubiera convencido, pero la guardó para sí y soportó con humor su retahíla de bromas.

No estaba acostándose con otras, era cierto. Pero tampoco le estaba siendo fiel a Audrey. Porque no era ella a quien tenía en el pensamiento a cada segundo del día, ni siquiera mientras compartían un rato de sexo. No. No le estaba siendo fiel, porque no era el pensar en ella lo que le quitaba el deseo de acostarse con otras. De hecho, era añorar y desear a Elizabeth lo que lo ayudaba a amarla a ella con apasionado arrebato cada noche. Sí; era a Elizabeth a quien en realidad estaba guardando una estúpida e ingrata fidelidad.

—... y aparecerán mañana en todos los medios de comunicación —oyó que decía Edgar.

—Las fotografías —dijo Ian, consciente de que había estado perdido durante unos segundos.

—Las tres que han seleccionado los asesores del senador de entre todas las que les saqué en su casa de Washington. No está bien que yo lo diga, pero son muy buenas —opinó con orgullo, mientras las buscaba en el dispositivo portátil de almacenamiento y se lo pasaba a su amigo—. Míralas todas, si quieres. Hay como una veintena.

Ian lo tomó entre las manos para fijar su atención en la atractiva primera imagen. De pronto, su mente se bloqueó y su corazón dejó de bombear sangre. No podía ser, se dijo, mientras la contemplaba, hermosa y radiante junto al senador. Amplió esa zona concreta, tal como había visto hacer a Edgar cuando le mostraba alguno de sus trabajos, y se quedó sin aire cuando la pequeña pantalla se llenó con los recordados ojos azules.

—Eligieron esas del jardín porque tienen toda la apariencia de ser casuales —siguió diciendo Edgar, sin reparar en el silencio tenso de su amigo ni en la fuerza con que apretaba la mandíbula—. Se los ve tan centrados en la conversación, tocándose las manos y mirándose a los ojos, que todos creerán que no se dieron cuenta de que les estaban tomando la foto.

Pero Ian aún trataba de sobreponerse al impacto. Aún trataba de asimilar que aquélla fuera la mujer que llevaba grabada a fuego en el pensamiento. La mujer que le había robado la vida y le había envenenado el alma.

—Elizabeth —balbuceó con lentitud.

—Elizabeth Thompson. La hermosa y joven esposa del senador —informó Edgar satisfecho.

—Elizabeth Salaya —lo corrigió Ian sin apartar los ojos de ella.

—Sí, ése es su apellido de soltera —siguió diciendo su amigo, ajeno por completo a la furia que bullía en el interior de Ian—. No sabía que era española. ¿Tú lo sabías?

—No lo has entendido. —Dejó el aparato y señaló la imagen, golpeándola con la punta del dedo—. ¡Ésta es la Elizabeth que conocí en el lago! —explicó con rabia—. La Elizabeth a la que volví a ver en Baltimore.

—No puede ser —contestó Edgar frunciendo el ceño, incapaz de digerir lo que oía—. Estás equivocado.

—¡No lo estoy! —protestó al tiempo que abatía los puños cerrados sobre la mesa y se levantaba de golpe.

Edgar lo sujetó por la manga de la chaqueta y tiró para que volviera a sentarse.

—Quietecito y relajado, ¿vale? —pidió, mientras miraba alrededor para asegurarse de que no habían llamado la atención.

La inquietud de Edgar le hizo recordar que estaban en un local público y trató de mantener la calma, pero no le resultó sencillo. Cuando aún no se había acostumbrado a la amargura de saber que ella lo había engañado, averiguaba que todo había sido más sucio y deshonesto de lo que llegó a creer. Y, en ese momento, mientras se preguntaba qué placer encontró Elizabeth en manipularlo, sintió que el odio con el que llevaba meses conviviendo aumentaba hasta envenenarlo.

Respiró hondo y, conteniendo esa furia ciega que lo había empujado a levantarse, preguntó:

—¿De verdad crees que se puede confundir a esta mujer con ninguna otra? —Permaneció rígido, esperando la respuesta.

—No. Pero me cuesta creerlo. Sobre todo, me cuesta imaginar al senador con... ¡Me cuesta creerlo, Ian! —reiteró con impotencia—. Aunque sólo fuera por lo que se juega si esto llegara a saberse, me cuesta creerlo.

—¡Fue él quien contestó al teléfono aquella noche! —le indicó, recordando con precisión su tono de voz, orgulloso y autoritario—. Ya ves. No sólo está al tanto de las aventuras de su esposa, sino que además la ayuda a espantar a los incautos que se vuelven incómodos —dijo, volviendo a golpear con el dedo el punto de la pantalla donde aparecía Stephen.

Edgar apartó hacia un lado supreciado dispositivo electrónico para evitar que Ian siguiera volcando sobre él su rabia.

—Eso terminó hace meses —trató de razonar—. Ya no debería afectarte tanto.

—No me afecta —aseguró, apretando los dientes—. Pero me jode. Me jode mucho descubrir que me ha utilizado una desocupada y aburrida «señora bien» que aspira a convertirse en la primera dama, la muy... —Se mordió la lengua para no decirlo en voz alta—. Me jode haber sido su diversión entre una fiesta y otra, o entre un amante y otro. Y me jode que además sea la mujer de un hombre con el que tengo

un cierto grado de amistad y de un político al que comenzaba a admirar.

—No mezcles las cosas.

—¡Ella es quien las ha mezclado! —gritó con impotencia—. Ella las ha mezclado al tener una aventura conmigo cuando seguramente ya sabía que su marido me quería en su equipo. ¡Ella las ha mezclado, no yo!

Volvió a quedarse en silencio, esta vez mirando la foto en la pantalla brillante. Allí estaba la imagen de Elizabeth, que no veía desde hacía meses: su cabello dorado del que aún conservaba la suavidad del tacto en los dedos, su tierna mirada azul, su sonrisa tímida: detalles que llevaba una eternidad deseando volver a ver. Volver a sentir.

—Olvídala definitivamente, amigo —le aconsejó Edgar con buen criterio—. Hoy está viviendo su último día de anonimato. A partir de mañana, va a ser una de las mujeres más buscadas por la prensa. Si llega a saberse lo vuestro.

Se interrumpió al ver que Ian recuperaba el aparato electrónico y comenzaba a repasar fotografías, como si buscara una concreta.

—¿Qué haces? —preguntó, a pesar de presentirlo—. Eso sólo sirve para almacenar fotos y visionarlas a alta resolución. No es un teléfono y no tiene Internet. No puedes enviarte ninguna. —Se impacientó al no recibir respuesta—. Y yo no voy a facilitártela, ya que pienso que no debes tenerla.

Cuando apareció una imagen del delicado perfil de Elizabeth, la única en la que no estaba acompañada, Ian la contempló durante unos segundos. Después, con gesto irritado, dejó el aparato encendido sobre la mesa.

—¿Crees que el senador sabía que hablaba contigo? —preguntó Edgar.

—No. Entonces nos habíamos visto una sola vez, cuando nos presentó Howard. Yo no reconocí su voz y podría jurar que él no reconoció la mía. —Inspiró con fuerza al tiempo que se revolvía en el asiento—. Y también estoy seguro de que ella no se lo ha contado. Si lo supiera, no seguiría insistiéndome con lo del dichoso discurso que... —Calló de pronto y la tensión de sus labios comenzó a relajarse.

—¡Ni se te ocurra pensarlo! —le advirtió Edgar al fijarse en su expresión—. No vas a utilizar esa propuesta para acercarte a ella.

Pero el gesto de Ian no cambió. Apoyó la espalda en el respaldo, sereno de pronto, como si todo lo que lo había estado enfureciendo importara un poco menos.

Edgar chasqueó la lengua, inquieto. Se palpó la cajetilla de tabaco en el interior del bolsillo de la chaqueta, deseando salir de allí para fumar un cigarro que le tranquilizara. Pero durante unos segundos respetó la quietud con la que Ian contemplaba el trasiego de Broadway a través del cristal.

—No puedes volver a coincidir con ella —dijo después, casi a modo de orden—. Escúchame bien. No puedes coincidir con ella nunca más.

—¿Estarás en la convención de Denver? —preguntó, ignorando su advertencia.

—Por supuesto. Salen cientos de buenas fotos en una noche de triunfo como ésa. Eres tú quien no puede estar allí por nada del mundo.

—Tú haz tu trabajo y deja que yo haga el mío —pidió en voz baja, mientras se ponía en pie.

—No se te ha perdido nada en Denver —aseguró Edgar con preocupación. Pero Ian ya avanzaba hacia la salida, llevándose la repentina y extraña calma consigo.

—¿Opiniones? —pidió el senador a los componentes de su equipo, tras el ensayo del discurso, en su despacho en Washington.

—Me gusta la fuerza que le ha dado, señor —dijo su director de comunicaciones—. Creo que lo ha clavado.

—Entonces no lo volveremos a repasar hasta que llegemos a Denver. Podré dedicarme a consentir a mi esposa antes de que retomemos la campaña —añadió, con gesto divertido.

Los miembros del equipo se relajaron con el comentario. Llevaban días encerrados entre cuatro paredes, leyendo el discurso, escuchándose decir al senador, examinando con exagerada pulcritud cada frase y cada palabra para evitar que nada desentonara, que nada pudiera interpretarse de modo distinto al que se había previsto. Como siempre, lo más sencillo había sido modular los tonos del político. Él, privilegiado oyente de los ensayados discursos de su abuelo y de su padre, sabía cuándo mostrar fuerza y cuándo templanza, cuándo y cómo enardecer los ánimos y cuándo guardar silencio y emocionar.

—Espera un momento, Kate —le pidió a su jefa de prensa cuando todos abandonaban el despacho.

Ella se alisó la falda de su discreto traje azul marino y se pasó la mano por la nunca para comprobar que el recogido seguía estando impecable.

—Quiero saber más —dijo Stephen, al tiempo que se apoyaba en el borde del escritorio y se cruzaba de brazos.

Le habían comunicado que la publicación de las fotografías con su esposa había sido un acierto y que no había medio de comunicación, impreso o audiovisual, que no se hubiera hecho eco de ellas.

—La belleza de la señora Thompson está calando, señor —explicó, concedora de cómo agradarle—. Media hora después de que las imágenes hubieran salido con el primer periódico de la mañana, ya eran las más buscadas en Internet. Queríamos provocar interés y los resultados nos están sorprendiendo.

—¿Pero?

—No hay peros esta vez, señor. Se está hablando de la diferencia de edad, cosa que nos preocupaba, pero se está haciendo de forma positiva. Tal vez obedece a que, viéndolos juntos, nadie diría que le lleva usted quince años. O tal vez porque inmediatamente se han enamorado de ella y todo lo demás ha pasado a un segundo término.

—¿Quién podría verla y no enamorarse? —preguntó con orgullo.

—El momento también ha sido el idóneo —continuó diciendo Kate—. Sé que lo ha retrasado por ella, para mantenerla apartada de la popularidad y de los focos. Pero, contra todo pronóstico, que haya hecho la campaña en solitario en un intento por protegerla, le ha favorecido. Y que haya dejado que la conozcan a pocos días de la elección del candidato le está dando una gran popularidad.

—No importa cuántos años lleves en política ni que creas que la conoces mejor que nadie, siempre pasan cosas que te sorprenden. A veces para bien, como en este caso.

Por el intercomunicador se oyó la voz de la secretaria informando de que el senador tenía una llamada de Ian O’Connell. Kate se disculpó y se dispuso a abandonar el despacho, pero Stephen le pidió que se quedara.

—Creo que sé lo que me va a decir —dijo satisfecho. Y pulsó la tecla de manos libres del teléfono.

Kate se esforzó por que no se le notara el disgusto que le causó oírles hablar con familiaridad, bromeando como buenos amigos a pesar de que el escritor no lo tuteara.

—Voy a escribir ese discurso —lo oyó decir.

Y al tiempo que el político resplandecía, ella palideció.

—Sabía que no conseguirías resistirte —contestó Stephen.

—Pero sólo éste —aclaró—. Una colaboración concreta de la que necesito que hablemos. ¿Tendrá algún momento para que lo hagamos en Denver?

—Sigo en campaña. Apareceré allí justo al final, rodeado de miles de seguidores ante los que pronunciaré el largo discurso con el que aceptaré mi candidatura. Seguro que sabes que hay que cuidar la escenografía —comentó sonriendo—. Serán cuatro días de actos políticos, de música. Me gustaría que vieras cómo funciona nuestra perfecta maquinaria por dentro. Así podríamos intercambiar opiniones la última noche, cuando todo haya terminado y mientras lo celebramos en la intimidad.

—Estaré ahí esa última noche —dijo Ian.

—¿Y por qué no todas? —insistió Stephen—. Tendrías ocasión de conocer al senador Morgan Owens, al ex presidente Bill Clinton. Incluso a mi esposa, que será quien hable durante la primera jornada. Está nerviosa, pero sé que lo hará bien.

Kate creyó apreciar que Ian contenía la respiración. Y unos segundos después fue ella quien tuvo que tomar aire al ver cómo los dos hombres se ponían de acuerdo. Pero la inquietud que le provocó saber que el escritor fuera a asistir a la convención con los privilegios de cualquier miembro del equipo, se le convirtió en verdadera preocupación cuando el senador colgó el teléfono y la miró con gesto triunfante para decir:

—Ya lo tenemos. Él asegura que será una única colaboración, pero presiento que una vez que pruebe el adictivo sabor de la política querrá más. No existe nada que provoque tan excitante sensación de poder como esto.

CAPÍTULO 13

Denver

A primera hora del lunes, tan nervioso como si se dispusiera a atracar un furgón blindado, Ian tomaba un vuelo a la ciudad que durante cuatro días sería la más protegida de Estados Unidos. Cuatro días con sus cuatro noches en las que la habitación de Elizabeth y la suya estarían separadas por unos pocos metros de pasillo... o tal vez por ninguno. Y no dejaba de ser curioso que hubiera sido su propio marido quien lo hubiera situado tan cerca, al pedirle que ocupara una de las habitaciones de la última planta del Ritz Carlton, reservada al completo para el equipo y la comitiva política. En una ciudad en la que desde hacía meses no quedaba ni una sola plaza hotelera libre, la otra opción hubiera sido hospedarse en alguna población colindante. Y eso era muy diferente a lo que había imaginado.

Al salir del avión, le sorprendió que la tripulación, además de despedir a los pasajeros con el habitual «gracias por haber volado con nosotros», los felicitara porque fueran a ser testigos de un capítulo de la historia de los Estados Unidos de América. Ésa era una parte de la «perfecta maquinaria interna» de la que le había hablado el senador. Y si habían cuidado un detalle tan simple como ése, consiguiendo la cooperación de las compañías aéreas, le costaba imaginar con qué iba a encontrarse tras recorrer los treinta y cinco kilómetros hasta la ciudad de Denver.

Comenzó a hacerse una idea cuando encontró al enviado de Stephen aguardándolo a pie de escalinata y no en el interior del aeropuerto, como lo hubiera hecho cualquier otro mortal, y unos metros más allá, pegado al edificio de la terminal, un Mercedes negro con los cristales tintados y un chófer con traje oscuro abriéndole la puerta trasera.

—Espero que se encuentre bien entre nosotros —dijo el que se presentó como asesor de campaña, cuando tras rodear el aparcamiento y tomar la salida del este, dejaron a su derecha el aeropuerto y su irregular techo blanco que imitaba las montañas Rocosas nevadas en invierno—. De lo contrario, el senador cortará unas cuantas cabezas, comenzando por la mía. —Rió, seguro de que no le daría motivos para hacerlo.

Era extraño. Las facilidades que el político le estaba proporcionando para que su estancia fuera perfecta, cuando su única intención era verse con su esposa, se le hacía raro, incómodo. Ése no era su estilo, pensó una y otra vez mientras el potente automóvil devoraba kilómetros de agrestes tierras. No era su estilo y no le gustaba lo desleal que comenzaba a sentirse.

—¿También os habéis traído a la Policía Montada? —preguntó, ya en la ciudad, al ver agentes uniformados patrullando a caballo junto al estadio de béisbol Coors

Field.

—Es la del estado vecino de Wyoming. La seguridad aquí es extrema. El servicio secreto federal ha diseñado el plan y ha organizado a más de sesenta departamentos federales, estatales y locales —detalló con orgullo—. No queremos atentados terroristas, pero tampoco el más mínimo altercado callejero.

—¿Con qué seguridad cuenta el hotel? —preguntó él, sin dejar traslucir que el interés era muy personal.

—La más perfecta que pueda imaginar y que merecen las grandes personalidades que se alojan en él durante estos días. Y ya que mencionamos la seguridad, recuérdeme que debo entregarle una acreditación para que pueda acceder sin problemas a la planta restringida.

—Esto es mucho más que una convención de partido —afirmó, ausente ya de la conversación cuando el coche giró a la derecha, hacia Curtis Street, y apareció ante sus ojos el edificio blanco con cristales oscuros del Ritz Carlton.

—Exacto. Éste es el momento en el que la popularidad del candidato tiene que dar un salto de un buen número de puntos, y tiene que hacerlo con el discurso de una noche. Ése es su principal objetivo, aunque para sus estrategias también es importante que marque la diferencia con su rival republicano, Frank Murray, en temas cruciales para los estadounidenses, como la economía y la seguridad nacional.

Ian se preguntó cómo iba a hacer Elizabeth a partir de ese día. Pues si la noche del jueves era la elegida para lanzar a lo grande al senador, esa del lunes era la que la entregaría a ella a la jauría de informadores de toda la nación. En algo tendría que cambiar el modo en que estaba viviendo sus aventuras. Deberían pasar a ser más discretas, más íntimas, limitarse a disfrutarlas entre los muros de una casa o las paredes de un dormitorio.

—La señora Thompson llegó ayer por la tarde. —Ian se preguntó si le había leído el pensamiento—. Hoy pasará un día tranquilo. Debe estar perfecta esta noche —añadió sonriendo—. Kate Evans es la encargada de que no le falte de nada y la única que puede molestarla. Le pediré que se la presente en cuanto tenga ocasión. Fue una de las órdenes del senador cuando nos comunicó que usted vendría.

Se sabía el discurso de memoria. Lo había escrito ella misma, desde el corazón, y además lo había leído decenas de veces. Pero en ese momento no lograba centrarse. Sabía que vería a Ian esa mañana, esa tarde, o, ya de modo inevitable, por la noche, cuando abandonara la habitación para ir al Pepsi Center, el inmenso complejo que acogía partidos de baloncesto o hockey sobre hielo, a pronunciar su discurso.

Había una parte de ella que desbordaba felicidad y otra, la más prudente, que se encogía como si pretendiera desaparecer para que nadie pudiera encontrarla.

Kate entró en el salón de la suite llevando un jarrón de cristal con dos docenas de rosas amarillas. Lo dejó sobre la repisa del ventanal que ocupaba casi al completo la

pared frontal. Las flores cobraron más importancia en ese incomparable marco transparente tras el que se perfilaba la ciudad a los pies y, en el horizonte, recortadas sobre un cielo azul, las majestuosas montañas Rocosas.

—He puesto en agua el ramo que le ha enviado su esposo —dijo Kate, retocándolas hasta que le pareció que quedaban perfectas—. Huelen muy bien.

—Sabe que adoro las rosas —dijo, levantándose del escritorio y acercándose a olerlas.

—Ya ha llegado el señor O'Connell.

Elizabeth se sobresaltó a pesar de haberse estado preparando para ese momento.

—¿Ya está instalado? —preguntó, mientras rozaba con los dedos los suaves bordes de una rosa.

—Sí, señora. En la setecientos veinte, al fondo del pasillo.

—Asegúrate de que esté cómodo, como ha ordenado Stephen.

Kate asintió con la cabeza antes de añadir:

—Al parecer, ha pedido verla.

—¡Ahora no! —exclamó, acercándose de nuevo a la mesa y tomando los folios—. Ahora... ahora quiero repasar un poco el discurso.

—Va a hacerlo muy bien, señora Thompson —le aseguró con una sonrisa benévola—. No se preocupe por eso.

Kate abandonó la habitación y ella volvió a inspirar, esta vez con fuerza. ¿Por qué tenía que reaparecer Ian en un día tan complicado? En realidad, ¿por qué tenía que reaparecer ese o cualquier otro día? Debería haber tenido el tacto suficiente como para no aceptar trabajar para su marido. La historia, la aventura o lo que fuera que hubiese sido para él había terminado hacía meses. Se había casado con su prometida, se le veía dichoso. Sí, debería haberse mantenido apartado, igual que ella hizo al fingirse enferma para no acudir a su boda. Pero sabía que estaba pidiendo un imposible. Los hombres como él no estaban acostumbrados a las afrentas, y una afrenta debió de parecerle el modo en que ella lo sacó de su vida. Y ahora sólo podía recibirlo, escucharlo y, desde su privilegiada posición, exigirle después que no volviera a molestarla. Aunque le doliera. Y debería hacerlo sin mirarlo a los ojos, para que no pudiera ver en su poco brillo las horas eternas que pasaba despierta pensando en él.

Cada mesa y cada centímetro de la barra del As In Heaven, a una manzana del Ritz Carlton, estaban ocupados. La mayor parte por periodistas que devoraban con prisa un perrito con ketchup o mostaza para volver cuanto antes a seguir con la guardia en el hotel, por si algún político importante salía en el momento más inesperado.

—¡Maldita sea! —exclamó Edgar junto a la barra, después de palpar la cajetilla de tabaco que llevaba en el bolsillo de la chaqueta—. Cada vez se puede fumar en menos sitios. Es como si se empeñaran en castigarnos.

—Deberías plantearte dejar el vicio.

—Los dos deberíamos dejar nuestros condenados vicios.

—Te noto nervioso —se mofó Ian ante su creciente mal humor.

—Y yo a ti te noto demasiado tranquilo.

—No lo estoy —reconoció, abandonando por un momento el tono de broma—. No he conseguido verla en toda la mañana y empiezo a temer que ocurrirá lo mismo durante la tarde. Creo que me evita.

—Te lo dije: es una mujer inteligente. No como otros —dijo en tono ofensivo—. Espero que te hayas dado cuenta de que aceptar la propuesta del senador ha sido una pésima idea.

Ian no se molestó. Dio otro mordisco a su sándwich de pollo y después un trago a su cerveza.

—¿Por qué estamos comiendo esta basura?

—¡Porque en mi oficio no puedo permitirme pasar dos horas encerrado en un restaurante! En cualquier momento puede moverse algo que no esté programado y si se mueve yo quiero tener la foto. ¡Te lo he dicho, pero no me escuchas!

Ian consiguió reír a pesar de que la tensión se había adueñado de todos sus músculos. La mayor parte del tiempo estaba tranquilo, era cierto. Y muchas de las cosas que le había dicho Edgar habían entrado por sus oídos sin que las hubiera detectado su cerebro. Pero no creía haberse perdido nada, aparte de una bronca monumental porque finalmente se hubiera atrevido a asistir a la convención, sobre todo, por hacerlo en días en que no estaría el senador.

—Te escucho cuando no te repites —dijo, de nuevo con guasa.

Edgar resopló mientras se frotaba los dedos con la servilleta de papel. Pero de pronto pareció pensarlo mejor.

—Tengo un buen plan para esta noche, para cuando se apaguen las luces del Pepsi Center —trató de tentarlo—. Unas copas y un poco de fiesta entre colegas de profesión. Estará la periodista del Canal 9. La morena de los ojos verdes. ¿Cuántas veces la hemos mirado y hemos dicho que quién la pillara?

Así que, visto que no podía convencerlo, cambiaba de estrategia, pensó Ian mientras bebía con lentitud. Cualquier cosa con tal de alejarlo del hotel y de Elizabeth.

—Unas cuantas veces nos la hemos tirado con la imaginación —reconoció riendo tras dejar el vaso sobre la mesa—. Espero que te diviertas. Yo intentaré hacer lo mismo.

—Te obcecas en no ver dónde te estás metiendo.

—No sé dónde está la gravedad. —Se acercó más para que nadie salvo él pudiera oírlo—. Es la mujer del senador, sí. ¿Y qué? Está rodeada de extrema seguridad, ¿y qué? No pienso revolcarme con ella en el *hall* ni en el pasillo —añadió molesto—. Me la presentarán, la saludaré y, si nos dejan un poco a solas hablaré con ella de lo que ocurrió. Ahora dime, ¿dónde me estoy metiendo?

—¿De verdad necesitas que te lo diga?

No. No necesitaba que se lo dijera, sobre todo porque no habría podido hacerlo. ¿Quién era capaz de prever cómo acabaría todo cuando ni él mismo sabía qué iba a hacer cuando la tuviera enfrente? Sólo tenía claro que estaba allí para devolverle un poco del desprecio y la humillación que ella le hizo sentir.

CAPÍTULO 14

Señora Thompson

—¿Qué tal la vida de casado? —se interesó Kate mientras avanzaba junto a Ian por el pasillo de paredes blancas y moqueta azul de dibujos persas.

—No me puedo quejar —aseguró, demasiado tenso como para prestarle la debida atención.

—Y ella, ¿se puede quejar? —preguntó irónica.

—Ninguna mujer se me queja. Tú tampoco lo hiciste —respondió con la misma mordaz acidez.

—No es lo mismo un buen rato que toda una vida.

—No. No es lo mismo —reconoció Ian al tiempo que ella se detenía ante la puerta de la suite y se volvía a mirarlo.

—Te va a recibir sólo porque así lo ha dispuesto el senador. Y debes agradecerle la atención, pues hoy no es el mejor día para estas cosas. Está nerviosa, especialmente desde que, a las tres de la tarde, el presidente del Comité Nacional ha declarado inaugurada la convención. Y es comprensible. Esta noche la escucharán millones de americanos, si contamos los espectadores de televisión de todas las cadenas que van a retransmitir en directo.

—Lo entiendo. No la molestaré mucho rato.

En el interior, Elizabeth aguardaba, de pie junto al escritorio y de espaldas a las magníficas vistas de la ciudad, respirando con suavidad para calmarse.

—El señor O'Connell, señora Thompson —dijo Kate cuando, tras atravesar el amplio recibidor, entró en el salón.

Elizabeth descubrió entonces que el corazón podía irle más deprisa de lo que le había ido nunca y a pesar de ello no acabar estallándole. Los ojos negros de Ian se habían quedado clavados en ella mientras su magnetismo se adueñaba de la estancia.

—Es un placer, señor O'Connell. —Tragó saliva al tiempo que le tendía la mano—. Me ha sorprendido saber que trabajará con mi esposo.

Ian se la estrechó largamente y con fuerza, como si pretendiera no devolvérsela nunca.

—Será una colaboración temporal, señora Thompson. No me agrada la política —dijo, incapaz de quitarle los ojos de encima, comprobando que en los últimos meses que llevaba pensando en ella no la había idealizado, que era tan hermosa como la mantenía en su recuerdo.

—No le agrada, pero es necesaria. Un buen político podría cambiar el mundo.

—Y uno demasiado ambicioso podría destruirlo —rebatió con imprudente lentitud.

Elizabeth no quiso testigos de su desafío. Se volvió hacia Kate, que les contemplaba con curiosidad, tratando de discernir si la insólita tensión que creía percibir era real o sólo efecto de su exceso de celo.

—Puedes irte, Kate. Seguro que tienes cientos de cosas que hacer. Te llamaré si necesito algo.

La periodista asintió con un movimiento de cabeza y abandonó la estancia.

El gesto de Ian se transformó en cuanto se quedaron solos. Sus ojos comenzaron a mirarla con descaro, mientras trataba de menospreciarla con una sonrisa cínica.

—¡Así que éste era tu juego! —Se volvió para contemplar el salón más grande y lujoso de cuantos había visto en una suite de hotel. Después, volvió a detenerse en los ojos inquietos de Elizabeth—. Esposa del muy venerado senador por el estado de Virginia Stephen Thompson, dentro de unos días flamante candidato demócrata a la presidencia de la nación —concluyó con solemnidad.

—Lo siento —quiso justificarse ella—. Debí ser yo quien te lo dijera, pero no era fácil por...

—¡No, cómo se te ocurre! —continuó con la misma ironía—. Hubieras restado emoción al fantástico momento en que lo descubrí. Aunque, ahora que lo dices... —Se frotó la recién afeitada mandíbula como si realmente cavilara—. Saber que me estaba beneficiando a la esposa de un poderoso político hubiera tenido un excitante punto morboso del que los dos habríamos disfrutado, ¿no crees?

—¿De verdad quieres que te diga lo que creo? —Él respondió con un gesto de indiferencia—. Creo que no necesitas ofenderme para sentirte mejor y que...

—No he empezado aún a ofenderla, «señora» —lo dijo despacio, con los dientes apretados y el rostro casi pegado al suyo.

El tono con que pronunció el «señora» fue para Elizabeth peor que si la hubiera llamado directamente zorra. Inspiró, herida por el desprecio que nunca imaginó que recibiría de sus labios, mientras la rabia y el resentimiento le oscurecían a él sus despiadados ojos negros.

—Cuando he aceptado recibirte, lo he hecho creyendo que hablaríamos como personas civilizadas —confesó con pena.

Ian rió con esa risa corta y seductora que ella amaba y que, esa vez, él consiguió sin aparente esfuerzo que sonara a agravio.

—Ahora sólo hace falta que me digas que piensas que he venido hasta aquí para hablar de política —dijo aún riéndose.

—No. No lo pienso. Y tampoco creo que lo hayas hecho porque quieras realmente trabajar con Stephen.

—¡Chica lista! —la felicitó con vulgaridad—. Veo que me conoces un poco. Yo, sin embargo, es ahora cuando empiezo a conocerte.

—Ya te he ofrecido mis disculpas. Te aseguro que nunca tuve intención de herirte. Si con mi proceder te hice daño, yo...

—¿Daño? ¿Tú a mí? —la interrumpió con prepotencia—. Veo que va sobrada de

vanidad, «señora».

El nuevo «señora», dicho con más acritud y con segunda intención, terminó de ofender a Elizabeth, que no pudo evitar responder con rabia.

—Entonces, ¿no entiendo qué me estás reclamando!

Ian buscó una respuesta que no mostrara la tortura, la decepción o el amor desesperado del que, a pesar de intentarlo con todas sus fuerzas, aún no había logrado desprenderse.

—Tal vez nada —reconoció, tan retador como ella—. Tal vez lo único que busque sea regodearme en que mi aventura más larga la haya mantenido con la mujer del distinguido senador por Virginia. Se dicen tantas cosas buenas de ti en la prensa que me siento un privilegiado por haber comprobado, desde una posición preferente, que no eres la entregada esposa que aseguran.

—Tampoco tú eres el fiel esposo que todos creen.

—En eso voy a tener que darle la razón, «señora» —respondió con mofa—. Tenemos en común la misma excitante afición a follar en otras camas que no son la nuestra.

Elizabeth irguió la espalda, orgullosa, tratando de protegerse del dolor que le causaba su continuado desprecio.

—Hemos terminado, señor O'Connell —dijo con dignidad, mientras descolgaba el teléfono para llamar a Kate.

Él se lo arrebató de la mano y volvió a colgarlo con ímpetu.

—¿Señor O'Connell? —Su boca dibujó otra de sus seductoras sonrisas—. ¿¿Vas a llamarme señor O'Connell después de las cosas que hemos hecho juntos?!

—Tú no dejas de llamarme...

—¿Señora? —preguntó, con el mismo impertinente gesto de diversión—. ¿No es así como te llama todo el mundo? Es más que probable que la cena de Navidad de este año la celebres en la Casa Blanca. Así que señora es la mínima formalidad que debería usar para dirigirme a ti.

Elizabeth, exhausta de ocultar su aflicción bajo capas de dignidad y de orgullo, sintió que le ardían los ojos. Se volvió dándole la espalda y caminó hasta el ventanal, esperando que contemplar la grandiosidad de la ciudad a sus pies y las montañas al fondo le aliviara el ahogo.

—Recibirte ha sido un error —murmuró casi para sí.

—Es muy posible —aceptó él con descaro—. Pero ya que estoy aquí, ¿por qué no me cuentas qué ocurrió aquella mañana, después de que salieras de mi cama asegurándome que volverías pronto? —propuso, mientras se acercaba despacio.

—¿Ha pasado tanto tiempo desde entonces! —dijo Elizabeth con el mismo poco ánimo.

—Una eternidad —afirmó Ian, mientras pensaba que el tiempo sin ella le estaba resultando un invierno crudo e inacabable—. Pero seguro que si haces un esfuerzo lo recordarás. Es simple curiosidad, más que otra cosa, por saber si he acertado en mis

suposiciones —añadió con prepotencia—. Cuando supe quién eras, o más bien quién era tu «afortunado marido», investigué un poco y até cabos.

Las montañas Rocosas, que destacaban en el horizonte, comenzaron a emborronársele a Elizabeth. Suspiró hondo y se quedó quieta, consciente de que ya no podría volverse si no quería que él la viera llorar.

—¿Qué cabos tenías para atar? —murmuró, sintiéndolo respirar tras de sí.

—La noche anterior, el senador consiguió el apoyo de una gran parte de los superdelegados que le aseguraba el triunfo en las elecciones primarias de Oregón, después de que unas semanas atrás hubiese vencido también en Carolina del Norte —dijo en voz baja, igual que si le contara un secreto a su delicada nuca—. Fue entonces cuando comenzaron a verse sus verdaderas posibilidades. A la mañana siguiente, te llamó, ¿no es cierto? —preguntó con un susurro—. Te llamó para decirte que tus jueguitos sexuales habían acabado, que ya era una realidad que su adversario terminaría aceptando la derrota y que tú pronto dejarías de ser una desconocida.

—Por lo que veo, no necesitas respuestas.

—No. En realidad no las necesito.

Siguió mirándola, ya en silencio. Los bucles dorados que con tanto placer había enredado entre sus dedos, se veían ahora brillantes y perfectos, sin que ni un solo cabello se atreviera a despuntar por donde no debía. Sin embargo, a pesar de toda esa corrección, seguía desprendiendo el dulce olor a atardecer que él llevaba meses buscando y que no había encontrado en nadie, salvo ahora y de nuevo en ella.

—Que tenga una buena noche en el Pepsi Center, señora Thompson —se despidió, demasiado irónico para su ya no tan firme intención de herirla—. Esta vez no tendrá que seducir a un solo hombre, sino a millones. Estoy seguro de que también eso se le dará bien. Y si no es así, siempre le quedará la opción de seducirlos uno a uno entre las sábanas.

Abandonó la suite y se alejó por el pasillo alfombrado, con todos los músculos del cuerpo aún tensos. No se sentía satisfecho tras la insensata disputa que acababan de mantener. No se llevaba la satisfacción que había esperado conseguir tras ese encuentro, sino un crudo vacío y la sensación de que, durante los minutos en los que la había tenido cerca, ella le había robado otra parte importante de sí mismo.

Lo que no podía saber, ni siquiera sospechar, era que parecido sentimiento mantenía a Elizabeth paralizada ante el cristal. Que sus duras palabras y su desprecio le habían destrozado el corazón. Y que sus lágrimas, contenidas y silenciosas mientras lo tuvo cerca, se habían convertido en un llanto doloroso y amargo en cuanto se quedó a solas.

CAPÍTULO 15

Primera dama

«¡Buenas noches a todos!» fueron las primeras palabras que pronunció Elizabeth desde el centro del escenario, decorado con el simbólico azul intenso de los demócratas, cuando cesó la estruendosa ovación con que la acogieron las más de cuarenta mil personas que llenaban el Pepsi Center. Ian, entre bambalinas, la observaba sin perder detalle, preguntándose si en verdad esa sofisticada dama cuyo nombre aparecía escrito en blanco en la marea de carteles azules que se agitaban sobre las cabezas del público era la misma dulce mujer que descubrió en Crystal Lake, o que tuvo entre sus brazos en Baltimore. El asistente que lo había recogido en el aeropuerto le había dado una acreditación, otra más, que le permitía moverse con libertad por la ciudad, acceder a la convención sin hacer cola en controles policiales, y sentarse en las primeras filas, junto a los delegados de Florida y Delaware. Pero él había preferido quedarse más cerca, entre bastidores, desde donde, aunque no la viera de frente, podía palpar su emoción y la de los miembros del equipo, que contuvieron la respiración hasta comprobar que las primeras palabras de Elizabeth brotaban de sus labios sin ningún temblor.

—¿No quieres ver lo bien que sale en televisión? —preguntó Kate, invitándolo a que se acercara al espacio técnico donde, además de dar paso a las imágenes en las gigantescas pantallas de vídeo repartidas por el pabellón polideportivo, no perdían detalle de cómo se emitía el gran evento en directo a toda la nación.

Él negó con un movimiento de cabeza y siguió contemplando el delicado perfil y la dulzura con que Elizabeth iba contando detalles sobre su vida, su raíz española y el origen humilde de su familia.

—Los asesores han hecho un buen trabajo —siguió diciendo Kate—. El azul de su vestido, del mismo tono que sus ojos, seduce en la pantalla del televisor. Millones de americanos deben de estar enamorándose de ella en este momento.

La creyó. Él mismo se estaba enamorando como un loco inconsciente en ese instante. Y recordó los sabios consejos de su madre el día de su boda, sobre la necesidad de enamorarse una y otra vez. Pero ¡no era de Elizabeth de quien tenía que hacerlo sin descanso, sino de Audrey! De Audrey. De Audrey.

—Esta parte es muy bonita —señaló Kate cuando Elizabeth comenzó a contar cómo conoció a Stephen.

—Yo cursaba la carrera de Ciencias Políticas en la Universidad de Washington —dijo, ante un público entregado y silencioso—. Todos los estudiantes nos emocionamos cuando supimos que el senador por el estado de Virginia vendría a darnos una conferencia. Se llenó el anfiteatro y yo me quedé en la última fila.

Mientras el senador hablaba, me senté en el pasillo de escalones y comencé a adelantarme, poco a poco, creyendo que nadie se daría cuenta de que ocupaba un peldaño en lugar de un asiento. —Hizo un gracioso mohín y el estadio al completo le pagó con risas cómplices—. De pronto, cuando ya había avanzado unas cuatro o cinco posiciones, el senador se quedó en silencio. Vi que me miraba y que los asistentes también volvían sus ojos hacia mí. Rogué para que se me tragara la tierra. Y entonces, él me sonrió de esa forma adorable que todos conocéis, y me dijo: «Señorita, a ese ritmo acabará la conferencia sin que haya alcanzado lo que pretende. Le ruego que baje directamente. Sus compañeros de la primera fila le harán un hueco». —Hizo una pausa que los congregados en el estadio llenaron de comentarios y nuevas risas—. A pesar de su amabilidad, en ese momento lo odié porque me hubiera expuesto a la atención de un abarrotado auditorio. Pero a medida que lo fui escuchando, ya desde la primera fila —aclaró con buen humor—, me di cuenta de que teníamos ideales comunes y comencé a enamorarme de él.

El Pepsi Center volvió a estallar en aplausos y vítores para ella y el senador.

—¿Amor a primera vista? —le preguntó Ian a Kate, muerto de celos—. Pero ¡si en aquel momento él debía de doblarle la edad!

—No se notaban los quince años que le llevaba, igual que tampoco se notan ahora. Hoy, a sus cuarenta y cinco años, el senador sigue robando los corazones de mujeres de todas las edades.

Ian se mordió los labios para no decir lo que realmente pensaba. Hubiera sido demasiado obvio que estaba loco por Elizabeth. En el escenario, cuando la multitud volvió a quedarse en silencio, ella prosiguió.

—Hoy, aquel senador que acabó convirtiéndose en mi esposo, ha vuelto a exponerme ante un auditorio abarrotado y además abierto a toda la nación. Pero, esta vez al menos, me ha avisado con el tiempo suficiente como para que pudiera comprarme un vestido bonito.

Los vítores y los aplausos volvieron a atronar en el estadio al tiempo que los miles de carteles azules con el nombre de Elizabeth se agitaban en el aire.

Ian siguió el resto del discurso en silencio, sin prestar atención a las idas y venidas de Kate ni del resto de miembros del equipo. Sólo veía y oía a la mujer vestida de azul que, con sus sencillas palabras, conseguía que hirviera el auditorio. Hasta que, al finalizar, cuando ella alzó las manos para despedirse, llegó la gran sorpresa. Lo que parecía ser una amplia puerta a su espalda parpadeó unos instantes y en la pantalla apareció Stephen, con una pulcra camisa blanca, abierto el primer botón y las mangas remangadas sobre los antebrazos, en una estancia que bien podía ser la habitación del hotel en Kansas donde se alojaba esa noche.

La imagen se multiplicó en todas las grandes pantallas que hasta ese momento habían estado dirigidas exclusivamente a Elizabeth y los más de cuarenta mil asistentes estallaron en aplausos a un tiempo mientras ella mostraba su sorpresa cubriéndose la boca con las manos.

—Ya la habéis visto —dijo el senador con una gran sonrisa—. Por fin la habéis conocido, y ahora entenderéis por qué le insistí tanto, a pesar de sus muchas negativas a salir conmigo. —Risas y aplausos lo interrumpieron y aguardó a que remitieran para continuar—: Esto es lo que vais a tener si me elegís como vuestro presidente. Vais a tener a alguien que luchará sin descanso para conseguir cosas realmente importantes. Ella era importante para mí y no me detuve hasta conseguirla. El bienestar de todos y cada uno de vosotros siempre será importante para mí, y lucharé por ello hasta mi último aliento.

Cuando el aforo rompió en gritos y aplausos, Ian ya había salido de la zona operativa del equipo y caminaba cabizbajo, roto de amor y celos, abriéndose espacio entre la multitud enfebrecida para buscar la salida más cercana. Mostraba su acreditación a quienes custodiaban la puerta cuando el barullo se redujo y se oyó de nuevo la voz pausada del senador:

—Estás preciosa, Elizabeth. Te quiero.

—Lo ha hecho muy bien, señora Thompson —dijo Kate, sonriente pero manteniendo la profesionalidad cuando Elizabeth abandonó el escenario.

—Necesito un abrazo —rogó ella, a la vez que se le desataban los temblores que ante el auditorio había estado conteniendo.

Kate la abrazó con fuerza, emocionada aún por la positiva reacción del público al discurso y a la posterior aparición del senador.

—Objetivo cumplido, señora Thompson —dijo en voz baja mientras la estrechaba tratando de calmarla—. Con seguido y superado con creces.

Elizabeth suspiró agradecida y miró con disimulo por encima del hombro de la periodista, esperando y temiendo encontrarse con los ojos de Ian. Decepción y alivio la invadieron a un tiempo porque no estuviera esperándola.

Aún se demoró unos minutos en el *backstage*, mientras la pequeña parte del equipo de campaña de su esposo, que trabajaba esos días para ella, lo preparaba todo para escoltarla hasta el coche y regresar al hotel.

—¿No estaba por aquí el escritor? —se atrevió a preguntar, fingiendo desinterés.

—Ha estado, pero se ha ido en el momento más emocionante —respondió Kate—. Cuando ha aparecido el senador por videoconferencia. Va a ser verdad que aborrece la política.

—¿Se ha ido solo? Mi esposo insistió en que quería que se encontrara a gusto.

—No nos ha dado tiempo a nada, señora. Ha desaparecido de modo inesperado. Pero no se preocupe. —Durante un segundo, dudó si continuar o callarse—. Tengo la sensación de que es un hombre que sabe cómo entretenerse.

Elizabeth la miró inquieta, preguntándose si el comentario había sido casual o la prueba de que sabía demasiado.

—Lo digo por pura intuición —añadió Kate con una sonrisa—. Los hombres

atractivos, triunfadores y seguros de sí mismos como él, saben disfrutar en cualquier parte y en cualquier situación.

Las palabras de la periodista le causaron un nuevo dolor, pues sabía bien que no necesitaba preocuparse por él. Lo sabía. Sabía que encontraría compañía femenina en el momento que quisiera, tan sólo con una mirada o mostrando una de sus sonrisas. Lo sabía mejor que nadie.

Tardó en recorrer los escasos dos kilómetros hasta el hotel por causa de una seguridad desmesurada, intrusiva, con un perímetro alrededor del Pepsi Center tan descomunal que prácticamente se unía con el que rodeaba el Ritz Carlton, donde se alojaban las altas personalidades que en un momento u otro asistirían a la convención. Era el gran espectáculo de la política, el gran circo de cada cuatro años en el que gastaban millones de dólares para demostrar que eran los mejores y que estabas loco si votabas a otros que no fueran ellos. Era la gran mentira de la que Ian siempre se había mantenido lejos. Y ahora estaba inmerso en ella por causa de una mujer. Una mujer que no era la suya.

Esa noche se dejó atormentar por los celos. Solo en su habitación, no quiso atender las llamadas que Edgar le hizo con insistencia, seguramente para que bajara a tomar unas copas y a disfrutar de la compañía de la deliciosa belleza del Canal 9. Y tampoco llamó a Audrey, a pesar de saber que debía hacerlo si quería evitarse problemas. Dejó pasar las horas preguntándose por qué seguía pensando en Elizabeth. Por qué, ahora que sabía que todo su mágico misterio se reducía a una burda mentira, se descubría muerto de celos y de ganas de tenerla de nuevo. Durante una noche o durante sólo unas horas, lo que fuera, pero tener ocasión de tenerla una vez más entre sus brazos y sentir el palpitar de su corazón pegado al suyo.

CAPÍTULO 16

El pañuelo azul

El martes, segundo día de convención, se extendió el rumor de que el congresista Patrick Kennedy, hijo del que fuera baluarte del ala liberal del partido, Edward Kennedy, aparecería para mostrarle su apoyo a Thompson, y los miembros de la prensa anduvieron especialmente revolucionados. No era humanamente posible asistir a los actos del Pepsi Center y estar al pie del cañón en el hotel, pero quienes contaban con más medios pudieron cubrir ambos frentes. Edgar optó por el Centro de Convenciones, confiando en que si el esperado Kennedy aparecía por la ciudad, se dejaría ver por allí, o incluso pronunciaría un discurso no programado.

Ian se dedicó a deambular por el otro extremo de la ciudad, donde las medidas de seguridad eran menos asfixiantes y no debía estar mostrando su acreditación a cada paso. Aunque evitarlas no había sido lo que le llevó a alejarse.

Había pasado casi toda la noche en vela. Saber que le separaban de ella tan sólo unos metros de pasillo y algunos escoltas se había convertido en su tormento, en su obsesión. Y, una vez levantado, ni siquiera el murmullo siempre absorbente de la televisión consiguió que se la quitara del pensamiento ni de las retinas. Pues, esa mañana, ella era la noticia. Ella y su fantástico discurso con el que, como ya auguró Kate, había enamorado a media nación. Pero no pudo evitar saltar con insistencia de una cadena a otra, a pesar de saber que, durante ese día completo, ella las coparía todas.

Nunca debió pisar aquella ciudad; nunca debió empeñarse en volver a verla. Al hacerlo, sólo había conseguido fortalecer la obsesión con que llevaba meses recordándola, en especial cada vez que había hecho el amor con Audrey.

Con ese sentimiento de impotencia desesperada por no poder volver atrás y deshacer lo hecho, quiso alejarse del ahogo de banderas y símbolos demócratas que le recordaban su maldito error y a ella. Pero en cuanto entró en el taxi que lo llevaría hasta la tranquila zona sur de la ciudad, la cálida voz con que ella había contado en el Pepsi Center su historia de amor con el senador, volvía a sonar a través de la radio encendida del taxista. Y, asaltado por los mismos celos que lo habían mortificado al oírsele decir por primera vez, supo que fuera donde fuese la llevaría con él. No únicamente ese día, sino tal vez todos los días del resto de su vida.

Ni un simple café pudo tomarse sin que Elizabeth estuviera presente en la televisión o en las conversaciones de quienes lo rodeaban. Tampoco durante el simple gesto de recorrer las aceras pudo ignorarla. Cada vez que se encontró con un expendedor de periódicos, le costó resistirse a meter unas monedas y hacerse con uno. Lo que no pudo evitar, fue detenerse a mirar su foto en las primeras planas y leer

los grandes y elogiosos titulares.

Por la tarde, cuando entró en el taxi que lo llevaría de regreso al Ritz Carlton, sintió alivio al comprobar que el taxista no llevaba encendida la condenada radio. Tras dar la dirección, se acomodó en el asiento trasero, apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos para disfrutar del silencio.

Y fue entonces cuando notó lo cansado que estaba, de cuerpo y alma. Llevaba todo el día tratando de apartarse de ella cuando, en verdad, era verla lo único que ansiaba. Y él, que no estaba acostumbrado a luchar contra sus propios sentimientos ni sus deseos, nunca imaginó que batallar contra uno mismo fuera tan agotador como baldío.

—Así que está aquí por la convención —trató de conversar el taxista.

Ian apretó los párpados y maldijo para sí.

—No me interesa la política. Estoy aquí por trabajo —comentó con la esperanza de que el hombre cambiara de tema o directamente guardara silencio.

—Pero veo que se hospeda en el hotel de los políticos. Imagino que habrá visto a alguno importante. —Se detuvo en un semáforo y aprovechó para mirar a su pasajero—. ¿Oyó el discurso que dio ayer la señora Thompson? Ese tal Stephen tiene con ella una gran baza. Es lista, joven, guapa. Eso le dará más votos, ¿no cree?

—No lo sé. Ya le he dicho que no me interesa la política —dijo, tratando de no resultar descortés. El buen hombre no era culpable de sus problemas ni de su sentimiento de frustración.

—Yo tampoco entiendo de esto, pero estamos muy contentos de que hayan elegido nuestra ciudad —comentó satisfecho—. ¿Sabe lo que un acontecimiento así hace crecer el lugar en el que se celebra?

—Lo imagino —respondió, aliviado de que hubiera dejado de hablar de Elizabeth.

Pero cuando aún no habían recorrido más de cuatro manzanas, el taxista retomó el tema que parecía apasionarle: la hermosa mujer del afortunado candidato.

Cuando Ian divisó el edificio blanco de cristales oscuros, al término de Curtis Street, su resistencia se había tensado tanto a lo largo de largas y eternas horas, que dolía.

—Lléveme al Pepsi Center —pidió de pronto, seguro de que antes de que acabara el día, se habría arrepentido de haberse dejado llevar por ese impulso de ir a buscarla. Pero necesitaba hacerlo. Necesitaba descargar su dolor contra alguien, y nadie mejor para ello que quien era el origen de su tormento.

El característico olor a galletas de chocolate recién horneadas lo recibió al atravesar el acceso principal al estadio y, con paso firme, se dirigió a donde convergían los pasillos, tan idénticos entre sí como si hubieran sido diseñados para confundir y extraviar a los recién llegados. El día anterior, el servicial asesor de campaña le había

enseñado a distinguir el que llevaba al *backstage* y a los camerinos de las grandes personalidades demócratas. Se le había acelerado el corazón cuando le vio señalar con orgullo la puerta tras la que Elizabeth esperaba para pronunciar su discurso.

Y ahora sabía dónde encontrarla.

—Para dar conmigo deberías de seguir ese lío de cables que tienes bajo los pies. —Volvió la cabeza y vio a Edgar, que llegaba con su inseparable cámara fotográfica al hombro y en las manos una bolsa de papel grueso con crujientes galletas de chocolate—. Porque era a mí a quien buscabas para disculparte por no atender a mis llamadas de anoche, ¿no es cierto? —preguntó con cariñoso sarcasmo.

—Me acosté temprano. Estaba cansado.

Edgar apreció el agotamiento que aún llevaba en los ojos, en el semblante sombrío.

—¿Por qué no vuelves a casa? —le aconsejó con preocupación—. Audrey, a la que mi Jenny asegura que no has llamado ni una sola vez, te espera con los brazos abiertos.

—La llamaré esta noche. Ella se contenta enseguida. —Se pasó las manos por el pelo con gesto impaciente—. Pero no puedo irme. Tengo un acuerdo con el senador y lo voy a cumplir.

—No le debes nada. Vete. Abandona todo esto que te está hundiendo y, una vez en casa, lo llamas para decirle que lo has pensado mejor y que no le escribirás ese discurso.

—No puedo hacerlo —insistió él, pensando no sólo en la promesa hecha, sino también en que irse supondría no volver a ver a Elizabeth. Tal vez no volver a verla nunca.

—¿Qué te lo impide? —perseveró Edgar—. Tu palabra no valdrá menos porque incumplas ésta.

—Valdrá menos para mí.

Se miraron a los ojos, en silencio, sabiendo ambos la verdadera razón por la que no abandonaría Denver hasta que no finalizara la convención.

—Hay algo más importante que la palabra de uno —declaró Edgar con solemnidad—, y es la vida de uno. —Ian no respondió. Miró hacia el pasillo que rodeaba el lado derecho del estadio hasta el *backstage*—. Acompáñame —trató de retenerle su amigo—. Te presentaré a un montón de gente interesante sobre los que te gustará escribir en tu columna. Y, si quieres, también a nuestro amor platónico del Canal 9.

—No tienes que cuidar de mí —le advirtió sin mirarlo—. Disfruta de tu trabajo como lo harías si yo no estuviera —dijo, al tiempo que retomaba su camino.

—Pero estás —lo oyó murmurar a su espalda. Y, aunque no se detuvo, se sintió culpable porque su presencia estuviera suponiendo para Edgar una preocupación.

Mientras avanzaba por el pasillo, asegurándose una vez más de que fuera el que conducía al *backstage*, oyó el atronador recibimiento que le hacían al senador

Morgan Owens, el claro perdedor a pesar de haber salido victorioso en los *caucus*^[1] de Iowa y no serlo por muy pocos votos en los de New Hampshire.^[2]

Después de los meses que llevaba tratando de convencer de que él era la mejor opción, ahora las primeras palabras de Owens eran una llamada a la unidad, a concienciar de que el partido sería fuerte si todos eran uno y remaban en la misma dirección. «Thompson es nuestro hombre —dijo, tragándose su decepción y su orgullo—. Es un gran político y una gran persona, y os pido, a quienes habéis luchado hasta hoy por mí, que ahora lo hagáis por él. Porque os aseguro que nuestro país le necesita como presidente».

Todo al ganador, se dijo Ian cuando volvieron a sonar los aplausos. Ésa era la hipocresía, comprensible y necesaria, de la política que él detestaba. Todo se podía comprar o vender, y lo que hoy era blanco mañana nos lo harían ver negro si eso convenía a sus intereses. Y eso visto como simple espectador, sin contar con las intrigas internas o la corrupción.

El corazón se le detuvo en el pecho cuando se paró ante la puerta del camerino. Estaba a punto de ver a la mujer a la que llevaba todo el día evitando, todo el día echando de menos. Y, cuando ya sólo le quedaba golpear con los nudillos, se preguntó qué estaba haciendo. No era allí donde debía de estar, sino en Manhattan, junto a Audrey, lejos de la política, que aborrecía y, sobre todo, lejos de la mujer que había hecho que se tambalearan los cimientos de su sólida vida.

Resopló, aliviado por la decisión que acababa de tomar en el último instante, y se volvió para irse con la conciencia un poco más tranquila, pero con tan mala fortuna que la puntera de su zapato rozó la puerta y ésta cedió con suavidad.

La sorpresa lo detuvo y los ojos se le fueron hacia la rendija que dejaba entrever unas sencillas paredes blancas y el extremo de un sofá gris.

Y la tentación de contemplar algo más fue demasiado grande.

Empujó la puerta con dedos trémulos mientras pensaba en cómo explicaría su intromisión si llegaba a encontrarse con alguien. Pero no necesitó inventar. El interior estaba vacío y el familiar y leve aroma le indicó que no hacía mucho tiempo que ella había estado allí.

Echar un vistazo en tres segundos. Era cuanto quería hacer: echar un rápido vistazo desde el umbral, con el sencillo anhelo de ver algo que le recordara a ella.

Y en ese espacio impersonal, sin adornos superfluos, antes de agotar los tres segundos su mirada ya había tropezado con lo único que destacaba y que además creyó reconocer: un vaporoso pañuelo de seda atrapado bajo un pequeño bolso femenino.

Unos pocos pasos lo separaban de la mesa. Tres, si los daba largos. Pero que alguien lo encontrara husmeando en el camerino de la esposa del senador Thompson era un riesgo que no debía correr. Y, sin embargo, la atracción por el pañuelo azul, aquel pañuelo azul, fue más poderosa que todos los razonamientos que pudo hacerse en ese último segundo que se había dado para alejarse.

Dos zancadas con el corazón a punto de estallarle le bastaron para encontrarse junto a la mesa y, con la misma loca inconsciencia con que había entrado, empujó el bolso para hacerse con el pañuelo que tan bien conocía. Lo acarició con los dedos y se lo llevó a la nariz para inspirar con los ojos cerrados.

Recordaba su olor, recordaba su tacto húmedo... Y volvió a sentirse allí, en Baltimore, abrazándola empapada de lluvia, hundiendo el rostro entre su pelo mojado y rozando con los labios el pañuelo anudado a su cuello. Y, mientras respiraba aquel olor a pasado, el poco sentido común que había entrado con él lo obligó a reaccionar.

No podía estar allí. Nadie podía encontrarlo en aquel espacio prohibido.

Se metió el pañuelo en el bolsillo de la chaqueta al tiempo que regresaba al pasillo. Y, una vez fuera, se entretuvo un instante en dejar la puerta exactamente como la había encontrado.

Fue al volverse cuando la vio. Avanzando por el último tramo del largo pasillo, acompañada de Kate y de dos escoltas.

Maldijo no haber dispuesto de otro par de segundos que le hubieran alejado unos metros y poder fingir así que se dirigía al *backstage*. Pero ya no había remedio. Su inconsciencia lo había colocado en una posición incómoda y se consoló pensando que no era lo peor que podía pasarle después de un día tan desafortunado.

Y mientras ella y la pequeña comitiva se acercaban, él aguardó, ideando cómo justificar lo injustificable.

—¿Señor O’Connell? —lo saludó Elizabeth, desconcertada.

Ian vio la desconfianza en sus ojos, en los pequeños pliegues con los que frunció sus delicadas cejas, en la provocativa altivez con que lo miró desde la sombra de sus rizadas pestañas.

—La buscaba, señora Thompson —dijo, tras humedecerse los labios reseco—. No la he felicitado por su espléndido discurso de ayer y me he tomado la libertad de venir hasta aquí para hacerlo.

—Se lo agradezco —respondió ella a su cumplido, sorprendida de que, por primera vez, fuera él quien desviara una y otra vez los ojos.

—Ahora, si me disculpa... —dijo Ian deseando irse.

Su nerviosa actitud, tan diferente a la del hombre templado y seguro de sí que acostumbraba a ser, terminó de alertar a Elizabeth.

—Si se queda por aquí, le presentaré al senador Morgan Owens —dijo Kate, igualmente desconcertada por su comportamiento huidizo—. Y también a un congresista, representante de la cámara baja por el estado de Rhode Island, realmente interesante —añadió, con innecesario misterio.

—Nada me agradaría más si no tuviera asuntos importantes que atender. —Se volvió hacia Elizabeth con rapidez—. Señora Thompson —volvió a despedirse bajando ligeramente la cabeza.

—Señor O’Connell —repitió ella, y un instante después entró en el camerino dispuesta a comprobar si su suspicacia tenía algún sentido.

Un golpe de calor le recorrió la sangre y le subió hasta el rostro al comprobar que el bolso había sido movido y que faltaba el pañuelo de seda que Stephen le había traído de un viaje de trabajo a China.

Se volvió y, siguiendo un impulso, salió con tanta rapidez al pasillo que casi hizo tropezar a Kate.

—¿Algún problema, señora? —preguntó con alarma uno de los guardaespaldas.

—Ninguno, gracias —respondió, en el fondo aliviada de no haber encontrado a Ian, pues aquél no era el mejor lugar para las preguntas que hubiera querido hacerle.

En ese momento, él ya había llegado al cruce de pasillos y sobrepasado el entramado de cables que llevaba al espacio reservado a los medios de comunicación. Más que caminar, había volado sobre las rugosas baldosas verdes, llevándose su pequeño tesoro. Lo único, además de los recuerdos, que llegaría a tener de ella.

Cuando divisó la salida del estadio se miró emocionado el bolsillo. Un pequeño extremo de seda azul asomaba por el borde y lo introdujo con rapidez hasta el fondo. Era suyo, sólo suyo, y nadie, salvo sus ojos, volvería a contemplarlo jamás.

CAPÍTULO 17

Lo único que tengo de ti

Elizabeth se movía inquieta por el espacioso salón de la suite mientras aguardaba la llegada de Ian. Hacía menos de una hora que había echado en falta su pañuelo y no podía esperar más para exigirle una explicación. Se había alegrado cuando le comunicaron que el congresista Kennedy llegaría con retraso y que la saludaría en el hotel, para después ir al Centro de Convenciones y cerrar con un improvisado discurso los actos del día.

Los familiares golpecitos en la puerta con los que Kate acostumbraba a anunciar que estaba a punto de entrar, la tensaron. Se movió junto al alféizar del ventanal para no tapar con su cuerpo el ramo de rosas amarillas, regalo de Stephen. Nadie mejor que él para infundirle la fuerza que necesitaba en ese momento.

—El señor O’Connell, señora Thompson —anunció Kate cuando por la cristalera comenzaban a filtrarse las primeras sombras del anochecer.

El tono orgulloso con el que ella le dio las gracias le confirmó a Ian el motivo por el que lo había hecho llamar. Y él no tenía fuerzas ni ánimos para mantener inútiles discusiones.

—Supongo que sabes por qué estás aquí —le dijo Elizabeth con altivez en cuanto se quedaron a solas.

—No. No lo sé. Después de nuestro ácido encuentro en este mismo salón, no esperaba que me llamaras ni hoy ni nunca.

—Cínico y mentiroso como siempre —le espetó ella, demasiado enfadada como para refrenarse.

Ian respiró hondo para no responder a sus provocaciones. Necesitaba alejarse de ella, de aquel influjo con el que podía hacerlo estallar o volverlo loco de deseo. Sólo quería salir de allí, acostarse y dormir la noche entera confiando en que el día siguiente fuera un poco menos aciago que aquél, que parecía que no acabaría nunca.

Ante su silencio, el enojo de Elizabeth se fue intensificando.

—En mi país, existe el dicho «quien calla otorga». En tu caso, que siempre tienes respuesta e ironía para todo, tu silencio es más que significativo y mereces un refrán especial. ¿Qué te parece «quien calla es porque algo tiene que ocultar; algo que ha robado y que no quiere devolver»?

—No te he robado nada —insistió él, hundiendo la mano en el bolsillo y tocando la delicada seda.

—¿Es que nunca vas a decirme una verdad? —preguntó, con deliberadas ganas de ofenderlo.

—¿Verdades como las que tú me has dicho a mí? —se defendió Ian, mirándola

con fijeza a los ojos mientras luchaba por mantener la calma.

La vio palidecer y, por un momento, llegó a creer que dejaría de hablarle con aquel tono insolente e incendiario. Pero cuando ella pudo reaccionar, su ánimo de hostigar surgió aún más áspero.

—¡Te has atrevido a entrar en mi camerino, a revolver entre mis cosas, a robarme! —exclamó con rabia—. ¡Te exijo que me lo devuelvas ahora!

—Estoy cansado, Elizabeth. Quiero irme a dormir —dijo fingiendo indiferencia.

—Por tu prisa, y por la clase de hombre que eres, aseguraría que alguien te espera ya en esa cama.

—¿Tal vez todo tu enfado se deba a que te gustaría estar allí? —preguntó tenso, incapaz de seguir dominándose.

Ella se volvió levemente para inspirar el olor de las rosas y, cuando se llenó de fuerza, volvió a mirarlo.

—Un caballero jamás le hablaría así a una dama —le reprochó ofendida.

—Dudo que tú me consideres un caballero —dijo con desánimo—. Y ahora, si me disculpas, me gustaría irme.

—¡¿Llevándote lo que es mío?! —exclamó con sarcasmo—. No sé cuál ha sido tu intención, ni me importa, pero quiero que me lo devuelvas.

—No tengo nada tuyo —volvió a mentir, contenido de nuevo.

—Si los hombres de seguridad registraran tu cuarto, y a ti, ¿crees que encontrarían algo que no te pertenece? —lo desafió con una estudiada sonrisa de victoria.

Ian se acercó hasta casi rozarla y separó los brazos del cuerpo, ofreciéndose.

—Hazlo tú misma si quieres —la invitó, conteniendo la respiración, deseando en el fondo que aceptara su envite, aunque eso supusiera correr el riesgo de que acabara encontrando lo que buscaba—. Regístrate.

Las pequeñas libélulas que a Elizabeth le revoloteaban en el estómago y le cosquilleaban el corazón cada vez que lo tenía cerca, volvieron a agitarse y a dejarla sin fuerzas.

—¿Crees que no me atreveré a hacerlo? —preguntó, con un desafío tenue, y el pulso se le aceleró ante la idea de tocarlo.

—Estoy deseando que lo hagas —aseguró él cuando, extenuado de repetirse que no la necesitaba, descubría que ya no podía más, que quería abrazarla, acercar el rostro a la delicada piel de su cuello sin que de pronto nada de cuanto ella le había hecho importara.

Elizabeth se humedeció los labios, nerviosa, necesitando retroceder un paso para que su cercanía dejara de turbarla y a la vez sin querer alejarse ni un milímetro de él.

—Como quieras —dijo despacio. Y dirigió la mano hacia el bolsillo derecho de la chaqueta, sin dudar, como si hubiera sabido siempre dónde lo ocultaba.

Él la detuvo, sujetándola por la muñeca y alzándole el brazo, y nada pudo evitar que el inesperado movimiento los acercara hasta rozarse. Y en ese instante, tan breve

como el de la llegada de la ola que aborda la playa besando la arena y retrocede llevándosela en un abrazo, se miraron con tal intensidad que pareció que sus ojos acabarían contando todo aquello que ellos dos callaban.

—No puedes quitarme lo único que tengo de ti —susurró él con la dulzura de quien está declarando su amor eterno.

Vio extrañeza en los amados ojos azules, desconcierto. Y reparó en que la emoción de estar nuevamente respirando su aliento lo había llevado a desnudar de modo inconsciente sus anhelos.

La soltó con fingida desgana y se obligó a sonreír como lo había hecho cientos de veces para fascinar a mujeres que no le habían dejado ni el más leve recuerdo.

—... a no ser que quieras cambiármelo por una noche —trató de arreglarlo en tono seductor—. El pañuelo por una noche de placer contigo, que en realidad es lo único que quiero de ti ahora que sé realmente quién eres.

Elizabeth no se volvió esta vez para respirar el olor de las rosas, pues sabía que la indefensión con la que la habían dejado esas palabras no desaparecería con nada. Y es que no era igual saberse una más de tantas, que oírsele decir con tan deshonrosa indiferencia.

—Por fin una verdad —dijo ocultando su decepción.

—Por fin una verdad —repitió él—. Y para continuar con las verdades, deberías reconocer que te mueres por volver a acostarte conmigo.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Tú. El modo en que se te dilatan las pupilas cuando te rozo —explicó, acariciándole el cuello con el dorso de dos dedos y deslizándolos hasta alzarle la barbilla—. Sé reconocer las señales silenciosas que envía una mujer.

—Se ve que yo envío los mensajes en algún idioma que desconoces —se mofó sin moverse.

—Puede que tengas razón —concedió con una sonrisa incrédula y apartando con delicadeza los dedos—. Pero aun aceptando eso, te aseguro que no te devolveré el pañuelo a cambio de nada. —Guardó silencio hasta asegurarse de que su petición no sonara al deseo desesperado que en realidad era—. Y existe una sola cosa que quiero de ti —le advirtió, tendiéndole la tarjeta electrónica que abría la puerta de su habitación.

—Estás loco si crees que voy a ir a tu cama —lo desafió, sin mirarlo siquiera.

—Ya fuiste una vez por el simple placer de disfrutar de unas horas conmigo —susurró tentador, mientras le tomaba la mano y le colocaba la llave sobre la palma abierta—. Esta noche volverás a hacerlo y me da igual que sólo sea porque tengo algo que esperas conseguir. Quiero tu cuerpo esta noche y, por más que lo niegues, estoy seguro de que también tú quieres volver a disfrutar del mío.

—¡Ya está aquí, señora Thompson! —casi gritó la excitada voz de Kate.

Él apartó las manos con rapidez. Elizabeth escondió el puño cerrado, donde se había quedado el salvoconducto hasta la cama de Ian.

—¿Qué... quién...? —pregunto con desconcierto.

—Lo siento, señora —se disculpó abochornada la periodista—. Con la emoción y las prisas he olvidado llamar a la puerta. El congresista Kennedy está aquí. Su coche acaba de llegar y creo que deberíamos salir a recibirlo.

Ian no se movió cuando Elizabeth salió azorada al encuentro del político. Aún se quedó allí unos minutos, quieto, recuperándose de la sorpresa de ver a Kate tras ellos y rogando que no hubiera visto ni oído nada comprometido. Seguía sin fiarse de ella. La lealtad de él al senador, esa que estaba dispuesto a quebrantar para traicionarlo en lo más sagrado acostándose con su esposa, le exigía que le hablara sobre los que creía que eran los verdaderos intereses de la periodista.

Después, durante horas, vagó por su habitación con el teléfono en la mano y el pensamiento en Elizabeth y en el modo orgulloso en que lo había acorralado hasta descontrolarlo. Y al fin se decidió a llamar a Audrey. Quiso tranquilizarla, hacer que durmiera feliz y serena esa noche que, si todo salía como repentinamente esperaba, él iba a pasar amando hasta la agonía a la mujer que ya era la dueña absoluta de su vida y de su alma.

Pero a medida que fueron avanzando las horas, su euforia se fue calmando y su confianza haciendo pedazos.

Y aun así, la esperó. La esperó tumbado en la cama, con las cortinas descorridas para que la gran luna llena que dominaba el cielo, casi siempre despejado de Denver, la iluminara a ella sin necesidad de encender ninguna otra luz. La esperó pese a que, mientras la había contemplado en el Pepsi Center, aclamada por la multitud, fue realmente consciente de lo inalcanzable que era. La esperó y cada vez que creyó oír sonidos de pisadas, contuvo el aliento deseando que se detuvieran ante su puerta y que ella entrara para cambiarle por unas horas de pasión el pañuelo que mantuvo entre los dedos la noche entera.

—Tengo ganas de verte, pequeña. Estoy cansado de estar lejos de casa y de ti. Y aún quedan un día y dos noches para que pueda reunirme contigo.

—Ya estamos en la última fase. La más intensa, pero también la más corta —dijo Elizabeth dándole ánimos que sabía que no necesitaba—. El 6 de noviembre está ahí al lado.

—Sí. Ahí al lado —repitió Stephen, ausente, analizando el arduo trabajo que tendría que ir superando con nota brillante si quería ocupar el siempre codiciado despacho oval.

Tras despedirse, Elizabeth se tumbó sobre la cama, con las piernas extendidas y los brazos en cruz, y miró hacia la mesilla. Allí, sobre la superficie brillante, había dejado la llave para una noche apasionada en la que ella sería quien pusiera el amor y él tan sólo puro y ardiente sexo. Y aun sabiéndolo, no dejaba de pensar en ello, como si en verdad pudiera permitirse el lujo de elegir entre acudir o quedarse en su cuarto.

Ni siquiera conseguía quitarse del pensamiento la imagen de la extraña mirada oscura, tierna y suplicante, con la que él la había desconcertado mientras mercadeaba con un pañuelo que no le pertenecía para conseguir su cuerpo. No debió de entender el trasfondo de su mirada, pues ternura y desvergüenza no podían ir juntas. Súplica y orgullo tampoco.

Cuánto tiempo perdería en esperarla, se preguntó, cerrando los ojos. Cuál sería el límite tras el que buscaría otra compañía para pasar la noche. Sospechaba que no sería mucho. Y también sabía que el hecho de que nadie que no estuviera acreditado pudiera acceder a aquella planta restringida, no iba a resultarle un problema. Aunque en el hotel hubiera una sola mujer hermosa con pase oficial para ese último piso, Ian la encontraría y se la llevaría sin demasiado esfuerzo a la cama.

No. No iba a padecer por él, porque la estuviera esperando. Lo iba a hacer por ella misma. Ella sí iba a pasar la noche entera dándole vueltas a su proposición, a la mirada esperanzada y tierna con la que había rogado que no le quitara el pañuelo. Y si al fin lograba dormir, soñaría con que estaba entre sus brazos, como soñaba siempre, y que las cosas que la obligaban a apartarse de él ni existían ni habían existido nunca.

No la vio esa mañana. Ian pasó el tiempo en el Pepsi Center tan sólo para evitarla, mezclado con los delegados más veteranos que lucían pins y chapas de históricas convenciones como si fueran galones de antiguas batallas. También con los más jóvenes, como el entusiasta bostoniano, con su característico blazer azul y su corbata a rayas, que estaba allí para ayudar de forma altruista, como muchos otros de su generación. Hubo un momento en que el joven le describió a Stephen Thompson como a un verdadero héroe y le aseguró que allí se estaba escribiendo la historia.

Le resultó impresionante ver tanta implicación, tanta ilusión, tanta entrega desmedida y desinteresada. Y pensó en lo sencillo que era, para un político, jugar con las emociones de la gente y utilizarlas a su conveniencia.

Regresó al hotel por la tarde, satisfecho de que esa tortura fuera a terminar al día siguiente y hundido porque no regresaría a casa el mismo hombre que salió días atrás. Pues ese maldito viaje había destapado lo que llevaba meses tratando de ocultarse: su insensata y ciega obsesión por esa mujer prohibida. Y no sabía cómo iba a afectar eso a su vida y a su matrimonio con Audrey.

Accedía al *hall* cuando apreció el tumulto junto a los ascensores. Y frente a los flashes de las cámaras fotográficas, pudo ver a uno de los corpulentos guardaespaldas de Elizabeth.

No lo haría, se dijo, apretando la mandíbula. No correría a verla. En unas horas estaría allí el senador, tratarían los términos en los que debía escribirle el discurso y se alejaría de ese mundo, de la política y de ella. No podía verla si quería recuperar su vida y su tranquilidad.

Pero al instante siguiente se vio exponiendo de modo visible su tarjeta especial y abriéndose paso entre la gente de la prensa para llegar al pequeño y asediado grupo. Respiró aliviado al ver los sedosos bucles pajizos y se acercó al asesor de campaña, que junto a Kate aguardaba para entrar con Elizabeth al ascensor.

No creyó que lo conseguiría hasta que se vio dentro, con la espalda pegada a la pared del fondo y los ojos clavados en Elizabeth, que a pesar de su serena apariencia parecía no saber hacia dónde mirar.

—¿Está pasando un buen día, señor O’Connell? —le preguntó Kate con inusitada amabilidad.

—Yo diría que perfecto, señorita Evans. Lástima que tanta diversión vaya a terminar mañana.

Kate sonrió con malicia y mientras el asesor comenzaba a enumerar el orden de intervención de los asistentes a los actos del día siguiente, Ian dejó de escuchar.

Recorrió con los ojos la figura de Elizabeth, comenzando por los cómodos zapatos bajos que le hicieron pensar que había estado recorriendo la ciudad a pie con toda aquella comitiva de acompañantes y escoltas. Pensó que debía de resultarle extenuante no poder salir a solas ni para comprar unas simples horquillas para el pelo.

El saludo de ella había sido breve y correcto y después había fijado su atención en el cristal donde se iba iluminando cada planta que iban dejando atrás. Aún la turbaba recordar la mirada de Ian de la noche anterior y, durante el corto pero inacabable ascenso, evitó como pudo exponerse a otra que terminara de confundirla.

El elevador se detuvo y, en cuanto se abrieron las puertas, uno de los guardaespaldas salió para asegurarse de que todo estaba en orden antes de que su protegida abandonara el pequeño habitáculo. Todo duró una fracción de segundo. Elizabeth, que ya se sentía a salvo, aprovechó ese instante para mirar a Ian de soslayo. Y se encontró presa de sus ojos negros, de su expresión desafiante, como de reclamación porque lo hubiera tenido esperando inútilmente, como de súplica para que no volviera a hacerlo, pues esa noche iba a esperarla de nuevo.

—Que pase una buena noche, señora Thompson —dijo, sin abandonar la inquietante y extraña mirada.

Y ella sólo consiguió responderle con un gesto.

CAPÍTULO 18

No habrá más noches en Denver

El Chrysler negro con cristales tintados salió del Ritz Carlton y, al llegar al impresionante edificio blanco cubierto de columnas de la Corte de Apelaciones, giró hacia la larga y recta Champa Street, engalanada con el color azul de los demócratas y centenares de banderas americanas. No llevaba coches escolta que indicaran que dentro iba alguien importante. Porque, cuando en el partido querían dar espectáculo, eran únicos, pero cuando querían discreción, también.

Sentado junto a la ventanilla del asiento trasero, había momentos en los que Ian O'Connell dejaba de escuchar los comentarios del senador Thompson y se perdía en sus pensamientos.

No había dormido bien. En realidad, no había dormido. Aferrado a una imprudente y absurda ilusión, había vuelto a pasar la noche esperándola, consciente de que aquélla era la última, de que al día siguiente llegaría el afortunado marido y las oportunidades de tenerla en su cama habrían terminado. Consumido de impaciencia, había vuelto a teclear en su teléfono la serie de números que aún recordaba a pesar del empeño que había puesto en olvidarlos. Y, ante la misma acostumbrada falta de respuesta, le había costado dominar sus ganas de salir a buscarla, arriesgándose a que los miembros de seguridad lo encontraran tratando de acceder, a esas inadecuadas horas, a la habitación de la futura primera dama. Como última y desesperada opción, había puesto toda su fe en atraerla con un corto mensaje de texto que le recordara que el tiempo de indecisión había llegado a su fin.

«No tendremos más noches en Denver» —había escrito mientras deseaba suplicarle: Por favor, ven o me moriré si no te tengo.

Después, había seguido aguardando en esa habitación asaltada por la luz brillante de una luna casi llena, con las cortinas descorridas por sí a pesar de todo ella decidía regalarle lo que aún quedaba de noche. Y, durante horas, con los sentidos puestos en el silencio, a la espera del leve chasquido que abriera al fin la puerta, respirando el atardecer en el pañuelo de seda, volvió a desear lo inalcanzable, lo prohibido, lo ajeno.

Y ahora estaba sentado en la parte trasera de un coche oficial, junto al senador, atendiendo de forma intermitente a su conversación mientras entraban en el Pepsi Center, de modo discreto, horas antes de que comenzara la última y más importante jornada de la convención.

No le gustaba la sensación que le provocaba estar junto al esposo de la que fue su amante de una noche; de la que deseaba que fuera su amante de todas y cada una de las noches del resto de su vida. Pues tan pronto lo mataba el reconcomio de los celos

como lo asaltaba la sucia sensación de considerarse un traidor. No. No iba a ser fácil trabajar para él, igual que no estaba siendo fácil estar cerca de Elizabeth, deseándola hasta la agonía.

Después de ver el estadio desde las gradas para comprobar la espectacularidad del decorado, accedieron a la enorme plataforma azul del escenario. Ian prestó poca atención a las indicaciones que los asesores dieron al senador sobre cómo debía hacer su aparición y hacia dónde tenía que dirigir, en ciertos momentos concretos, la mirada.

—Grandioso, ¿verdad? —le preguntó el político a Ian cuando las explicaciones cesaron y recorría lentamente el escenario, imaginándose frente a la multitud que lo aclamaba enfebrecida.

—Tal vez demasiado. No se hubiera hecho más si al que se esperara aquí esta noche fuera al mismísimo presidente de la nación.

—De eso se trata. Si queremos que el país me vote como a su presidente, primero deben verme con tal. Para ganar, tienes que exhibirte como el único e incuestionable ganador.

—Lo entiendo, pero no estoy de acuerdo. Debe ríen hacerse las cosas de otra forma, sin gastar cantidades inmorales de dólares.

Stephen soltó una abierta carcajada que la perfecta acústica del Pepsi Center extendió por entre los más de cuarenta mil asientos.

—Eres tal como asegura tu suegro que eres. Pensé que vivir esto durante cuatro días te estimularía, como mínimo, la curiosidad por comprobar qué se siente al ocupar un puesto importante. Experimentar en tu propia piel la emoción que provoca la supremacía. —Volvió a reír, esta vez en tono bajo, antes de bromear—: Descubrir por ti mismo si es cierto eso tan deseado de la erótica del poder.

—No necesito un cargo político para que se fijen en mí las mujeres.

—De eso estoy más que seguro. Pero confiaba en que en estos días encontraras algo que te hiciera quedarte y me daba igual qué motivo escogieras.

Elizabeth. Ella era el único motivo que lo había llevado allí y el único que podía hacer que quisiera permanecer en un mundo que era la antítesis de sí mismo.

—Mi suegro tiene mucho que ver en todo esto, ¿verdad?

—Me gustas y me gustarías lo mismo si Howard no estuviera por medio —aclaró Stephen con contundencia—. De todos modos, no olvides que él sólo quiere lo mejor para ti, como lo querría para un hijo.

—Lo sé y también sé que, por mucho que insista, esto nunca será lo mío. Lamento que no podamos entendernos.

—Yo también lo lamento —dijo pensativo, y de pronto sonrió y cambió el rumbo de la conversación—. ¡Al fin has conocido a mi esposa! —Ian se sobresaltó al oírlo nombrarla—. ¿No crees que será una perfecta y maravillosa primera dama?

—Sí —afirmó, tras tomar aire y mirar una vez más hacia las gradas—. Esa batalla la tiene plenamente ganada, senador. La esposa del republicano Frank Murray no

tiene ni una centésima parte de la clase y la belleza de la señora Thompson.

—Ni su discreción y su saber estar —añadió Stephen radiante.

Ian caminó hacia el otro extremo del escenario, deseando que dejara de hablarle de ella y que volviera a hacerlo sobre el discurso que debía prepararle, como había hecho durante el trayecto desde el hotel.

—Deberíamos irnos —dijo de pronto—. Dispone de poco tiempo hasta su aparición de esta noche, senador, y debe dejarme claro qué línea quiere que siga en lo que debo escribirle.

—Presiento que me entenderás con rapidez —contestó como un halago—. ¿Sabes que mi esposa escribió su propio discurso con el que arrancó la convención? —preguntó satisfecho.

El orgullo que sentía por su mujer se le notaba en cada palabra, le desbordaba los ojos cuando la nombraba. Y ante tan ferviente adoración, también él la recordó, hermosa, inteligente, perfecta, con una dulce y delicada apariencia bajo la que palpitaba un corazón fuerte, probablemente invencible. Y no necesitó nada más para saber que también se sentiría orgulloso de tenerla al lado, aunque eso supusiera verse obligado a compartirla con otro millar de hombres.

Elizabeth hincó el tenedor en un pequeño trozo de salmón y se lo llevó a la boca, incapaz de decir lo que llevaba pensando desde el inicio de la comida. Les habían servido dos camareros, en el salón de la suite, en la mesa que antes habían preparado de forma impecable y elegante para que el senador se sintiera a gusto en el encierro que él mismo se había impuesto hasta que llegara la noche.

—Me alegra que al fin decidieras excluir de la comida a los miembros de tu equipo —dijo, mientras separaba otro trozo de pescado—. Ya casi nunca estamos solos.

—¡Pobre pequeña mía! —dijo Stephen, rozándole tiernamente la mejilla con el dorso de los dedos—. Desde que he llegado, apenas te he prestado atención, pero son muchas las cosas que tengo que tratar hoy. En cuanto terminemos de comer, me reuniré durante un rato con mi equipo, después con Ian O'Connell, luego con...

—De eso precisamente quería hablarte. —Trató de no mostrar demasiado interés—. ¿Por qué necesitas al escritor?

—Si el día tuviera el doble de horas, no necesitaría a nadie, pues yo mismo escribiría lo que sé que quiero decir ahí fuera, pequeña. Pero no los tiene.

—Lo sé. Pero cuentas con un excepcional redactor de discursos. Me lo has dicho muchas veces.

—Estoy satisfecho con él, es cierto. Trabajamos bien juntos, codo con codo, y él a su vez tiene la ayuda de elementos muy válidos. Pero el equipo podría ser aún mejor con Ian O'Connell.

—¿Cómo lo sabes?

—Leo sus colaboraciones en el *Daily News*. A veces, he sentido la tentación de robarle frases completas. —Sonrió ante lo que acababa de confesar—. No puedo imaginar lo que ese hombre sería capaz de hacer en un largo discurso. —Elizabeth suspiró, pero siguió en silencio, haciendo rodar por el plato las pequeñas cebollitas caramelizadas de la guarnición—. Tú lees sus novelas. ¿No emocionan?

—Hasta lo más profundo —reconoció con sinceridad, afectada por el recuerdo de hermosos retazos de la historia que ella le inspiró en el lago.

—¿No te ha caído bien? —preguntó, frunciendo el ceño—. ¿Ha hecho algo que te haya molestado?

—¡No! —se apresuró a decir—. No es eso. Me preocupa Taylor —mintió—. Puede que a tu joven redactor le ofenda todo esto, que se sienta relegado.

—Tranquila. Eso no pasará. De todos modos, si en verdad se molestara, eso no me haría desistir de mi empeño de conseguir a O'Connell. Si me rodeo de los mejores, las posibilidades de llegar a ocupar el despacho oval serán mayores.

Elizabeth levantó su copa de vino, invitando a su esposo a que hiciera lo mismo con la suya.

—Brindemos por eso —dijo, haciendo entrecocar el cristal. Y bebió un sorbo, confiando en que no volvieran a nombrar a Ian.

CAPÍTULO 19

Bajo una lluvia de globos de colores

La sensibilidad emocional y el patriotismo de los asistentes a la convención fueron cuidadosamente estimulados durante toda la tarde, comenzando por la elección formal y definitiva de Thompson como candidato a la presidencia de Estados Unidos. Después, Morgan Owens, quien había sido su duro adversario, volvió a alabar sus virtudes y a mostrarle su más firme apoyo, y el experimentado senador por Texas, Richard Emerson, aceptó con emotivas palabras su nombramiento como candidato a vicepresidente. Cuando en las gigantescas pantallas de televisión aparecieron las primeras imágenes, en las que un pequeño Stephen Thompson jugaba en las rodillas de su abuelo, el Pepsi Center era ya una hermética olla a presión necesitada de una válvula de escape. Y después de nueve minutos de un documental que repasaba la trayectoria vital y política del candidato, el senador salió de entre bambalinas y caminó, sonriente y con paso triunfal, hasta el atril que lo aguardaba en el centro del escenario, mientras el estadio estallaba en aplausos y vítores, con tan atronadora intensidad, que parecía que toda la estructura iba a acabar pulverizada hasta los cimientos.

Ian lo contemplaba desde el *backstage*. Aunque su verdadera atención estaba más cerca, en Elizabeth. Preciosa, perfecta, con un vestido verde esmeralda que se adaptaba a su cuerpo con elegante sensualidad. El rubor que le cubría las mejillas la traicionaba y desmentía la tranquilidad con que aparentaba llevar la situación, visionándolo todo a través de los monitores. Estaba nerviosa y él sabía que, de haber podido abrazarla, hubiera notado cómo temblaba por dentro. Con cada nueva agitación del público ella se alejaba momentáneamente, firme y templada, sin que nadie salvo él percibiera que le costaba soportar la presión.

No se perdía ninguno de sus movimientos.

En cambio, Elizabeth no miraba a nadie. Ni siquiera al recién elegido candidato a vicepresidente o a su esposa, con los que, como cierre de la convención, compartiría el escenario esa noche junto a Stephen, el gran protagonista. Porque, en una velada de grandes emociones, había una que le mantenía sangrante el corazón: sentir la presencia de Ian; desear echarse en sus brazos para que le calmara los nervios, para que la llenara de besos. Pedirle que la estrechara contra su pecho y quedarse allí para siempre. Y cada vez que se atrevió a mirarlo con fugacidad con el rabillo del ojo y lo encontró observándola, se preguntó si era posible que una mujer como ella pudiera convertirse en la obsesión de un hombre como él. Nada podía hacerla imaginar que el hombre experimentado y lujurioso que conocía desaparecía cada vez que la miraba, muriéndose por toparse un instante con sus ojos o por recibir de sus labios una

sonrisa.

Las palabras finales de la alocución del senador y el estallido de aplausos de todo el estadio agitó el interior del *backstage* y el recién nombrado candidato a vicepresidente, Richard Emerson, tomó el mando de la situación.

—Adelante, señora Thompson —dijo, extendiendo el brazo hacia el escenario—. El futuro presidente de la nación, y la multitud, están deseando verla.

Ian tomó aire y avanzó ligeramente, con disimulo, y cuando ella pasó por su lado, le rozó la mano con la suya al tiempo que inspiraba hondo para atrapar su aroma a tibio atardecer en Crystal Lake. Fue todo tan fugaz y leve que no pudo captar el estremecimiento de Elizabeth, menos aún cómo se le aceleró el corazón o le temblaron las piernas.

Él se quedó padeciendo sus propias sensaciones, su propio latir acelerado y su propia falta de aliento, rozando el pañuelo en el interior del bolsillo y acariciándola con los ojos a ella. Mientras, millares de brillantes trocitos de papel llenaban el aire de azul, blanco y rojo descendiendo con la suavidad de los copos de nieve y cubriendo finalmente la gran plataforma.

Era un cierre de convención espectacular, colorido y victorioso en el que él sólo podía ver a la mujer que se había convertido en todo su mundo.

—Fascinante, ¿verdad? —preguntó Kate, acercándose hasta rozar su brazo con el suyo.

Ian soltó el oxígeno que inconscientemente había estado reteniendo y continuó con la mirada fija en el escenario, en Elizabeth.

—Abrumador más bien.

—Está perfecta, maravillosa, a pesar de que dudo que haya dormido algo estas noches.

Ian se agitó por dentro, inquieto.

—¿Qué quieres, Kate? —preguntó sin rodeos.

—Eres un hombre fascinante —opinó, con verdadera admiración—. La mañana en que te conocí iba dispuesta a arrancarte los ojos y a llevármelos como trofeo y con dos palabras y una sonrisa lograste que no pudiera pensar en nada que no fuera acostarme contigo. Consigues lo que quieres y cuando lo quieres, y no parece que te cueste esfuerzo alguno.

—Creo que en eso nos parecemos bastante —dijo él con expresión ausente, centrado aún en lo que ocurría fuera, en el grupo formado por los senadores Thompson y Emerson y sus esposas, que saludaban a la multitud bajo la lluvia de globos con los colores de la bandera nacional.

Pero estaba tenso, con todos los sentidos en estado de alerta, seguro de que los labios de Kate se curvaban en una sonrisa tan maliciosa como el tono que estaba dándole a su voz.

—Tienes razón, pero yo soy menos osada que tú. Me he tirado a maridos de amigas, a políticos poderosos. Incluso alguna vez me han follado a un tiempo dos

cabrones influyentes que competían entre sí por demostrarme quién lo hacía mejor, cuando lo único que yo quería de ellos eran los favores que me habían prometido a cambio de la orgía. He hecho cosas realmente sucias y excitantes, pero nada comparable a la presa que tú estás acechando... o a la que puede que hayas conseguido ya.

Ella le estaba hablando de sus trapos sucios, de sus manipulaciones, de cómo había vendido su cuerpo y su dignidad a cambio de privilegios. Le estaba dando armas con las que podría acabar con sus aspiraciones políticas. Y eso, cuando menos, era inquietante, pues no le entregaría una información así sin tener la absoluta seguridad de que nunca podría utilizarla.

—¿Adónde quieres llegar con esto?

—Hay un chiste, en verdad sin ninguna gracia, que cuenta que una mujer está en el sillón del dentista y que cuando éste le acerca el torno a la boca, ella se acobarda, lo sujeta por los testículos y le dice: «Doctor, ¿qué le parece si ambos vamos con cuidado y no nos hacemos daño?»

—Te lo preguntaré una sola vez más, Kate —replicó con impaciencia—, ¿qué demonios quieres de mí?

—Que no nos hagamos daño —dijo en voz más baja—. He visto la confianza que tienes con el senador y sé que irá a más ahora que vas a trabajar de forma estrecha con él. También sé que no te gusto, aunque nadie lo diría, después del ardor desatado con el que gozaste de mi cuerpo en aquel hotel. —Rió de nuevo, segura de dominar la situación—. Y quiero que, cuando tengas la más ligera tentación de hablarle de mí al senador, recuerdes que también yo puedo hablarle de ti... y de su esposa.

La tensión hizo soltar a Ian una risa inquieta.

—No puedes amenazarme con ridiculeces sin sentido —murmuró, sin haberla mirado ni una sola vez.

—Sabes bien que puedo. —Hizo una larga pausa para darle tiempo a que sacara conclusiones y disfrutó de la tensión que notó en los músculos de su brazo—. ¿Vas a decirme que no te sorprendí negociando una segunda noche a cambio de lo que te habías llevado de ella? —preguntó con sarcasmo.

Ian apretó la mandíbula hasta que le rechinaron los dientes. No existía negación ni mentira que pudiera inventar después de que ella hubiera sido imprevisto testigo de esas palabras y tal vez también de cómo le había entregado la llave. Y no encontró más salida, ni digna ni indigna, que aceptar su propuesta.

—¿Qué pasó con la mujer y el dentista? —preguntó, con los ojos clavados en el brazo que el senador pasaba por la cintura de Elizabeth.

—Nada. Ambos se trataron con delicadeza. Es más. Creo que ella lo manipuló con tanto mimo, que acabaron follando como locos en el sillón reclinable, después de que él le sellara el empaste de la muela del juicio.

Ian se dio la vuelta para alejarse de la amorosa imagen del senador estrechando con posesividad el cuerpo de su joven esposa y miró a Kate.

—Tú y yo no llegaremos a tanto —sentenció como despedida.

Ella lo detuvo, sujetándolo del brazo.

—Lo único que importa es que no olvides nuestro pacto de no agresión.

Volvió a mirarla con gesto de desafío, como si en verdad no le preocupara estar en sus manos, y salió sin responderle.

La ciudad le proporcionó refugio esa noche, en Firebreak, un bar nocturno de Emerson Street. No quiso regresar al hotel y participar en la privada fiesta demócrata. No quiso encontrarse con Edgar. No quiso encontrarse con nadie que lo conociera. Se sentó frente a la barra del local, donde pagó las copas a la primera mujer realmente apetecible que se le insinuó, donde le comió la boca y la manoseó por encima de la blusa y por debajo de la falda. Donde se dejó excitar por ella sin pudor alguno. Donde, cuando llegó el momento de decidir en qué cama o lugar discreto solventar el calentón, miró a la desconocida a los ojos y supo que no podría hacerlo. Que no podría acostarse con ninguna mujer esa noche, por muy hermosa que fuera y por muy necesitado que estuviera él de alivio. Y, mientras salía del bar dejándola desconcertada, se preguntó si podría volver a hacer el amor con Audrey una vez que regresara a su hogar en Manhattan.

No le agradaba desayunar sola. Demasiadas veces lo hacía en casa debido a las frecuentes ausencias de Stephen y hacerlo también en el hotel, teniéndolo tan cerca, le parecía absurdo. Pero así lo había decidido ella. No había aceptado los insistentes ruegos de su marido para que lo acompañara en su desayuno de trabajo con Ian. Y no porque no se consumiera de ganas de verlo. Era que esa mañana obedecía a su cabeza y no a su corazón. No podía pasar por el dolor de otra despedida y tampoco por el de estar sentada ante él y tratarlo como a un extraño en presencia de Stephen.

Y, sin haberlo buscado, se encontró desayunando con Kate en el salón de la suite, debido a que su esposo había considerado que estaría mejor acompañada. De habérselo consultado antes, hubiera descubierto que ella prefería un rato de relajada soledad.

—¿Le preocupa algo, señora Thompson? —preguntó Kate al notarla pensativa durante demasiado tiempo.

—Estoy haciendo inspección mental de lo que he metido en la maleta —inventó en un instante—. No me gustaría dejarme nada.

—Cuando terminemos, daré un repaso a la habitación para asegurarme de que eso no ocurra —dijo, cortando con refinamiento un trozo de tostada—. No se preocupe, señora.

Elizabeth dio un sorbo a su café y volvió a dejar la taza sobre la mesa.

—¿No te impone un poco la campaña agotadora que queda por delante?

—Todo lo contrario —reveló Kate—. Después de las largas y fatigosas primarias sólo para conseguir llegar hasta aquí, lo que queda hasta las elecciones de noviembre

es un premio.

—Como bien sabes, esto es nuevo para mí. No he participado en esas primarias, pero ahora tendré que hacerlo; tendré que aparecer para apoyar a Stephen.

—Y de paso se irá acostumbrando a las obligaciones oficiales de una primera dama.

—No me importa el trabajo, pero me asusta la popularidad.

—Entonces, se ha casado con el hombre equivocado, pues el senador adora la fama, el poder. Lo he visto agotado, física y mentalmente, y aun así darlo todo en un mitin de una aldea perdida en ninguna parte, estrechar las manos de los habitantes, uno a uno, y ser el último en subir al coche para abandonar el lugar. Es de los hombres que morirían de agotamiento antes que detenerse, y de orgullo antes que claudicar.

—Pero cuando está en casa sigue siendo el hombre del que me enamoré —dijo con ternura.

—¿Por qué no ha querido acompañarlo en el desayuno de hoy? —preguntó, sin poder refrenarse.

—Se trataba de un desayuno de trabajo —se defendió sin convicción.

Kate vio el temblor en sus manos y se preguntó cómo, una mujer como ella, había llegado a mezclarse con un hombre como Ian. Incluso a enamorarse. Porque, si algo sabía reconocer, pensó mientras la observaba, eran los precisos síntomas de una mujer enamorada, en especial si lo había hecho del hombre inadecuado.

—Creo que hubiera disfrutado intercambiando puntos de vista con el señor O'Connell sobre cómo debería expresar las cosas que su esposo quiere decir en el discurso.

—Me apetecía más intercambiar impresiones contigo —volvió a mentir—, revisar mi equipaje y estar lista para salir en cuanto Stephen entre por esa puerta.

Pero no iba a resultar tan sencillo como había previsto.

Media hora después, con las maletas cerradas, se despedía de la ciudad de Denver a través del ventanal del salón. Le costaba asumir ese adiós. En esa ciudad había perdido otro pedazo importante de su alma; se lo había entregado a Ian cuando lo había tenido cerca, cuando lo había mirado a los ojos, cuando por el bien de los dos había vuelto a apartarlo de su vida.

—¿Tienes un momento, pequeña mía? —Se volvió, sorprendida de no haber oído entrar a Stephen, y se encontró de frente con el atractivo rostro de Ian—. Pensé que querías despedirte del señor O'Connell.

—Sí, por supuesto —dijo, mientras se acercaba y distinguía el intenso cansancio en sus ojos negros—. Ha sido un placer conocerle —aseguró, tendiéndole la mano.

Él se la sujetó con firme delicadeza y le acarició con la yema del dedo corazón el sensible centro de la palma. Su propia piel se erizó ante ese leve y secreto contacto.

—El placer ha sido total y plenamente mío —dijo con una ligera sonrisa y, sin dejar de mirarla, aseguró—: Volveremos a vernos.

Ella tragó saliva, nerviosa de pronto.

—Elizabeth lee tus novelas —intervino Stephen, sin notar el desafío silencioso de sus miradas, ni el dolor tenso que los mantenía inmóviles y con las manos aún juntas—. ¿No se lo has contado, pequeña?

—Me lo ha dicho, sí —salió al paso Ian, comiéndosela disimuladamente con los ojos—. Y yo se lo he agradecido.

Ella sonrió, aunque sólo con los labios, y trató de recuperar su mano. Él la soltó despacio, dejando que se le deslizara entre los dedos, retrasando cuanto pudo el instante de perderla.

—Espero encontrar en el discurso de mi esposo la magia que pone en sus novelas, señor O'Connell —aventuró, con temblor en la voz.

—La verá, «señora Thompson» —dijo complaciente, pero dándole al trato de señora el mismo tono afilado que creyó apreciar que ella había utilizado al llamarle señor.

—Si me disculpa... —rogó Elizabeth, bajando levemente la cabeza y dando un paso atrás—. Aún tengo que guardar algunas cosas y cerrar las maletas.

Ian aceptó con un gesto y, cuando abandonaba la suite acompañado por el senador, junto a la puerta, arrimadas a la pared, pudo ver dos maletas listas y cerradas. Ningún mensaje podía ser más claro que ése. Ni siquiera el de dos noches atrás, cuando ella ignoró sus llamadas y su desesperado mensaje y lo dejó aguardando sin el más leve remordimiento.

CAPÍTULO 20

Por volverla a ver

—Sé que lo digo siempre, pero no puedo evitarlo. ¡Me encanta esta casa y me alegra que os decidierais a comprarla! —exclamó Jennifer, apoyada en la barra de granito blanco de la cocina y mirando hacia la cristalera, que ocupaba toda la pared—. Siempre me ha llamado la atención este edificio; es decir, los tres casi idénticos, revestidos por completo de cristal. Pero con todas las cábalas que hice, nunca imaginé que tendrían tanta luz.

—¡Y eso que no está «al lado de la mañana»! —bromeó Ian, haciéndole un guiño.

—No te metas con nuestro hogar —dijo Edgar—. No lo cambiaríamos por ningún palacio, ¿verdad, preciosa?

—Verdad —respondió Jennifer sonriendo—. ¿Quién podría querer un piso como éste, en el extremo de Perry Street, frente al Hudson, con todas las paredes externas transparentes y una maravillosa terraza en el ático?

—Pero... nuestra casa es... —comenzó a balbucear Edgar.

—Es una declaración de amor —musitó ella, estampándole un beso en los labios—. La más hermosa declaración de amor que nadie podrá igualar jamás. Y no, no la cambiaría por ningún palacio del mundo.

Edgar recuperó la sonrisa y el color. La estrechó por la cintura y la besó largamente en la boca.

—Si queréis, podemos dejaros a solas —bromeó Audrey, fingiendo no querer mirar.

—Os lo agradecemos, pero vamos a seguir con los planes de tomar unas copas en la terraza, porque en nuestro nidito de «Morningside Avenue» no tenemos ni un triste balcón. Además, mi querido esposo está ansioso por subir para poder encender un cigarro.

Audrey y Jennifer aún reían cuando ascendieron por la amplia escalera de caracol, mientras los dos hombres se quedaban preparando las bebidas.

—Fue un error ir a Denver, ¿verdad? —comentó Edgar, tras un rato de silencio.

—No te entiendo —dijo Ian, al tiempo que llenaba de hielo cuatro vasos.

—Sí que me entiendes. Las cosas no están igual que antes de que fueras a verla.

Debía de estar muy preocupado, se dijo Ian, para no haberse apresurado aún escaleras arriba para tomarse cuanto antes una ración de nicotina.

—¿Audrey le ha dicho algo a Jennifer?

—Algo le ha dicho. Ya sabes cómo son las chicas —contestó con ironía—: se fijan en detalles tontos, como que estás casi siempre ausente, o simplezas como que no les haces el amor con la intensidad y la frecuencia con que se lo hacías antes. Les

encanta preocuparse por cosas como que puedes estar engañándolas con otra. ¡Es su forma de pasar el rato!

Ian sonrió sin ganas y abrió el frigorífico para sacar unas limas bien verdes.

—No me ha recriminado nada.

—Tal vez debido a que tiene más miedo del que imaginas y porque prefiere esperar a que se te pase lo que sea que te esté pasando y que no entiende. —Ian resopló, mostrando incomodidad, pero no logró callar a su amigo—. Reconócelo de una vez —siguió instigándolo Edgar—. Reconoce que te has quedado colgado de esa mujer a la que ni siquiera deberías atreverte a mirar. Te has enamorado de ella, ¿no es cierto?

Ian cerró los ojos y suspiró hondo.

La amaba, sí. La amaba de esa forma que siempre había asegurado que era invento de escritores. Y sabía que la amaba desde que se quedaba sin aliento al verla y le costaba respirar cuando no la tenía cerca. Desde que soñaba con ella cada noche y no podía apartársela del pensamiento durante todas las horas del día. Desde que cerraba los ojos para oír su voz y su risa, para imaginar que volvía a tenerla entre los brazos. La amaba, sí. La amaba como nunca pensó que pudiera amar nadie salvo los personajes ficticios y algún tonto soñador incauto. La amaba sin remedio y hacerlo lo estaba apartando de su verdadera vida, de esa que tendría que vivir, pues a ella no iba a tenerla nunca.

—No sé lo que pasó —se sinceró, mientras alzaba los párpados—. Quizás, al convertirla en la protagonista de mi novela, la descubrí por dentro antes de ver lo hermosa que es por fuera.

—Entonces, ¿por qué insistes en verla?

—¿Puede una mariposa nocturna alejarse de la luz que será su perdición? ¿Deja de acercarse de nuevo, cada vez que retrocede un instante al notar que se abrasa?

—Tú tienes más cerebro que uno de esos insectos.

—Y también más necesidad de ella que el insecto de la luz. —Se quedaron en silencio. Ian dudó si continuar, pero al final lo hizo—. Mañana voy a Washington. Tengo que repasar el discurso con el senador. Me ha preguntado si prefiero que lo hagamos en el despacho o en su casa. Le he respondido que en su casa.

Edgar negó con la cabeza, preguntándose hasta dónde los iba a llevar la inconsciencia de su amigo.

—¿Qué esperas conseguir? —Ian apretó los labios y comenzó a cortar con parsimonia unas rodajas de lima—. Tengo una curiosidad —dijo Edgar con abierto sarcasmo—. ¿Vas a tener el valor de presentarte ante esa mujer para contarle la verdad o le dirás que sólo pretendes acostarte con ella?

—No eres el más adecuado para recriminarme nada.

—Nunca lo he hecho y nunca lo haré. Pero no estamos hablando de una aventura, amigo mío. Aun que, si lo fuera, también te aconsejaría que te alejaras de ella. Un lío con la mujer de un futuro presidente no te puede traer nada bueno.

—No tengo un lío con ella —se defendió—. Ni con ella ni con nadie. No le he sido infiel a Audrey ni una sola vez desde que nos casamos.

—¿A quién quieres engañar? ¿Dónde ha quedado aquello con lo que defendías tus aventuras y que decía algo así como que la infidelidad no se ejerce con el cuerpo, sino con lo que llevas en el corazón?

—¿Qué maldita cosa crees que llevo en el corazón?! —preguntó mordaz.

—¿Vienen nuestros hombres con esas bebidas? —exclamó Audrey, asomándose por el hueco de la escalera.

—Ya vamos, cariño —respondió Ian, mirando con severidad a Edgar, recriminándole sin palabras la imprudencia de tocar temas prohibidos cuando sus mujeres estaban tan peligrosamente cerca.

—¿Por qué no puedo acompañarte? —insistió Audrey, parada en medio del salón y esperando que Ian se apartara del ordenador.

Él inspiró para mantener la calma, incapaz de centrarse en lo que llevaba rato leyendo.

—¿Cuántas veces debo repetirlo para que lo entiendas? —preguntó sin volverse—. Se trata de un viaje de trabajo y no sé cuánto tiempo nos llevará repasar todo el discurso.

Ella se le acercó y le rozó la nuca con el extremo de los dedos.

—Puedo esperarte en el hotel —susurró melosa—. O también puedo conocer a la señora Thompson y pasar el día con ella y después la noche contigo.

Ian se volvió para mirarla.

—No vamos a importunarlos —dijo casi como una orden—. No es una visita social, Audrey, y no voy a comportarme como un patán sólo porque se te ha metido en la cabeza acompañarme. Iremos a Washington si es lo que quieres, pero en otro momento y a pasar unos días. Tú y yo solos. —Acentuó las últimas palabras y devolvió su atención al ordenador, al texto que esperaba que contuviera datos concretos que necesitaba para la documentación de su próxima novela.

Audrey le dio la espalda, resoplando enfurruñada de ese modo tan peculiar que a él solía divertirle y que esa vez no lo hizo, y caminó hacia la pared de cristal. Fuera, las aguas del río Hudson parecían llegar hasta el pie de la ventana, mientras, a lo lejos, en la orilla opuesta, la silueta de los edificios de la costa de Nueva Jersey comenzaban a llenarse de pequeños puntos de luz.

—¿Volverás a dormir a casa? —preguntó resignada ya a no acompañarlo.

—No lo sé. Nunca he hecho esto, Audrey. Sé que el senador trabaja mano a mano con su redactor de discursos y que analizan cada frase y cada palabra. Las leen para comprobar cómo suenan y deciden a qué intensidad deben pronunciarse. Eliminan párrafos completos y añaden otros. No es un proceso fácil que se haga en una o dos horas.

—Así que no vendrás a dormir a casa —afirmó con decepción.

—Me temo que no —respondió, agradecido de no tenerla al lado, mirándolo a los ojos.

Temió que se le acercara por la espalda, como hacía siempre que él insistía en trabajar por las noches, y le pasara los brazos por el cuello para provocarlo con susurros al oído y arrastrarlo hasta el dormitorio. Pero no lo hizo, tal vez porque esa vez estaba realmente molesta, aunque en el fondo no supiera qué echarle en cara.

Él sí sabía lo que habría podido reprocharle. Sabía que estaba lejos, cada vez más lejos de ella. Y le dolía, pues la seguía queriendo igual que siempre, con el mismo cariño tranquilo de siempre, aunque no con la misma pasión arrebatada con la que había gozado con ella. Por suerte, esa noche no tendría que inventar historias ni, como recurso final, cerrar los ojos y pensar en Elizabeth para excitarse lo suficiente como para poder hacerle el amor.

—¡Me voy a dormir! —la oyó decir con reprimido enfado.

—Me reúno enseguida contigo —respondió, a pesar de saber que tardaría horas en hacerlo y que entraría en la habitación y se metería entre las sábanas con el mayor de los sigilos para no despertarla.

CAPÍTULO 21

La vida que inventé para ti

La ciudad de Washington amaneció bajo un cielo despejado y una suave brisa con olor a septiembre. Elizabeth extendió los brazos y respiró hondo al salir a la terraza y, junto al aroma a flores, le llegó también el del café recién hecho y el del pan tostado.

Se acercó a la mesa, donde Stephen la aguardaba leyendo el periódico, y se sentó a su izquierda.

—¿Preparado para otra larga y dura jornada? —preguntó, al tiempo que él doblaba el periódico y lo dejaba sobre el mantel.

—Será agradable. Estoy ansioso por leer ese discurso, aunque no tengo ninguna duda de que colmará mis expectativas.

—Tal vez deberías haberle citado en el despacho oficial.

—Él prefirió que trabajáramos en casa y puede que tenga razón y nos venga bien hacer esto en un ambiente familiar y distendido.

Elizabeth desplegó con lentitud la servilleta, dándose tiempo para pensar. Descubrir que era Ian quien había pedido que se vieran en casa la inquietó.

—Llamaré a alguna amiga y pasaré el día fuera para no molestaros.

—No. No, pequeña, no —se apresuró a decir Stephen—. Todo lo contrario. Si tú estás de acuerdo, me encantaría que hicieras de maravillosa anfitriona. Es la primera vez que viene a casa y quiero que le causemos buena impresión. Ya sabes que persigo tenerlo en mi equipo.

—¿Y utilizarás cualquier cosa para convencerlo? —preguntó, fingiendo bromear.

—Sabes que acostumbro a conseguir lo que quiero. —Sonrió, seguro de que volvería a lograrlo esa vez.

—Seré una perfecta anfitriona si eso puede ayudarte —prometió, mientras con aire ausente extendía mantequilla sobre una rebanada de pan blanco.

—Gracias, pequeña mía. No esperaba menos de ti. —Durante unos segundos, le acarició la mano sobre la mesa. Después, tomó con los dedos una tostada cubierta de mermelada y le dio un mordisco—. Kate también estará por aquí, por si necesitamos datos o cualquier cosa que incluir en el discurso.

Cuantas más personas hubiera, menos oportunidades de encontrarse a solas con Ian tendría, pensó, segura de que eso era lo que quería y segura también de que eso no era lo que su alma necesitaba.

—¿Compartirá con vosotros el despacho?

—No quiero interferencias —dijo Stephen—. Voy a ordenar que le preparen una zona en el salón azul, con un ordenador y todo lo que pueda necesitar para hacer su trabajo y conseguir cualquier dato que yo le pida. Por cierto —dijo, reprimiendo una

sonrisa—, me ha dicho algo de que el día amenaza lluvia. Si la predicción se cumple, te ruego que no salgas al jardín a empaparte. No me gustaría que O'Connell pensara que somos una pareja de locos inconscientes.

Se recordó calada hasta los huesos junto al edificio del acuario, en Baltimore, y a él pegado a su espalda, tan mojado como ella, rozándole el cuello con los labios húmedos y atándola por la cintura con sus brazos. Si entonces no pensó que era una chiflada de la que debía apartarse, ya no lo pensaría nunca.

—Tú siempre calculándolo todo —bromeó, para apaciguarse la emoción—. Yo me ocuparé de huir del influjo que provoca en mí la lluvia y tú cuida de que el discurso sea tan bueno como esperas. —Sujetó entre las manos la taza de café y se la acercó a los labios—. Aunque estoy segura de que lo será.

Estaba segura, sí, y no por el hecho de haber leído sus novelas, como daba por hecho Stephen. Estaba segura porque conocía la sensibilidad y a la vez la pasión que Ian derrochaba en todo lo que hacía, incluso cuando su única intención fuera seducir a una de las muchas mujeres a las que abandonaba después.

—¡Me gusta! —exclamó Stephen, contemplando el texto que acababa de leer para sí—. Me gusta mucho. Has captado a la perfección lo que quiero transmitir y lo has hecho como esperaba que lo hicieras: con frases que llegan directas al corazón y que además llegan para quedarse.

Ian se enderezó en el asiento. Durante la casi media hora que el senador había tardado en leer el discurso, él había estado ausente, recordando el modo fríamente cortés con que lo había recibido Elizabeth. Y le dolía. Inexplicablemente, le dolía. No como otras veces. No con el tormento que le causó su gran mentira. Le dolía de otro modo menos abrupto, menos letal, tal vez porque, de haber estado él en su lugar, hubiera actuado con la misma gélida indiferencia. Estaba en su hogar, desafiándola de nuevo. Pero a pesar de saberse responsable de su actitud, no obtener de ella ni una simple mirada lo hería.

—Espero que tenga razón, senador —dijo, incómodo por estar sentado frente a él y con el pensamiento puesto en su esposa—. Nunca he hablado o escrito para una multitud.

—Te leen millones de lectores.

—No es lo mismo —contestó, negando con la cabeza—. Así que, vamos a asegurarnos de que mejoramos todo lo humanamente mejorable. —Sonrió mientras tomaba entre los dedos una copia del texto.

—Hay frases intocables —aseguró Stephen igual que si defendiera algo escrito por sí mismo—. Como las de este párrafo: «Tenemos derecho a soñar y tenemos derecho a lograr esos sueños. Nuestro gobierno debe garantizar las oportunidades a cada americano dispuesto a trabajar para conseguirlo, y no sólo a aquellos que más dinero e influencia tienen». Me parece grandioso. Tiene mucha fuerza, mucho

corazón.

Llevaban más de dos horas analizando cada palabra cuando unos suaves golpes en la puerta les hicieron levantar la cabeza. Stephen concedió su permiso y Kate se adentró, taconeando con lentitud en el suelo de madera.

—Disculpe, señor. El senador Emerson lo llama por teléfono. Le he dicho que está usted ocupado, pero ha insistido en que es importante.

—A él todo le parece cuestión de vida o muerte —le dijo con humor a Ian a la vez que se levantaba—. Discúlpame un momento. Mientras regreso, enséñale el discurso a Kate, a ver qué opina.

Le hizo un guiño a su jefa de prensa y ella le correspondió con una simpática sonrisa. Después, desapareció sin molestarse en cerrar la puerta tras él.

Ian alzó los folios grapados y los lanzó con indiferencia al extremo de la mesa frente al que estaba parada Kate.

—¿Ya te otorga labores propias de la jefa de gabinete de comunicaciones de la Casa Blanca? —se mofó sin cautela alguna—. ¿También supervisas la oficina de prensa, la oficina de preparación de discursos y todo lo vinculado a los medios de comunicación? Creí que aún era pronto para eso, suponiendo que tu jefe resulte elegido presidente.

—Deberíamos hacer las paces —opinó Kate sin prestar atención a las hojas y sin abandonar la son risa.

—Ignoraba que estuviéramos en guerra —ironizó Ian con gesto inocente.

—Deberíamos llevarnos bien —continuó ella sin tomar en cuenta su persistente sarcasmo—. Ser buenos amigos y ayudarnos a conseguir lo que ambos queremos. Al fin y al cabo, compartimos recuerdos muy especiales —ronroneó con sensualidad.

—Comparto recuerdos especiales con personas a las que quiero. Jamás con mujeres de las que, en la mayoría de los casos, olvido sus nombres apenas abandono sus camas.

—No conmigo —respondió orgullosa—. Recuerdas muy bien mi nombre, y sé que aquella fue una tarde memorable.

—He vivido incontables tardes y noches memorables, pero, créeme, no recuerdo dónde ni con quién.

Kate apoyó las manos en la mesa y se inclinó sobre ella para acercar el rostro al de Ian.

—Me gustan los cínicos —susurró con sensualidad—. Para ascender y conseguir mis objetivos, todos me sirven. Incluso viejos decrépitos sin fuerzas. Pero como simple diversión, los prefiero jóvenes, cínicos, atractivos y perversos como tú.

—Sin embargo, yo prefiero tener lejos a las mujeres como tú.

—Es comprensible. Sabes que no podrías resistirte a mí. Pero tranquilo, yo tampoco quiero que el senador regrese y nos encuentre follando sobre su mesa.

Ian soltó una carcajada.

—Tengo que reconocer que eres divertida.

—Me tienes miedo —murmuró con satisfacción—. Eres consciente de que cuando te toque, sólo podrás pensar en volver a hacerme todas esas cosas sucias que se te dan tan bien.

—Este juego empieza a cansarme, Kate.

—Pues acabemos con él —susurró, al tiempo que se lanzaba a besarle en la boca.

Ian la dejó hacer; permitió que le lamiera y le mordisqueara los labios para que ella sola saliera de su error. Nadie lo excitaba si él no quería que lo hiciera... Nadie, salvo Elizabeth. Ella sí podía encenderlo con una simple mirada; ella sí tenía el control absoluto de sus emociones, de sus deseos.

Pero había algo más que Elizabeth tenía en ese instante y que él no podía siquiera imaginar: un nuevo motivo para que quisiera mantenerlo lejos.

Porque, a través de la puerta abierta del despacho, tenía una clara y cercana visión de Kate y él comiéndose la boca. Comiéndose la boca en el despacho de su esposo. Comiéndose la boca en su propia casa.

—¿Satisfecha? —preguntó Ian cuando Kate se apartó con gesto sorprendido, cuando ni junto a la puerta ni en el pasillo había ya rastro de Elizabeth.

—Estaré satisfecha cuando me demuestres tu control en un lugar más discreto, donde no corramos el riesgo de ser sorprendidos.

—No tengo que demostrarte nada, «periodista ambiciosa» —dijo poniéndose en pie—. Dejemos este juego absurdo, ¿de acuerdo?

—¡De acuerdo! —exclamó ella irguiéndose a su vez—. Pero conste que tú te lo pierdes.

—Yo me lo pierdo, Kate —ironizó mientras se dirigía a la salida—. No cabe duda de que yo me lo pierdo.

Elizabeth salió al jardín, incapaz de quedarse en la misma casa en la que Ian estaba besando a otra mujer y en ese momento probablemente también acariciándola con lascivia. Se arrepentía de haberse acercado al despacho. No debió aceptar la petición de Stephen de que hiciera de anfitriona mientras él mantenía una de sus tediosas conversaciones con el senador Emerson. No debió hacerlo, aunque encontrar una excusa para acercarse a Ian y cruzar con él unas pocas palabras fuera lo que más deseaba. Debió de haber sabido que no estaría solo; que nunca estaría solo mientras en su amplio radio de acción se encontrara una mujer hermosa.

Se adentró en la zona poblada de olmos y alzó los ojos hacia las tupidas ramas, que no le permitían contemplar el cielo. El aire agitaba con suavidad las hojas y ella inspiró para que esa frescura la ayudara a retener las lágrimas. Lágrimas que brotaban de la aceptación de una dolorosa verdad: la mortificaban los celos. Celos por un hombre casado que coleccionaba mujeres; o más bien que coleccionaba el gozo que podía encontrar en cualquier cuerpo femenino entre las cuatro paredes de una habitación de hotel. Era ridículo sentir celos por alguien así, a quien además podría

tener por unas horas si quisiera. Pero no podía evitarlo, igual que no podía evitar sentirse traicionada por Kate, más incluso que si la hubiera sorprendido besando a Stephen.

Pero tal vez fuera mejor así y pudiera utilizar lo que acababa de ver como consuelo. Aunque alguna vez llegara a ser dueña de su propia vida, nunca encontraría espacio en la de alguien como Ian. Él era hombre de una noche y ella ya había disfrutado de su porción de premio. Ahora sólo le quedaba aferrarse al recuerdo y alegrarse de que él siguiera siendo el mismo frívolo de siempre, incapaz de sufrir por amor.

La seguridad con que juzgaba al hombre al que a pesar de todo amaba, habría flaqueado sí, en ese instante, se hubiera vuelto hacia la casa y lo hubiera descubierto junto la baranda de piedra de la escalera, observándola. Pues cuando él se sentía a salvo de miradas, la contemplaba sin coraza y en sus ojos podía verse la indefensión, la inseguridad, el amor rendido y absoluto que sentía por ella, y algunas veces hasta podían leerse sus pensamientos. Y en ese momento, mientras la veía de espaldas, rodeada por una frondosa naturaleza que le recordaba a Crystal Lake, esos pensamientos se aliaron con sus íntimos deseos y lo traicionaron.

Jugó a inventarle una vida, como ya hizo al conocerla. Deseó que aquel aire bucólico y pensativo con el que recorría el jardín fuera, en realidad, un sentimiento de tristeza, de soledad, de vacío. Y que, mientras estaba allí, respirando el aire frío y húmedo que anunciaba tormenta, estuviera alimentando su fuerza interior para abandonarlo todo y comenzar de nuevo.

Pero ése era un sueño estúpido, pensó mientras al fin se decidía a descender la escalera. Le resultaba evidente que era feliz en su distinguido mundo, junto a un hombre que la adoraba y que se lo consentía todo, incluso deslices y amoríos. En apenas dos meses, ella sería la mujer más importante y deseada del país y él seguiría siendo el atormentado escritor que la amaba con locura y que le inventaría una nueva vida en cada uno de sus libros.

Los pocos pasos que lo separaban de ella los dio despacio, hundiendo los brillantes zapatos negros en el espeso césped, que silenció su llegada, y suspiró al detenerse a su lado y mirar en su misma dirección.

—Cuando te conocí, junto al lago, inventé una historia para ti; una vida —contó en voz baja—. No podía imaginar que tu mundo real fuera así, tan privilegiado, tan exclusivo, tan... Tan perfecto. Supongo que eres feliz y que darías cualquier cosa porque esto no cambiara nunca.

Ella continuó mirando al frente, sin mostrar que la emoción de oírlo de pronto le había dejado temblorosos el alma y el cuerpo.

—Llevo años aprendiendo a ser quien soy —dijo con una extraña calma—. Una de las cosas que ya domino es la de hacerles ver a los demás lo que quiero que vean.

Se volvió para marcharse y el corazón pareció querer salirse por la boca al verlo. Llevaba un desarreglo perfecto, seductor, con las manos en los bolsillos del

pantalón azul marino, las mangas de la correcta camisa blanca dobladas sobre los antebrazos y los dos botones superiores sueltos. No llevaba corbata y varios mechones amenazaban con escapársele de la goma que se los sujetaba junto al bien planchado cuello.

Tras un breve instante de vacilación, emprendió el camino hacia la casa.

—¡Felicidades! —exclamó entonces Ian, sin moverse.

Ella se detuvo con la mano en el primer balaustre de la baranda, y se volvió extrañada.

—¿Por qué me felicitas?

Entonces se volvió él, con lentitud, ocultando con una sonrisa de cínica autosuficiencia la indefensión y el amor que Elizabeth no había llegado a ver en sus ojos.

—Por ser la primera mujer que me deja esperándola en la cama. Y no una, sino dos noches seguidas.

Pero el ánimo abatido de ella no tuvo fuerzas para responder a otro de sus hirientes desafíos. No esa vez. Estaba cansada, herida, y en las retinas llevaba aún grabada la imagen del beso arrebatado que hacía un momento le había visto darle a Kate. Con toda la indiferencia que pudo mostrar, le dedicó un gesto de desgana, se volvió de nuevo y se alejó subiendo con rapidez la escalera.

Ian se odió por su estupidez, por el poco control que tenía cuando estaba junto a ella. No era ofenderla lo que había pretendido al acercarse, pero ese orgullo despechado que le asomaba sin previo aviso había terminado con la oportunidad de pasar un rato a su lado, mirándola, hablando de cualquier trivialidad o simplemente caminando por los senderos de hierba del jardín. Cada vez era más consciente de que no podía evitar profesarle ese amor arrebatado y de que cada día le resultaba más difícil mantener oculto ese sentimiento.

CAPÍTULO 22

El hombre más infiel

El salón, blanco e inmaculado como el resto de la casa, estaba suavemente iluminado por la lámpara de pie que estaba junto a Audrey y por la claridad que emitía la gran pantalla de plasma que tenía enfrente. A su izquierda, tras la cristalera, se apreciaban a lo lejos las luces que alumbraban la noche en Nueva Jersey. Y entre ese ventanal y la puerta del salón, un pequeño quinqué daba luz a un silencioso Ian que trabajaba ante el ordenador.

Audrey, sentada en el sofá y con las piernas encogidas y ocultas bajo la falda, alternaba su atención entre su marido y el primer debate político de los candidatos presidenciales de los dos principales partidos.

No entendía qué le estaba pasando a Ian, su falta de interés por casi todo, sus largos silencios, su mal humor. Avanzaba el mes de septiembre, se acercaba el primer día de otoño y no exteriorizaba su deseo de irse a Crystal Lake como había hecho cada año, pero tampoco hablaba de quedarse y compartir el tiempo con ella.

Finalizado el debate, que había sido televisado desde la Universidad Belmont de Nashville, en el estado de Tennessee, se levantó y se acercó a su marido. Se pegó a su espalda y le pasó los brazos por el cuello.

—¿Te falta mucho para acabar? —preguntó, cuando vio que escribía una serie de notas, y dedujo que era más documentación para su nueva novela.

—Aún tengo para un buen rato —respondió él sin dejar de teclear.

—Ha sido un buen debate —comentó ella, pegando la mejilla a la suya—. Creo que Thompson ha resultado ganador. Mañana lo dirán los medios de comunicación. Ha presentando propuestas creíbles a la crisis y al problema del paro y Murray ha seguido con su rollo conservador, sin ofrecer ni una solución medianamente viable.

—Estupendo —dijo Ian con descuido.

Audrey lo advirtió. Notaba cuando él respondía lo primero que le venía a la cabeza a algo a lo que no había prestado ninguna atención.

—¿No vas a ir al lago este otoño? —preguntó con cautela.

—No lo sé.

Ella le besó la oreja a la vez que se pegaba más a su cuello.

—¿No me quieres dejar sola en nuestro primer otoño de casados? ¿Crees que podrás escribir aquí tu novela?

—No tengo ni idea.

Audrey lo soltó, pero se mantuvo tras él, viendo cómo las palabras que tecleaba iban cubriendo la pantalla.

—¿Me estás engañando con otra? —preguntó al fin, después de semanas de

cargar en silencio con la duda.

Ian apretó los párpados y maldijo para sí. Con los incontables deslices que se había permitido durante los últimos años, ella le hacía la peligrosa pregunta entonces, cuando no se estaba acostando con nadie.

—Si lo estuviera haciendo, ¿pasaría un día tras otro sin moverme de casa? —replicó entre dientes. Ella musitó una negativa—. Pues entonces, ¡deja de fastidiarme con tonterías, maldita sea! —gritó, golpeando el puño sobre el teclado.

Audrey se sobresaltó, a la vez que una sucesión de letras sin ningún sentido comenzaron a llenar el documento en la pantalla del ordenador.

—Antes nunca te enfadabas —le reprochó con cuidado, temiendo encolerizarlo de nuevo.

—Antes no me agobiabas con preguntas infantiles.

—Tal vez lo hacía, pero a ti no te molestaba —le echó en cara y volvió a sentarse en el sofá—. Esperaré a que termines.

—Es mejor que te vayas a dormir.

—No me trates como a una niña si no quieres que me comporte como tal —dijo con orgullo—. Esperaré a que termines —se reafirmó con terquedad—. Estoy harta de irme sola a la cama.

Ian no se volvió. No la vio alzar los pies para cubrírse los de nuevo con la falda, ni suspirar bajito para contener las lágrimas, ni cambiar de canal una y otra vez sin detenerse a mirar lo que emitían en cada uno. Se centró en recopilar datos para una novela que no sabía cuándo podría escribir, pues tenía la mente ocupada en lo que no debía. No podía ir a Crystal Lake, ni siquiera para aislarse y tratar de olvidar a Elizabeth, cuando sabía que ella estaba recorriendo el país, haciendo campaña junto a su marido.

Cuando al fin se cansó de escribir frases y párrafos enteros que ni siquiera lograba entender, apagó el ordenador dispuesto a ir al dormitorio. Y al ponerse en pie, vio a Audrey acurrucada en la esquina del sofá, con la cabeza en el reposabrazos y en el rostro esa expresión dulce que siempre le había gustado. Se sintió un miserable infiel que no merecía el amor de una mujer como ella. Se sintió un canalla desagradecido.

Tomó la pequeña manta del extremo del sofá y la cubrió con delicadeza.

—Lo siento —susurró, seguro de que no lo oía.

«Lo siento», repitió para sí, y le prometió que terminaría con ese tormento, que volvería a ser el mismo de siempre, el de antes de conocer a Elizabeth, y que entonces la compensaría por todo lo que la estaba haciendo sufrir. La miró durante largos segundos, como si esperara que a fuerza de contemplarla, le regresara el deseo que había perdido por ella, las ganas de cogerla en brazos y llevarla a la cama para amarla como había hecho durante noches enteras.

Pero al final sólo pudo besarla en la frente con sumo cuidado para no despertarla, apagar las luces y dejarla dormir mientras él entraba en la alcoba y se metía entre las sábanas que olían a Audrey, pero que le hicieron desear con todo el cuerpo y toda el

alma a Elizabeth.

Vertió el champán en las dos copas sin ninguna prisa. Si el aviso desde el vestíbulo había llegado en el momento acordado, él estaría llegando al ascensor y aún le quedaba entrar, subir hasta esa novena planta y avanzar por el pasillo hasta la suite presidencial.

Dejó la botella en la cubitera y recolocó las fresas con chocolate en la pequeña bandeja de plata. Llevaba horas aguardando en la espaciosa suite del The Hermitage, en Nashville, desde la que había visto el debate por televisión, emocionada con la impecable comparecencia de su esposo, al que ni los golpes más bajos de su adversario habían conseguido desestabilizar. Sonrió satisfecha mientras apartaba los gruesos cortinajes y miraba al exterior. Era una hermosa ciudad para ser recordada como el lugar donde Stephen comenzó a marcar una clara distancia pública con su adversario, pensó, admirando el Tennessee State Capitol y sus impresionantes columnas griegas a las que la iluminación nocturna proporcionaba un intenso color dorado.

Oyó que se abría la puerta de la suite. Sujetó las dos copas y se colocó en el centro del salón, impaciente por recibir al triunfador de la noche.

Al verla, la expresión ya satisfecha del senador se transformó con una sonrisa de puro gozo.

—¡Para el absoluto vencedor del primer debate de la campaña! —exclamó ella, alzando las dos copas hasta la altura de sus ojos.

Él la abrazó con cuidado para no hacerle derramar el líquido y, durante unos segundos, disfrutó del calor siempre deseado de su esposa. Al apartarse, ya no pudo dejar de mirarla.

—¿He estado bien? —preguntó, con la inseguridad que sólo se permitía mostrar ante ella.

—Has estado grandioso —contestó, chispeante de felicidad—. Te lo has comido, Stephen. Se lo ha comido, señor presidente —se corrigió con satisfacción.

—Gracias, pequeña mía. Que me lo digas tú, que eres tan sensata y tienes siempre los pies en el suelo, es muy importante para mí.

—Tu equipo quiere celebrarlo esta noche, pero he insistido en que sería después de que lo hubieras hecho conmigo.

Volvió a estrecharla, esta vez con un solo brazo, después de haber cogido una de las copas.

—Ninguna celebración podrá compararse nunca con las que haga en tu compañía —susurró con emoción.

Después, levantó el espumoso líquido dorado. Elizabeth lo imitó, haciendo entrechocar el cristal con alegría.

—Por el mejor presidente que este país tendrá nunca —dijo, en medio del suave

tintineo.

—Por la más fascinante primera dama que ha existido ni existirá —brindó él—. Por la mujer más valiente y luchadora del mundo.

Elizabeth fue afrontando como pudo la dureza de campaña de la que tanto le había hablado Stephen y, finalmente, terminó de comprender por qué la había mantenido apartada durante las primarias. Viajar de modo continuado en el avión de operaciones de una ciudad a otra era agotador, pero hacer kilómetros y kilómetros de carretera para llegar a los pueblos más recónditos, en los que conseguir unos pocos votos, y unirse a su esposo en el estrado al término de cada mitin, perfecta y con la mejor de las sonrisas, era realmente extenuante.

Pero había algo francamente bueno en toda esa locura que duraba apenas tres meses, hasta las elecciones del primer martes que siguiera al primer lunes de noviembre: el poco tiempo del que disponía para pensar en su propia situación, en sus propios problemas, en Ian.

Aunque a menudo se encontraba con detalles que la arrojaban de golpe a la cruda realidad.

Esa tranquila mañana, despertaron en un pequeño hotel familiar a las afueras de Charlotte, en Carolina del Norte, en el que se hospedaron por recomendación expresa del jefe de comunicaciones: naturaleza y silencio, el mayor de los lujos en días tan intensos como los que estaban viviendo.

Lucía un sol cálido de primeros de otoño. Las ramas de los árboles que rodeaban el coqueto edificio estilo colonial se agitaban con pereza y rozaban el borde de la baranda de madera de la terraza. Como cada mañana, daba igual si Stephen estaba en casa o en un hotel, además del desayuno tenía sobre la mesa la prensa diaria y, por ser domingo, también algunos suplementos a todo color.

—¡Mira quién está aquí! —dijo él, pasándole un dominical y señalándole la portada.

Era Ian. Ian y su preciosa mujer, Audrey, bajo un titular que decía que la feliz pareja mostraba su nido de amor en la emblemática Perry Street.

Le temblaban los dedos cuando comenzó a pasar hojas, buscando el artículo. Hubiera preferido voltear la revista sobre la mesa y no verlo, pero Stephen no hubiera entendido su falta de interés y ella no habría sabido cómo justificarlo.

—¿Qué cuentan? —preguntó él, apartando un poco los diarios y acercándose el plato con las tostadas.

—Dame tiempo. —Rió nerviosa, y comenzó a leer en voz alta.

El artículo constaba de dos partes bien diferenciadas. En la primera, una entrevista hecha a la pareja a los pocos días de que regresaran de su larga luna de miel. El escritor se explayaba en las respuestas sobre su trabajo, sus obras terminadas o sus nuevos proyectos, y era breve respondiendo a cosas más personales. Aun así,

aseguró amar a su esposa y ser inmensamente feliz a su lado. En cambio, la heredera Stanford disfrutó de igual manera comentando su trabajo en ayudas sociales como detallando fiestas exclusivas, viajes de ensueño o joyas prohibitivas para la mayor parte de los mortales, y habló sin reparos del carácter apasionado de su marido, de su insaciable apetito sexual. El periodista finalizaba dando su opinión personal sobre la fastuosa casa, sobre el amor que aseguraba que desprendían los ojos de ambos cada vez que se miraban y asegurando que estaba convencido de que habían sido creados el uno para el otro.

Después, mientras trataba de asimilar cuanto había leído, fue mirando las fotografías que completaban el reportaje, sin atreverse a pararse en las de Ian, que con su eterna coleta baja y sus enigmáticos ojos negros seducía desde las páginas. Se entretuvo más contemplándola a ella a la vez que oía decir a Stephen que admiraba al escritor y que la hija de su buen amigo había tenido suerte al casarse con él. La amargura no la dejó reír al pensar que el hombre más infiel que conocía era, a los ojos de su esposo y probablemente del país, el más perfecto y elogiado de todos.

CAPÍTULO 23

Cielo de nubes negras

El paso de los días le demostró a Ian que todo podía empeorar, que aún podía desear a Elizabeth con más intensidad y necesitarla con mayor desesperación.

Celebraba que Audrey hubiera encontrado escape a una situación que no entendía, dedicando más tiempo a colaborar con instituciones benéficas. Eso la hacía sentirse más satisfecha, lo que se traducía en que le exigía menos explicaciones y en que él perdía el control con menor frecuencia.

Tal vez ésa era la forma en que iba a transcurrir el resto de su vida: sin grandes emociones, sin más noches apasionadas. Poseyendo a su esposa para remediar el deseo que pensar en otra le provocaba, y pensando en la otra para provocarse deseo cuando su legítima esposa le exigía que cumpliera con sus deberes matrimoniales. Ya ni siquiera podía pasar unas horas de puro sexo con cualquier mujer sin nombre. Lo había intentado durante meses, con todas sus fuerzas, incluso buscando alguna que se pareciera a Elizabeth en las suaves ondulaciones de su cabello rubio, en sus claros ojos azules o simplemente en su cuerpo menudo y perfecto. Y la culpaba a ella, que le había robado, no sólo la paz, también esa parte de sí que hasta conocerla le había proporcionado puro y simple placer cada vez que había querido.

No sabía que la agonía que arrastraba iba a aumentar ese domingo, durante el almuerzo en casa de los Stan ford.

Los anfitriones ocuparon los dos extremos de la mesa en el comedor principal. Audrey y él se sentaron en el centro, uno frente al otro, como hacían desde la primera vez que Ian fue invitado a esa casa. Mientras les servían el rosbif con salsa de melocotón, plato preferido del refinado paladar de su suegro, contempló la dulce belleza de su esposa y recordó otros momentos pasados en ese comedor. Pensó en las veces que, al cobijo del largo mantel de la mesa, ella había jugado a excitarlo mientras Howard le hablaba de abogados, políticos o banqueros.

Ella siempre había sabido cómo estimular su vena lujuriosa; cómo complacer esa necesidad, a menudo insaciable, de sexo. Había sido la compañera perfecta, dulce, tolerante y cariñosa desde que abría los ojos cada mañana; complaciente, ardorosa y ávida más veces al día de las que alguien que no viviera de respirar sexualidad hubiera podido soportar.

Añoró todo eso y maldijo la noche en que pensó que seducir y poseer a la desconocida del lago sería una excitante y gozosa experiencia.

—La semana próxima celebraremos una cena en honor del senador Thompson y su esposa en nuestra casa de Los Hamptons —dijo de pronto Howard—. Las fiestas sociales son un buen método para recabar apoyos y financiación para las campañas.

—¿Y nos lo dices con tan poco tiempo? —lo reprendió Audrey, consternada, mientras Ian se quedaba sin sangre en las venas—. ¿Quién va a diseñarme un vestido en cuatro o cinco días?

—Para una ocasión como ésta, quien tú elijas, cariño —opinó Margaret—. Será una noche con invitados influyentes y poderosos y los mejores diseñadores se pelearán por confeccionarte el vestido.

Desde el instante en que oyó nombrar al político y a su esposa, Ian dejó de escuchar. Sólo podía pensar en que, en unos pocos días, volvería a verla. Rodeados de gente, probablemente también de periodistas y fotógrafos ante los que no tendría ocasión de tenerla demasiado cerca. Pero la vería y, de momento, con eso le bastaba. Le bastaba a pesar de saber que el tormento en el que se estaba consumiendo su vida se convertiría en mortal agonía en cuanto volviera a poner sus ojos en ella.

—El senador está muy satisfecho con el discurso que le escribiste —comentó Howard, dejando claro su poco interés por asuntos de ropas y diseñadores—. Lo está utilizando en todos los estados, cambiando algunos pequeños matices, por supuesto. Como bien sabes, lo que en el sur es blanco, en el norte debe ser gris tirando a negro si quieres triunfar.

Ian carraspeó y trató de centrarse. Le costó unos segundos comprender de qué le estaba hablando su suegro.

—Lo sé —respondió, mientras pinchaba con el tenedor un trozo de melocotón—. Me llamó para comentármelo.

—Va a volver a ofrecerte un puesto en su equipo. Sé que lo hará a lo largo de esa noche.

—Y yo se lo agradeceré, pero volveré a rehusarlo con amabilidad. —Se llevó la fruta a la boca para ganar un poco de tiempo y terminar de recuperarse.

Howard hizo lo mismo con una pequeña porción de rosbif que antes había humedecido en la salsa color ocre. Los segundos que permaneció en silencio, degustando el contraste de sabores de la fruta y la carne, parecieron enturbiarle el humor.

—Deberías dedicarte a algo mejor que a escribir novelas de amor y simples artículos de opinión —le aconsejó áspero.

—A mí me gusta lo que hace —intervino Audrey con orgullo.

—En esta vida, hay que ser ambicioso —siguió diciendo Howard sin mostrar interés por el comentario de su hija— y cuando se tiene influencia en millones de lectores, hay que explotarla. Un cargo político es lo que necesitas y Stephen puede proporcionarte el que desees.

—Yo tengo un proyecto muy ambicioso —volvió a intervenir Audrey, deseosa de que cambiaran de conversación antes de que su marido explotara, como venía haciendo últimamente por cualquier tontería.

—¿Algo relacionado con tus «desheredados de la tierra»? —preguntó su padre, con un punto de desdén.

—A mí me gusta lo que hace —desafió Ian a su suegro, repitiendo las palabras con las que hacía un instante lo había defendido su mujer.

—No puedes con ellos por separado, menos aún lo conseguirás cuando están juntos —le advirtió Margaret con una sonrisa.

La encubierta reprimenda de su esposa surtió efecto en Howard, que dobló la servilleta formando un pico que se pasó con lentitud por las comisuras de los labios.

—No se me ocurriría intentarlo. —Se volvió hacia su hija entre divertido y satisfecho—. Dime, cariño, ¿qué es eso tan ambicioso que pretendes?

—Primero tengo que contárselo a mi esposo. —Lo miró de reojo, sonriendo misteriosa—. Vosotros seréis los siguientes en saberlo.

Ian asintió en silencio. Después, sus pensamientos volvieron a tomar el control y fingió atender a una conversación que no le interesaba. Si bien, de alguna forma, consiguió que nadie se percatara de su impaciencia por que la larga comida de ese domingo concluyera.

De regreso a su hogar, y mientras conducía su Chevrolet plateado por la Transversal de Park Avenue, buscó algo de qué hablar, consciente de que llevaba horas en silencio.

—¿Qué es eso que tienes que decirme antes que a nadie? —preguntó, sin apartar la vista del tráfico.

La felicidad de Audrey regresó al recordarlo.

—Queremos habilitar las antiguas oficinas de Globaling para convertirlas en un hogar de acogida para niños y madres de la calle, pero no tenemos suficiente dinero.

—¿Cuánto necesitáis? —preguntó solícito, mirándola al detenerse en un semáforo.

—No se trata de eso, cariño. Todos hemos propuesto formas de obtener fondos y yo he planteado la mía —comentó ilusionada.

—¿De qué se trata? —preguntó con verdadero interés.

—He pensado que podríamos publicar un libro de relatos cortos e inéditos de escritores reconocidos en cualquier género literario. Creo que sería todo un éxito de ventas.

—¿Y para qué me necesitas, además de para que escriba una historia? —dijo, con una satisfecha sonrisa.

—Para varias cosas, mi amor. La primera, para conocer tu opinión. —Bajó la voz, insegura—. ¿Crees que será fácil conseguir que escritores famosos nos regalen sus relatos?

—Más sencillo de lo que crees. Es por una buena causa y, además, en esto funciona mucho la vanidad. En cuanto os hagáis con dos nombres importantes, el resto se van a pegar por colaborar con ese libro.

Audrey dio un grito de felicidad, segura de que la opinión de su inteligente

marido era una verdad incontestable.

—Con suerte, tal vez tengamos que hacer dos en lugar de uno.

—Es una posibilidad. —Rió, contagiado por su alegría.

—También necesito a tu representante —añadió, hablando a borbotones, incapaz ya de centrarse en una sola cosa—. Además de a ti, debe de llevar a muchos escritores y conocerá a otros representantes. Me sería de gran ayuda.

—Bien, cariño, le pediré que te llame y lo habláis. Creo que es una idea brillante. —La miró un segundo y le acarició la rodilla, sonriendo—. Eres una digna hija de tu padre.

—Sabiendo lo que opinas sobre algunas cosas, no sé si tomarlo como un halago o un insulto —dijo mimosa.

Se detuvieron en el semáforo en rojo tras el que doblarían hacia la Avenida Columbus y Ian volvió a mirarla.

—Es un halago, por supuesto. Tu padre tiene una mente privilegiada, aunque no me guste cómo la utiliza a veces. —Le rozó el cabello, junto a la sien—. Adoro la forma en que usas la tuya.

No supo bien qué lo desencadenó, si fue el dulce movimiento con el que ella se ahuecó el cabello con los dedos, como a veces hacía Elizabeth, o su amargo síndrome de abstinencia por el tiempo que llevaba sin verla. Pero los ojos verde esperanza de su esposa se le transformaron en azul y su rostro, dulce y sonriente, en el de la mujer que llevaba meses encajada con solidez en su pensamiento.

Y su alma, herida e inestable, lo empujó a inclinarse para besarla.

El sonido de una decena de cláxones lo hizo volver a la realidad. El semáforo había cambiado, estaba entorpeciendo la circulación y a quien había estado a punto de besar era a su esposa.

—Lo siento —murmuró aturdido, mientras giraba hacia la avenida con la inquietante sensación de que comenzaba a volverse loco.

Con un insoportable sentimiento de impotencia, trató de centrarse en el tráfico mientras las manos, que presionaban con dureza el cuero del volante, comenzaron a dolerle. Y siguió apretando, más fuerte y con más rabia, para castigarse por el injustificable rechazo que repentinamente le provocaba la presencia de su mujer.

Ella, que había reído de felicidad tras el momento mágico que habían compartido, continuó hablándole de todo lo que esperaban lograr con la nueva casa de acogida. Hasta que reparó en que, desde el tierno momento de las miradas, él había dejado de responder y, lo que era peor, había dejado de escuchar.

—¿No me escuchas, Ian?

—Claro que te he escuchado —dijo con impaciencia—. He escuchado todo lo que me has contado, te he dado mi opinión, he aceptado participar en tus planes. ¿Qué más quieres que haga?

—Que al menos finjas que te interesas cuando hablo. Últimamente, apenas me prestas atención.

—Audrey... —contestó como una advertencia.

—No estoy diciendo nada que no sea cierto, y lo sabes.

—Audrey... —repitió más despacio y más tenso.

—Hay ratos en que te comportas como el hombre del que me enamoré, como hace un momento. Pero la mayor parte del tiempo me ignoras y...

—¡Maldita sea! ¿Vas a empezar con los mismos reproches estúpidos de siempre? —gritó, golpeando con el puño derecho el volante.

—No son estúpidos —dijo ella cuando se recuperó del sobresalto.

Ian detuvo el coche en el semáforo frente al parque Theodore Roosevelt y los dos guardaron un tirante silencio, con las miradas vueltas al exterior y la atención puesta en ninguna parte.

—Estoy cansado de todo esto —balbuceó en voz baja—. Debí marcharme al lago. Debería estar allí ahora.

—Tú sabrás qué te retiene aquí, pues está claro que no soy yo —le espetó ella con altivez.

—Deja de desquiciarme, Audrey —murmuró entre dientes y sin volverse—. Por el amor de Dios, deja de desquiciarme.

Ella abrió la portezuela y él se lanzó sobre sus muslos para cerrarla de un golpe.

—¿Adónde crees que vas? —preguntó furioso.

—Volveré a casa caminando —contestó, abriéndola de nuevo.

—¡Deja de comportarte como la niña consentida que eres!

—Eso ya lo sabías cuando te casaste conmigo y entonces parecía gustarte.

El sonido del portazo retumbó en el interior del Chevrolet. Ian apretó los labios y se quedó esperando a que el semáforo se pusiera verde mientras Audrey se alejaba por la acera con paso rápido y orgulloso, haciendo balancear el carísimo bolso de Chanel que sujetaba por la correa con la mano derecha.

Ian apoyó los brazos en la barandilla de acero y fijó la mirada en las frías aguas del Hudson. En las mañanas de los días laborables, la rivera verde junto al río no estaba demasiado concurrida. Lo llevaba comprobando desde que, recién llegado de su larga luna de miel, se instaló junto a Audrey en el último piso de una de las tres torres de cristal, condominio residencial al otro lado del carril de bicis y la carretera. Eran los sábados y festivos cuando de verdad los senderos se llenaban de gente haciendo *footing*, las abundantes zonas de césped de parejas tumbadas al sol, y las zonas arboladas de grupos que conversaban y de lectores que disfrutaban de la sombra; sobre todo las amplias áreas de los muelles que se adentraban en el azul intenso del Hudson. Por eso había elegido ese lugar, más discreto que cualquier mesa de un café, a pesar de ser la zona más abierta y bonita de todo el litoral de Manhattan.

Una vez más volvió la cabeza para mirar, por encima del hombro, el paso de cebra tras los árboles. Y entonces vio llegar a Edgar, con aspecto desgarrado, el pelo

húmedo y un cigarro humeante entre los labios.

—Perdón por la tardanza —dijo, al tiempo que apoyaba los antebrazos en el mismo tramo de barandilla—. Llevo muchos días sin ver a mi mujercita y...

—Ahórrame los detalles íntimos —lo interrumpió con buen humor—. Me hago una idea de lo que ocurre en vuestra casa cada vez que vuelves de uno de tus viajes.

—Nunca hubiera imaginado que un político trabajara tanto durante las campañas. Hasta en esos pueblos perdidos a los que aún no ha llegado ni la corriente eléctrica se presentan ellos para dar sus mítines, y periodistas y fotógrafos vamos detrás, en caravana, como borregos.

—Borregos felices y encantados de ser testigos de esas rarezas que se producen cada cuatro años. Al menos, tú. Seguro que tienes fotografías magníficas del distinguido senador rodeado de vacas o algo parecido.

Edgar se echó a reír al recordar que varias veces, en el autobús de la prensa, en el viaje de vuelta, todos habían enseñado las suelas de los zapatos para des cubrir al culpable de que el aire apestara a boñiga de res.

—Tengo buenas fotos llenas de contrastes, sí. Verdaderas joyas. —Dio una calada al cigarro y dejó que el humo saliera por sí mismo mientras hablaba—. ¿Por qué nos hemos citado aquí y no en tu casa? —preguntó, señalando con la cabeza hacia la carretera.

—Audrey no ha salido hoy y no quería que nos oyera. ¿Sabes algo de la cena de mañana?

—¿La que le ofrecen al senador? —Ian asintió con un gesto—. Sé que ha hecho una pausa de tres días en la campaña para asistir a esa celebración y que ahora está en su casa de Washington. Nada más.

—La cena la dan mis suegros, en Los Hamptons —informó, mirando al frente, hacia las siluetas de los edificios contra el cielo de Nueva Jersey.

—No vayas —le pidió su amigo tras unos segundos de silencio—. No vuelvas a tentar tu suerte, porque esto acabará reventando por algún lado.

—Voy a ir. No imaginas las ganas que tengo de verla. Llevo días en los que ni siquiera puedo dormir, porque no dejo de pensar en ese encuentro.

Edgar dio otra calada, lanzó una rápida mirada alrededor, buscando dónde arrojar la colilla, y terminó dejándola caer al suelo, donde la aplastó con el pie.

—¿Qué esperas conseguir?

—Verla, hablar con ella un momento —resopló, volviéndose y apoyando los codos y la espalda en la barandilla—. En realidad, no lo sé. Puede que tan sólo pretenda encontrar un poco de paz. Además, el senador se extrañará si no aparezco.

—Tal vez cambies de opinión después de oír lo que tengo que decirte.

—Si es sobre ella, no quiero que me...

—¡No es sobre ella! —bramó Edgar enfadado—. ¿Aún no te has dado cuenta de que nunca hablare de ella ni la juzgaré por nada de lo que haga? ¡Me cae bien, joder! La he conocido y me cae bien.

Se quedaron en silencio, Ian contemplando, en medio de los macizos de flores, la manzana de tres toneladas de bronce que simboliza el corazón de la ciudad; su amigo, las aguas azules del río.

—He intimado con uno de los hombres de confianza de Thompson —dijo al fin Edgar—. O, más bien, él ha intimado conmigo y me ha hecho una confidencia importante. —Cogió aire y lo expulsó de golpe—. Asegura que el senador está financiando ilegalmente su campaña. Al parecer, recibe, solapadamente, grandes cantidades de dinero de empresas a las que concederá un trato especial si llega a ser presidente.

—¿Y por qué se ha confiado a ti, que has sido el último en llegar? —Edgar se encogió de hombros—. Ten cuidado. No serías el primero ni el último al que se utiliza para hundir a alguien con mentiras.

—Es coordinador de la campaña y asegura que tiene pruebas.

—No hagas nada —le aconsejó Ian inquieto—. Deja que sea él quien haga el próximo movimiento y tú no hagas nada. Hay quienes matarían por convertirse en el fotógrafo oficial de la Casa Blanca y puede que tu repentina llegada esté molestando a alguien.

—Podemos indagar por nuestra cuenta. La investigación periodística es lo tuyo, y a mí no me faltan agallas.

—No —negó él pensativo—. Es mejor esperar y ver qué ocurre.

—Por tu suegro, ¿verdad? Está muy cerca del senador; cada día más. Es evidente que la cena de mañana la celebra para conseguir apoyos y dinero para la campaña.

—Mi suegro es ambicioso —dijo, con la mente y la preocupación puestas en Audrey, pero también en Elizabeth—. Extremadamente ambicioso.

CAPÍTULO 24

Noche sin luna en Los Hamptons

La voz de su esposa tarareando una canción lenta mientras se empolvaba los pómulos en el cuarto de baño lo irritaba y trató de calmarse perdiéndose en el tranquilo océano azul que se divisaba desde su habitación, en la mansión de Los Hamptons. Sus suegros, Howard y Margaret, llevaban una eternidad abajo, en el salón principal, recibiendo a los invitados. Invitados que habían pagado por el honor de cenar con el candidato demócrata y su esposa con una generosa contribución, la máxima permitida por la ley, a la campaña.

Audrey y él mismo deberían estar allí, cumpliendo con sus deberes.

Evitó volver a decirle que se apresurara. Lo había hecho ya varias veces y en todas había recibido idéntica respuesta: «Sólo un segundo, cariño». Pero los segundos se habían alargado hasta convertirse en casi una hora. Según ella, nada pasaría mientras llegaran a tiempo de recibir a los verdaderos protagonistas de la noche. Y, cada pocos minutos, él oteaba el cielo esperando ver aparecer la avioneta privada de su suegro, que aterrizaría en la pista de tierra, pero no para avisar a Audrey de que el tiempo se había acabado, sino para aguzar la mirada y ver a Elizabeth descender por la escalerilla.

Se aflojó la corbata y se soltó el primer botón de la camisa, que tendría que volver a abotonarse con prisa en cuanto los viera aparecer. Se ahogaba. Las ganas y el miedo de verla; las medidas de seguridad, mayores y más espectaculares de lo que había previsto, le estrechaban la tráquea y le encogían los pulmones. Se sentía como si se estuviera tejiendo una trampa a su alrededor de la que no podría escapar aunque quisiera, pues el cebo utilizado lo atraía demasiado.

Cogió aire, deseando estar enganchado en ese momento al mismo insano vicio que dominaba a su amigo Edgar y poder inspirar el humo de un cigarro para calmar su ansiedad. Sonrió, como si se burlara de sí mismo, al recordar lo que lo habían estimulado siempre las situaciones comprometidas, el sexo prohibido; cómo le había bombeado el corazón al poseer con urgencia a una mujer en un ascensor parado entre dos plantas, con el excitante temor de que alguien lo pusiera en marcha y se abrieran las puertas antes de que ellos hubieran acabado. Y todo eso, ahora, mientras observaba desde la ventana el despliegue de seguridad que se proponía burlar para ver a Elizabeth a solas, le parecía un estúpido juego de niños.

Lo que no sabía si acabaría pareciéndole un juego o no era la sospecha de corrupción que pendía sobre Stephen. No dejaba de pensar que, de ser cierta, y además demostrable, su popularidad, siempre en alza, daría un inesperado vuelco.

—¿Cómo estoy? —preguntó Audrey a su espalda, y él se volvió con el absurdo

temor de que su cara reflejara sus pensamientos.

Estaba hermosa. A pesar de que ya no se le calentaba la sangre cada vez que la veía, ni siquiera cuando la tocaba, la encontró hermosa, y supo que a los asistentes masculinos a la cena les costaría apartar los ojos de ella. El escote en «V» de su vestido sin mangas terminaba en el sensual nacimiento de sus generosos senos, donde un legítimo diamante pendía de una casi invisible cadena de oro blanco. La tela, que marcaba sus perfectas formas como si la llevara pegada a la piel, cogía volumen a partir de las caderas. La miró girar sobre sí misma con precisión y gracia, y el vuelo de la falda, de un espectacular rojo burdeos, se desplegó, alzándose por encima de sus tobillos.

—Estás preciosa —dijo con sinceridad.

—¿Cuánto de preciosa? —preguntó acercándose.

—Como para enloquecer a todo el cuerpo de marines.

—¿Y a ti? —insistió con sensualidad, cerrándole el botón de la camisa y ajustándole la corbata.

—Y a mí, por supuesto —mintió una vez más.

Y cuando ella trató de besarlo, la detuvo colocándole un dedo sobre los labios.

—Ya no queda tiempo para que te retoques el maquillaje. —Audrey bufó con gracia y él aún fue capaz de sonreír mientras la tomaba por la cintura para sacarla del dormitorio.

Ian se mantuvo en un segundo plano mientras Howard, Margaret y Audrey saludaban a los ilustres recién llegados. Él sólo tenía ojos para uno de ellos: Elizabeth, arrebatadoramente hermosa y delicada, con un ajustado vestido de noche cuyo escote palabra de honor le permitió gozar de la deliciosa visión de sus hombros desnudos. Su cabello recogido en lo alto de la cabeza, con algunos mechones cayendo como por azar sobre la nuca, le recordó los días en el lago; la forma descuidada en que solía llevar sujetos algunos bucles mientras unos pocos, que quedaban sueltos, se los ordenaba él casi de modo inconsciente con los ojos.

La sonrisa plena y radiante con la que ella saludó a su esposa le erizó la piel. No se le había ocurrido preguntarse qué sentiría al tenerlas juntas. No imaginó que ver a la mujer a la que debía fidelidad junto a la que realmente amaba sin tener derecho, le iba a despertar sentimientos tan dispares como la pena, la vergüenza o la excitación.

Dejó de admirarla durante los segundos en los que saludó al senador, cruzando con él las primeras palabras de la noche. Después, tuvo que tragar saliva al tenerla a ella de frente, mirándolo con sus añorados ojos garzos y tendiéndole la mano al tiempo que volvía a tratarlo de usted. Una descarga le recorrió la sangre cuando le rozó los dedos, y se inclinó para besarle con discreta posesividad el dorso de la mano.

—Volver a verla es un regalo, señora Thompson —dijo, comiéndosela con los ojos durante un brevísimo instante.

Ella le correspondió con la sonrisa que había practicado incontables veces para agradecer los numerosos cumplidos de extraños. Las actitudes mil veces ensayadas eran las únicas en las que encontraba defensa para los sentimientos que él le provocaba; como acababa de hacer al acariciarla con un dulce tono de voz.

Los ojos se le fueron tras ella, sedientos de un gesto amable. Había esperado ese encuentro con tanta expectación que no podía creer que a ella le hubiera bastado un segundo para hacerle sentir insignificante. Contempló con tristeza cómo siguió saludando con la idéntica encantadora sonrisa que le había ofrecido a él. Y se torturó con esa imagen hasta que los obligados saludos a otros invitados exigieron también su propia atención.

Pero no tardó en volver a buscarla con los ojos, consciente de que no podría hacerlo una vez iniciada la cena. Margaret y Howard eran los verdaderos anfitriones y les correspondía el honor de sentarse junto al senador y la futura primera dama mientras Audrey y él cumplían con el cometido de agasajar al candidato a vicepresidente y a su esposa, los señores Emerson.

Y si difícil le resultó verla y no hallar excusa para acercarse, encontrarla a veces junto al senador y ser testigo de la posesividad con que él le pasaba el brazo por la cintura o le susurraba al oído, añadieron a su tristeza el incomprensible martirio de los celos.

Unos celos que, tras la cena y cuando entraba en el salón de baile del brazo de Audrey, le seguían pidiendo a gritos verla a solas un instante. Tan sólo un instante.

Pasada la medianoche, sus intenciones parecían condenadas al fracaso. Cuando creía liberarse de la fatigosa conversación de un eminente abogado, su suegro le presentaba a un banquero, a un alto ejecutivo de la mayor empresa petrolera del país o a un reconocido político y se veía obligado a mantener charlas que en cualquier otro momento hubiera considerado interesantes, pero que esa noche se le antojaban estúpidas. Sólo ella captaba su atención. Ella y las muchas ocasiones en las que, al buscarla, se encontró con sus ojos clavados en los suyos. Las primeras veces, ella apartó la mirada con rapidez. Después, comenzó a sostenérsela, dulce y a la vez inescrutable, hasta que uno de los dos se veía obligado a atender a quien tenía al lado.

—El segundo debate se celebrará la próxima semana, en formato *talk show*^[3] —dijo Stephen, advirtiendo lo silencioso que estaba Ian—, y el senador Murray tiene alguna experiencia en este tipo de programas. ¿Qué opinas? —le preguntó, con el fin de implicarlo en la conversación—. Tengo entendido que a ti te ha entrevistado Jay Leno en su programa «The Tonight Show». ¿Crees que la experiencia de mi adversario podría darme problemas?

—Usted sabe que no, senador —respondió con suave ironía—. No necesita haber asistido a un programa de esos para saber cómo funcionan. Además, estoy seguro de que antes de acudir lo ensayará con su gente todas las veces que sea necesario. Eso, sin contar con que ya le tiene tomada la medida a Murray.

—Volverá a irse con el rabo entre las piernas —comentó Howard, y todos rieron

imaginando al veterano político en tan humillante situación.

Ian, que miraba fijamente al senador, no se molestó en echar ni un ligero vistazo de cortesía a su suegro.

—El fallo de Frank Murray está en que se ha quedado anclado en el pasado, cuando los problemas actuales necesitan soluciones innovadoras —opinó, y le alegró haber puesto en el rostro del político la satisfacción que estaba a punto de borrarle—. Pero no deberíamos olvidar que la mejor y más demostrada de sus virtudes es la honradez.

El ambiente se volvió tenso y Stephen, rápido de mente y de reacción, respondió con aparente buen humor:

—La honradez por sí sola no vale nada. Pregúntaselo al presidente de la banca JP Morgan Chase o al de la petrolera ExxonMobil —dijo, señalándolos con la cabeza.

—Pero es imprescindible. —Apretó los dientes para no decir más de lo que debía, pero aun así, añadió—: La honradez es algo que debería demostrar, más allá de toda duda, cualquier aspirante a ocupar el sillón del despacho oval.

Stephen frunció el cejo al creer distinguir un ligero asomo de reproche, pero Howard intervino con habilidad.

—Perfecta la observación de mi yerno —le dijo al senador—. Lo único que puede utilizar Murray es su probada honradez. No estaría mal adelantarse a sus intenciones para restar importancia a esa baza.

El senador sonrió y dio un pequeño sorbo a su vaso de bourbon mientras se preguntaba si, en verdad, la intención del escritor había sido tan simple e inofensiva como el abogado aseguraba.

—¿Me disculpan si les robo durante tres minutos a mi esposo? —preguntó de pronto la alegre voz de Audrey—. Está sonando nuestra canción.

Ian no pudo negarse y, mientras bailaba en estrecho abrazo con ella, buscó entre la gente el cabello rubio de Elizabeth. La encontró mirándolo con fijeza, y llegó a preferir que lo hubiera visto estallar de celos con Stephen que abrazado a su mujer.

Un grácil volteo de Audrey hizo que la perdiera de vista.

—Estás arrebatador —dijo, acariciándole el nacimiento del cabello en la sien—. La camisa blanca, la corbata, tu pelo tan perfectamente peinado y sujeto... —enumeró con orgullo mientras giraban de nuevo—. Debo de ser la envidia de todas las mujeres del salón.

Ian dirigió la mirada hacia el mismo lugar donde hacía un momento había visto a Elizabeth, acompañada por la señora Emerson, y una vez más la encontró observándolo con una extraña expresión que no pudo descifrar.

Elizabeth se apartó con disimulo y salió de la casa. Tras detenerse en las escalinatas que daban al jardín, decidió que ese lugar hermoso pero concurrido tampoco era lo que buscaba. Volvió a entrar y avanzó hacia el pasillo de mármol blanco y paredes

tostadas. Lo recorrió descartando estancias por parecerle cercanas al salón o demasiado iluminadas, hasta que se encontró con las dos hojas de una gran puerta, abiertas de par en par, por las que sólo se avistaba penumbra. Se asomó con sigilo y comprobó que baldas repletas de libros cubrían las paredes, lo que le hizo pensar que era la biblioteca, o tal vez el despacho del abogado dueño de la casa.

Entró con cuidado, sin hacer ruido y adelantando las manos para no tropezar con ningún mueble, y en cuanto dejó de escuchar la música, supo que aquello era lo que necesitaba: oscuridad, silencio, soledad. Alejarse de la atracción de Ian aunque sólo fuera durante unos minutos.

Pensó que por fin había conocido a la señora O'Connell, y que le había parecido más hermosa y fascinante que en sus apariciones en la prensa y en la televisión. Y había visto en sus ojos que amaba a Ian; que lo amaba con la misma locura indescriptible con que ella lo hacía. Pero a pesar de la inevitable comparación, no dejó de tener presente que Audrey era la esposa legítima, la que él había elegido para que compartiera su vida, y que ella no era nadie.

Se acercó a la ventana y, entre suaves jirones de luz, buscó con los ojos el punto del que emergía el rugido de las olas. Era noche de luna nueva y nada brillaba en el cielo que pudiera reflejarse en el mar, convirtiéndolo en oscuro y negro como su ánimo.

No oyó el leve entrecocar con el que las dos hojas de madera se unieron y encajaron en el centro. No oyó los pasos acercarse con lentitud. Supo que estaba allí cuando sintió su cuerpo tenso arrimado a su espalda, su cálido aliento rozándole la nuca. Supo que era él antes de que su voz aterciopelada le susurrara ronca:

—Te he echado de menos.

Un estremecimiento la recorrió por dentro; un placer deseado y a la vez temido.

El mismo turbador placer que lo dejó a él desprotegido ante sus propios y arrolladores sentimientos.

—No te muevas —suplicó, inmovilizándola con apenas un roce al sentir que iba a volverse—. No he venido a discutir —aseguró, sin sospechar que esa frase, destinada a tranquilizarla, aumentaría su alarma—. Lo hemos hecho tantas veces, que estoy cansado hasta de batallar conmigo mismo.

Desde que comprendió que no podía seguir engañándose, que el amor que sentía por ella se le había entretejido en el alma y en la piel, no había hecho otra cosa que recordarla, desear tenerla a solas, como la tenía en ese momento. Y fue ver ese deseo cumplido lo que le hizo entender que por muy cerca que la tuviera siempre sería una mujer inalcanzable, prohibida. Y nada podía hacer contra eso, se dijo, mientras se encontraba con su intensa mirada en el pálido reflejo de la ventana, salvo vivir padeciendo las consecuencias de haberse enamorado con irremediable veneración y con el dolor de saber que para ella había sido tan sólo un entretenimiento.

—Siempre he sabido lo que quería y lo he ido consiguiendo sin demasiado esfuerzo —musitó, sin apartar los ojos de los suyos—. Mis pasos han sido firmes en

un camino que yo mismo trazaba, hacia un destino que yo mismo elegía. —Negó con lentitud con la cabeza—. Y ahora no sé ni lo que va a ocurrir mañana. Miro dentro de mí y no me reconozco.

Elizabeth suspiró, callada, deseando que también él guardara silencio, que no siguiera describiendo lo que le parecía su propio dolor y su propia aturdida vida.

Ian contuvo a duras penas las lágrimas y se atrevió a rozarle el brazo desnudo con las yemas de los dedos. Ante la quietud con que ella aceptó la delicada caricia, acercó el rostro a su pelo, sin tocarlo, para llenarse con ese olor a atardecer que llevaba rato revolviéndole las emociones.

Los celos que durante toda la noche se le habían estado enconando en el alma habían desaparecido y ya sólo deseaba alargar ese dulce momento que, estaba seguro, había llegado para ser el último.

—No temas, no pretendo nada —trató de serenarla al sentirla temblar—. Sólo quiero estar así un instante. —Sonrió con una serena tristeza—. ¡Hueles a tantos hermosos atardeceres...! Hueles a atardecer empapado de lluvia, a atardecer pintado de ocre y amarillos, a atardecer de cálidos rayos de sol dorando el agua...

Siguió acariciándole el brazo con suavidad, respirando a escasos milímetros de su nuca y empapándose con su olor mientras le detallaba todos los atardeceres que contenían su aroma. Y mientras le susurraba, casi pegado a su piel, una inquietud, muy diferente a la que él creyó entrever cuando la sintió temblar, se le fue enredando a ella en el corazón.

—Si tuviera valor, Elizabeth —musitó—. Si pudiera elegir enloquecer por un momento... —Tragó saliva y, con ella, las lágrimas que debería seguir vertiendo en soledad—. Pero no tendría sentido.

No. No tenía sentido porque, durante esos pocos minutos mágicos que habían compartido, había entendido que si no la dejaba ir acabaría volviéndose realmente loco; loco de amor y de celos, de cruda y eterna necesidad de tenerla. Y se resignó a que ésa fuera la despedida. La más hermosa de cuantas había soñado obtener, a solas, en la oscuridad, como dos amantes que en el último adiós no se atreven a mirarse de frente.

Apartó los dedos de su piel, despacio, mientras un frío desolador le encogía el cuerpo y el alma al saber que no volvería a tocarla. Ni siquiera a verla si podía evitarlo. Retrocedió unos pasos y de nuevo buscó su mirada en el cristal. Y al encontrarla, no vio en ella ni la intensidad ni la fuerza de otras veces y sí la misma dulce indefensión que lo enterneció la tarde en que ambos se dejaron empapar por la lluvia.

—Yo... —se contuvo para no avanzar de nuevo—. Necesito confesarte que...

Ella se volvió de repente, callándolo con los ojos para que no pronunciara lo que su alma había creído entender y que se negaba a escuchar. Sentía miedo de que las palabras las pronunciara ese otro Ian, sensible y tierno, al que había conocido, y no el infiel seductor al que le resultaba sencillo no creer. Quiso decir algo, pero sólo pudo

suspirar, igual que había suspirado incontables veces durante el tiempo que llevaba allí, inmóvil, temerosa de cada palabra que él había susurrado, no sabía bien si para ella o para sí mismo.

Pasó rozándolo, dejando su amor en ese leve contacto y llevándose un incontenible deseo de llorar. Y a punto de salir de esa habitación y de su vida, se volvió para contemplarlo. Su silueta, dibujada en el pálido contraluz de la ventana, seguía inmóvil, tal vez fingiendo que, a pesar de sus disimuladas confianzas y de lo que ella no le había dejado revelar, continuaba sin importarle lo suficiente como para volverse a mirarla una última vez.

Hacía horas que había amanecido en Washington cuando Elizabeth, sentada ante la mesa del pequeño comedor circular, aguardaba a su esposo para tomar juntos el desayuno. A pesar de la insistencia del abogado en que se quedaran a pasar la noche en Los Hamptons, Stephen quiso regresar a casa, aunque eso supusiera menor tiempo de descanso. La pausa que se había tomado en la campaña llegaba a su fin. Esa misma tarde volarían juntos hasta la ciudad de Filadelfia para asistir a un mitin en la Universidad de Pensilvania, y ésa sería ya la constante hasta el día de la elección. Por eso, el tiempo que pasaban en casa, a solas, les parecía a ambos tan importante.

Ella apenas si había dormido dos horas, incapaz de dejar de pensar en el encuentro con Ian, en sus palabras susurradas, en sus silencios. Y en la nota. La nota que él le había deslizado en el último momento, en la despedida, en presencia de su esposa y de sus suegros; en presencia de Stephen.

—Ha sido un verdadero placer tenerla cerca, señora Thompson —había dicho, mirándola a los ojos.

Y ella había vuelto a sentirlo pegado a su espalda.

Durante el beso, largo y cálido que él le dio en el dorso de la mano, había notado en la palma el rugoso tacto del papel doblado mientras veía en sus ojos una doliente súplica. Y había cerrado el puño para ocultar lo que no podía ser otra cosa que un mensaje que debía permanecer en secreto.

Apoyó los codos en el mantel blanco y se cubrió la cara con las manos. Ni una sola vez, en las hermosas frases de esa nota, había leído la palabra amor o la palabra adiós. Y, sin embargo, estaba segura de que él había tratado de escribir una secreta declaración amorosa junto a una amarga y a la vez dulce despedida. Antes de hacerla pedazos, y mientras agotaba todas sus lágrimas, la había leído una vez tras otra hasta memorizar cada coma, cada frase garabateada con prisa, cada sentimiento.

Si pudiera... Ni en un arranque de locura lo conseguiría. Porque las palabras que han permanecido calladas en el corazón pierden fuerza, y hasta sentido, cuando se liberan a través de los labios. Pero nada de eso importa ya, pues hoy mi ambición se ha hecho mucho más pequeña. Ahora sólo deseo conservar para siempre ese momento en penumbra, ese silencio que abraza, ese olor que es para mi alma una caricia.

No hay rencor. Ya da igual lo que fui en ti, pues he entendido que lo único importante ha sido siempre lo que tú eres en mí. Y hoy, una vez que todo ha cambiado, me llevo una extraña y amarga paz y un deseo

Llevaba meses enamorada de él, meses sufriendo por tener que apartarlo de su vida y, aunque pareciera una contradicción, llevaba también meses padeciendo al creer que había sido para él una más entre los cientos de mujeres que alguna vez le habían calentado la cama. Y ahora se encontraba con un dolor infinitamente más grande al comprender que él la amaba, y que era la vida que a ella le tocaba vivir la que no les permitiría estar juntos.

Debió haberlo entendido. En sus miradas, en sus palabras y en sus silencios, en su sorprendente insistencia por estar cerca de ella. Debió ver que se estaba enamorando. Pero había sido una necia, en especial al juzgarlo. Un hombre como él no cambiaba nunca, no se enamoraba nunca de sus conquistas, pensó estúpidamente. Y en esa equivocación, se permitió la debilidad de pasar una noche entre sus brazos, para después agravar su error cediendo a su empeño de que siguieran viéndose. No debió dejarse llevar por el deseo de tenerlo a su lado. De haber sido más juiciosa, Ian no estaría padeciendo ese mismo amor desgarrado y devastador que ella sentía por él.

—¡Buenos días, pequeña! —la saludó Stephen, recién duchado, vestido de modo informal y oliendo a jabón—. ¿Has descansado?

—Perfectamente —mintió, mientras lo veía sentarse a su derecha.

—Anoche te vi conversando con la señora Brown. —Elizabeth arqueó una ceja tratando de refrescarse la memoria—. Sí, pequeña. Aquella señora mayor, de pelo cano, muy dulce, que seguramente te habló de su magnífico jardín de rosas traídas desde Inglaterra —precisó él.

—Me habló de sus rosas, sí que la recuerdo —contestó sonriendo.

—Pues así, tal como la viste, tan sencilla y tierna, no existen puertas que su influencia no pueda abrir. Seguro que has oído nombrar a su difunto esposo...

Stephen comenzó relatándole los orígenes del poder de la señora Brown y al término del desayuno había hablado sobre las influencias de las personalidades más relevantes de la noche, pasando por su inmejorable opinión sobre la familia anfitriona y su encantadora pero consentida hija.

—Al que no termino de entender es al escritor —declaró con gesto pensativo—. A veces... —Negó con la cabeza tratando de reordenar lo que pretendía decir—. Tal vez sean cosas mías, pero a veces noto que me desafía, y no sé a qué ni por qué.

—Querías tenerlo en tu equipo —comentó ella, mientras el corazón comenzaba a latirle en la garganta.

—Sigo queriéndolo. Me gusta la forma que tiene de plantear los discursos. La Casa Blanca merece al mejor redactor de discursos que pueda existir —dijo, sonriendo con amplitud.

—Pero acabas de decir que no confías en él.

—Confío, pequeña, confío —le aclaró contundente—. Sólo que a veces me

desconcierta su actitud retadora, especialmente la de ayer. —Se frotó el mentón recién afeitado y al final se encogió de hombros—. No te preocupes. Seguro que sólo son cosas mías. O tal vez rarezas propias de escritores.

Rió con ganas mientras Elizabeth se enfrentaba a un nuevo temor. Entendía el desafío en la mirada de Ian. Ahora que conocía sus verdaderos sentimientos, comprendía también que a veces lo dominaran los celos, tan humanos como los que ella misma sentía al verlo abrazado a Audrey. Sólo esperaba que el hombre siempre controlado que había sido, se impusiera para no cometer ninguna locura.

CAPÍTULO 25

En el corazón de la Gran Manzana

Apoyado en la baranda de la rivera verde, Ian miraba con abatimiento las aguas del río mientras rememoraba las sensaciones que estar en aquella estancia en penumbra, rozando y sintiendo a Elizabeth, le habían dejado en la mente y en el alma. No era mucho para seguir viviendo, pero era más de lo que había esperado obtener cuando acudió a esa cena. Suspiró a la vez que con la mano izquierda acariciaba el pañuelo dentro del bolsillo. Era su único e inútil consuelo. Consuelo y a la vez tortura que le recordaba a ella.

—¿Se va a convertir en costumbre que me cites aquí? —preguntó a su espalda Edgar cuando aún los separaban unos metros.

—Esta vez has sido tú quien ha pedido que nos viéramos en un lugar discreto —dijo, cuando lo tuvo al lado.

—Cierto —aceptó su amigo, echando a andar cerca de la barandilla. Ian lo imitó en silencio, esperando que arrancara a hablar—. Se trata del tipo ese —dijo al fin—. Me quería como simple intermediario para llegar a ti. —Lo miró de soslayo y añadió, alzando las cejas—: Es a ti a quien quiere entregar los documentos que prueban que lo que me contó es cierto.

Ian se detuvo sorprendido.

—¿A mí? —preguntó, frunciendo el ceño—. ¿Por qué a mí, si no me conoce?

—Está al tanto de que le has escrito el discurso al senador y de que estás muy cerca de él. Sigue tus trabajos en el *Daily News*, no es un secreto que eres periodista de investigación, y...

—¡Tonterías! Lo de la investigación hace años que pasó a la historia. Soy escritor de novelas y de artículos de opinión.

—A los periodistas se os considera perros guardianes de las democracias, en especial a los periodistas de investigación. Eso no cambia nunca y él lo sabe. Por la razón que sea, confía en que tú sigues siendo un perro guardián y quiere entregarte personalmente las pruebas que inculpan al senador.

—¡Maldita sea! —soltó con impotencia, al pensar en el dolor que podía provocarle tanto a Audrey como a Elizabeth—. Yo no se lo he pedido.

—No hay problema —dijo, encogiéndose de hombros—. Le diré que no aceptas. Que se olvide de ti; que se olvide de los dos. Como bien me advertiste, esto puede ser arriesgado.

—¡No! —exclamó Ian con rapidez, incapaz de desentenderse de algo que podía dañar a quienes quería—. Eso no. Es posible que todo esto se haga tan enorme que llegue a arrepentirme de no haberlo dejado pasar, pero ahora no puedo hacerlo. Las

filtraciones siempre están ahí, Edgar. Llegan por todas partes y hay que analizarlas, comprobarlas para ver si conducen a algo o tienen una finalidad demasiado turbia.

—Si decides aceptar, podemos averiguar cómo de turbio es lo que mueve a este tipo...

—Espera aún. No quiero precipitarme. Dame un poco de tiempo para... ¡Maldita sea! —volvió a jurar por todas las personas a las que iba a traicionar si aceptaba. A las que iba a herir. A las que iba a perder.

—Tiene que ser ya. El tipo, al igual que yo, recorre el país siguiendo al senador. Mañana volamos a California y no sé cuándo volveremos a estar cerca de Nueva York. Puede que en un día, en dos o en veinte. Tiene que ser esta tarde, Ian, cómo y dónde él lo ha previsto, o se buscará a otro que le haga el trabajo.

El encuentro tuvo lugar en el bar El Capitán Hook, de Upper West Side, feudo de los dominicanos en Nueva York. Ian pensó que el traidor a Stephen, del que no había visto ninguna imagen, debía de ser de piel morena y aspecto latino y que había elegido ese lugar con el fin de pasar desapercibido. Se sorprendió al verlo en el punto exacto donde dijo que estaría: en la mesa del fondo, junto a los servicios y la esquina ciega de la pared, para que nadie pudiera verlo desde la calle. Su tez pálida y su pelo rubio destacaban entre la abundancia de cabellos negros, rasgos exóticos y pieles aceitunadas. El tipo podía ser un fenómeno organizando campañas políticas o descubriendo fraudes ocultos, pero estaba claro que no tenía ni idea de cómo tratar un asunto de la envergadura del que tenía entre manos.

Según se acercaba Ian, abriéndose paso entre alegres bebedores de mamajuana y de chupitos de ron, distinguió el exagerado nerviosismo del informador. Y al sentarse frente a él y distinguir las pequeñas gotas de sudor que le cubrían la frente, esperó a que fuera él quien hablara, a pesar de estar plenamente convencido de que no se equivocaba de hombre.

—Gracias por aceptar que nos viéramos, señor O’Connell. —Miró hacia los lados con preocupación—. No sé si he acertado con el sitio.

—Vamos a tutearnos, si no te importa —propuso él y, sin esperar su respuesta, continuó—: el sitio es perfecto. Dudo que tus compañeros de partido lo frecuenten.

El hombre esbozó media sonrisa inquieta.

—No suelo hacer cosas como ésta.

—¿Cosas como cuáles? —quiso saber Ian—. ¿Por qué estamos aquí?

—Por esto —dijo, golpeando con los dedos el sobre amarillento en el que apoyaba las manos—. Documentos que prueban la ilegalidad con que se está financiando la campaña.

—¿Qué es exactamente lo que prueban esos papeles?

El informador se quedó inmóvil, con apariencia de haber olvidado las respuestas.

—No sé exactamente qué prueban —contestó, pero Ian no terminó de creerle—.

Existen tres empresas fantasma: Swaine, Wooken y Madisson Export, que han sido creadas con el único fin de recaudar dinero para el partido.

—¿Por qué piensas que son entidades fantasma? Se ha legalizado que las compañías contribuyan a las campañas electorales con generosas donaciones.

—No es el caso. Estas tres empresas se dedican a elaborar informes, siempre para importantes empresas, por los que les cobran cantidades desorbitadas que después acaban siendo destinadas íntegramente a la financiación.

—¿Eso es todo lo que tienes? —preguntó, mostrando contrariedad.

—Eres periodista de investigación. Sigue la pista de los documentos que te entrego, averigua por qué el dinero que entra en esas empresas procede siempre de las más poderosas compañías nacionales y por qué se está utilizando para financiar la campaña millonaria del senador Thompson.

Ian se pasó los dedos por el pelo hasta que tropezaron con la estrecha goma negra. En principio no veía nada extraño. Aunque cabía la posibilidad de que los años apartado de la profesión le hubieran atrofiado el olfato.

—¿Por qué estás traicionando a tu partido?

—No lo estoy traicionando —dijo ofendido—. En todo caso estoy ayudando a limpiarlo por dentro. No estoy arriesgando mi vida y mi carrera para sacar provecho personal, si es eso lo que insinúas.

Ian negó con la cabeza, escéptico.

—No voy a hacer nada si no me cuentas tu verdadero motivo. Es la única condición que voy a ponerte y te aseguro que es inamovible.

El tipo se frotó el mentón, pensativo, con ojos repentinamente vidriosos. Oteó alrededor, como queriendo ganar tiempo y, tras inspirar hondo, volvió a mirar a Ian.

—Tengo una hija que nació sana y a la que, durante sus primeros meses de vida, cuando su sistema inmune aún estaba subdesarrollado, le suministraron vacunas que contenían timerosal. Es decir: mercurio. Ésas, y hasta un número de veintiuna vacunas con el mismo dañino veneno que recibió hasta los dos años, le provocaron un profundo autismo.

—Lo lamento —dijo, afectado—. No imaginas cómo lo lamento. Pero no entiendo qué relación tiene esto con el senador y su campaña.

—Hace unos años, mientras mi esposa y yo, al igual que muchos otros padres de niños afectados, luchábamos en los tribunales para que se hiciera justicia, el Congreso promulgó una ley que dejaba a la poderosa industria farmacéutica exenta de cualquier responsabilidad civil por efectos secundarios que pudieran producirse con determinadas vacunas. Además, les concedían esa inmunidad con efecto retroactivo, lo que paralizó todas las demandas en curso.

—Recuerdo esa ley partidista e injusta del gobierno de George Bush. Escribí varios artículos sobre eso. Pero sigo sin entender la relación.

—La entenderás si investigas. Entenderás mis motivos y estarás de acuerdo con ellos. —Le acercó el sobre, deslizándolo sobre la mesa—. Acéptalo, por favor. A

cambio, sólo necesito la promesa de que mi nombre no se relacionará con esto, ni ahora ni nunca.

—Tranquilo. Olvido los nombres con facilidad. El tuyo ni siquiera he llegado a oírlo.

—Pero no me crees —le reprochó, todavía nervioso.

—Me cuesta creer que el senador esté saltándose la ley y tú no me has aportado ni una sola prueba de lo contrario. Pero aun así investigaré a partir de esos documentos —dijo, señalando el sobre—. Es lo único que puedo prometerte.

Pero su opinión iba a cambiar en cuanto llegara a casa y comenzara a analizar la información y a hacerse algunas preguntas. La primera, por qué tres empresas, sin ningún vínculo entre sí, hacían informes casi idénticos a las mismas grandes compañías, por los que les cobraban cantidades escandalosas.

Tras los focos y cámaras del plató, decorado con un discreto azul, en los estudios de la NBC en California, Elizabeth y Kate contemplaban el debate entre los candidatos republicano y demócrata. En ese formato desenfadado que buscaba la anécdota y las sonrisas, también tenía cabida la dureza de las preguntas inesperadas y comprometidas y las respuestas que a veces eran cargas de profundidad directas a la línea de flotación del oponente. En eso Stephen era bueno. Conocía los puntos débiles de su adversario igual que éste conocía los suyos. Pero Stephen era más joven y audaz, más seguro de sí mismo; más inconsciente, hubieran opinado muchos, y sus incisivas respuestas, revestidas de fina reticencia, fueron letales de necesidad.

—Se arriesga mucho —siseó Elizabeth junto al oído de Kate—. Murray podría volver esas palabras contra él.

—No se preocupe, señora Thompson. Sabe lo que hace. Tiene previstas todas las posibles respuestas y cuenta con la suficiente rapidez mental como para salir de las inesperadas. Hay que ir a por todas cuando sabes que te están viendo millones de potenciales votantes.

Se volvieron a quedar en silencio. En ese momento era el senador Murray, candidato del partido gobernante, quien arremetía, acusando a Stephen de no entender la política exterior estadounidense. Éste sonrió con seguridad al responder que eso era cierto, que había cosas que no entendía, para después pedir que le explicara los motivos que les habían llevado a invadir Irak.

—Mostrarse demasiado implacable también le podría perjudicar —comentó Elizabeth con preocupación.

—No es fácil encontrar el equilibrio que contente a la mayoría, pero él lo hará —afirmó Kate mientras la miraba con curiosidad—. Viendo sus nervios, señora Thompson, me preguntó cómo sigue llevando usted la campaña.

—Bien —dijo sonriendo—. Como te comenté, me gusta la vida tranquila, el anonimato, las cosas sencillas. Pero éste es el sueño de Stephen y yo haré todo lo que

esté en mi mano para convertirlo en realidad.

—Si eso se cumple, cosa más que probable, se convertirá usted en la primera dama, será conocida en todo el mundo y no podrá dar un paso sin que la prensa vaya tras usted. Analizarán cada una de sus palabras y de sus gestos y los guardaespaldas que ahora la acompañan a todas partes se multiplicarán tanto que no verá a su alrededor nada que no sean hombres vestidos de negro. Debería ir preparándose para eso, señora.

—Por favor, Kate —rogó, mientras tomaba aire—. Prefiero no pensarlo y afrontar las cosas según vayan llegando.

Pero el desafortunado comentario de la periodista la mantuvo medio ausente durante el resto del de bate.

Podía sacrificar un pedazo de su intimidad en favor de las aspiraciones de Stephen, pero había otro que necesitaba conservar para sí, lejos de los flashes de la popularidad. Podría hacerlo. Stephen le había prometido que una parte de su vida seguiría perteneciéndole exclusivamente a ella, que encontraría tiempo para perderse en Crystal Lake o donde quisiera. Que quien ambicionaba convertirse en el hombre más poderoso del mundo era él y que, una vez logrado eso, podría conseguir para ella toda la intimidad y el anonimato que necesitara.

En el immaculado salón blanco de la casa acristalada de Perry Street, Ian y Audrey siguieron el debate por televisión. Sentados en el amplio sofá de piel, ella celebró con aplausos cada asalto que consideró ganado por Stephen y él guardó silencio. Sin quedarse en las meras palabras, analizó las sonrisas y los gestos, delatores a veces de secretos o intenciones ocultas.

—¿Tu padre está asesorando al senador? —preguntó, cuando creyó haber visto lo suficiente.

—No. Al menos, no de modo oficial. Aunque, conociendo a papá y el interés que tiene en que resulte elegido, es difícil imaginarlo al margen de todo —opinó divertida.

—¿Sabes si ha contribuido con dinero personal a la campaña?

—Eso sí. Ha donado el máximo permitido por la ley. ¿Te has parado a pensar en lo que supondría tener a un amigo presidente del país? —preguntó con simpático impudor—. Él sí que lo ha hecho y espera con impaciencia que llegue ese día, seguro de que podrá celebrarlo con el mejor champán francés que ya tiene enfriando.

—No siempre es bueno tener amigos poderosos. A veces, puedes verte salpicado por sus acciones o participando con plena conciencia en ellas.

—¿Crees que debería protegerse del senador Thompson?

—No lo sé, Audrey. No me atrevería a aconsejar a tu padre con respecto al senador, cuando sin ninguna duda sabe más de él que todo lo que yo podría averiguar en cien años.

—Entonces, quítate esa cara de preocupación y sonríe —le aconsejó, al tiempo que se sentaba a horcajadas sobre sus piernas y le atrapaba el labio inferior con los dientes. Tiró suavemente de él y después lo lamio para reparar el daño—. Acompáñame a la cama —susurró, antes de mordérselo de nuevo.

Ian aguardó a que lo soltara sabiendo que, si se movía, ella apretaría con más fuerza. Era consciente de que estaba desconcertada porque no era capaz de excitarlo con la facilidad de siempre. Lo veía en sus ojos, en la forma desesperada en que, en ocasiones, trataba de seducirlo, en la frustración con la que la mayor parte de las veces acababa desistiendo. Pero él no podía evitarlo. Sólo si cerraba los ojos para imaginar que era Elizabeth lograba que su cuerpo respondiera a sus caricias y entonces, mientras entraba en ella en silencio para no llamarla por un nombre que no era el suyo, sentía que le estaba siendo monstruosamente infiel.

—Ve tú —dijo cuando pudo hacerlo—. Yo te sigo en cuanto termine algunas cosas que tengo pendientes.

—Cada noche dices lo mismo —protestó mimosa, mientras le buscaba con las manos el cierre del pantalón—, y después te espero durante horas hasta que me quedo dormida.

—Audrey... —dijo, sujetándole las muñecas y alzándolas hasta sus hombros—. Tengo cosas que hacer. Aún no he comenzado con el relato que te prometí.

—Ya nos preocuparemos de eso mañana. —Y lo besó con ardor en los labios, tratando de que él los abriera para darle acceso a su boca.

Ian la apartó con delicadeza.

—De verdad, cariño. Tengo mucho que hacer. Necesito documentarme para...

El gesto de Audrey se volvió adusto y con un brusco movimiento recuperó el control de sus manos.

—¿Por qué insistes en documentarte para una novela que no terminas de comenzar a escribir? —le reprochó, poniéndose en pie—. Reconoce que es más bien la disculpa que usas cada noche para no acostarte conmigo. —Él respiró con fuerza—. ¡Respóndeme! —ordenó con enfado—. ¿Dónde ha quedado la pasión con la que hacíamos el amor en cualquier momento y en cualquier sitio? Ni siquiera puedo pensar que te estés tirando a otra que te ponga más que yo, pues, como bien dijiste, te pasas las horas y los días en casa, trabajando o fingiendo que trabajas.

—Basta ya, por favor —advirtió tenso.

—Si lo que ocurre es que estás teniendo problemas de impotencia, podemos ir a...

—¡Basta ya! —gritó, levantándose con un impulso—. No me ocurre nada, pero si sigues así acabarás volviéndome loco.

—¿Adónde vas?! —chilló, al verlo subir la escalera que ascendía a la terraza.

—A respirar un poco de aire puro —respondió sin volverse, a pesar de saber que su única oportunidad estaba en ella, en su amor, en su perdón. En mirarla a los ojos, confesarle la verdad y rogarle que lo abrazara fuerte y lo ayudara a superarlo.

Pero, una vez más, tras volcar en su inocente esposa su frustración, buscó la soledad para compadecerla a ella y para compadecerse a sí mismo.

Y como siempre que sentía lástima de sí mismo, terminó deseando odiar a Elizabeth, olvidarla, arrancarla de su vida para siempre. Pero en lugar de eso, se había puesto a investigar a su marido con la esperanza de que nada fuera cierto, para no verse obligado a elegir entre su obligación o su maldito amor por ella; su amor por ella y su cariño por Audrey. Y sus buenas intenciones lo habían llevado a un callejón con dos únicas y complicadas salidas.

Le había resultado sencillo deducir que las empresas habían sido creadas con el único fin de favorecer al político. Tenía nombres relacionados con la fundación de esas empresas, como el del recaudador de fondos del senador, que gozaba de gran influencia política en Washington, y el de un importante financiero perteneciente al aparato del partido. Y estaba seguro de que el «abogado de Manhattan» que se citaba en algunos documentos, en los que aparecían tan sólo las iniciales, era Howard. Éste tenía una mente lo bastante privilegiada y retorcida como para crear algo tan simple y a la vez tan impecable, imposible de descubrir si la traición no partía desde dentro.

CAPÍTULO 26

Siempre Audrey

Una intensa investigación hizo que las sospechas pasaran a convertirse en una certeza que debía manejar con cuidado: las empresas, a pesar de estar debidamente registradas, no existían, pero las tres habían cobrado cantidades escandalosas a las mismas grandes compañías y hasta el último dólar había terminado en las arcas destinadas a la campaña de Stephen. Cada nuevo dato que descubría iba fortaleciendo su sospecha de que Howard estaba tan metido en el asunto como el propio político. Y eso lo llevaba a pensar en su esposa, en Elizabeth y en el sufrimiento que les iba a provocar si seguía indagando. Porque, a pesar de las dudas y de los miedos, era consciente de que había alcanzado un punto donde ya no podría detenerse.

Por las noches se centraba en el relato que le había prometido a Audrey, tal vez en un intento inútil de dejar, aunque fuera durante unas pocas horas, de dar absurdas vueltas a la investigación y a las imprevisibles consecuencias que todo eso tendría en las dos mujeres que, quisiera reconocerlo o no, eran el centro de su vida. Desde el instante en que se enfrentó al cuaderno en blanco dispuesto a escribir una simple y breve narración, su alma y sus dedos volaron sobre el papel, plasmando la de la única protagonista posible. Y ante un temor irracional a que alguien pudiera identificarla, la llamó sencillamente Eli, haciéndola de ese modo tan suya como nunca había sido.

Y noche tras noche, mientras Audrey lo esperaba en la cama hasta que se quedaba dormida, él fue plasmando su amor y su desesperanza en una historia muy diferente a todas cuantas había escrito. Pues, sin ser consciente de que lo hacía, a ésta la fue impregnando de su propia tristeza, de su propio dolor y, a veces, hasta de las lágrimas con que humedeció las hojas en las que trazó los párrafos que rezumaban mayor soledad y desengaño.

Las últimas noches las pasó contemplando la blancura de la última página, incapaz de escribir el desenlace de esa dolorosa historia que siempre llevaría inconclusa en el corazón.

No le resultó fácil contenerse durante el almuerzo en el distinguido restaurante del chef francés Alain Ducasse, en el hotel Saint Regis. Estaba sumido en la investigación de una trama en la que Stephen y Howard estaban implicados hasta el cuello y tenerlos enfrente, alardeando de que las encuestas daban al senador una significativa ventaja sobre su adversario, le hizo sentirse enfermo. Al fin entendía por qué se reunían cada vez que el político se tomaba un descanso en la campaña o intervenía en un mitin cerca de Manhattan.

—¿Habéis leído el *The New York Times* de hoy? —preguntó Howard—. La señora Thompson aparece en primera plana.

Un repentino e intenso hormigueo dejó a Ian sin aire.

—Lo he visto —dijo el senador con orgullo, y citó textualmente el titular—: «La hermosa Elizabeth ha enamorado a los neoyorquinos, que ya la consideran su primera dama». Me lo advertiste, Ian —le recordó—. Me advertiste que ella sería la primera en ganar las elecciones.

Él sólo pudo asentir con la mirada, para después bajar los ojos ante la fugaz imagen de una hermosa Elizabeth, vestida de azul, aclamada por una multitud mientras él la admiraba extasiado desde las bambalinas del estadio.

—El periódico también habla de que no se la ha visto en los dos últimos mítines —dijo Howard—. Espero que los motivos no sean de salud.

—Está perfectamente —aseguró Stephen tras tomar un trago de su bourbon—. Está pasando unos días de descanso. Las últimas semanas de campaña van a ser agotadoras, con días de varios actos en ciudades muy distantes entre sí. Es mejor que recupere fuerzas ahora que aún puedo prescindir de su presencia.

—Supongo que no lo hace en su residencia de Washington —comentó Howard.

—Supones bien, pero no puedo especificarte dónde está. La perseguiría la prensa —bromeó satisfecho—. Elizabeth no es mujer de asfalto —añadió ya más serio—. Ya has visto el enorme jardín que rodea la casa. Y en cuanto tiene ocasión, se pierde en la naturaleza, cuanto más abrupta y deshabitada mejor.

Crystal Lake, pensó Ian al instante, sin saber si agradecer la intervención de su suegro o maldecirla. Pues, del mismo modo que lo había estado matando el deseo de saber de ella, la necesidad de protegerse lo había obligado a permanecer callado. Y ya nada pudo detener su pensamiento, que se centró en su mágico refugio de Nueva Jersey, más especial y más suyo desde los días en que lo recorrió a su lado. Y la imaginó de nuevo allí, disfrutando de un otoño sin él, recorriendo esos senderos cubiertos por hojas doradas, probablemente acompañada por los pasos de otro hombre al que le estaría ofreciendo el inestimable regalo de su risa.

Se despidió en cuanto tuvo ocasión, seguro de que le agradecían que los dejara solos antes de lo previsto, y se encaminó vencido hacia Perry Street.

«Audrey», pronunció en un susurro tenue. Ella seguía siendo su salvación. Su única salvación.

La encontró en la terraza, medio adormilada sobre el grueso colchón blanco de la tumbona, recibiendo los cálidos rayos de sol con los que trataba de mantener el suave color dorado en la piel.

Miró alrededor, hacia los altos y emblemáticos edificios, hacia la despejada bahía del Hudson. Y cerró los ojos ante la culpabilidad que le provocaba no haber disfrutado nunca de toda esa belleza, de esa privilegiada paz en una ciudad acelerada como era Manhattan.

—No te he oído llegar —dijo de pronto Audrey—. ¿Qué tal el almuerzo con papá

y el senador?

Él se sentó en el borde de la tumbona y colocó las manos en los reposabrazos, a los lados del cuerpo de su esposa.

—Bien —respondió, mirándola de cerca—. Pero quería volver a casa.

Una sonrisa de felicidad iluminó el rostro y los ojos de Audrey.

—¿Me has echado de menos?

—Sólo un estúpido no te echaría de menos —susurró, mientras lo consumía una profunda pena.

Ella seguía siendo el mismo ser dulce y confiado de siempre, fácil de contentar. Y también él seguía siendo el mismo hombre injusto con ella; antes, porque la engañó con innumerables mujeres hermosas y ahora, porque su mente, su cuerpo y hasta su alma pertenecían a una sola mujer que tampoco era ella.

Sólo un estúpido no la echaría de menos, sólo un estúpido ciego y egoísta buscaría en otros brazos lo que siempre podía encontrar los suyos. Sólo un estúpido la haría padecer como lo estaba haciendo, a pesar de que era ella la que, sin saberlo, le seguía rescatando de las sombras.

—¿Qué pasa, mi amor? —preguntó Audrey cuando le vio la brillante humedad en los ojos.

No pudo soportar la tierna preocupación con la que le acarició las sienes. Se abrazó a ella, y se juró que la compensaría por cada inútil sufrimiento que le había provocado, por cada segundo que le había sido infiel, por toda esa interminable serie de cosas impagables que ella le había dado y a las que él nunca concedió el valor que merecían.

Elizabeth, sentada en el centro de la cama, con los pies encogidos bajo la falda, sonreía ante el entusiasmo con el que Stephen le hablaba de los últimos sondeos y de respetados políticos comprometidos con las causas ciudadanas, como Al Gore, que le estaban mostrando públicamente su apoyo. Saber que las cosas marchaban cada día mejor la ayudaba a no sentirse culpable cada vez que se tomaba unos días de descanso.

—Cuídate mucho, pequeña mía —le rogó él al despedirse—. Disfruta de esta soledad y este silencio que te gustan tanto.

Le gustaban el silencio y la soledad de Crystal Lake, era cierto, y desde que se había convertido en una mujer mundialmente conocida, que no podía moverse sin escolta, le gustaban aún más. No le molestaba demasiado ver la casa rodeada de agentes, pues cuando deseaba verdadera soledad, sólo tenía que salir a caminar por esos deshabitados parajes en los que era evidente que no necesitaba protección. Entonces volvía a sentirse la mujer que fue, la que cuando sentía frío se arropaba con un viejo jersey de Stephen, la que recibía la lluvia con los brazos abiertos, la que disfrutaba con emoción de las cosas sencillas.

Y volvía a ser, también, la enamorada que al llegar a la orilla del lago miraba hacia la casa del escritor, como hizo mientras esperaba que él estuviera observándola. Ahora, la seguridad de que no lo vería aparecer era la que le confería el atrevimiento que necesitaba para acercarse al porche y hacer ese gesto de buscarlo, aun sabiendo que esa timidez le provocaría recuerdos y la llenaría de pena.

CAPÍTULO 27

Viento de otoño

—No existen esos informes —le dijo Ian a Edgar esa misma noche, en un pequeño bar de Morningside Avenue—. Se han pagado cantidades desorbitantes por estudios de asesoramiento que nadie ha visto.

—¿Así que esas empresas han cobrado por análisis que no hicieron?

—Tampoco existen tales empresas.

—Entonces, ¿qué y a quién están pagando las grandes industrias?

—Están financiando la campaña del senador Thompson.

—No es necesario crear compañías ficticias para eso.

—Sí, si pretendes que no quede constancia de esa ayuda. Las donaciones se registran como financiadas por esas empresas fantasma y si Stephen resulta elegido, las entidades reales que lo están apoyando podrán cobrarse sus favores sin levantar la sospecha de que sean pagos políticos.

—Y las promesas hechas a los votantes se olvidarán, como siempre.

—Como siempre —repitió Ian—. Y éste es también el motivo por el que el tipo ese nos ha filtrado la información.

—¿De qué motivo hablas?

—Del pago de favores. Cuando el gobierno de George Bush promulgó esa ley que daba inmunidad a las grandes farmacéuticas, fue en pago por sus generosas aportaciones a su campaña. Y volverá a pasar. Siempre pasa. —Negó con la cabeza con gesto de impotencia—. A las madereras les conceden permisos para talar árboles centenarios con la absurda disculpa de aclarar los bosques para que no se produzcan incendios. Las petroleras llevan años persiguiendo que se les abra a la explotación la reserva natural de Alaska y que se flexibilicen las leyes sobre protección de la naturaleza y sobre emisiones contaminantes. Es para conseguir que se aprueben esas intolerables leyes para lo que apoyan las campañas políticas. Son magníficas y seguras inversiones.

—Y el coordinador ha visto en el pacto de Stephen a la poderosa industria farmacéutica que arruinó la vida de su hija y que ni siquiera quiso indemnizarlo, y no ha podido soportarlo.

—Exacto —opinó Ian—. Conoce en carne propia el daño que esos pagos políticos pueden hacer y no quiere formar parte de eso.

Ian bebió un trago largo de su cerveza mientras se preguntaba cuántos políticos mediocres, incluso totalmente ineptos, habían llegado a ocupar la presidencia gracias a tratos como éstos y se le revolvió el estómago. El caso de Stephen era diferente. No le cabía duda de que era un gran político y que llevaba en su programa propuestas de

cambios importantes y necesarios. Cambios que probablemente sí llevaría a cabo de salir elegido. Al menos, los que no entraran en conflicto directo con las promesas hechas a las grandes compañías.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Edgar.

—Recopilar todas las pruebas que pueda conseguir.

—Quiero decir, ¿qué vas a hacer después, cuando las tengas todas? ¿Vas a hacerlo público?

—Sigo dándole vueltas. —Se frotó el rostro con la mano con gesto de impotencia—. Está por medio Audrey y está... —Se mordió con fuerza los labios y rectificó—. Está Audrey. Sufriré con todo esto.

—Sabes bien que va a ocurrir de todos modos. Sólo tienes que decidir si quieres ser tú el que lo saque a la luz o dejar que lo haga cualquier otro periodista. Porque no dudes de que tiene otros nombres para el caso de que tú te eches atrás.

—¡Lo sé, lo sé! —dijo con impotencia.

—¿Está implicado tu suegro?

—Juraría que sí, que está directamente implicado en la creación de las empresas y en la malversación de fondos.

—¿También a cambio de favores políticos?

—Puedes estar seguro de eso. No se arriesgaría a terminar en prisión si lo que fuera a recibir a cambio no le compensara con creces la aventura.

—¡Qué ilusos somos! —exclamó Edgar, y bebió un trago largo de cerveza—. Me gustaba el senador. Trabaja como nadie, se entrega en cada maldito acto. —Cabeceó decepcionado—. Mañana viajamos hacia el estado de Maine. Pasaremos toda la semana devorando kilómetros.

—Ése debe ser el motivo por el que su mujer se ha tomado un descanso.

Edgar se encogió de hombros y bebió otro trago antes de preguntar:

—¿Crees que ella conoce ese lado oscuro de su marido, que por otra parte tienen prácticamente todos los políticos?

No obtuvo respuesta. Ian agotó la cerveza y, con un golpe seco, dejó el vaso sobre la mesa, marcando el final del encuentro. No quería pensar en la integridad de Elizabeth, en si era honesta o la merecedora cónyuge de un corrupto. Seguía intentando hacer bien las cosas, pensar en su mujer, regresar a casa y acostarse cuando ella lo hiciera. Abrazarla y dormir con su hermosa cabeza rubia recostada en su pecho, como nunca debió dejar de hacer.

Estaba cumpliendo con la promesa que se hizo de mejorar su matrimonio, de hacer feliz a Audrey y de pagarle su amor y sus desvelos, pero lo estaba haciendo a costa de morir un poco cada día. O tal vez cada noche, cuando para corresponderle tenía que volver a pensar en otra mientras fingía que la amaba a ella. Y había noches especialmente difíciles, en las que, por más que se repetía que todo iba bien, no

conseguía engañarse, aunque ninguna como ésa, en la que se sentía prisionero de su propia vida.

Salió a la terraza esperando que el frío la mantuviera a ella dentro, al menos hasta que él encontrara fuerzas. Apoyó los brazos en la estrecha superficie metálica que remataba el pretil de cristal y, cuando fijaba la mirada en las luces de la costa de Nueva Jersey, el aire lo azotó con ese añorado olor a otoño... A otoño y a ella.

Cerró los ojos y maldijo al viento y al otoño que se aliaban para vencerlo cuando más vulnerable se sentía, sin saber que esa difícil noche sólo estaba comenzando.

Lo sospechó al oír que se abría la puerta de la terraza y después la alegre voz de su esposa quejándose del frío. Tomó aire cuando la sintió arrimada a la espalda, dulce y afectuosa, rodeándolo con los brazos, acariciándole con sensualidad el abdomen y descendiendo provocativamente hasta el inicio del pantalón, probablemente esperando que él diera el siguiente paso. Pero esa noche no podría hacerlo, cuando hasta el simple hecho de tenerla cerca le hacía sentirse amargamente solo.

Ella captó su frialdad y se colocó a su lado, apoyando los brazos junto a los suyos mientras pensaba qué decir para sacarlo de su áspero silencio.

—Te has perdido las noticias de la campaña. —Se arrimó hasta comprimir el brazo con el suyo—. Stephen ha salido pronunciando durante unos segundos una parte muy apasionada del discurso que le hiciste. —Al no apreciar reacción alguna, apoyó la barbilla en su hombro y probó con un chisme—: ¿Dónde estará Elizabeth?

Una sensación gélida recorrió el centro de la espalda de Ian.

—¿Qué quieres decir? —logró pronunciar.

—La televisión, la prensa... —enumeró, sin sospechar lo que estaba provocando en su marido—. Todos los medios se lo preguntan. Lleva tiempo sin acompañar a Stephen y empiezan a especular.

—¿Con qué? —preguntó, incapaz de disimular su interés.

—¡Lo típico! —exclamó, satisfecha de haberlo sacado de su mutismo—. Dicen que puede haber problemas en el matrimonio, infidelidades.

—¡Hienas! —los llamó con desprecio mientras en su interior crecía una intensa preocupación por Elizabeth.

—Ella es noticia, cariño. Seguro que venden más ejemplares cada vez que la sacan en portada. Puede que terminen descubriendo que tiene un amante secreto.

Oírla pronunciar esa palabra le aceleró el corazón y una vez más volcó en ella su insoportable sentimiento de culpa.

—¡Por Dios, Audrey, deja de decir tonterías! —la reprendió mientras apretaba la baranda con las manos, haciendo que se le pusieran blancos los nudillos.

—No lo digo sólo por los comentarios de la prensa —trató de explicarse ella—. Pienso que...

—¡Ya está bien de historias! —estalló, apartándose con brusquedad.

Audrey palideció y lo miró sorprendida.

—Sólo he bromeado con la posibilidad de que ella tenga...

—¡Ya basta! —repitió Ian, apretando los dientes y conteniéndose a pesar de todo —. ¡Deja de decir necedades absurdas!

Le dio la espalda y entró en la casa. Le hervían tal cantidad de sentimientos diferentes, amargos todos ellos, que hubiera necesitado gritar a pleno pulmón para liberar un mínimo de la tensión que lo oprimía. Pero tan cargado como una negra nube de tormenta, se sentó ante el ordenador y comenzó a teclear, casi con ira, la columna que había programado escribir al día siguiente.

No había completado el primer párrafo cuando ella entró y, con la dulzura con que arreglaba las cosas, si él se lo permitía, se acercó y rogó, esta vez sin tocarlo:

—No te enfades por esta tontería, mi amor.

—Déjalo estar, Audrey —le advirtió con aspereza y sin mirarla.

Y ese último desprecio acabó con el deseo apaciguador de su esposa.

—¿De verdad piensas que soy tonta y que no sé lo que estás haciendo?

Ian se mordió el labio, deseando que se callara, que eligiera otro momento para echarle en cara todo lo que merecía, que aguardara hasta que él volviera a controlar la frustración que esa noche se le había desbocado y que amenazaba con hacerlo reventar.

Pero similar frustración la dominaba también ya a ella.

—Llevas días fingiendo que todo va bien —siguió reprochándole—. Incluso haciendo verdaderos esfuerzos para que así sea, yendo a la cama a la vez que lo hago yo en lugar de evitarme. Pero nada va bien y lo sabes mejor que yo.

—¿Qué es lo que no va bien?! —la desafió, levantándose de un impulso y enfrentándose a ella—. Llevamos días sin discutir y hasta vemos juntos la puta televisión todas las putas noches.

La impotencia en su voz y en su gesto, y las palabras malsonantes que nunca utilizaba, fueron para Audrey la confirmación absoluta de lo que le estaba reprochando.

—Valoro el gran esfuerzo que estás haciendo estos días, pero no es suficiente. No estás conmigo. Hace muchos meses que no estás conmigo. Has destrozado mi vida y me has hecho una desgraciada. Cada noche, cuando te duermes, lloro en silencio con cuidado para no despertarte. Lo he hecho esta última noche y también la anterior y todas estas noches en las que se suponía que las cosas iban bien. Pero ¡no van bien! —volvió a gritar—. ¡Y estoy cansada! Cansada de medir mis palabras y hasta mis gestos para conseguir que estés medianamente agradable conmigo. Estoy cansada de esperar a que vuelvas a ser el que fuiste, cansada de esperar a que se produzca un estúpido milagro que no llega nunca.

Lo miró, dándole la oportunidad de decirle que sí, que él haría ese milagro para ella, pero no encontró en sus ojos nada que no llevara meses percibiendo.

Ian tomó una gran bocanada de aire cuando la vio ir hacia el dormitorio, pero su alivio duró los segundos que ella tardó en abrir y cerrar con violencia puertas y cajones.

—No vas a ninguna parte —dijo al encontrarla con una pequeña maleta llena de un enredo de ropa—. Esto es ridículo, Audrey. No me pasa nada y lo nuestro está comenzando a ir bien.

—¿Cómo de bien?! —lo increpó, enfrentándosele con la maleta en la mano—. ¿Como para envejecer sin poder estar el uno sin el otro, como les ocurre a tus padres, o aún no hemos llegado a ese maravilloso punto?

—No me entiendes —dijo, conteniéndose para no alzar la voz como ella lo hacía, diciéndose que era la única que tenía derecho a gritar, ahora que por fin había estallado.

—¿Cómo voy a entenderte? —exclamó herida, sorteándolo para irse—. ¿Cómo podría entenderte nadie?

Asustado, trató de detenerla. Audrey contempló durante unos segundos la mano aferrada a su muñeca, para después mirarlo con la misma dolida frialdad.

—No aguanto más —dijo, apartándolo con un gesto brusco—. Me voy.

No pudo reaccionar mientras la vio salir del dormitorio. Había vuelto a herirla, había vuelto a hacerle pagar por lo que tan solo él debía sufrir, y había destruido todo el esfuerzo que durante días había hecho para ser un marido amante y casi perfecto.

Oír el portazo con el que abandonó la casa lo hizo temblar. Y un miedo atroz a que no regresara le reseco la boca.

Cuando llegó a la cocina, respiraba entrecortadamente, como si el aire no encontrara el camino a sus pulmones. En su impotencia, golpeó con el pie uno de los gruesos soportes de granito que anclaban la mesa al suelo, y en medio del dolor, aún le quedaron fuerzas para servirse un whisky largo, muy largo. Cuando se llevaba el vaso a los labios, notó que aquel cúmulo de difíciles emociones que lo habían mantenido tenso se relajaban y que él se convertía en el guiñapo sin alma ni dignidad que sentía que era. Apoyada la espalda en la pared, se dejó caer con lentitud, puso el vaso en el suelo, entre las piernas, y se cubrió el rostro con las manos. Permitted que brotaran las lágrimas, dispuesto a esperarla para pedirle perdón, para suplicarle que lo ayudara, pues él solo nunca podría ascender desde ese pozo de desesperación en el que estaba hundido.

Pero las horas pasaron, las primeras luces del alba entraron por la pared de cristal, llenaron la cocina de una macilenta y triste claridad y los sorprendieron a él y a su desesperanza sentados en el suelo, frente a un vaso vacío.

Se frotó los párpados, hinchados por las muchas lágrimas y la falta de descanso. Después, sacó del bolsillo el suave tejido azul y lo estrujó entre los dedos con rabia mientras murmuraba entre dientes:

—Maldita mujer y maldita la hora en que te encontré, porque me has roto la vida.

CAPÍTULO 28

Lluvia en el alma

—¿Y cómo están las cosas por ahí? —preguntó Elizabeth.

—Bien —respondió Stephen sin mucha emoción—. Seguimos trabajando duro, alrededor de catorce horas diarias, pues cada nuevo voto que podamos conseguir cuenta, pequeña. Cada voto cuenta.

—¿Y el resto? —preguntó, dispuesta a llegar hasta el final—. Hay algo que no está bien, Stephen. Te lo vengo notando desde ayer. ¿Qué pasa? Y no me digas que nada.

—Es que es nada, pequeña. Nada que no esperáramos. Chismes de periodistas desocupados y dispuestos a cualquier cosa porque aparezcas en sus páginas. La gente te adora y ellos quieren su parte del pastel.

Se acercó a la ventana y contempló la llovizna leve que comenzaba a perlar las hojas de los arces. Se animó al pensar que el paseo de esa mañana lo haría en compañía de la dulce y bienhechora lluvia.

—Chismes por mi ausencia —dijo, obviando los comentarios con los que había pretendió halagarla.

—Sí, pequeña. Por tu ausencia. Lo que me hace hervir la sangre son las abiertas insinuaciones sobre tu infidelidad. —Echó una fugaz mirada a los periódicos que había arrojado al suelo con rabia antes de llamarla—. ¡Condenados malnacidos!

—Lo que debe importarnos es que no perjudique a tu imagen en este momento tan importante. —Apoyó la frente en el cristal, cerrando los ojos—. Haz lo que creas conveniente para que eso no ocurra. Si quieres que contemos...

—¡No! —Su respuesta fue rápida y tajante—. Ya decidimos lo que queríamos hacer. Unos pocos impresentables no van a dirigir nuestras vidas.

—Pero si esto puede afectar a tu campaña...

—Pequeña mía, a estas alturas se tendría que producir un cataclismo para que yo no ganara la presidencia —dijo con presunción—. Deja de preocuparte y descansa.

Elizabeth suspiró resignada. Él era quien entendía sobre elecciones, quien tenía asesores personales, quien sabía qué cosas lo perjudicaban y cuales le hacían más fuerte.

—¿En qué hotel estás desayunado hoy? —dijo, tan sólo por cambiar de conversación.

—Lejos. Muy lejos, pero esta tarde estaré en Washington. Mañana asistiré a un acto en la universidad y eso me permitirá recuperar fuerzas en casa durante dos días.

—Yo debería estar también ahí para ayudarte.

—Tú debes estar donde estás, pequeña. Cuídate, toma ese aire que tanto te gusta y

ponte guapa, pues falta poco para que te conviertas en la flamante primera dama de los Estados Unidos de América.

Un paseo bajo la agradable llovizna en un Crystal Lake dorado por el otoño. Satisfecha, Elizabeth extendió los brazos y se preguntó si podía pedirle más a la vida.

El hombre al que amaba abrazándola desde la espalda, se respondió, al recordar la lluvia torrencial que los empapó a los dos en Baltimore. Pero sabía que ése era un deseo imposible de cumplir; un deseo que se avivaría cada vez que viera llover o brillar el sol, cada vez que el viento le agitara el pelo y le soplara en la nuca, cada vez que el otoño dorara las hojas de los árboles, cada vez que se acostara, cada vez que abriera los ojos a una nueva mañana. Pensó que el deseo de que su hombre llegara de improviso y la abrazara para no volver a soltarla, iba a ser eterno, porque nunca llegaría a cumplirse.

Un día más, el largo paseo la llevó junto al lago. Y un día más, volvió los ojos hacia la acogedora casa de Ian para imaginarlo en el porche, observándola desde el otro lado de la baranda de madera.

Suspiró mientras eliminaba con los dedos las gotas de lluvia que se le habían quedado atrapadas entre las pestañas y cuando volvió a mirar hacia la casa, el corazón se le detuvo. Porque esta vez la imagen no estaba provocada por sus contenidas ganas de verlo. Esta vez él estaba allí y no tenía la calma ni la sonrisa con las que ella solía recordarlo.

Ian atravesaba el prado a largas y apresuradas zancadas, con aspecto furioso y amenazador y llevando a merced del aire el pañuelo de seda azul. Y a medida que él fue acortando distancia, ella fue quedándose sin sangre al apreciar su gesto de desesperación; la tortura y el cansancio en sus hundidos ojos negros.

—¡Vengo a devolverte esto que nunca debí llevarme! —gritó, a la vez que daba el último paso—. ¡Cógelo! —ordenó ante su quietud.

Pero ella no pudo moverse. Sin tiempo para recuperarse del impacto de verlo llegar con aquella furia ciega, se estaba enfrentando al descarnado tormento que se la provocaba.

Ian le sujetó la mano con rudeza, se la volvió palma arriba y le puso en ella el pañuelo. Después la miró con el temblor de un niño asustado, con el vacío y la desesperanza con las que un borracho ahoga una vez tras otra sus mismos sufrimientos en alcohol.

—¡Sé muy bien cuando algo no me pertenece ni me pertenecerá nunca!

Elizabeth, que aún mantenía dentro de sí la dulce tristeza con la que él se despidió en un trozo de papel, se estremeció. No había imaginado que volvería a buscarla y menos aún que lo hiciera como un huracán desbordado de rabia, de desesperación, de furioso abatimiento. Desconocía qué había desencadenado esa furia herida, pero sí sabía que no soportaría verlo padecer de esa forma por ella.

—¡Sólo un estúpido podría equivocarse con algo así! —continuó diciendo ante su silencio—. Sólo un estúpido como yo, que he sido capaz de mandar mi vida al infierno por algo que no existe, por alguien que no lo merece, por un imposible.

Ella siguió callada, padeciendo sus duras palabras y su propio martirio. Aunque su preocupación estaba en él, en su ánimo exaltado, en el ritmo acelerado de su respiración, en el dolor que parecía aumentarle con cada palabra que su boca pronunciaba con rabia.

—¡Sólo un estúpido como yo! —volvió a reprocharse con más fuerza—. Un estúpido que ha caído en tu trampa. —Temblando de encono, se acercó hasta casi rozarla, para mirarla sin distancia a los ojos—. ¡Maldita seas! —le lanzó al rostro antes de retroceder, ahora despacio y sin darle la espalda.

Y sólo entonces la vio. En cuanto la cólera y la desesperación que llevaba consigo flaquearon un segundo, pudo verla por primera vez. Volvía a estar envuelta con el viejo jersey gris, volvía a ocultar las manos bajo las mangas, volvía a llevar el cabello recogido con descuido mientras mechones sueltos le rozaban los hombros y la nuca. Volvía a ser ella. Y esa repentina conciencia de que él seguía siendo el infeliz que la amaba por encima de su rabia y del rencor que en momentos como ése se empeñaba inútilmente en tenerle, colmó su impotencia.

—¡Maldita seas mil veces! —repitió con menos ímpetu, con menos fuerza y menos ira. Y se volvió, dispuesto a alejarse con la mayor rapidez de esa mujer que le enajenaba con su sola presencia.

—Ian... —reaccionó ella al fin, soltando todo el aire que en su angustia había estado conteniendo—. Espera, por favor —pidió, temerosa de la locura irreparable que pudiera llegar a cometer si se iba de ese modo.

Se detuvo al escucharla. Y cerró los ojos buscando la fortaleza que ella le robaba. Pero en la oscuridad volvió a oír su voz suplicándole con dulzura que no se fuera y el sonido de sus pasos sobre la hierba y la hojarasca mojada aproximándose. Y al volverse y abrir los ojos para mirarla, se le extinguió la poca energía que en un instante había reunido.

—¡¿Por qué tuviste que hacerlo?! —reclamó con desesperación—. ¿Por qué tuviste que hacerlo de esa forma?

—Por favor, Ian —dijo, queriendo apaciguarlo.

—Tenías otras maneras de pasar una noche conmigo. Otras muchas maneras de hacerlo... Soy un hombre fácil —añadió con un gesto de desprecio, esa vez hacia sí mismo.

—Aquella noche fue un error...

—Un error..., sí, un estúpido error... —la interrumpió, mientras giraba sobre sí con una abrumadora presión en el alma—. Un condenado error.

—Yo nunca quise...

—¡Calla! —bramó doliente mientras las lágrimas se mezclaban ya en su rostro con el agua de lluvia—. ¡Calla! ¡Maldigo la hora en que te conocí, porque me has

destrozado la vida!

Elizabeth entendió que maldijera aquel momento. Ella lo había hecho a veces, aunque no con esa agonía desconsolada.

—Cálmate, por favor —le rogó, soltando el pañuelo y tocándole con temblorosa precaución el brazo—. Vamos a hablar con tranquilidad —pidió, mientras volvía a preguntarse qué había hecho con él, cuando lo único que pretendió fue alejarlo de su lado para que no sufriera.

La hermosa y triste mirada azul atravesó las defensas de Ian y se le clavó en el alma. Deseó poder cerrar los ojos y llorar arropado por el consuelo de su voz y el cálido roce de sus dedos en su brazo.

—¿Por qué? —preguntó abatido—. Sólo dime por qué.

—Hablemos con calma, por favor —suplicó de nuevo, desgarrada por la pena—. No sé qué te ha ocurrido, qué es lo que te pasa, pero...

—¿No sabes qué es lo que me pasa? —preguntó incrédulo—. ¡Qué me pasa dices! —gritó, con un desgarrado sollozo—. ¡Me pasa que no consigo arrancarte de aquí! —confesó angustiado, mientras se golpeaba con brío la frente—. ¡Sólo pienso en ti, en ti, en ti...! ¡Eres una maldita condena que llevo siempre conmigo! ¡Una maldita condena que me ha destrozado por dentro! —declaró a gritos cuando su furor lo acercó hasta rozarla—. Y es que ya no sé qué hacer para sacarte de mí —susurró temblando—. ¡Me vuelvo loco deseando verte, olerte, besarte! ¡En cada miserable minuto que respiro me muero de ganas de besarte!

Y por más que trató de contenerse, no pudo hacerlo.

Se precipitó hacia ella como si creyera que saciarse de esa boca le iba a apaciguar el dolor. Y la besó con el desespero de quien precisa hacerlo con celeridad, antes de que esa punzante necesidad termine de matarlo.

Tras un instante de desconcierto, Elizabeth se sorprendió deseando abrazarlo y borrarle con caricias la amargura. Pero, a punto de hacerlo, pensó que no era así como iba a ayudarlo, sino hablándole, explicándose, haciéndole ver que el suyo era un amor equivocado, que cualquier mujer sería mejor para él que ella misma y que su propia esposa lo sería mejor que nadie.

Y con la misma rapidez con la que ella se apartó él volvió a recuperarla.

La sujetó por la nuca y la atrajo hacia sí al tiempo que él mismo iba a su encuentro para calmar su ira en el amargo bálsamo de su boca. Volvió a besarla con pasión desatada, con urgencia, sin preocuparse de que ella le respondiera. Sólo quería dejar de sentir ese calvario. Y perdido en su cada vez más exaltada frustración, no reparó en cuándo sus invasivos y exigentes besos fueron correspondidos con los dulces y apasionados de Elizabeth. Ni cuándo el sabor salado a lágrimas que llevaba en la humedad de esos besos se entremezcló con el salitre callado de los de ella.

Ni siquiera fue consciente del modo en que la rabia se le transformó en pasión herida mientras ambos caían abrazados al suelo.

Y ya no hubo más resistencia que la de tela mojada pegada a la piel ni más

forcejeo que el que les ofrecieron botones o cremalleras. Rodaron por la hierba empapada mientras se quitaban el uno al otro la ropa, mientras se bebían a besos, mientras evaporaban con ardientes caricias el agua que el cielo fue derramando sobre sus cuerpos desnudos.

Una locura muy diferente a la que lo había llevado hasta allí se le desató en los dedos, con los que recorrió cada milímetro de su piel, esa que llevaba una eternidad deseando. Y con excitada ferocidad la acarició sin dejarse un resquicio, como había hecho con amoroso ardor aquella única noche en que la hizo suya, como había hecho con fría necesidad el resto de las solitarias noches en las que sólo pudo tenerla en el pensamiento.

Fue ella quien puso la ternura en esos contactos rápidos y precisos con los que él la llevó al delirio. Fue ella quien puso el amor mientras él se dedicó a encenderse y a encenderla. Fue ella quien entremezcló sus apasionadas caricias con las ansiosas y enloquecedoras con las que él la hizo alcanzar el éxtasis. Y aun así, no se sorprendió cuando él apoyó las manos en el suelo, a ambos lados de su cuerpo, y la miró a los ojos mientras entraba en ella. Fue como un inesperado instante de calma en el centro de una destructora tormenta. Vio derramar amor a sus ojos mientras sus cabellos sueltos y chorreando agua le acariciaban con suavidad las mejillas.

Lo que no vio fueron las lágrimas que vertió por dentro durante el tiempo en que la amó con el cuerpo y con los ojos, aguardando a que ella llegara al instante de tocar el cielo. A ese cielo al que había ansiado llevarla no sabía ya cuántos millones de veces. Y cuando supo que lo había logrado, escondió el rostro entre su pelo, enredado con briznas de hierba, para sentir el intenso placer abrazado a ella y abrigado por su olor a atardecer lluvioso.

Recuperaron juntos el aliento. Ella con la espalda sobre la hierba mojada, él recibiendo en la suya nuevas y frías gotas de lluvia, como si ése fuera un momento en ninguna parte: ni en el amor ni en el odio, ni en la desesperación ni en la esperanza.

Y mientras se adormecían unas sensaciones dulces, fueron despertando otras amargas. Cobijado en el revoltijo de cabello húmedo, Ian se preguntó qué había hecho; en qué momento había perdido la razón, o más bien encontrado la locura, para terminar abrazado al extenuado cuerpo desnudo de Elizabeth.

Apoyó las manos en el suelo y se apartó despacio de la siempre deseada y cálida piel. Se detuvo en ese mismo punto desde donde hacía unos minutos la había contemplado gozar. Y volvió a encontrarse con sus ojos, ahora dóciles y suplicantes, que no consiguió entender.

Apretó con fuerza los párpados y se levantó para comenzar a recoger su ropa desperdigada por la castigada hierba.

—Perdóname —susurró ella, incorporándose y volviéndose hacia él.

La inesperada palabra lo inmovilizó. Después, se irguió sujetando el pantalón, empapado y sucio de verdín y barro. Y se preguntó para qué le servía una disculpa que ya no llegaba a tiempo, que nunca habría llegado a tiempo. Una disculpa que ya

no entendía, que ni siquiera podía creer que fuera del todo sincera. Una disculpa con la que ella le pedía un perdón que él no encontraba ni para darse a sí mismo.

Como si no la hubiera oído, volvió a inclinarse para seguir recogiendo su ropa. Ella se quedó sentada, mirándolo, y cuando lo vio abrocharse el pantalón, volvió a insistir:

—Ian...

—No digas nada —murmuró, mientras recogía la camisa del suelo—. No quiero nada de ti. ¡Ni siquiera sé qué hago en este maldito sitio! —confesó, alzando los brazos para dejarlos caer después con impotencia—. Pero sí sé que no debí venir.

Miró a su alrededor, hacia las prendas de ella, que seguían desperdigadas bajo la lluvia, y el alma aún pudo encogerse un poco más al descubrir un pequeño extremo de seda azul que asomaba, milagrosamente limpio, por un amasijo de barro.

En su lento recorrido por los restos de lo que estaba a punto de dejar atrás, se detuvo en ella. Y lo que vio lo llenó de insoportable angustia. Sentada en el magullado verdor, llena de briznas de hierba y barro, con los ojos tal vez esperando el encuentro con los suyos, la presintió tan desamparada e indefensa como se sentía él mismo. Y por un segundo deseó darle el consuelo que no encontraba para sí.

Se alejó maldiciéndose. Había querido devolverle el pañuelo y, junto a él, las horas perdidas, los sueños rotos. Había querido devolverle lo único que tenía de ella que podía acariciar, para de esa forma intentar sacársela también del pensamiento. Y en su estupidez había hecho lo último que debió hacer: amarla. Amarla de nuevo y con desesperación. Amarla y grabársela una vez más a fuego sobre la huella con la que ya la llevaba en el alma. Amarla, asegurándose de que no conseguiría olvidarla nunca.

CAPÍTULO 29

Como cuando nos conocimos

Stephen, con el hombro apoyado en el marco de la puerta del dormitorio, contempló con preocupación los esfuerzos de su esposa por mantenerse ocupada.

—Pues no lo entiendo —dijo mientras la veía sacar prendas de la maleta y doblarlas con cuidado sobre la cama.

—No hay nada que entender —respondió ella, volviéndose hacia la cómoda para colocar con orden la ropa interior.

—¡Para de moverte, por Dios! —rogó Stephen con impaciencia—. Ya se ocupará el servicio de deshacer tu equipaje.

Elizabeth dejó lo que estaba haciendo y lo miró al tiempo que respiraba con fuerza.

—¿Qué más quieres que te diga?

—La verdad —dijo una vez más—. ¿Por qué has interrumpido tan repentinamente tu descanso? Y no vuelvas a contarme que esta mañana, tras hablar conmigo por teléfono, has decidido regresar para terminar con las habladorías.

—Pero ¡es la verdad! Con todo lo que te ha costado llegar hasta aquí, no voy a permitir que un chismorreo lo estropee todo.

—Ven —le dijo, tomándola de la mano y tirando de ella tiernamente hacia él—. A estas alturas, ningún rumor malintencionado podría hacerme daño. —La ciñó por la cintura para tenerla más cerca—. Te lo he dicho esta mañana y juntos hemos tomado la decisión de hacer las cosas tal como las tenemos planeadas.

—No seré yo quien ponga en riesgo tu sueño. Tal vez estoy equivocada, pero...

—Sí, pequeña. Estás equivocada, lo estás si piensas que voy a creerte. Te conozco demasiado bien y sé que hay algún detalle que no me estás contando.

—¿Por qué crees saberlo siempre todo sobre mí?! —gritó alterada.

Él la abrazó, solícito, consciente de que esa desproporcionada y nerviosa reacción obedecía a algo profundo.

—Desahógate conmigo, pequeña —rogó, mientras le acariciaba la espalda—. Dime qué te pasa. —La tensión acumulada y el dolor contenido hicieron que Elizabeth se deshiciera en sus amorosos brazos y rompiera a llorar—. ¿Qué pasa, cariño?

La preocupación lo consumió durante los largos minutos en los que ella, refugiada contra su pecho, lloró con desesperación y desconsuelo.

—He vuelto a verlo; en el lago —contó, cuando el llanto le permitió hacerlo—. He vuelto a verlo y ojalá no lo hubiera hecho.

Sus palabras inquietaron a Stephen, que llevaba tiempo pensando que ella había

olvidado ya a aquel hombre al que nunca nombraba. Recordó la forma, tal vez despiadada pensó ahora, en que la ayudó a romper con él, y entonces su inquietud se convirtió en un mal presentimiento.

—Tranquila, pequeña —rogó, mientras la apretaba contra sí para hacerla sentir segura—. Cuéntame qué ha pasado, quién es él.

Pero ella sólo le dio más llanto y más lágrimas.

Nunca le nombraría a Ian. Cuando volvió de Baltimore y le contó la hermosa historia que había vivido, él no preguntó y ella bastante tuvo con llorar durante días enteros. Después, cuando Ian O'Connell comenzó a ser uno de los nombres que él pronunciaba con admiración, ya fue demasiado tarde para hacerlo.

El sol se ocultaba un día más en Crystal Lake. Ian lo contemplaba desde el porche, sentado en el oscilante banco, con los pies apoyados con firmeza en el suelo de madera para evitar en lo posible el balanceo, y los antebrazos sobre las rodillas. Cada vez que pensaba que no podría sentirse más solo y perdido, algo ocurría que le demostraba que podía estarlo un poco más, que podía hundirse un poco más, que podía compadecerse un poco más.

El móvil vibró en el interior del bolsillo de su chaqueta y, durante unos segundos, dejó que sonara. No había nadie en el mundo con quien quisiera hablar en ese momento. Pero cuando tras interrumpirse la llamada volvió a sonar, miró en la pequeña pantalla, tomó aire con fuerza y descolgó.

—¿Dónde demonios estás?! —lo interrogó la voz agitada de Edgar.

Ian se frotó con los dedos los párpados cerrados.

—¿Estás en Manhattan? —preguntó a su vez.

—Por unos pocos días —respondió—. Hasta el mitin en Pittsfield. Pero dime, ¿qué está pasando?

—Seguro que ya te lo ha contado Jennifer.

—Sí. Lo de la estúpida discusión de ayer por la noche y también lo de tu desaparición durante todo el día de hoy. ¿Dónde estás? —volvió a preguntar—. ¿Quieres que vaya a buscarte?

—No, Edgar. Necesito pensar.

—¿Pensar en qué, maldita sea?! —

—Mañana por la mañana estaré de regreso y arreglaré las cosas con Audrey.

—¿Dónde estás ahora? —repitió con preocupación.

—Eso no importa, Edgar. Necesito pasar lejos esta noche.

—¿Estás solo?

—¿Tú qué crees?

—Creo que esta vez me tranquilizaría saber que estás con alguna tía.

—Cuida de Jennifer —dijo despidiéndose—. Si algún día te falta, descubrirás que es más duro aún de lo que imaginas y que nada en el mundo te ayudará a sobrellevar

su pérdida. —Bufó con fuerza para contener las ganas de llorar—. Te veo mañana.

Colgó sin prestar atención a las protestas de su amigo. Apoyó la nuca en el respaldo y cerró los ojos mientras los últimos rayos de sol doraban los listones de madera del banco y la sombra doliente en la que él se había convertido.

—¿Estás seguro de que era él? —volvió a preguntar Stephen, sentado ante la mesa del despacho.

—No tengo duda, señor —insistió el escolta—. Esta mañana, mientras la señora daba su paseo, él ha atravesado el perímetro de seguridad. Los hemos reconocido a él y a su Chevrolet plateado y por eso no le hemos dado el alto.

Mientras hablaban, otro agente, de más rango y de plena confianza de Stephen, entró tras golpear levemente con los nudillos en la puerta.

—Nos hemos informado sobre lo que nos ha pedido, señor —dijo, ante la mirada con que el senador le indicó que hablara—. El escritor es propietario de una solitaria casa en el extremo noreste de Crystal Lake, junto al lago. Y sí estuvo en Baltimore en las fechas que le interesan. Presentaba una de sus novelas.

Stephen se frotó el mentón, pensativo y sintiéndose de alguna manera culpable. Debió haber sospechado cuando Adam le leyó el parte de incidencias de la noche en Los Hamptons. Pero entonces no le pareció extraño que su esposa hubiera buscado un poco de tranquilidad en la biblioteca, ni que el escritor hubiera entrado tras ella unos minutos después. Al fin y al cabo, era uno de los anfitriones de la casa y bien podía estar cumpliendo con su obligación de velar por que sus invitados se encontraran cómodos. Lo único que le provocó cierto recelo fue lo raro y desafiante que se mostró con él. Y hasta eso terminaba encajando ahora, en esa cadena de acontecimientos entre los que nunca vio relación.

—La noche de Los Hamptons —dijo, mirando al escolta de nuevo—, en la biblioteca. ¿Durante cuánto tiempo estuvo dentro?

—Tendría que consultarlo para decirlo con exactitud, señor, pero no fue mucho. Unos cuantos minutos. Fue ella la primera en salir, yo diría que alterada. O tal vez incluso disgustada.

La furia le hizo levantarse. Se detuvo ante la ventana, recriminándose una vez más no haber visto lo que siempre había tenido ante los ojos.

Y, sin volverse, ordenó a su hombre de confianza:

—Ya sabes lo que tienes que hacer, Adam.

Era media mañana cuando Ian llegó al edificio de Perry Street. La interminable noche en la casa del lago lo había ayudado a reafirmarse en su decisión: le pediría perdón a Audrey y le suplicaría que le diera otra oportunidad. Aún podían rehacer su vida juntos; su vida o lo que aún quedaba de ella. Sabía que no sería fácil, pero su esposa y

su matrimonio bien merecían ese esfuerzo. Y él, el único que no merecía nada, lo necesitaba más que nadie para superar ese estado de continua amargura en el que permanecía sumido.

Absorto en esos pensamientos, y mientras la puerta al parking se abría, no reparó en el coche negro aparcado en el otro extremo de la calle, ni en los tres hombres que, desde el interior, observaron sus movimientos y anotaron la hora exacta de su llegada.

Encontró la casa en silencio, sin la música ambiente en tono bajo de la que solía llenarla Audrey. No le gustó la sensación de vacío, de abandono. Comenzaba a creer que estaba solo cuando, al entrar en el dormitorio, le llegaron sonidos desde el cuarto de baño. Por un instante, pensó en aguardar a que saliera, pero enseguida comprendió que no era esa cobardía la que iba a ayudarlos a salir adelante.

Empujó con suavidad la puerta. Ella estaba de espaldas, envuelta en una toalla blanca que sujetaba con una pinza nacarada, y cepillándose el cabello mojado. Se encontró con sus ojos expectantes en el espejo, enrojecidos, como los suyos, por exceso de lágrimas.

—Lo siento —musitó él, inmóvil junto a la puerta.

Ella siguió mirándolo en el reflejo, recelosa y distante.

—¿Lo sientes? ¿Lo sientes igual que esas otras veces en las que me lo has dicho?

—Sí. Igual, porque siempre lo he sentido de verdad. —Tragó saliva, dispuesto a enfrentarse a lo que fuera—. Pero además, esta vez quiero sincerarme del todo. Quiero contarte qué es lo que me ha estado pasando durante estos meses, confesarte que he...

Audrey se volvió de pronto, avanzó hacia él y lo acalló cubriéndole los labios con los dedos.

—Antes quiero saber una cosa. —Lo miró como deseando entrar en sus pensamientos—: ¿Todo esto es porque vas a dejarme?

—No. ¡Dios, no! —Trató de tomarle la mano, pero ella la apartó—. Dijiste que esperabas que ocurriera un milagro que salvara lo nuestro. Si todavía quieres ese milagro, déjame intentarlo. Quiero una vida contigo, Audrey. Necesito tener una vida contigo —aclaró en un susurro.

—Me gustaría creerte —dijo ella con los ojos brillantes.

—Hazlo —rogó él—. Déjame demostrarte que puedes confiar en mí. Lucharé para que nuestro matrimonio funcione... si aún quieres que lo haga.

Audrey se cubrió el rostro con las manos, confusa y dolida aún por la última discusión, por la anterior, por todas las discusiones absurdas, por los silencios, por las muchas veces en las que se había sentido sola. Los segundos que se mantuvo quieta y pensativa le parecieron a Ian una eternidad, durante la que se preguntó qué iba a hacer si también ella le fallaba.

—¿Recuerdas cómo nos conocimos? —preguntó Audrey con nostalgia, cuando volvió a mirarlo.

—La noche de las subastas —respondió, y en un segundo pasó por su mente toda

aquella larga noche que comenzó siendo una elegante cena benéfica.

Ella, desde su privilegiada posición de maestra de ceremonias, lo había acorralado con sus hermosos ojos verdes hasta conseguir que lo diera todo para la subasta, incluso su estimado reloj Blancpain que durante años había lucido en la muñeca. Y, después, incluso le había propuesto que se ofreciera él mismo para una noche completa. Y Ian, incapaz de negarle nada desde que la miró por primera vez, bromeó con que aceptaría si le aseguraban que sólo la dejarían pujar a ella.

—¿De verdad crees que se producirá el milagro que nos haga recuperar aquella magia? —siguió preguntando con el mismo tono de añoranza.

Le habría gustado responderle que sí, que lo lograrían, que él volvería a ser el mismo hombre desenfadado y ardiente que la hacía reír y ella la princesa consentida que disfrutaba de cada instante de la vida. Pero se había prometido no volver a mentirle.

—Podemos intentarlo. Déjame intentarlo una vez más. Déjame intentarlo cuantas veces sea necesario, preciosa.

El miedo de Audrey desapareció ante ese cariñoso epíteto que él llevaba una eternidad sin dedicarle.

—¿Aún me quieres? —quiso saber, ya un poco más serena.

—Te quiero —dijo, sin asomo de duda, agradecido de que la pregunta no hubiera sido que si la amaba.

—Eso es todo lo que necesito saber —dijo, sonriendo con los ojos—. Si vas a seguir conmigo, no quiero saber qué te llevó a alejarte de mí.

—Deberías dejar que te lo contara. No soy el hombre que crees.

—Eres el hombre al que amo, y eso es lo único que en este momento me importa. —Le pasó los brazos por el cuello y le susurró junto a los labios—: Eso, y creer que esta vez sí lo conseguiremos.

La abrazó por la cintura y la besó en la boca, pero, a pesar de su intento de hacerlo con pasión, siguió sintiéndolo sólo como un beso tierno, lleno de cariño. Y cuando ella soltó la pinza que le sujetaba la toalla y la dejó caer al suelo, fue consciente de que no siempre podría ser sincero. Al menos, no las primeras veces.

Enterró los dedos entre su pelo húmedo y se entregó a lo único que podía hacer en ese instante: recordar a Elizabeth, su cabello empapado de lluvia, su cuerpo desnudo pegado al suyo, los dos rodando por la hierba, hirviendo de necesidad y de deseo... Y en los amorosos brazos de su esposa, vivió una nueva mentira, prometiéndose, para acallar una vez más a su conciencia, que ésa sería la última.

CAPÍTULO 30

El mensaje del senador

—¿Por qué no puedo ir? —preguntó Edgar, mientras miraba a Jennifer moviéndose por la cocina con aquella sensualidad innata que después de los años seguía volviéndolo loco.

Le había hecho el amor la noche anterior, la había despertado con caricias al amanecer para volver a amarla antes del desayuno y después la había echado de menos durante toda la mañana. A veces aborrecía el trabajo de su esposa, que la mantenía lejos la mitad de cada uno de los días que él pasaba en casa.

—Explícame por qué no puedo ir a ver a un amigo con problemas —repitió ante su silencio.

—Porque no puedes ir —contestó Jennifer volviéndose hacia él con una graciosa sonrisa—. Porque con quien tiene que arreglar las cosas es con su mujer, no contigo, y porque ya lo está haciendo —concluyó, arrugando la nariz.

—Veo que Audrey se ha dado prisa en pasarte el informe —bromeó.

—Un informe bien completo —precisó con misterio, mientras pasaba junto a él y se dirigía al salón.

Edgar fue tras ella, intrigado. La vio sentarse en el sillón y abrir el periódico que él había comprado por la mañana.

—¿Qué has querido decir con eso?

—Que vuelven a empezar. Que ella no tendrá en cuenta sus infidelidades y que...

—¿Infidelidades? —la interrumpió, sin poder creer que Audrey lo hubiera descubierto.

—Sí, infidelidades —confirmó mientras seguía ojeando el diario—. Él ha intentado confesárselo y ella le ha dicho que si van a seguir juntos no quiere saberlo.

—¿Y...?

Jennifer levantó los ojos del periódico y lo miró como si no lo comprendiera.

—Y ahora están viviendo su reconciliación y no necesitan que ningún amigo vaya a interrumpirlos con consejos.

—No me has entendido —dijo sentándose a su lado—. Quiero decir que de dónde sacáis vosotras lo de la infidelidad si él no lo ha mencionado.

—Si Audrey dice que él le iba a confesar que le ha sido infiel, es que le iba a confesar que le ha sido infiel —replicó con satisfacción—. Las mujeres tenemos una sensibilidad especial para captar esas cosas.

—¡Esto es ridículo! —exclamó Edgar inquieto—. Él intenta explicarse, ella le dice que no hace falta que lo haga, ¿y el hecho queda igual que si hubiera confesado una infidelidad?

—Unas cuantas —aclaró ella.

—¿Unas cuantas? —Se levantó, nervioso, y se palpó los bolsillos buscando la cajetilla de tabaco—. Me dais miedo.

—Está en la mesilla.

Edgar la miró con el rabillo del ojo, preguntándose cómo había sabido ella lo que buscaba si no había apartado la atención del periódico, y fue al dormitorio a por un pitillo que le calmara la agitación interna que le habían provocado sus absurdos e inquietantes comentarios.

Sabía que le ocurriría durante mucho tiempo, tal vez siempre, pero lo frustró comprobar que, una vez más, su primer pensamiento al despertar fue para Elizabeth. Evitó mirar a su esposa para protegerse esa vez del corrosivo sentimiento de culpabilidad, y apartó las mantas para abandonar con sigilo la cama.

—¿Adónde vas? —preguntó la somnolienta voz de Audrey.

Ian se dejó caer de espaldas en el colchón.

—Buenos días, preciosa —dijo, rozándole el cabello con los dedos—. Voy a buscarte el desayuno.

—Aún es muy pronto —ronroneó, al tiempo que se acurrucaba contra él—. Yo prepararé el desayuno... un poco más tarde.

—No, preciosa. Hoy no comeremos tus tostadas quemadas. Hoy iré hasta H & H Bagels y te traeré esos *bagels*^[4] que te gustan tanto, y también el periódico con noticias frescas.

—Me encanta que me consientas —dijo, feliz porque dos veces seguidas la hubiera llamado preciosa—. Pero ¿por qué tan temprano y por qué ir tan lejos a buscarme panecillos?

Sin apartar la mirada de las luces y las sombras que se dibujaban en el techo, la abrazó por los hombros y la apretó contra sí.

—Voy a tratar de escribir —confesó, bajando la voz—. Voy a dar un largo paseo por el River Greenway, igual que hago en Crystal Lake cada amanecer para comenzar a ordenar ideas, y después intentaré escribir durante toda la mañana.

—Sería bonito que escribieras tus novelas aquí, sin tener que alejarte de casa durante tanto tiempo.

—Sí, sería bonito —aceptó, sin pensarlo siquiera. Y cuando sintió la mano de Audrey descendiendo pegada a su vientre, trató de incorporarse—. Mis planes se irán al traste si no me voy ahora —susurró, esperando que se detuviera y le permitiera levantarse.

Ella se movió entre las sábanas hasta posar los antebrazos en su torso desnudo y acercó el rostro al suyo.

—Nuestros planes no se irán a ninguna parte —aseguró, dándole un beso en la boca. Después lo empujó, riendo, para que saliera cuanto antes de la cama.

—Gracias por entenderme —murmuró, y le estampó otro rápido beso de despedida en la frente.

Un hermoso cielo rojo se reflejaba en las frías aguas del Hudson. Bandadas de escandalosas gaviotas buscaban alimento en los bancos de peces más cercanos a la superficie. Todo despertaba con lentitud cuando Ian salió de casa, sin prestar atención a los tres tipos que, en un coche oscuro, tomaban café en vasos térmicos de polietileno. Se detuvo ante el semáforo en rojo de la transitada West Street, dándoles tiempo a reponerse de la sorpresa de verlo aparecer a tan temprana hora. A los pocos segundos, cruzó y continuó hasta la barandilla para contemplar el tortuoso cielo reflejado en la bahía.

Mirando esos tonos rojizos, sombreados por el vuelo rasante de las gaviotas, se preguntó qué ideas iba a ordenar. Tenía los datos, tenía la historia, tenía planeado un magnífico comienzo. Esta vez no era la falta de inspiración la que lo estancaba. Era la falta de ganas, la falta de ilusión, el frío y extenuante desánimo. Y se preguntó si no habría llegado el momento de dejar de escribir apasionadas historias de amores imposibles con finales felices y dedicarse de lleno a la profesión de periodista. Podía hacerlo. Siempre se le había dado bien, y la relativa facilidad con que estaba acumulando información importante le demostraba que no había perdido el olfato para la investigación. El problema era que revolver en los turbios asuntos del senador le recordaba constantemente a Elizabeth y al dolor que todo eso iba a causarle. Pero no podía dejarlo. Necesitaba seguir averiguando por ella, por Audrey, y también por su propia necesidad de saber.

—Bonito amanecer que no vas a olvidar en toda tu puta vida —oyó que alguien decía con desprecio.

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal. Y se volvió dispuesto a enfrentarse a lo que fuera. Cuando vio a los tres hombres que lo acorralaban contra la valla, comprendió que sus problemas iban en aumento.

Reconoció al que parecía estar al mando. Lo había visto formando parte del cuerpo de seguridad del senador, incluso había oído cómo éste lo definía como su mejor y más curtido escolta y hombre de confianza.

—Te conozco —le dijo intentando detener lo que parecía inevitable.

—No del todo, pero eso lo vamos a solucionar enseguida —respondió con guasa.

La chulería de los tres hombres, en especial la del tal Adam, lo enfureció. Pero estaba en clara desventaja y decidió ser cauto. Miró alrededor, buscando algún rastro de Stephen.

—¿No ha venido él a solucionar personalmente el problema que cree tener conmigo?

—Jamás se mancha las manos con gente de tu calaña. Soy yo quien se ocupa de sacar la basura.

Un paso lo separaba de Adam y otro de cada uno de los tipos que se le habían colocado a los costados. No dudó que el primer golpe le llegaría del matón de más de dos metros que tenía enfrente.

—Todo se puede explicar —dijo, aun sabiendo que nada iba a detenerlos—. Llámalo y dile que quiero hablar con él de lo que sea que le haya molestado.

—Los tíos como tú sólo entendéis un idioma.

Captó movimiento en los hombres que lo flanqueaban y se tensó, dispuesto a parar y devolver golpes. Pero el trallazo le llegó de frente y desde abajo, hundiéndole el estómago hasta los pulmones. Se doblaba de dolor y boqueaba buscando oxígeno cuando un rodillazo le impactó en pleno rostro, impulsándolo hacia atrás con violencia.

Todo se oscureció en un segundo, mientras se desplomaba contra el suelo, sangrando por la nariz y la boca. Trataba de levantarse para presentar pelea cuando sintió que lo sujetaban por los brazos y lo alzaban hasta ponerlo de nuevo frente a la sonrisa burlona del matón.

—Esto sí que lo has entendido, ¿no es verdad, cabrón de mierda? —lo insultó mientras se frotaba los nudillos de la mano derecha.

Ian se lamió la sangre del labio magullado mientras sentía un extraño y tortuoso alivio. Estaba herido; herido ahora de verdad y al fin podía gritar de dolor, podía tocar sus desgarros, podía desahogarse. Desahogarse de todo ese sufrimiento que llevaba apresado muy adentro.

—¿Esto es todo lo fuerte que... puedes golpear?! —trató de provocarle con furia—. Mucho músculo, pe... pero pegas como una nena.

La ofensiva risa del guardaespaldas se mezcló con los ruidosos chillidos de las gaviotas.

—Al parecer, nos has salido gracioso. Es una pena que no tengamos tiempo para intimar —bromeó, acercándose a él—. Tengo que trasladarte el mensaje y quiero hacerlo ahora que aún estás consciente —explicó con un amenazante susurro—: no vuelvas a acercarte a su mujer o lo siguiente no será un cariñoso aviso como éste —aseguró, al tiempo que le encajaba un puñetazo en el costado que le hizo aullar de dolor.

—Me gustan... los avisos cariñosos —consiguió balbucear.

—¿Y a mí los listos como tú me tocan las pelotas! —explotó rabioso al tiempo que comenzaba a castigarlo sin piedad y sin descanso.

Cada golpe fue provocándole un nuevo dolor, más agudo que los que ya soportaba, y le fue robando la conciencia. Hasta que dejó de sentirlos y sólo deseó que lo soltaran y lo dejaran morir en el suelo. Pero en lugar de descanso, sintió que le tiraban del pelo, obligándolo a alzar el rostro. Le costó abrir los ojos para mirar a quien lo estaba rompiendo por dentro y le costó aún más esfuerzo entender lo que le

dijo entre dientes.

—No te atrevas ni a mirarla de lejos, cabrón. Las mujeres como ella no se han hecho para tipos como tú.

Una patada con la planta del pie en el pecho lo arrancó de las manos de los dos tipos y lo lanzó de espaldas al suelo. Ni siquiera tuvo fuerzas para encogerse, intentando sujetar la vida que parecía abandonarlo. No hizo ningún esfuerzo por respirar. Pensó que sería una bendición si el oxígeno no le llegaba por sí mismo y esos eran los últimos segundos de su existencia. No era un mal día para morir. Ninguno lo era, desde que supo que tendría que vivir sin ella. Y ya estaba cansado de intentarlo. Sólo una cosa le dolía más que los golpes que lo habían destrozado: irse sin haberla mirado a los ojos una última vez y haberle confesado cuánto la amaba; irse con la pena de presentir que ella le hubiera pedido a Stephen que le dieran ese inhumano escarmiento.

De pronto, sintió que algo le aplastaba la garganta y lo ahogaba. Abrió los ojos y vio la imagen borrosa de su agresor, que apretaba el pie contra su tráquea. Trató de apartar el rígido zapato que se le clavaba sin piedad, pero no encontró fuerzas.

—¿Con qué mano escribes? —oyó que preguntaba con mofa—. Cuanto antes respondas, antes encontrarás aire.

CAPÍTULO 31

Por siempre, Ian

Una cadena interminable de radiografías y de diferentes pruebas médicas detectaron dos costillas rotas y los dedos falange y corazón de la mano derecha dislocados por aplastamiento.

Atraco con violencia, lo habían llamado en los medios de comunicación después de que él mismo contara que había cometido la estupidez de resistirse a un simple robo. Desde el primer momento, Audrey no quiso apartarse de la cabecera de su cama. La mañana del segundo día, fue Edgar quien insistió en quedarse para que ella fuera a casa, acompañada por Jennifer, al menos a ducharse y a cambiarse de ropa. Audrey accedió tan sólo porque Edgar iba a tomar un vuelo a Pittsfield a primera hora de la tarde.

—Está preocupada —dijo, cuando las vio salir de la habitación.

—Más bien asustada —opinó Ian—. No entiende que haya ocurrido esto enfrente de casa y teme que pueda volver a pasar.

Edgar se sentó en la silla junto a la cama y observó el color violáceo que comenzaban a adquirir los moretones del rostro y el corte del labio. Después, se detuvo en la mano que mantenía alzada, para evitar que se le inflamaran los dedos.

—Te dieron duro. Podrían haberte matado.

—No lo creas. El médico opina que eran profesionales. —Trató de sonreír, y el dolor en el labio le recordó que aún no podía hacerlo—. Dice que buscaban provocar dolor, pero no daños irreparables.

—Tiene fama de duro —comentó Edgar en clara referencia a Adam—. Al parecer, se ha extralimitado en alguna ocasión, pero el senador se lo consiente. Imagino que su fidelidad y discreción compensan sus ocasionales faltas disciplinarias.

Ian recordó cómo lo obligó a extender contra el suelo la mano derecha, con que escribía, y la furia con la que le clavó el tacón del zapato y lo giró con brusquedad para destrozarle los dedos.

—¡Maldito bastardo! Se ensañó como si el asunto fuera personal y...

No acabó la frase. Cerró los ojos y trató de respirar despacio, llenándose sólo a medias los pulmones. Cuando se irritaba, los colmaba de modo inconsciente y tenía que soportar el brutal dolor que le provocaba el roce del diafragma con las costillas.

—¿Te ha llamado? —preguntó Edgar tras unos segundos de silencio.

Ian continuó con los ojos cerrados, padeciendo esta vez el daño en el alma.

—No. No lo ha hecho —dijo a media voz—. A ella no le importa lo que me pase.

—Tal vez no lo sepa.

—Lo sabe —aseguró con amargura—. De un modo u otro, lo sabe. Créeme. —Se frotó el espacio entre los ojos, tratando inútilmente de quitársela del pensamiento—. Los que llevan llamando como un millón de veces son mis padres. No imaginas lo que me está costando convencerlos de que se queden en Laredo.

—Es normal que quieran verte.

—Les he mentado contándoles la historia del dichoso robo con violencia. —Sonrió con acritud, soportando el dolor del labio—. No podré seguir mintiéndoles, teniéndolos cerca y mirándolos a los ojos.

—Le has mentado a Audrey mirándola a los ojos.

—Demasiadas veces —reconoció—. Al final, hasta los remordimientos se acostumbran a las mentiras. —Negó con la cabeza, abatido—. Necesito que me hagas un favor.

—El que quieras.

—Que hables con el tipo ese, el coordinador de campaña. Sé que debería hacerlo yo, pero durante un tiempo no voy a estar para fiestas —trató de bromear.

—Lo entenderá. Lo importante para él es la respuesta que lleva tiempo esperando. Está empezando a desconfiar. Las semanas avanzan y cree que puedes estar haciéndole perder el tiempo para que no se destape nada antes del día de las elecciones.

—No me ha sido fácil tomar esta decisión —se disculpó—. Pero esto que me han hecho me ha dejado claras muchas cosas. —Tomó aire con lentitud, mirando a su amigo—. Muchas cosas.

Después de unos días sin mítines, aunque sí con apariciones públicas para que los votantes lo tuvieran muy presente, y con fructíferas reuniones en la sombra, llegó el momento de abandonar Washington para volver a vivir cada día en un hotel distinto de una ciudad distinta. Cuatro semanas los separaban del 6 de noviembre y serían cuatro semanas intensas. Eran los planes que el equipo de campaña había trazado para asegurarse la victoria, y Stephen estaba más que dispuesto a seguir dejándose la piel hasta el último segundo. Elizabeth no estaría tan expuesta. Pasaría más horas en el hotel, descansando, aunque al término de cada uno de los mítines se reuniría con él en el escenario, igual que lo haría el aspirante a vicepresidente, Richard Emerson y su esposa. La imagen de unión y de fuerza no podía flaquear ni un segundo en ese largo y vital *sprint* final.

A punto de salir hacia el aeropuerto para tomar el avión de campaña y volar a Pittsfield, Stephen consumía los últimos minutos en el salón, viendo las noticias de la CNN. Observó con atención las airadas reacciones de ciudadanos que opinaban sobre el nuevo aumento del paro y decidió discutir con su equipo, durante el vuelo, el modo de hacer alguna referencia solidaria a eso en el acto de esa misma tarde.

De pronto, lo sobresaltó la brusca entrada de su esposa.

—¿Cómo has podido hacerlo? —gritó, mientras se le acercaba furiosa.

Él inspiró resignado. Durante dos días, había conseguido que no viera las noticias y que nadie le hablara de lo ocurrido al escritor, aunque había sabido que sólo retrasaba lo inevitable.

—No tenemos tiempo para esto ahora, pequeña —dijo poniéndose en pie—. El avión nos espera.

—Es el avión de campaña —contestó, apretando los puños a ambos lados del cuerpo—. No despegará sin ti.

—No es eso, pequeña, y lo sabes. En los aeropuertos cada avión tiene...

—De ti depende que acabemos cuanto antes. También puedes ignorarme y salir de casa en este momento, pero te advierto que si lo haces no te acompañaré.

Ante semejante amenaza, que no dudaba que ella cumpliría, Stephen volvió a sentarse.

—Está bien —dijo, acomodándose contra el respaldo, para demostrarle que estaba a su disposición, pero adelantándose a las preguntas para ganar tiempo—. Sí. Yo fui quien ordenó que dieran un escarmiento al escritor.

—¿Por qué? ¿Con qué derecho creías contar para hacer algo así?

—Te estaba acosando. Tú nunca me lo reconocerás, pero sé que te estaba acosando y amargando la vida.

—Eso no es cierto. Y, aunque lo fuera, no tienes ningún derecho a inmiscuirte.

—¿Te parece insuficiente el derecho a velar por ti?

—¡Estoy harta de que veles por mí, harta de que me consideres una niña delicada a la que tienes que defender! No puedo creer que hayas hecho esto sabiendo lo que siento por él.

—Sólo ordené que le hicieran una pequeña advertencia para que no volviera a molestarte.

—¿Advertencia dices? —preguntó, conteniendo las lágrimas—. He hablado con su médico. No imaginas lo sencillo que es llegar a quien sea sólo con mencionarte.

—No debiste hacerlo —murmuró, preocupado por cómo se podría interpretar, si llegaba a saberse, que la futura primera dama se hubiera interesado por el estado del joven y atractivo escritor.

—¡Claro que debía hacerlo, pues sabía que ni tú ni él me contaríais la verdad sobre su estado! Lo han reventado a golpes, tiene costillas rotas, dedos dislocados, la cara destrozada y órganos importantes magullados, por lo que aún le están haciendo pruebas. ¿A eso llamas tú pequeña advertencia?

—Lo hecho, hecho está, Elizabeth —dijo, levantándose mientras trataba de controlar su ataque de celos—. Lo hice por ti. Llevo demasiado tiempo viéndote sufrir y no estoy dispuesto a seguir haciéndolo. Siempre que esté en mi mano evitarte cualquier dolor, lo haré, aunque eso te lleve a enfadarte conmigo.

—¿Cómo supiste que era él?

—¿De verdad necesito explicártelo? —Cabeceó un instante, furioso aún consigo

mismo por no haberlo sospechado—. Cuando lo supe, todo cuadró: tus reacciones cada vez que él estaba cerca, las tuyas. El modo en que te miraba... ¿Y aún vas a decirme que no te estaba acosando?

Elizabeth se frotó los párpados con los dedos, pero no pudo evitar que dos lágrimas se le deslizaran por las mejillas.

—Te equivocas —insistió, resistiéndose a que se mancillara el buen nombre de Ian—. Él siempre fue sincero conmigo y no tiene ninguna culpa de que yo me haya enamorado. Mi sufrimiento me lo provocó yo sola.

—¡Por Dios, Elizabeth! Es un hombre casado y cuando te sedujo en Baltimore ya era un hombre firmemente comprometido. Es un aventurero incapaz de mantener los pantalones puestos cuando tiene a su alcance a una mujer hermosa.

—¿Y tú qué sabes? —preguntó con desprecio, al tiempo que se volvía hacia la salida.

—Elizabeth...

—No te preocupes. Sólo voy a retocarme el maquillaje y volveré, lista para tomar ese avión. Puedes estar tranquilo, nadie me notará nada, como siempre.

Comenzaba a atardecer en Manhattan. Ian, abrigado con un grueso jersey de lana, lo contemplaba desde la terraza, descansando en un sofá de mimbre cubierto con acolchados cojines blancos. Le habían ordenado reposo para que le sanaran las costillas, los dedos que llevaba entablillados y el resto de magulladuras que seguían manteniéndole el cuerpo molido. Y, aunque el frío en aquellos primeros días de octubre comenzaba a ser intenso, estar dentro de casa lo ahogaba. Y no porque aún tuviera que respirar a medio pulmón. Lo ahogaba porque estaba viviendo una vida que no quería, con una mujer a la que no amaba, y aquellas paredes acristaladas entre las que pretendieron crear un hogar habían terminado convirtiéndose en su prisión. Y lo peor no era lo mal, lo atado, lo miserable que se sentía por seguir manteniendo aquella farsa. Lo peor era la convicción de que ni aun renunciando a tener una vida, podría hacer feliz jamás a Audrey, y si de algo estaba seguro, era de que ella merecía serlo.

A veces lamentaba que no lo hubieran matado de un mal golpe, que aquel desgraciado no hubiera continuado clavándole el zapato en el cuello hasta el final. Él habría dejado de padecer en esa falsa vida y ella, tras llorarlo durante algún tiempo, habría rehecho la suya.

Pero nada de eso había pasado. Aunque algo sí había ido cambiando con cada brutal golpe que había recibido.

Después de meses de agonizar con un dolor que nadie salvo él podía sentir, padecer un castigo físico lo había despertado, le había abierto los ojos. Pues había entendido que los golpes más atroces, los realmente mortales, no eran los que la medicina o unos días de reposo podían sanar, sino los que la persona a la que amas te

da en el alma. Y él estaba utilizando el amor de Audrey para alojarle en el alma su propio dolor, su propia frustración y su propia condena. Y no era justo. Por eso iba a pensar en ella, sólo en ella. Lo único que lamentaba era que, para liberarla de su carga, tendría que hacerle daño una última vez.

Sonó el teléfono móvil, lo único que le traía noticias del exterior, junto con los chismes que le contaba su esposa, ya que no leía la prensa ni miraba la televisión. Mantenía la absurda esperanza de que, ignorando al mundo, el mundo lo ignoraría a él y de ese modo terminaría por desaparecer. Desaparecer para no seguir sintiendo ni provocando dolor.

Atendió la llamada y, a su saludo, alguien respondió al otro lado con un profundo silencio. Contuvo la respiración, aun sabiendo que si lo hacía durante mucho rato, después tendría que tomar una gran bocanada de aire que le llenaría los pulmones y lo haría aullar de dolor.

—¿Eres tú? —preguntó, deseando no equivocarse, a pesar de lo irracional de su presentimiento.

Otro largo silencio y, cuando temía que quien fuera acabara colgando sin haber respondido, un leve suspiro le hizo tensarse. Podía sentirla, allí, al lado, respirando pegada a su oído.

—Llamaba para saber cómo estás —se atrevió a decir al fin Elizabeth, en la suite del Four Seasons de Saint Louis, junto al cristal de la ventana, con la esperanza de que los dos estuvieran mirando en ese instante el mismo cielo.

Pero Ian estaba sumido en la oscuridad. Con la nuca apoyada en el respaldo y los ojos cerrados, se preguntaba por qué no podía odiarla, ni siquiera después de que lo hubieran destrozado a golpes por su causa, y cuánto tendría que padecer aún para iniciar de verdad el proceso de olvidarla.

—¿Necesitas asegurarte de que hicieron un buen trabajo? —le reprochó con tristeza.

—¿Qué quieres decir? —preguntó desconcertada.

Ian tragó para deshacerse de la congoja. Ella lo desarmaba siempre, incluso entonces, cuando seguramente estaba a cientos de kilómetros, sentía que lo vencía con el simple sonido de su voz.

—No lo sé. Dímelo tú... —Los ojos comenzaron a arderle bajo los párpados cerrados—. ¿Cómo me relacionó el senador contigo?

—¿Crees que he tenido algo que ver con lo que te han hecho? —preguntó dolida.

—¿Cómo se enteró?

—Estoy rodeada de seguridad. Unas veces de modo evidente y ostentoso, otras desde la sombra.

Se sintió imbécil. Siempre había sido consciente del peligro que corría al acercársele y cuando lo habían descubierto, sólo había sido capaz de pensar que ella era la culpable. Elizabeth, que sin duda estaba más interesada que él mismo en guardar las apariencias. Aun así, continuó dudando, preguntándose ahora a qué se

debía su llamada. Y pensó que, de todas las respuestas posibles, ninguna lo aliviaría tanto como imaginar que ella tenía sentimientos y que, en el fondo, se preocupaba por él.

—Antes o después tenía que ocurrir. Llevo tiempo buscándome algo así.

Casi toda una vida, pensó Elizabeth, mientras giraba entre los dedos el papel minuciosamente doblado en cuatro. Le costaba dar con las palabras y una vez encontradas le costaba pronunciarlas.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó en voz baja, al reparar en que llevaban unos segundos callados—. La prensa dijo que...

—No hagas caso —le aconsejó, agradeciendo que no pudiera ver por sí misma su lastimoso estado—. Les gusta exagerar y elevar a categoría de drama la noticia más simple.

Ser testigo de su intento de no preocuparla le llenó a Elizabeth los ojos de lágrimas.

—¿Y tu mano? —preguntó, fingiendo creerle.

Ian se la miró, amoratada hasta la muñeca y apoyada sobre almohadones que la mantenían en alto.

—Sólo son dos dedos. Estoy bien —insistió, cuando ni siquiera se atrevía a moverse para que el dolor no le provocara algún involuntario gemido.

El aire comenzó a azotar, más frío y fuerte. Abrió los ojos y comprobó que el sol había terminado de ocultarse. Volvió a cerrarlos para sentirse más cerca de ella, en silencio, para escucharla respirar.

—Debo colgar. Estoy a punto de salir para un mitin —dijo nerviosa.

Él imaginó a Stephen frente a una multitud que coreaba «presidente», tomándola de la mano y mostrándola orgulloso al mundo. En una vida cómoda, plagada de éxitos, y a punto de cumplir su gran sueño, seguía exhibiéndola como su más inestimable trofeo.

Volvieron a llenar los segundos con silencio, cuando los dos tenían el alma llena de palabras que decirse. Palabras que ambos pensaron que ya no se dirían nunca.

—Tengo que colgar o no llegaré a tiempo a ese mitin —volvió a decir, rozando la cinta de celo que cruzaba de lado a lado uno de los dobleces de la hoja.

Él apretó los párpados ante ese nuevo y doloroso final. Y siguió callado, incapaz de pronunciar en voz alta aquel adiós que, sin embargo, tenía plenamente asumido.

—Elizabeth... —dijo en el último instante.

Pero ella colgó y él no supo que lo había hecho al oírle susurrar su nombre como una súplica.

Porque, en la suite del Four Seasons, ella, de cuclillas en el suelo y arrugando el elegante vestido verde que los asesores le habían elegido para el acto hacia el que ya debería haber salido, lloraba con amargura mientras terminaba de desdoblar la hoja de papel remendada con tiras adhesivas. Los numerosos pedazos en los que había sido rasgada y después reconstruida hacían difícil la comprensión de lo que tenía

escrito. Pero Elizabeth había memorizado cada palabra la misma noche en que, rodeados de invitados y periodistas, él se la colocó en la palma de la mano.

Los minutos avanzaban. En media hora, Stephen concluiría el mitin y extendería el brazo para invitarla a reunirse con él en el escenario. Pero ella siguió inmóvil, encogida de dolor. Y, como había hecho ya cientos de veces, leyó el hermoso y secreto mensaje con el que él había pretendido cerrar su historia aquella noche.

Acarició las tres hermosas palabras finales, emborronadas ya por las incontables veces que las había recorrido con los dedos y humedecido con sus lágrimas. «Por siempre, Ian», pronunció con un sollozo, consciente de que nunca, esa despedida, había sido tan dolorosamente cierta como en ese instante.

CAPÍTULO 32

Sin esconder el corazón

Anocheecía cuando Audrey irrumpió en la terraza, con su exclusivo vestido de Chanel y descalza. Ian imaginó que había dejado el bolso y se había quitado los zapatos de tacón de aguja nada más entrar en el piso, como hacía siempre.

—¿Qué haces aquí?! —exclamó con preocupación—. ¡Vas a pillar una pulmonía!

—Pensaba —dijo cabizbajo.

—¿Y no puedes hacerlo dentro? —lo reprendió—. ¿Imaginas lo mal que lo pasarías sólo con que pillaras un simple resfriado antes de que te hubieran sanado las costillas?

—Ha pasado el tiempo sin que me diera cuenta —se disculpó—. Te esperaba para que habláramos.

—¡Estupendo! —dijo con impaciencia, al ver que no se movía—. Pero no aquí. Se te están amoratando los labios.

—¿Hay alguna parte del cuerpo que no tenga amoratada? —preguntó con suave ironía.

Audrey sonrió tiernamente. Se acuclilló frente a él y lo miró a los ojos mientras le acariciaba las rodillas.

—¿Quieres quitarme una preocupación y bajar conmigo al salón? Te serviré algo caliente y te pondré una compresa de hielo en los dedos. Seguro que no lo has hecho en toda la tarde.

Ian asintió en silencio y dejó que lo ayudara a ponerse en pie. Después, bajó solo la escalera, despacio, poniendo cuidado en cada escalón y moviéndose lo menos posible. Mientras avanzaba, Audrey se apresuró hacia el sofá y ahuecó los cojines. Cuando lo tuvo sentado y todo lo cómodo que en su situación podía estar, volvió a agacharse a su lado, solícita y cariñosa. Bromeó con que le serviría una copa si no fuera por la medicación de la que se estaba atiborrando y a cambio le ofreció una taza de consomé caliente.

—Lo que quiero es que te quedes aquí y hablemos —dijo, acariciando la mano que ella apoyaba en sus piernas.

—¿Y esa conversación no puede esperar un poco? —le preguntó con una cálida sonrisa.

—Ya ha esperado demasiado.

Un mal presentimiento le borró la amorosa expresión. Buscó sus ojos y reparó en que, desde que había llegado, ni una sola vez la había mirado de frente. Y entonces supo que ése era el final.

—Me estás asustando, cariño. ¿Qué pasa?

—¡Dios, Audrey! —exclamó él con impotencia—. Llevo horas reflexionando sobre cómo decirte esto y aún no sé cómo hacerlo.

—¿Hacer qué? ¿Qué es eso que tienes que decirme?

Durante unos segundos, Ian continuó rozándole el dorso de la mano y al fin encontró fuerzas para alzar los ojos y mirarla.

—Necesito contarte la verdad.

—Ya hemos tenido esta conversación —le recordó, levantándose—. Te dije que si íbamos a hacer que lo nuestro funcionara no quería saber nada que pudiera estropearlo. Y sigo pensando lo mismo. Nadie necesita saberlo absolutamente todo del otro, Ian. —Le dio la espalda y comenzó a alejarse, decidida a no dejar que le abriera los ojos.

Pero él había tomado ya una decisión.

—No soy el hombre que crees —le advirtió, y aguardó a que reaccionara.

Ella se detuvo, consciente de que comenzaba a desmoronársele la vida. Y miró con tristeza hacia la entrada por la que, esta vez, no había conseguido burlar su destino.

—Perdóname —prosiguió, al verla parada—. Pero no soy el hombre que te merece. Ni el que no te miente. —Calló un instante y, con los ojos humedecidos, susurró—: Y tampoco soy el que te ama.

Audrey rompió en un llanto desconsolado al comprender que no había vuelta atrás, que lo que tanto había intentado negarse había salido de la boca de Ian. Y allí, de pie, con los hombros hundidos y la esperanza acabada, lloró hasta que no le quedaron lágrimas.

Mientras, él respetaba en silencio su desolación y se desgarraba al oír cada uno de sus dolientes sollozos.

—¡¿Por qué has tenido que decirlo?! —le reprochó al rato, sentándose sin fuerzas en el borde del sofá.

—Porque los dos lo sabíamos. Y porque no mereces seguir padeciendo de esta manera. —Audrey se cubrió el rostro con ambas manos y él deseó estrecharla entre sus brazos y consolarla—. Te quiero. Te quiero más que nunca. Te voy a querer siempre —le aseguró en voz baja—, pero con el cariño no basta, por muy grande que éste sea.

—¡Cállate! —gritó, levantándose de golpe y secándose con arrebató las lágrimas—. ¿Desde cuándo?

—¿Qué importa eso ahora?

—¡Me importa a mí! —Se apartó el pelo, alterada—. Siempre supe que te acostabas con otras mujeres, pero lo soportaba porque sentía que, a pesar de todo, eras mío y sólo mío. Después, algo cambió. Dejaste de tener aventuras y yo quise engañarme pensando que el matrimonio y mi amor te habíamos vuelto un hombre fiel.

—He estado contigo, Audrey...

—¡No has estado conmigo! —le reprochó herida—. ¡Ni siquiera cuando me hacías el amor estabas conmigo! Y eso era lo que me asustaba. Me sentía más segura de ti y de tu amor cuando te tirabas a cuanta zorra se ponía a tu alcance y supe que te estaba perdiendo cuando todo eso terminó. Pues poco a poco fui dándome cuenta de que había alguien a quien le estabas siendo todo lo fiel que nunca me fuiste a mí.

Ian agachó la cabeza, se pasó las manos por el pelo y las detuvo en la nuca, entendiendo de pronto que la había hecho sufrir siempre, y no sólo desde que perdió la sensatez por causa de Elizabeth.

—Lo lamento. Nunca pretendí hacerte daño, menos aún enamorarme...

—¡No lo digas! —gritó con rabia—. Sólo quiero que me confirmes desde cuándo. Él siguió con los ojos bajos para no ver el nuevo dolor que iba a provocarle.

—Desde que... Desde que la convertí en la protagonista de mi última novela.

Audrey se lanzó contra él, rota de dolor y de indignación, golpeándole con ambos puños el torso y los hombros.

Ian gimió, apretando los párpados.

—Por favor —rogó, tratando de detenerla con la mano ilesa—. Si estuviera bien, dejaría que me golpearas hasta que te cansaras. Lo merezco. Pero con cada puñetazo me desgarras por dentro.

—¡Eso es lo que pretendo, desgraciado! —gritó, dándole un último golpe y apartándose—. ¿Cómo fuiste capaz de casarte conmigo cuando ya amabas a otra?

Él se sujetó las costillas y trató de recuperar el ritmo lento de la respiración para apaciguar el dolor.

—Porque siempre creí que el amor de verdad era lo que sentía por ti; esto que aún siento y que siempre sentiré. Lo que me ocurría con ella me tenía confuso; no lo había experimentado nunca.

—¡Calla, calla, calla! —exclamó entre sollozos.

—He intentado que lo nuestro saliera bien, Audrey. Te aseguro que he puesto mi alma y mi vida en que nuestro matrimonio funcionara. Pero cuanto más lo intento, más daño te hago y me hago a mí mismo. —Ella cerró los ojos, atormentada, y alzó la mano para que no siguiera hablando—. ¿Qué vas a hacer? —preguntó inquieto, al ver que volvía a darle la espalda.

—Se acabó. No quiero estar ni un minuto más en esta casa.

Él se levantó con tal rapidez que se tambaleó de dolor.

—No, Audrey —rogó casi sin respiración—. Soy yo quien debe irse.

Pero siguió adelante, ciega de dolor y de coraje. Y, en unos segundos, él escuchó los mismos sonidos impetuosos de la noche en que ella recogió unas pocas cosas y se fue.

La quería. La quería con locura y no podía perderla del todo. Y era lo que podría ocurrir si insistía en hablarle en ese difícil momento. Ahora sólo podía apartarse; volver a su antiguo ático, del que por fortuna no se había deshecho, y esperar a que el

tiempo hiciera su labor, las heridas que le había provocado dolieran un poco menos y ella quisiera perdonarle.

Rodeó el sofá y se quedó mirando su maleta cerrada mientras oía cómo Audrey seguía revolviendo en el dormitorio.

Ella había encontrado en la furia un momentáneo desahogo. Abría cajones, sacaba todo el contenido de una vez y lo arrojaba a una de las dos maletas que tenía abiertas en el suelo. Sostenía entre los brazos un revoltijo de ropa interior cuando oyó que se cerraba la puerta de la calle. Y entonces la inmovilizó la certeza de que él se había ido y de que nunca volvería.

La rabia desapareció y sólo le quedó la amargura de su amor nunca correspondido. Se echó sobre la cama, abrazada a la ropa, y se encogió mientras rompía a llorar con desconsuelo.

—¿Hasta cuándo vas a seguir castigándome con tu silencio cuando estamos a solas? —preguntó Stephen, después de que Kate hubiera abandonado la suite y Elizabeth se sentara frente al televisor, ignorándolo.

Ella no se inmutó. Siguió mirando la pantalla con aparente interés, aunque de haber tenido que explicar qué estaba viendo, no habría podido hacerlo.

—Lo hice por ti, ¿y así me lo pagas? —insistió él, tratando de provocarla. Pero nada cambió. Y Stephen ya estaba cansado de que pasaran los días y todo siguiera igual.

Se acercó, interponiéndose entre ella y el televisor, posó las manos en los reposabrazos del sillón y se inclinó para mirarla a los ojos de cerca.

—Lo hice por ti —repitió despacio.

—¡Eso no es verdad! —le espetó levantándose y obligándolo a apartarse—. No lo hiciste por mí, sino por ti. No pudiste soportar que el escritor, el hombre que trabajaba bajo tu mando, se hubiera atrevido a poner las manos en «tu mujer» —dijo con acidez—. Quisiste castigarlo por eso; marcar tu territorio como un maldito marido celoso.

Stephen respiró con fuerza, sin dejar de mirarla a los ojos.

—No merezco esas palabras, pequeña —señaló con dolor—. No las merezco.

—Tampoco Ian merecía esa paliza.

—¿Por qué seguimos discutiendo por él?! —exclamó, alzando la voz—. Mientras tú me ignoras un día tras otro o mientras discutimos por su causa, él está bien y seguramente follando con su mujer —soltó furioso—. O puede que con la mujer de cualquier otro. No te entiendo, Elizabeth. Te juro que no te entiendo.

—No es tan difícil —dijo ella con gravedad—. Deja de cuidarme con tanto celo, deja de tomar decisiones por mí, deja de considerarme de tu exclusiva propiedad. —Y añadió, mientras le daba la espalda—: No sé si podré perdonarte esto.

—No te vayas —le rogó, arrepentido de haberle mostrado con claridad su enojo

—. Quédate y hablemos con calma.

—En unas horas te expondrás ante decenas de miles de potenciales votantes — dijo junto a la puerta, tratando de mostrar una calma que no sentía—. Éste no es el mejor momento para aclarar nuestros problemas.

Salió al pasillo y cerró con suavidad, consciente de que, tras ella, los agentes de seguridad aguardaban a que se moviera y tomara una dirección, dispuestos a protegerla allá donde fuera.

CAPÍTULO 33

Soledad en Central Park West

El regreso al ático de Central Park West fue más duro de lo que había supuesto. En soledad, el sentimiento de fracaso era más intenso, más demoledor, igual que el de la culpa por haber arrastrado a Audrey en su caída. Pero necesitaba esa soledad, la buscaba a pesar de saber que sería lo que terminaría de hundirlo.

Lo sorprendió que también las paredes de su antiguo apartamento de soltero lo asfixiaran, aunque no del modo en que lo había hecho su falso hogar con Audrey. Era como si desde que debía inhalar poca cantidad de aire para respirar necesitara sentirlo correr en abundancia a su alrededor. Por eso, durante las semanas de obligado reposo, consumió las horas en la terraza, donde el frío de otoño y la visión de las hojas, cada día más doradas de los árboles de Central Park, lo llenaron de recuerdos. No le quedaba nada más que eso: gratos recuerdos que atesorar en el corazón, aun sabiendo que, cuanto más hermosos fueran éstos, más tristeza le provocarían.

Contemplaba esa explosión de colores en las copas de los árboles cuando sonó su móvil y dudó si atender la llamada. Eran muchas las que recibía al cabo del día, interesándose por su estado. También visitas, que en su mayor parte evitaba fingiendo no estar en casa. Le incomodaba tener que relatar una y otra vez la falsa historia del atraco y evadir las preguntas sobre la vuelta a su apartamento de soltero o la ausencia de Audrey.

El teléfono enmudeció y él comenzó a caminar despacio, siguiendo el trazado de la baranda. Era el único ejercicio físico que de momento podía hacer para no agarrotarse. Caminar. Y la amplitud de la terraza le servía cuando no se encontraba con ánimos para bajar a hacerlo por los senderos del parque más cercanos a casa.

No había dado dos pasos cuando el móvil volvió a sonar y esa vez lo descolgó sin haberse preguntado si en verdad quería hacerlo.

Le sorprendió oír el cariñoso saludo de Kate. La suponía muy ocupada con el frenético ritmo de campaña y lo último que hubiera esperado era que utilizara su tiempo libre para ponerse en contacto con él. Pero lo estaba haciendo y, mientras la escuchaba, sólo podía pensar en lo cerca que ella estaba siempre de Elizabeth. Su amada Elizabeth.

—Tengo entendido que te dieron duro.

—Se divirtieron bastante, sí —respondió irónico.

—Para ser escritor, podías haber inventado algo más imaginativo que ese vulgar y trillado atraco con violencia.

—No era cuestión de contar algo rocambolesco y novelero que no hubiera convencido a nadie.

—Son los inconvenientes de llevar una doble vida —comentó Kate—. Pero el caso es que lo estás manejando perfectamente. Supongo que tu fiel esposa te está mimando y cuidando mucho.

—Supones bien.

—Siento mucho que tu historia con ella haya terminado así.

—Te alegras, porque ya no tengo ninguna influencia con el senador.

—Eso dejó de preocuparme en cuanto te tuve controlado. De verdad me apena lo que te han hecho. Me caes bien.

—Te resulta fácil mentir. Voy a terminar creyendo que la política es realmente lo tuyo.

—No te quepa duda de eso. —Rió relajada a pesar de que controlaba cada minuto que avanzaba en su reloj de muñeca—. En cuanto a lo que siento por ti, compartimos algo estupendo durante unas horas. Aunque sólo sea por eso, me gustas.

—Tampoco tú me caes mal a pesar de todo.

—¿Podremos repetirlo alguna vez?

Una risa cansada fue la primera respuesta de Ian.

—¿No piensas desistir? —preguntó después.

—Nunca lo hago si el premio merece la pena. Y si tienes buena memoria, estarás de acuerdo conmigo en que aquellas memorables horas merecen ser repetidas.

—Mi memoria es excelente, pero también selectiva.

—Cuando te agobien los cuidados que te está procurando tu mujercita, llámame —dijo, ignorando su sarcasmo—. Si estoy cerca de Manhattan, haré lo posible por que nos encontremos donde quieras. Verás cómo, en unas horas conmigo, se te pasan todos los males que te acosan.

—Ya no curo mis males así —dijo y, sin darle tiempo a responder, pasó a lo único que le interesaba de ella—: ¿Dónde estáis?

—En Columbia. Es una pena que no puedas ver esto. Cada vez son más miles de personas las que se concentran en los mítines.

—Huele a victoria —comentó, casi para sí.

—Es mucho más que un olor —dijo orgullosa—. Es una certeza.

—Dejaré las felicitaciones para el final, si no te importa —ironizó, sin poder resistirse.

—¡Hombre de poca fe! —exclamó riendo.

—¿Cómo...? —tragó saliva—. ¿Y cómo está ella?

—Hermosa y perfecta, como siempre. Yo la veo muy bien. ¿Quieres que le haga llegar algún mensaje?

Una risa breve y sarcástica brotó de la boca de Ian.

—Me lo ofreces porque sabes que diré que no. No te arriesgarías a contrariar al gran jefe.

—El gran jefe que confía en mí y que va a darme el puesto que merezco —contestó satisfecha.

—Como te he dicho, dejemos las felicitaciones para el final. —Cerró los ojos y se frotó los párpados cansados—. Y ahora tengo que dejarte. Voy a meterme la ración de drogas legales que me ha prescrito el médico o los dolores terminarán conmigo.

—No quiero ser culpable de eso —bromeó con despreocupación—. Volveré a llamarte en cuanto esta locura me deje un rato libre.

—No es necesario que lo hagas, Kate —dijo, sin querer parecer descortés—. Disfruta de tu campaña y de tu sueño casi cumplido, por si después las cosas se tuercen —le aconsejó con su mejor intención—. Yo estoy bien. Igual que si me hubiera pasado por encima el metro en la hora punta con todos sus vagones abarrotados, pero estoy bien. A pesar del dolor insoportable, estoy mejor que estos meses atrás.

En la gran explanada de la Universidad de Mis souri, en la ciudad de Columbia, no se veía la hierba. Desde lo alto de la plataforma rodeada por banderas nacionales y demócratas, Stephen alzaba los brazos en señal de victoria, orgulloso de que la marea humana continuara más allá de donde le alcanzaba la vista. Su carisma y sus promesas de un país mejor, más justo y donde vivir no fuera para muchos una muerte lenta, seguían elevando su popularidad y afianzando sus posibilidades ante el carismático Frank Murray.

Frente a él, y en diagonal, Edgar capturaba el instante con su cámara, encuadrando al senador ante las seis columnas jónicas, únicas supervivientes del incendio que devoró el edificio principal y que se erguían orgullosas como símbolo imbatible del campus. Tras las columnas, en la zona acotada por severas medidas de seguridad, una buena parte del equipo prestaba atención a las palabras del senador, que se sabían de memoria, y a los vítores y aplausos del entregado público. Todo era importante. Cada reacción indicaba algo y ellos tomaban nota hasta del más ínfimo detalle que pudiera ayudarlos a hacerlo aún mejor la siguiente vez.

Elizabeth, con un sencillo vestido beige que realzaba su figura, miraba la estampa de Stephen frente a la multitud, tratando de imaginar la extrema emoción que lo embargaba mientras pronunciaba con maestría su discurso. Sonrió cuando Kate se le acercó y, hombro con hombro, lo contemplaron juntas.

—Tenemos los resultados de los sondeos de hoy —comentó la periodista— y son excelentes.

—¿Seguimos creciendo en intención de voto? —preguntó Elizabeth sin apartar los ojos de su marido.

—No exactamente —contestó Kate con satisfacción—. Éste es el segundo día consecutivo en que el apoyo a nuestro senador llega al cincuenta por ciento y la octava vez que lo logra en los últimos diez días. En contraposición, el apoyo de Murray lleva más de tres semanas sin alcanzar el cuarenta y seis por ciento.

—Eso es excelente —comentó emocionada—. Cuando todo esto comenzó, el

reconocido y bien valorado Frank Murray parecía invencible.

—Sus ideas se han quedado obsoletas y su consentimiento a la guerra de Irak le está pasando factura. Principalmente, debido a que Stephen lo está sabiendo enfocar, sin atacarlo directamente, para no dañar su propia imagen, pero dejando al descubierto sus miserias.

—¿Eso quiere decir que puedo dejar de tener pesadillas con Murray? —preguntó Elizabeth en tono de broma.

—Sin ninguna duda. Yo diría que nunca debió tenerlas, señora Thompson. En esta carrera cabalgamos con el caballo ganador.

Las dos rieron en un tono bajo y guardando la compostura. Pero, tras unos segundos, otra nueva sombra de preocupación veló el azul de los ojos de Elizabeth.

—¿Has hecho lo que te pedí? —preguntó en un susurro.

—Sí, señora. Le he llamado unos minutos antes de salir hacia aquí. —Esperó una nueva pregunta que no se produjo—. Lo he encontrado bien, recuperándose despacio, porque la paliza ha sido brutal.

Elizabeth se abrazó a sí misma, sobrecogida.

—¿Cómo tiene la mano?

—No hemos hablado de nada concreto. Sé que aún padece dolores, porque ha dicho que se está medicando para controlarlos, y probablemente también toma antiinflamatorios. Cuando cualquiera en su situación tiene ganas de bromear, es que se trata de alguien muy especial o que la cosa va muy bien.

Una punzada de celos atravesó el corazón de Elizabeth al imaginarlos bromeando. Había sabido que podía ocurrir si le pedía el favor a Kate. Pero era ella o nadie. Ella o ignorar, más allá de lo que dijera la prensa, cómo evolucionaba el estado de Ian. Y prefería mil veces soportar la tortura de los celos que la agonía de no saber si lograba recuperarse de la inhumana paliza.

—¿Te importaría llamarlo de vez en cuando y tenerme informada?

—Cuente con ello, señora Thompson.

Callaron a la vez que una nueva ovación de la multitud se iniciaba. Stephen la recibió con los brazos abiertos, como queriendo absorber toda esa energía con la que un pueblo podía engrandecer o hundir a una nación. Y, cuando tras largos minutos el barullo comenzó a apagarse, Elizabeth suspiró y se alisó el vestido, preparándose para reunirse con su marido en la plataforma de madera adornada con banderas.

CAPÍTULO 34

No se aprecian las estrellas desde el suelo de Manhattan

—¿Cómo tú por aquí? —preguntó Ian al abrir la puerta de su apartamento—. No he oído que tengáis ningún acto en Manhattan.

—Pasado mañana tendremos uno bien cerca: en Nueva Jersey —dijo Edgar al tiempo que entraba quitándose la chaqueta—. Entonces me reincorporaré a la campaña.

—¿Le ocurre algo a Jennifer? —preguntó alarmado.

—Ella está bien —aseguró su amigo mientras avanzaba por el pasillo evitando mostrar su preocupación.

Se sentó en un extremo del sofá, en el salón, preguntándose si debía darle ya la noticia o esperar un poco. Mientras lo meditaba, viéndolo servir unas copas, decidió que hablaría después de haber ingerido algo fuerte que le infundiera valor.

—Es la primera vez que tomo alcohol desde el «accidente» —dijo Ian tendiéndole uno de los dos vasos de whisky con hielo—. El dolor se ha vuelto soportable, siempre que no cargue con demasiado peso o haga movimientos bruscos, y ya estoy cansado de sentirme drogado durante todo el día.

—¿Cómo van esos dedos?

Ian dio un largo trago a su whisky, saboreándolo con lentitud y con los ojos cerrados.

—Despacio. Estoy haciendo ejercicios de rehabilitación con eso. —Señaló con un gesto una pequeña pelota de goma sobre la mesa—. Cuanto más los ejercite, antes recuperaré totalmente la movilidad.

Evitó hablarle de la tortura que le suponía intentar teclear con ambas manos. Había empezado a trabajar en su columna diaria, pero el desesperante poco control con que dirigía los dedos hacia las teclas solía llevarlo a escribir únicamente con la izquierda, lo que todavía era más irritante y lento.

—Tengo lo que querías —dijo Edgar—. Mañana se reúnen Howard y el senador.

—¿Aquí, en Manhattan?

Su amigo asintió.

—Como te he dicho, pasado mañana da un mitin en Nueva Jersey. Y ya sabes que suelen aprovechar todas las ocasiones que tienen para reunirse.

—¿Sabes el lugar exacto donde lo harán?

—¿Tú qué crees? —preguntó, con una sonrisa satisfecha.

Ian bajó la cabeza, apoyó los codos sobre las rodillas y posó la mirada en el movimiento de los cubitos de hielo cuando los hacía entrechocar al girar el vaso. Imaginó a los dos hombres, sufriendo cada cual por su hija o su esposa, y teniéndolo

a él en el pensamiento como único responsable. Sabía que Howard no hablaría del divorcio de Audrey. Tampoco creía que Stephen fuera comentando curiosidades sobre los hombres con los que se entretenía su mujer y a los que enviaba matones una vez que se volvían incómodos. Hablarían de la campaña, de estrategias finales, de elecciones, de pagos políticos. Hablarían de todo eso de lo que él se había documentado con exactitud.

—Sigues queriendo a Audrey, ¿verdad? —preguntó de pronto Edgar, buscándole los ojos.

Algo en su tono de voz alertó a Ian. Se levantó frunciendo el ceño.

—La querré siempre —dijo, cada vez más intranquilo—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque... —Edgar carraspeó, mientras dejaba la copa en la mesa—. Me he tomado estos días de descanso para apoyar a Jenny. No quiere estar sola. Audrey... Audrey ha intentado quitarse la vida. —El vaso se escurrió de entre los dedos de Ian, golpeándose y volcándose en la alfombra y derramando sobre su blancura sinuosos ríos cobrizos—. Fue hace unos días. Pero ya conoces a tu ex suegro. Ha conseguido mantenerlo en el más absoluto secreto.

—¿Qué ha pasado? —murmuró, con un hilo de voz.

—Estaba en casa de sus padres. Margaret entró en la habitación y le extrañó que hubiera cerrado la puerta del cuarto de baño. Sabía que no estaba bien, así que la llamó para asegurarse de que no ocurría nada y no obtuvo respuesta. —Inspiró al recordar las lágrimas de Jennifer al relatárselo—. Gritó pidiendo ayuda, echaron la puerta abajo y... la encontraron en la bañera. Se había cortado las venas.

—¡Dios! —exclamó, cubriéndose el rostro con las manos—. Yo soy el culpable de eso.

—No hay culpables, Ian. El amor se acaba, las relaciones terminan.

—¡Yo he hecho eso! —repitió con rabia, a la vez que se levantaba y comenzaba a alejarse—. Todo lo que me ocurra lo tengo merecido, me lo he ganado. Pero no tenía ningún derecho a arrastrarla conmigo a este infierno. No tenía ningún derecho.

—Es estúpido que te culpes. No controlas tus sentimientos, menos aún puedes controlar los de ella. Y es ella la que ha pretendido terminar con todo.

Las palabras de su amigo, lejos de tranquilizarlo, le añadieron más angustia.

—¡¿Dios, qué voy a hacer?! —se preguntó frente al ventanal que daba a la terraza, con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Qué voy a hacer?

Edgar se acercó en silencio hasta colocarse a su lado. Posó una mano en su hombro y se lo presionó con cariño.

—Empezar a pensar en ti y arreglar tu vida. Eso es lo primero de todo.

—¿Y qué voy a hacer con Audrey? —murmuró, cerrando los ojos cuando las lágrimas comenzaron a desbordarse.

—Ella ya no es tu problema —dijo Edgar, conteniendo su propia congoja.

Ian sentía que sí. Que, de algún modo, Audrey siempre sería su responsabilidad, y que si no conseguía verla feliz nunca podría comenzar a perdonarse.

—Tengo que verla.

—No te van a dejar entrar en esa casa.

—Lo sé. No será fácil. Ni Howard ni Margaret van a perdonarme lo que le he hecho a su hija. Pero aun sabiéndolo, tengo que intentarlo. —Se enjugó las lágrimas con un rápido movimiento de los dedos—. ¿Me acercas hasta allí? —pidió, mostrándole la mano—. Aún no puedo conducir. Después regresaré en taxi.

—Te llevo donde quieras. También puedo esperarte hasta que acabes y...

—No —dijo con rotundidad—. Prefiero volver solo. Presiento que entonces no seré una compañía agradable.

Le sorprendió que el portero que custodiaba la entrada del edificio le permitiera el paso. Después, ya en el ascensor, comprendió que eso no le aseguraba que el resto fuera a resultar igual de fácil. Howard era de esos hombres impecables que solucionaban los problemas en la intimidad. Y lo comprobó cuando el viejo mayordomo, que llevaba años recibéndolo con tanto aprecio como cortesía, entreabrió ligeramente la puerta.

—Ya no es bien recibido aquí, señor O'Connell —le comunicó con pesar.

—Por favor, James. Tengo que verla. Te prometo que sólo serán unos segundos.

—Lo siento, señor, pero yo sólo cumplo órdenes. Es mi trabajo.

—No son órdenes de Audrey, ¿verdad? —El anciano negó con la cabeza—. Entonces, pregúntale si quiere verme. No me echés sin saber eso, por favor.

—No me busque problemas, señor. Usted sabe que no puedo ayudarlo.

—Por los viejos tiempos, James —rogó desesperado—. Una última vez para...

El mayordomo dio un paso atrás. La puerta se abrió de golpe y el colérico rostro de Howard apareció como una bofetada. Llevaba el sufrimiento por su hija en los ojos y el resquemor hacia su yerno en una mueca de desafiante desprecio.

—¿No oyes lo que te está diciendo?! Ya no eres bien recibido en esta casa. No sé cómo te has atrevido a venir, pero espero que te quede un poco de decencia y te marches.

Empujó para cerrar con la misma brusquedad con que acababa de abrir. Ian se lo impidió interponiendo el pie.

—Por favor, Howard. Antes de echarme, pregúntale a Audrey si quiere verme.

—¿Audrey quiere muchas cosas que tú no has sabido darle! —soltó con ira—. ¿No te basta con todo el daño que le has hecho? ¿Aún vienes a hundirla un poco más?

Ian negó con la cabeza. Si Howard no hubiera sentido tanto resentimiento, habría podido apiadarse de su angustia. Pero el dolor que lo cegaba era el de su hija y el hombre que tenía enfrente era quien lo había provocado.

—Te aseguro que no volveré a hacerle daño nunca más —afirmó con tristeza—. Necesito pedirle perdón, pero no por mí. Pretendo que vea que... que no merece la pena que destroe su vida por alguien como yo.

—¡Eso ya lo sabe! Ahora necesita estar tranquila y sólo lo logrará si desapareces de su vida.

Mientras el mayordomo los observaba sobrecogido, su suegro intentó cerrar de nuevo. Ian lo evitó esta vez empujando la puerta con las manos.

—¡Aún es mi esposa! —le recordó, alzando la voz casi tanto como lo hacía él—. Y voy a verla. Preferiría hacerlo con tu permiso, pero la veré de cualquier modo.

—¡Será tu esposa por poco tiempo! —le advirtió con un estallido—. Tengo a medio bufete trabajando para terminar cuanto antes con este maldito matrimonio. Y por si no te has dado cuenta, ésta es mi casa. Aquí soy yo quien decide si entras o no.

Ian apretó los puños, dispuesto a todo. Miró al interior, seguro de que Audrey descansaba al final de la escalera, en su antigua habitación azul.

—No lo intentes —insistió Howard, lleno de cólera—. Te aseguro que no vas a pasar.

La imagen exquisita y elegante de su suegra, descendiendo los peldaños superiores, evitó que le respondiera y complicara aún más su delicada situación. Ella se detuvo y habló con el sosiego con que acostumbraba a poner paz y orden.

—Por favor, querido. Déjalo pasar.

Howard se volvió, dispuesto a negarse, pero la templada seguridad de su esposa lo convenció al instante. Y se hizo a un lado.

Ian entró sin prestar atención al desafío con que lo examinaba. Con la mirada clavada en Margaret, fue ascendiendo hasta detenerse dos escalones por debajo de ella. Entonces apreció que, bajo su serena belleza, latía el sufrimiento infinito y silencioso de una madre.

—Gracias —murmuró, con abatida humildad.

—No me las des —respondió tajante y áspera—. Estoy haciendo esto porque no quiero que te debamos nada. Has sido un hijo para nosotros, pero después de tu indignidad con Audrey, con esto queda pagado todo lo bueno que hayas hecho en esta casa.

—Lo siento, Margaret. No imaginas cuánto lo siento. Nunca pretendí hacerle daño.

—La decepción contigo ha sido grande, Ian. Muy grande y difícil de comprender.

Miró a los ojos de quien había asumido el rol de madre en muchas ocasiones y sólo encontró dolor, desengaño y una frialdad que le encogió el alma.

—¿Qué puedo decir...?

—Yo sí sé qué decir: cuida bien las palabras que utilizas hoy con mi hija. Y acaba rápido. Cuanto antes deje de verte, antes comenzará a olvidarte. —Rei niciaba el descenso cuando murmuró, sin mirarlo—: Antes comenzaremos a olvidarte todos.

Ian apretó con fuerza los párpados para soportar el desprecio de la mujer a quien tanto quería. Renunciar a Audrey implicaba mucho más que perder a una esposa. Siempre lo había sabido y ahora era cuando comenzaba a padecerlo.

Se había parado durante unos segundos ante la puerta cerrada de la habitación celeste, sujetando el picaporte y haciendo acopio de fuerzas para enfrentarse a ella. O más bien para enfrentarse a lo que él había hecho de ella. Y al entrar y verla sentada en la cama, esperándolo, encogida como si todo a su alrededor la asustara, se sintió desbordado de dolor y de culpa.

A medida que se acercaba, con miedo a su reacción, fue tomando conciencia de su palidez y de sus marcadas ojeras.

—Lamento que mis padres hayan estado tan desagradables contigo —musitó, con la mirada en los dedos que retorció con nerviosismo en el regazo.

Ian se tranquilizó al comprobar que, de alguna manera, el tiempo transcurrido le había serenado los ánimos y que no iba a rechazarlo. Se detuvo ante ella y la miró con ternura, apreciándola más delgada que tres semanas atrás. Por primera vez la veía abrigada en el interior de la casa, con un jersey de manga larga.

—Yo habría hecho lo mismo de estar en su lugar —reconoció—. Sólo quieren protegerte.

—Protegerme de ti —dijo, a punto de echarse a llorar.

—Duele aceptarlo, pero es cierto. Nadie te ha hecho tanto daño como yo. —Le tomó las manos entre las suyas y se las alzó con suavidad para que la lana se escurriera hasta dejar al descubierto las delgadas muñecas.

—Fue un mal momento —trató de justificarse Audrey mientras las apartaba, las devolvía a su regazo y ocultaba de nuevo el estrecho vendaje que le cubría las cicatrices.

—Nadie vale tanto —aseguró Ian en voz baja—. Menos aún quien te hace sufrir de esta manera.

—Es fácil decirlo, pero ¿cómo se consigue que lo comprenda tu corazón? —preguntó apagada.

—Al corazón tenemos que darle tiempo —contestó él casi en un susurro—. Le cuesta entender que quien nos hace padecer no merece ni una sola de nuestras lágrimas.

Fue entonces cuando ella levantó los ojos para mirarlo.

—No estás bien, ¿verdad?

Le enterneció que, a pesar de ser el causante de su sufrimiento, se estuviera preocupando por él.

—Estaré bien cuando tú lo estés —susurró con cariño.

Ella lo miró en silencio, deseando decirle que si era eso lo que necesitaba, entonces ninguno de los dos estaría bien nunca. Subió los pies a la cama y se abrazó las rodillas, silenciosa y cabizbaja. Ian se sentó a su lado, dispuesto a derribar su repentino muro de indiferencia.

—¿Cómo va el asunto de los relatos? ¿Necesitáis ayuda?

Ella se encogió de hombros, mostrando que nada le importaba, pero aun así respondió:

—Creo que estará en las librerías para Navidad. Ya sabes —sonrió con tristeza—, la gente se muestra más solidaria en esas fechas.

—Y hasta los que no lo son compran y regalan libros. —Trató de hacerla sonreír—. Ahora estarán maquetándolos, esbozando la portada... ¿Por qué no vuelves a implicarte en eso? Es tu proyecto.

—¿Quieres que esté entretenida para que no te complique la vida intentando suicidarme de nuevo? —reprochó con amargura.

—Quiero que vuelvas a ser tú —le explicó con suavidad—. Que vuelvas a reír, que vuelvas a ser feliz. El mundo sigue estando ahí fuera, igual de maravilloso que antes, esperándote. No puedes perdértelo sólo porque yo te haya fallado —dijo, rozándole el brazo con el que ella se rodeaba las piernas.

Audrey dejó que lo hiciera.

—Es probable que haga un viaje —dijo de pronto—. Me lo ha propuesto Tess y creo que voy a aceptar.

—¿Esa amiga tuya que parece combinar los colores a ciegas? —preguntó él, fingiendo desenfado.

—Sí, ésa —admitió con un amago de sonrisa—. Acostumbra a pasar algunos meses al año con su padre, en Italia.

—El que tiene la escudería de Fórmula 1 —comentó, al recordar al hombre maduro, divorciado y siempre rodeado de jovencitas que aparecía con asiduidad en los medios de comunicación.

—Ella dice que me vendrá bien alejarme de todo esto una temporada, divertirnos. Pero aún no me he decidido.

—Puede ser una buena opción. Siempre que no acabes vistiendo como lo hace tu excéntrica amiga —bromeó.

—Sí. Ése es un gran riesgo —aceptó, sin llegar a sonreír.

—¿Me escribirás si te marchas? —dijo, con una extraña sensación de nostalgia.

—¿Te gustaría que lo hiciera?

—Sí. Me gustará saber cómo estás, qué haces...

—No tienes ninguna obligación de velar por mí.

—Lo sé. Pero no puedo evitar hacerlo. Te quiero, Audrey. Te querré siempre.

Ella apoyó el mentón en las rodillas y guardó silencio unos segundos. Después soltó un profundo suspiro.

—No sé si quiero ese cariño.

—Lo entiendo. Pero quiero que sepas que esperaré. Esperaré todo lo que haga falta.

Se sentía agotado cuando alcanzó la calle; igual que si se llevara consigo todo el dolor de Audrey. Ella había aceptado un abrazo de despedida y a él se le había encogido el alma al encontrar un montoncito de huesos donde siempre hubo

generosas y redondeadas formas de mujer. La cruda realidad lo paralizó durante unos segundos, con ella apretada contra sí.

—¿Qué has estado comiendo durante estas semanas? —le había preguntado, con la mayor dulzura que pudo.

Audrey le respondió con una sonrisa triste. Y él, ahora, mientras se alejaba, sólo podía rogar para que ese dolor que él se llevaba en verdad lo tuviera ella de menos.

Dejó a su espalda al portero uniformado y se detuvo en medio de la calle. Cerró los ojos y aspiró el olor de ese extremo privilegiado del parque. Olía a otoño y deseó estar sumergido en otro otoño, el de un año atrás en Crystal Lake, conociendo a la que, sin ninguna duda, volvería a permitir que convirtiera su vida en un infierno.

Se frotó la nuca, cansado, y al mirar al otro lado de la calle, respiró con alivio. Edgar estaba allí, apoyado en el capó delantero de su Chevrolet gris estacionado en doble fila.

Le alegró que no le hubiera hecho caso. Se sentía demasiado solo, demasiado hundido, demasiado miserable como para volver a casa sin haber encontrado el apoyo de una sonrisa amiga.

—He pensado que necesitarías a alguien con quien hablar después de salir de ahí —explicó Edgar cuando lo tuvo enfrente. Después dio una última calada a su cigarro y lo arrojó al suelo para pisarlo.

Ian, con el nudo todavía en la garganta, se lo agradeció con un gesto.

A esa hora punta, el tráfico rodaba con lentitud. En unos minutos, la situación se volvería caótica. Los conductores, impacientes por regresar a sus hogares tras una larga jornada de trabajo, comenzarían a hacer sonar el claxon de sus automóviles como si con ello fueran a despejar la avenida. Edgar no tenía prisa. Cualquier lugar era bueno para hablar. Y en cuanto llegaron al primer semáforo cerrado, decidió que ya había respetado suficiente su silencio y le preguntó cómo había ido todo. Ian le habló de Howard, de Margaret y, por supuesto, de Audrey.

—Se recuperará, ya lo verás —trató de animarlo—. Se implicará otra vez en esa historia de publicar los relatos y después se irá de viaje con esa amiga tan peculiar. Y cuando quiera darse cuenta, notará que está mejor.

—¿Me lo dice quien asegura que utilizará su Magnum si pierde a la mujer a la que ama? —preguntó con media sonrisa afligida.

—Audrey ya ha hecho su intento —le recordó Edgar—. Ahora asimilará que lo vuestro ha terminado y comenzará a poner remiendos en su corazón herido. Y probablemente empiece a hacerlo durante ese viaje.

Se detuvieron junto a uno de los puntos en los que las tuberías de la calefacción que recorrían la ciudad bajo tierra expulsaban parte de su presión. Ian se perdió en el blanco vapor que escapaba con fuerza.

—Tengo algunos contactos en la universidad —dijo, tras un largo silencio—. Voy a intentar dar clases de lengua inglesa, enseñar el idioma o tal vez corregir trabajos de otros. Mi columna diaria me deja demasiado tiempo para pensar.

—No me parece mal del todo, aunque hay otras cosas que podrías hacer. ¿Qué pasa con tus novelas? —preguntó—. Podrías ir a Crystal Lake a escribir, como has acostumbrado a hacer cada año. Siempre has dicho que no podrías vivir sin crear todo eso.

—Me resultaba sencillo inventar historias románticas cuando presumía de saberlo todo sobre el amor. —Miró hacia el automóvil detenido a su derecha y a los dos jóvenes que aprovechaban la pausa del semáforo para besarse—. Ahora, cuando descubro lo que de verdad supone perder la cabeza por alguien, cuando haría cualquier cosa por conseguir a la mujer a la que amo, ya no puedo escribir sobre ello. —La luz roja cambió a verde. El Chevrolet se puso en marcha y el coche de la pareja también. Ian volvió la vista al frente—. El amor destruye, Edgar: lo ha hecho conmigo.

Continuaron avanzando en silencio. El cielo se oscureció y el alumbrado de la ciudad sustituyó a la luz del día. Ian alzó la mirada hacia la noche. Desde el suelo de Manhattan no se apreciaba el brillo de las estrellas. Tan sólo ascendiendo a lo alto de los edificios, donde las luces artificiales no cegaban, se percibía un pequeño número de ellas. Nunca había visto tantas ni tan centelleantes como durante las noches en la tranquilidad y la quietud de Crystal Lake, en un tiempo en el que su vida y su alma aún podían sonreír.

Edgar, sudoroso y jadeante, no apartaba los ojos de Jennifer. Quería contemplar su rostro cuando alcanzara el orgasmo. Quería amarla y hacerla gozar como si esa fuera la noche más importante de sus vidas. La soledad y la amargura de su amigo lo habían llenado de pena y también de miedo. Miedo a perder a su Jenny y miedo a ser después un cobarde que no se atreviera a apretar el gatillo, ya que eso lo condenaría a pasar el maldito resto de la vida sin ella.

Sus ansias de esa noche le hacían difícil contener su propia explosión de gozo, pero lo hacía. Quería alcanzar con ella el clímax y quería ver cómo se le oscurecían los ojos cuando eso ocurriera.

La sintió temblar y, después, el rápido aleteo de sus pestañas le anunció que su pequeña muerte de unos segundos estaba cerca. Entonces apremió el ritmo con el que entraba y salía de ella. Colocó las manos abiertas sobre sus pequeñas palmas, entrecruzó los dedos con los suyos y apretó fuertemente contra el colchón.

—Te amo —murmuró...

... y dejó de contenerse para unirse al placer en el que estallaba su esposa. Después fue recuperando el aliento pegado a su piel, abrazándola con el temor a perderla todavía intacto.

—Te amo —ronroneó ella, un tiempo después, mientras le acariciaba perezosamente el cabello.

Edgar se incorporó, apoyó un brazo en el desorden de sábanas y la miró a los

ojos.

—Dímelo otra vez.

—Te amo. Te amo, te amo —volvió a susurrar con una sonrisa.

La besó en la boca, ardiente y posesivo, hasta que notó que su ímpetu y su miedo la estaban dejando sin aire. Entonces pasó a recorrerle el rostro con los labios, despacio, diciéndose que esa mujer increíble era suya, que siempre sería suya.

Pero esa noche nada de cuanto se decía lo tranquilizaba. Esa noche, todas sus infidelidades y todos sus remordimientos los estaba padeciendo juntos.

—Dime que no nos va a pasar a nosotros —le rogó, con ojos brillantes.

—No nos va a pasar a nosotros —le aseguró ella como una caricia.

—Júramelo.

—Te lo juro —dijo, mirando su gesto inquieto y doliente—. Te juro que no acabaremos como ellos.

Edgar volvió a recorrerle el rostro, esta vez con las yemas de los dedos y la mirada.

—No podría vivir sin ti —dijo, inmerso en agonía.

—No tendrás que hacerlo.

Apoyó la cabeza en su pecho, junto al inicio de sus erguidos y pequeños senos, y ya no pudo contener las lágrimas, que brotaron calladas y humedecieron la piel de su esposa.

Ella lo abrazó emocionada, segura de que su dolor nacía del mismo que soportaba su buen amigo Ian, igual que el suyo era el que compartía con su querida amiga Audrey. Lo que la desarmaba y le hacía querer arrojarse era su repentina inestabilidad y el dramático miedo que mostraba a perderla.

—Todo esto pasará, mi amor —trató de consolarlo con dulzura mientras le acariciaba la cabeza—. Ellos lo superarán y todos volveremos a estar bien.

Edgar se ciñó más a ella y, aunque apretó con fuerza los párpados, las lágrimas siguieron brotándole calientes y amargas. Porque, esa vez, el miedo a perderla era tan brutal y lacerante como si en verdad ya no la tuviera consigo.

CAPÍTULO 35

Entre el deber y el amor

Cuando Edgar le contó que el encuentro del político y el abogado se produciría en el exclusivo club masculino La Unión, en Upper East Side, Ian dedujo que almorzarían en uno de los comedores privados de la segunda planta. Él mismo formaba parte de ese club en el que muchos de los miembros procedían de las familias socialmente más importantes de religión protestante, como Howard. Ian era católico por tradición familiar, además de que no le agradaban los espacios en los que no pudiera disfrutar de la siempre grata compañía femenina, pero, acudir de vez en cuando, para contentar a su suegro, nunca le pareció un gran sacrificio. Por eso, porque conocía bien el funcionamiento de ese rancio lugar, supo que entrar de improviso y sentarse a su mesa era algo impensable. Tendría que pedir que lo anunciaran y confiar en que ellos le concedieran el permiso.

Y, aunque eso fue lo que finalmente ocurrió, la entrada al comedor fue tensa, con las miradas de los dos hombres queriendo partirlo en dos y enviar los pedazos al infierno.

—Os preguntaréis qué hago aquí. —Colocó un abultado sobre beige en su lado de la mesa—. No podía desaprovechar la ocasión de encontraros juntos. Lo que tengo que decir os afecta a ambos, aunque de forma más directa al «candidato a la presidencia» —aclaró mordaz.

—¿Cómo te has atrevido a presentarte ante mí? —preguntó Stephen—. ¿Acaso la paliza te supo a poco y vienes a ganarte otra?

Lo animó advertir el gesto de sorpresa de Howard, el modo en que frunció el ceño y miró al senador y a él, tratando de entender.

—La paliza fue impecable —ironizó—. Si no le molesta, senador, para no borrar el buen recuerdo, preferiría no recibir otra. —Sonrió y miró a su suegro—. Disculpa nuestra falta de consideración al hablar de cosas que desconoces, Howard. Como habrás deducido, fueron los matones del senador quienes casi me matan a golpes. Puede que lo mereciera.

—¡Lárgate si no quieres que llame a seguridad! —ordenó su suegro—. Si te sacan de aquí a patadas, mañana estarás en todos los medios.

—Es muy probable que los que salgan en todos los medios sean otros, dada su habilidad para desviar fondos. —La alarma se encendió en los ojos de los dos hombres, que se miraron con fugacidad, provocándole otra sonrisa—. Si quiere, puedo hablarle de Swaine, Wooten y Madisson Export. De los informes que «no hacen» a importantes empresas de este país y de las cantidades astronómicas que cobran por ello, o de que todos esos dólares, íntegros, los donan a su campaña,

senador.

—Eso es ridículo —respondió Stephen a la defensiva—. ¿Por qué íbamos a hacer algo tan rocambolesco cuando esas empresas podrían contribuir a nuestra causa legalmente y con el dinero que quisieran?

—Porque entonces resultaría muy evidente que las leyes que llegaran a promover usted y su gobierno si llegara a alcanzar la Casa Blanca, y que los favorecieran, serían pagos políticos.

—Nunca podrás demostrar eso —lo desafió su suegro.

—Siempre dijiste que debía ejercer lo que tú denominabas mi verdadera profesión. Lo he hecho —dijo Ian satisfecho—. He investigado, Howard. Sé lo de las empresas fantasma y lo del desvío de fondos.

—Soy un simple aspirante a ocupar el cargo de presidente de esta nación. ¿Pretendes que se me juzgue por algo que tú aseguras que haré si consigo ganar las elecciones?

—Tengo pruebas —contestó tamborileando con los dedos el papel beige.

—Ni siquiera sabes de qué estás hablando.

—¿De verdad lo piensa? —preguntó con firmeza—. Las reuniones con esas empresas han existido y se ha acordado en qué van a consistir los pagos. Ya que parece no recordarlo, senador, ¿quiere que le refresque un poco la memoria?

Stephen bajó la cabeza, mostrando claramente que no se sentía orgulloso de eso.

—No es necesario —dijo, con apenas un hilo de voz y, tras unos segundos, volvió a mirarlo de frente—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Nada —respondió con calma.

El senador frunció el ceño, confundido.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres?

—Tú no puedes darme lo que yo quiero —lo tuteó por primera vez. Y volvió a rozar el sobre con los dedos, ahora como una caricia, mientras su mirada se ensombrecía—. Pero existen dos mujeres a las que nunca haría daño. Al menos, no intencionadamente —aclaró, mirando a su suegro.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Howard, sin entender de qué hablaba.

—Sé que debería hacer público todo esto. Sé que es mi obligación de periodista mostrar a los verdaderos dueños de este país a quién van a entregar su confianza. Decirles que no cumplirás muchas de las promesas que les estás haciendo, pues por encima de ellos estarán siempre los acuerdos con esas compañías. Pero esas mujeres están por encima de todo. También de mi dignidad —concluyó, empujando el sobre hasta el centro de la mesa.

Stephen lo acercó hacia sí, incrédulo aún de que todo fuera a terminar con esa facilidad.

—¿Cómo sé que no tienes archivos de todo esto?

—Los tenía, pero los he destruido hace unas horas.

El político siguió mirándolo con recelo.

—¿Quién es tu fuente?

—Nunca lo sabrás por mí —aseguró con calma.

—La historia ha demostrado que, la mayor parte de las veces, las filtraciones vienen desde dentro. Tengo un traidor en mis filas, ¿no es cierto? —Ian chasqueó la lengua mostrando que no le preocupaba—. Si no me dices quién es, no servirá de nada lo que me entregues. Ese judas contactará con otro periodista, si no lo ha hecho ya, y conseguirá que salga esta información.

—No deberías pedirme lo que sabes que no podré darte. Ya he hecho mucho hablándote de esto, ofreciéndote la oportunidad de que intentes arreglarlo de alguna forma. —Se puso en pie despacio, mientras los dos hombres evitaban su mirada—. Quedan dos semanas para el seis de noviembre —comenzó a decir como despedida—. Muy poco tiempo para que nadie consiga todas las pruebas que yo he reunido y que te acabo de entregar.

Las amistades que Ian tenía en la Universidad de Columbia, en Broadway, no lo decepcionaron. Supu so un honor para ellos que el escritor quisiera compartir sus conocimientos y experiencia, pero, debido a que el curso estaba iniciado y el profesorado elegido, comenzó dando conferencias y haciendo sustituciones, a la espera de que quedara vacante algún puesto en temas que dominara. Su última experiencia lo había llevado a pensar que no estaba preparado para ejercer su profesión de periodista y, en cuanto a volver a escribir novelas, ni siquiera iba a intentarlo. Sólo deseaba tener menos tiempo para pensar, para echar de menos a Elizabeth, para torturarse. Y lidiar cada día con jóvenes, en especial con jovencitas de hormonas revolucionadas, que lo consideraban poco menos que un héroe romántico, era difícil, pero al menos lo obligaba a centrarse en su trabajo. Las veces que no lo hacía porque se dejaba llevar por los pensamientos, la clase se convertía en un caos imposible de dominar después. Era tras sonar el timbre y una vez que los chicos desaparecían y él volvía a casa, cuando comenzaba de nuevo su calvario. Edgar, que había pasado a llamarlo con mayor frecuencia, le aconsejaba que aceptara las invitaciones de algunas guapas profesoras que habían mostrado claro interés por él o más bien por su faceta de seductor. Pero Ian no quería perder la poca dignidad que conservaba volviendo a poseer a mujeres por las que no sintiera nada. Pues, tras haber tenido a todas cuantas había deseado, había pasado a querer estar con Elizabeth o con nadie.

Pero sólo sabía de ella por las noticias, que escuchaba con el expectante temor de que saltara el escándalo que hundiría a Stephen y que, inevitablemente, destrozaría también a su esposa; la hermosa Elizabeth, cuyo carisma, distante y dulce a un tiempo, tenía seducidos a los norteamericanos, que cada vez con más fuerza la denominaban su primera dama.

Y hasta esa nimiedad de que la consideraran un poco suya lo llenaba de celos.

Lo único que esa semana lo ayudó a sonreír a medias fue la llamada de Tess, la excéntrica amiga de Audrey, para contarle que iniciaban el viaje a Italia. Audrey prefería no oír su voz hasta que no se sintiera más fuerte, pero quería que supiera que estaba haciendo planes, comprándose ropa nueva para pasear hermosa por Europa y que, aunque abandonaba Manhattan mientras se trabajaba en el libro de relatos, se mantendría en contacto para ser ella quien tomara las decisiones importantes. Estaba ilusionada, le aseguró Tess, y lo estaría aún más en cuanto se alejara de lo que le estaba haciendo daño.

—Cuídala mucho —le pidió Ian al despedirse—. No es tan fuerte como le gusta aparentar.

La respuesta, cariñosa pero firme de la chica, lo tranquilizó. En ese momento de su vida, Audrey necesitaba tener cerca a alguien como ella: animosa, divertida y con el carácter suficiente como para no permitirle que se viniera abajo.

Aún no había amanecido cuando Elizabeth, con el cabello revuelto y una bata de seda sobre el camisón, devoraba el amplio artículo de *The New York Times*. Stephen, impecablemente vestido, caminaba de un extremo a otro de la suite, bufando y maldiciendo. Su teléfono había sonado a las cuatro de la mañana, en cuanto los primeros ejemplares comenzaron a repartirse por los puntos de venta. Pero la rapidez y la eficacia de la maquinaria del partido no iba a servirle en esa ocasión y él lo sabía mejor que nadie. Sólo esperaba a que dieran las siete para asistir a la urgente reunión de crisis en la que decidirían cómo afrontar el desastre.

—¿Es cierto? —preguntó Elizabeth cuando hubo leído hasta la última palabra—. ¿Tú has hecho todo esto?

Stephen hubiera querido decirle que no para borrar su gesto de decepción, pero asintió con la cabeza.

—Yo acepté que se hiciera, sí. No fue idea mía, pero la acepté.

—¿Por qué? —insistió, conteniendo las lágrimas—. Siempre has sido un hombre y un político íntegro. ¿Por qué tenías que hacer algo así?

Stephen se acercó, se sentó a su lado y le tomó las manos entre las suyas.

—Porque era necesario, pequeña. Porque, desgraciadamente, en este país nadie es elegido presidente si no ha hecho antes una gran campaña y para eso se necesitan cantidades astronómicas de dólares.

—Hay muchas formas legales de reunir fondos.

—Las hemos utilizado todas. Pero no es suficiente. Nunca es suficiente.

—Podíamos haber celebrado más cenas de gala, más encuentros con...

—Tampoco habría sido suficiente —insistió—. Yo sabía el riesgo que corría con esto, pero tenía que hacerlo si quería tener alguna posibilidad frente al gran Frank Murray.

—Pero... si todo esto es cierto, te habrías atado las manos —dijo ella, señalando

el diario—. Imagino que lo que les ibas a conceder a esas empresas no te dejaría cumplir todas las promesas que les estás haciendo a tus votantes.

—¡Despierta! —le aconsejó él con cariño—. No vivimos en una democracia, sino en una plutocracia. Aquí gobiernan los ricos y los poderosos. Se da por hecho que la labor de quien salga elegido presidente será defender el sistema ya implantado, nunca fomentar cambios radicales que puedan resquebrajarlo. —Resopló con gesto de abatimiento—. No me gusta, pero desgraciadamente, es lo que hay. Se pueden hacer pequeñas cosas que mejoren la vida de la gente común, sí, pero, ante todo, tienen que seguir ganando los de siempre.

—¿Pueden procesarte por esto? —preguntó Eli zabeth ante la repentina visión de Stephen en el banquillo de los acusados.

—No. Eso no —trató de tranquilizarla—. No encontrarán a ningún responsable a quien inculpar por el desvío de fondos de esas empresas fantasma. El abogado Stanford se ocupó de los asuntos legales y no dejó ningún cabo suelto. Quien conoce con precisión la ley, conoce los resquicios por los que esquivarla.

Elizabeth suspiró, ligeramente aliviada, pero al instante la angustia volvió a oprimirle el pecho. Conocía bien a Stephen y sabía que su entereza era sólo apariencia.

—¿Qué vamos a hacer?

—No vamos a rendirnos. Trataremos de demostrar mi honradez, aunque faltando tan pocos días, va a ser imposible. Recuperarse de un descalabro como el que nos espera hoy, llevaría un tiempo del que no disponemos.

—Murray utilizará esto para...

—Murray no necesita hacer nada, pequeña —le aseguró él con media sonrisa triste—. Ya estoy hundido. Pelearé hasta el final, como me han enseñado, pero ya estoy hundido.

Elizabeth se apresuró a sentarse en sus piernas. Se abrazó con fuerza a su cuello, dispuesta a consolarlo sin haber derramado ni una lágrima. Pero cuando él la rodeó por la cintura y la estrechó contra sí, notó el alarmante temblor de su cuerpo; sintió su angustia, su absoluto sentimiento de derrota, sus ganas de gritar hasta romperse.

Le acarició con mimo la cabeza al tiempo que le rogaba que llorara con ella, que se desahogara, y que después afrontarían, también juntos, cualquier cosa que fuera a ocurrir.

Y él lloró, sí, pero en silencio, como creía que debían llorar los hombres cuando por sus propias equivocaciones se les truncaban los sueños.

CAPÍTULO 36

El bando de los perdedores

La mañana del 6 de noviembre, Elizabeth se vistió poniendo un cuidado especial. Quiso estar particularmente hermosa para ir del brazo de su marido al centro de votación en la ciudad de Washington, donde se encontraron con el gran despliegue mediático que esperaban. Después, siguió los acontecimientos por televisión, desde casa, mientras Stephen, que se había recorrido el país de punta a punta y ni siquiera para esa última jornada había previsto tomarse un respiro, seguiría en primera línea hasta que cayera definitivamente el telón.

Habían sido ocho días difíciles, recordaba tumbada en el sofá y mirando al techo. Especialmente para él, que tras el desplome brutal en los sondeos intensificó la campaña a pesar de saber que no tenía posibilidades de remontar, y pasó en vela noches enteras escribiendo nuevos discursos porque las palabras con las que hasta entonces se había dirigido a los votantes ya no podían ser las mismas.

Admiraba su fuerza, su seguridad, su templanza cuando las cosas no podían ir peor. Y le emocionaba que, tras el primer momento de flaqueza en el que se permitió llorar entre sus brazos, fuera él quien llevara toda la semana animándola a ella.

Se levantó y apagó el televisor para no seguir oyendo los resultados de la encuesta sobre la intención de voto que se efectuaba a pie de urna. No quería conocerlos hasta que no se hubiera reunido de nuevo con Stephen. Cuando las diferencias entre los candidatos eran muy ajustadas, se podía tardar hasta el amanecer, incluso hasta la tarde del día siguiente para entrever un claro vencedor. Ella tenía el presentimiento de que no tendrían que esperar tanto y que, antes de retirarse a dormir, su marido ya habría aceptado públicamente su derrota, con humildad, pero sin perder el legendario aire de dignidad de los Thompson.

—El escritor tenía reunidos datos más precisos y comprometidos que éstos —le había dicho Stephen aquella mañana caótica, refiriéndose a lo publicado por el *The New York Times*.

A ella, las piernas le habían temblado como si de pronto se le hubieran convertido en mimbres. Y si ya fue una gran sorpresa saber que Ian había investigado la procedencia de los fondos de campaña, lo fue aún mayor saber que no había hecho nada con la información. Cualquier periodista habría dado la mitad de su alma por encontrarse con algo así que lo catapultara directamente al reconocimiento. Pero, además, Ian tenía motivos personales para hacerlo: vengarse de la paliza que le habían dado por orden de Stephen y vengarse también de ella, pues, según sus propias palabras, le había destrozado la vida.

Le habría gustado saber por qué motivo se quedó de brazos cruzados después de

haber invertido semanas o tal vez meses en investigar. Pero su marido le había dicho que no lo sabía. Y, de algún modo, intuía que lo había hecho por el amor que sentía por ella, para no ser él quien le provocara ese sufrimiento.

Llevaban días sin emitir una nueva imagen de Elizabeth y la última la habían repetido hasta la saciedad, aunque a él se le habría quedado igualmente grabada para siempre si la hubiera visto una sola vez: Stephen aclamado por unos pocos cientos de fieles seguidores, aceptando su derrota y disculpándose por los errores cometidos, y ella aferrada a su mano y mostrando que su amor y su fidelidad podían superar cualquier adversidad que la vida les pusiera enfrente. Había envidiado a Stephen mientras se exponía al mundo reconociéndose perdedor. Y lo había envidiado porque, a pesar de todo, seguía teniéndola a ella, que valía más que cualquier cosa que él fuera capaz de soñar.

Apretó los dientes y desahogó sus celos apretando con fuerza la pequeña pelota de goma con la que rehabilitaba los dedos. Abrir y cerrar, aflojar y comprimir eran los movimientos que practicaba, incluso mientras impartía charlas a los estudiantes. Y no lo hacía debido a que buscara una rápida recuperación. Lo hacía porque de alguna manera tenía que descargar su continuo sentimiento de frustración, de angustia por echar en falta a quien sabía que no tendría nunca.

No la tendría nunca...

Todos los pensamientos en los que estaba ella dolían. Los más duros eran los que rememoraban instantes felices, pues éstos le atravesaban el alma. Pero repetirse, casi sin descanso, que no la tendría nunca, era como una muerte lenta.

A su espalda, y mientras contemplaba cómo el viento frío azotaba los toldos y las plantas de la terraza, la presentadora del Fox News Channel pronunció el nombre de Stephen Thompson. Ian se volvió para mirar, rogando que fueran nuevas imágenes y nuevas noticias. Deseaba verla, pero sobre todo necesitaba saber que estaba bien; que la derrota de su esposo no la había hundido.

«Imágenes tomadas esta mañana en el aeropuerto internacional de Washington», oyó decir a la periodista. Y mientras ella aparecía subiendo la escalerilla de la avioneta particular de Stephen, sonriente y bellísima, él se acercó hasta que pudo tocar la pantalla del televisor con la mano.

Se quedó absorto, viendo cómo se levantaba el cuello del abrigo para protegerse del aire gélido de esos días de noviembre y se sujetaba con absoluta gracia su sedoso cabello dorado, que el viento le agitaba hacia el rostro. Sus ojos la acariciaron a través del plasma mientras prestaba atención a la noticia. En ese momento comentaban que el político era un hombre con suerte, pues, a pesar del fracaso en las elecciones y de los rumores de desavenencias, continuaba disfrutando del amor de su joven esposa y que durante unas semanas lo haría en algún idílico y secreto rincón de las islas Caimán.

Un nuevo presentador y una nueva noticia ocuparon la pantalla, pero Ian siguió mirando y rozando con los dedos el punto en el que había desaparecido la hermosa imagen de Elizabeth. Y entonces volvió a jurarse que comenzaría a olvidarla.

Se le escapó un gemido de alivio al oír la llamada en la puerta. Fuera quien fuese sería bien recibido, porque el primer paso para recuperar su vida era dejar de pensar en Elizabeth y no podría hacerlo solo.

Y al abrir se encontró con la exuberante belleza sureña con la que ya una vez compartió unas horas de absoluta lujuria. Ya no lucía un traje rancio, que disfraczara su naturaleza sensual, y el estricto moño se había convertido en la melena aleonada que antes de que se dejara seducir por la política fue su seña de identidad.

—Elegí el bando equivocado —dijo ella arrugando el ceño mientras sujetaba en la mano derecha una botella de champán Chardonnay—. Necesito desahogar mi frustración con alguien que la comprenda.

—Y quién mejor que otro perdedor, ¿no? —preguntó irónico.

—Ninguno de los dos hemos conseguido lo que queríamos en esta campaña de Thompson. ¿O me equivoco y tú buscabas justo lo que obtuviste?

Ian soltó una risa corta y amarga y le abrió paso.

—Bienvenida al bando de los perdedores —bromeó, mientras pensaba que estaban ahí por haber ambicionado demasiado. Disfrutar de Elizabeth durante una noche ya fue una osadía. Soñar con tenerla al lado la vida entera era una quimera imposible con la que ni se atrevía a fantasear.

—Se dice que estabas al tanto de lo que iba a ocurrir —dijo Kate, tras dejar la botella en el sillón y junto a ella el abrigo—. Que eres tú quien ha comenzado esto.

—No tengo nada que ver —le aseguró, al tiempo que se dejaba caer en un extremo del sofá.

—Entonces, ¿por qué se murmura tu nombre cuando se habla de las filtraciones que llevaron a Stephen a la derrota?

—¿Desocupados que adoran inventar? —preguntó él a su vez, levantando las cejas, como si en verdad quisiera una respuesta.

Kate se quedó en silencio, volvió a tomar la botella y comenzó a quitarle con lentitud el aluminio dorado que cubría el corcho.

—Supongo que hubieras preferido un Armand de Brignac, pero mi cuenta corriente no está para derroches —bromeó pensativa.

—También me gusta el Chardonnay, especialmente si lo que celebramos es un fracaso de este calibre.

—Tal vez, si hubieras desenmascarado a quien pasaba la información... —comentó, demostrando que sabía de lo que hablaba.

—Eres periodista. Tú mejor que nadie sabes que jamás se traiciona a la fuente. Un profesional debe estar dispuesto incluso a pagar con la cárcel su silencio.

—Lo sé. Sé que velar por que todo saliera bien no era tu trabajo, pero a veces no puedo evitar pensar que podrías haber cambiado las cosas —dijo con pena, mientras

liberaba la botella de la fina malla de alambre.

—¿Cómo está ella? —preguntó Ian sin rodeos—. ¿Cómo está llevando todo esto?

—En apariencia bien, pero sé que es él quien la está consolando, asegurándole que demostrará su honradez y que, cuando lo haga, volverá a presentarse a presidente. Como si no supiera que está quemado y que su ambición podrá llevarlo a cargos importantes, pero difícilmente a la Casa Blanca. —Un gesto de Ian le hizo arrugar el ceño y preguntar—: ¿Lo sientes?

—Puede que un poco —admitió—. Está pagando por sus errores, pero debo reconocer que me gustaba su estilo en política; me caía bien.

—Te caía bien pero te follabas a su mujer —comentó con una sonrisa maliciosa, mientras hacía saltar el corcho—. Sigues siendo el mismo cínico canalla que conocí, y eso me gusta.

—Deberías comenzar a fijarte en los hombres decentes.

—¿Lo has bebido a morro alguna vez? —preguntó, mientras se acercaba—. ¿Y lo has lamido derramado sobre el cuerpo caliente de una mujer capaz de hacerlo hervir?

—Sí, a ambas preguntas —respondió sin inmutarse.

Kate se alzó el vestido hasta el inicio de las caderas, dejando al descubierto los primeros encajes de su braguita negra, pasó una pierna sobre las de Ian y se sentó a horcajadas sobre él.

—Cuando acabe contigo, tendrás que reconocer que nadie te ha follado con champán como lo voy a hacer yo —susurró, inclinando la botella para derramársela sobre la boca.

Él la retuvo, sujetándola por la muñeca.

—No me apetece jugar a esto, Kate.

—¿Y a qué te apetece jugar? —susurró con sensualidad, desabrochándose varios botones que dejaron al descubierto los generosos senos desbordando el sujetador, y se los acercó al rostro.

Ian tragó saliva. Hacía una eternidad que no gozaba de unos pechos grandes y turgentes que encendieran su lujuria y lo empujaran a hacer locuras. Y tampoco recordaba cuándo había mordido unos labios carnosos y pintados de rojo pasión como los de Kate, pensó, al levantar la mirada hacia su rostro perfecto. Una mujer como ella sería la adecuada para comenzar a olvidar. Sólo tenía que dejarse llevar, o, más sencillo aún, cerrar los ojos y dejar que ella hiciera el resto...

Y cerró los ojos, expulsó de golpe el aire y volvió a abrirlos al instante.

—Lo siento —murmuró—. No puedo hacerlo.

Ella lo miró largamente, analizando si en verdad el perfecto canalla se había convertido en un caso perdido. Hasta que sonrió comprensiva mientras volvía a cerrarse la blusa. Luego se apartó y se bajó la falda.

—Sé que no necesitas que te lo diga, pero de todos modos voy a hacerlo. —Se sentó a su lado y le palmeó el muslo con suavidad—. No puedes seguir así. No entiendo cómo un hombre como tú se ha dejado enredar por esta locura, pero tienes

que sacártela de la cabeza cuanto antes.

Él rió frustrado.

—Eso me gustaría hacer.

Kate volvió a palmearle la pierna, dándole ánimos, y se levantó para ponerse el abrigo y coger el bolso.

—De todos modos, si en algún momento me necesitas, ya sabes cómo localizarme.

—Suerte en tu próximo proyecto —le deseó, sin moverse del sofá.

Ella continuó hasta la puerta y, cuando estaba a punto de cruzarla, se volvió con una fascinante sonrisa.

—La tendré. No sé cuándo ni cómo, pero lograré llegar a donde quiero. Es relativamente sencillo —presumió con cinismo.

—Aunque no lo creas, lo celebraré cuando lo consigas —le aseguró él como despedida.

Después, apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos para dejar que en su mente se formara la figura de Elizabeth subiendo a la avioneta y calculó la diferencia horaria. En las Caimán era una hora menos. Estaría anocheciendo y ellos pasarían la primera noche en la isla. Muy probablemente con una cena romántica a la luz de la luna, junto a las arenas blancas de alguna playa solitaria. Después, harían el amor en una alcoba iluminada por aquella misma luna, mientras él seguiría sumido en la oscuridad. Una oscuridad profunda. Una oscuridad doliente y eterna.

Elizabeth inspiró el olor a sal. La suite con el entarimado de madera sobre el agua, turquesa a la luz del día y transparente hasta por las noches, era lo más cercano al paraíso que había disfrutado nunca, exceptuando la naturaleza casi salvaje de Crystal Lake mientras estuvo con Ian, o la ciudad de Baltimore, que también fue otro paraíso cuando la recorrió a su lado.

Suspiró, resignada a seguir sobreviviendo de recuerdos, y se sentó en el borde de madera. Cabizbaja, observó cómo sus pies descalzos se hundían en el agua, rompiendo el espejo plateado en que la convertía esa noche de luna llena. Y se preguntó dónde y con quién estaría él en ese momento. Le dolía imaginarlo solo. Ya no podía pensar que tenía el apoyo y el cariño de su esposa. Y eso la angustiaba. La angustiaba no saber si alguien iba a abrazarlo cuando la soledad lo llenara de frío; si alguien estaría a su lado para calmarlo cada vez que se sintiera vencido por el desconsuelo.

Se volvió ante un leve crujido y sonrió al ver la silueta oscura de Stephen recortada contra la cálida luz de la suite, con dos delicadas copas de champán en las manos. Se sentó junto a ella, doblando una pierna sobre el entarimado y hundiendo la otra en el agua.

—Quiero brindar por ti —dijo, con una espléndida sonrisa—. Nunca, un

candidato a presidente, ha tenido al lado a una primera dama como tú. De no haber sido por mi estupidez, con tu ayuda podría haber conquistado el mundo.

—No necesitas la ayuda de nadie para conquistar lo que te propongas. Lo peor de esto, es que has elegido una profesión en la que las buenas acciones se olvidan pronto y los errores no se olvidan nunca.

—A veces sí, pequeña. A veces sí. Recuerda a Richard Nixon —dijo, mientras le entregaba una de las copas—. Él perdió, aunque de una forma un tanto oscura, las elecciones frente a John Fitzgerald Kennedy en el sesenta, y sufrió un deshonroso fracaso cuando tampoco fue elegido gobernador de California en el sesenta y dos. Todos lo consideraron políticamente muerto, pero resurgió de sus cenizas y en el sesenta y ocho ganó las elecciones presidenciales.

—Pero entonces la impopular guerra de Vietnam jugó en contra del que fue su adversario —opinó Elizabeth.

—Y más cosas le funcionaron, como adoptar una estrategia moderada en el norte y el oeste y más derechista en el sur. —Chasqueó la lengua al pensar en la complejidad que encerraba una campaña—. En mi caso sería más fácil y a la vez más difícil. Porque, como reza la famosa frase, «la mujer del César no sólo debe ser honrada, sino parecerlo». Y yo no he parecido honrado en estas elecciones —dijo, aceptando una vez más su culpabilidad—. No olvidaré eso cuando vuelva a intentarlo dentro de cuatro años.

—Sé que lo conseguirás.

—Con tu apoyo, sin ninguna duda. No sé qué habría hecho si no te hubiera tenido esta vez a mi lado —dijo, contemplándola con fascinación.

—¿Y qué habría hecho yo de no tenerte al mío? —preguntó sonriente.

Él le rozó la mejilla con los dedos, y le colocó con cuidado un mechón de pelo tras la oreja.

—Siempre estaré para ti. Pase lo que pase, hagas lo que hagas, yo siempre estaré para ti, pequeña.

—Lo sé —dijo emocionada, y levantó su copa—. Por eso quiero que brindemos por ti, que eres el mejor hombre y el mejor político del mundo.

—Por los dos, entonces —concedió—. Porque nuestros sueños se cumplan, en especial ése tan importante que tenemos en común.

CAPÍTULO 37

Antes del último adiós

La Universidad de Columbia quedaba relativamente cerca de su apartamento. Apenas tres kilómetros de ciudad que, con tráfico fluido, se podían recorrer en unos quince minutos. Ian no recordaba la última vez que había conducido por las calles del centro con tranquilidad, pero tampoco le preocupaba cuánto se demoraba en ese desplazamiento casi diario. Si de algo andaba sobrado era de un tiempo que no sabía cómo utilizar.

Durante uno de esos complicados trayectos, una noticia en la radio de su automóvil lo llenó de angustia. El senador y su esposa habían interrumpido de forma inesperada sus vacaciones y no se sabía dónde se encontraban después de su precipitada marcha. Las especulaciones eran muchas, pero la que lo llenó de miedo fue la que insinuaba que el motivo podía estar en ella.

Entonces sí se desesperó por la lentitud con que avanzaba, engullido por una marea de automóviles, y pulsó repetidamente y con desesperación el claxon. En cuanto llegó a su destino y detuvo el coche, llamó por teléfono al único que podía ayudarlo a averiguar lo que ocurría: Edgar.

Y su amigo, sin atreverse a reprocharle que, después de todo lo pasado, siguiera interesándose por la señora Thompson, comenzó en ese mismo instante su peregrinación por todos sus contactos.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí, sentado en el sofá, con los brazos apoyados en los muslos y mirando al suelo. El mundo se le había terminado de desmoronar al oír a Edgar. Porque si Elizabeth no estaba bien, a él no le quedaba nada en lo que encontrar consuelo.

Se sobresaltó al notar el brazo de su amigo posarse en sus hombros y se secó las lágrimas con rapidez.

—Lo superará —le oyó decir, sabía bien que para infundirle un poco de esperanza—. Es una mujer joven y fuerte. Saldrá adelante.

—Pero estará sufriendo —dijo, con el nudo oprimiéndole aún la garganta—. Pasar por un cáncer no debe de ser fácil. —Edgar le presionó el hombro con suavidad, sin saber qué decir y se tensó al oírle preguntar—: ¿Dónde está?

—No me preguntes eso —le rogó con preocupación—. No necesitas saberlo. Yo me informaré cada día, cada hora si quieres, pero no me pidas que te ayude a verla.

—Lo necesito.

—¿Para qué? ¿Para ganarte otra paliza? Me han dicho que el senador la

acompañía día y noche. Al parecer, un par de veces al día sale a tomarse un café, a comer y poco más. ¿Qué le dirás cuándo te lo encuentres? ¿Vengo a ver a tu mujer porque no me preocupa la advertencia que me hiciste de que ni siquiera la mirara?

—Le suplicaré, me arrastraré... lo que sea para que me deje verla unos minutos.

—Y él lo hará, por supuesto —dijo enfadado—. Tiene motivos para estarte agradecido.

Ian se levantó y se alejó con paso vacilante. Se detuvo frente a la cristalera y miró a lo lejos, por encima de la balastrada de piedra, hacia las copas de los árboles medio desnudas ya de hojas doradas.

—¿Qué harías tú si algo así le ocurriera a Jennifer?

—Es distinto —opinó, observando desde el sofá sus hombros hundidos y su actitud ausente.

—Es lo mismo —afirmó Ian, y sus ojos, nuevamente vidriosos, convirtieron las ramas en una mancha dorada sobre un fondo cada vez más oscuro—. La amo. La amo con toda mi alma. La amo más que a mi vida.

Edgar suspiró, se acercó al ventanal y apoyó la espalda y la cabeza en el cristal para poder ver el rostro de su amigo.

—Pero ella no te ama a ti —dijo, para hacerlo reaccionar—. No hay nada que puedas hacer salvo olvidarla.

—¿Olvidarías tú a Jennifer si ella dejara de amarte?

Edgar cerró los ojos. Hacía meses que le atormentaba la idea de perderla y, desde hacía poco, cada vez que se encontraba con una mujer bonita, huía como el diablo de la cruz para evitar caer en la tentación.

—Antes muerto que sin ella —susurró sin dudar.

Los dos se quedaron en silencio, Ian contemplando cómo el viento frío agitaba las escasas hojas de los árboles, Edgar con los ojos aún cerrados.

—¿Dónde está? —volvió a preguntar tras unos segundos.

Su pregunta no rompió la tensión callada, que siguió apoderándose de ellos, de sus pensamientos, de sus deseos y de sus miedos. Edgar volvió la cabeza para mirarlo y se encontró con los ojos suplicantes de Ian.

—No me ha sido fácil averiguarlo. Muy pocos lo saben. Su enfermedad ha sido y seguirá siendo un secreto.

—¿Dónde? —insistió.

—Nada te hará cambiar de opinión, ¿verdad?

—No, mientras no pueda mirarla a los ojos y comprobar que, a pesar de todo, está bien.

—No sé si yo podría amar tanto, sabiendo que nunca sería correspondido —dijo con emoción.

—Podrías. Claro que podrías. Los dos lo sabemos.

Edgar suspiró resignado.

—Hospital Johns Hopkins, en Baltimore. La está tratando el doctor Carlson, un

eminente oncólogo amigo de la familia Thompson.

La punzante angustia se le entremezcló con un ligero soplo de alivio. Sonrió agradecido y, sin una palabra, salió a la terraza.

Un viento gélido invadió el salón a través de la puerta abierta. Y Edgar vio, desde el amparo del cristal, cómo arrastraba los pies hasta la balaustrada y se quedaba mirando en dirección a Central Park. Durante unos segundos, dudó si marcharse y dejarlo a solas o abrigarse y salir a hacerle compañía. Y cuando a sus oídos llegaron sus sollozos desesperados, comprendió que aquélla era una de esas veces en las que uno prefiere sufrir y vaciarse en total soledad.

Salió, se acercó a él en silencio y le colocó sobre los hombros un grueso abrigo negro. Después regresó a su hogar en Morningside Avenue, necesitado de abrazarse a su mujer para repetirle sin descanso cuánto la amaba.

CAPÍTULO 38

A cualquier precio

Un rojo y frío amanecer lo recibió al descender del avión en el aeropuerto internacional de Baltimore. Impaciente, se abrió paso entre los pasajeros más adormilados para encontrar la consigna y dejar allí su equipaje de mano. Después, entró en uno de los servicios de caballeros.

La tarde del día anterior, desesperado y sin tener esa vez contra quien volcar su dolor, había llamado a la compañía aérea para conseguir un pasaje en el primer vuelo a Baltimore. Después, mientras sacaba de los cajones lo más básico que se llevaría a ese repentino viaje, había llamado a Edgar para que le diera los datos precisos que necesitaba para encontrarla.

No había dormido. Y ahora se sentía un despojo.

Se acercó al lavabo, abrió el grifo y se inclinó para empaparse la cara con las manos llenas hasta que el frío terminó de despejarlo, aunque no era el sueño ni el cansancio lo que lo hundía, sino la angustia que lo encogía por dentro.

Arrancó una áspera toallita de papel del expendedor y se secó, mirándose al espejo. Estaba horrible, con unas profundas y sombrías ojeras y barba de no sabía cuántos días, pues hacía mucho que había dejado de preocuparle su aspecto.

El recinto médico del hospital Johns Hopkins constaba de un conjunto de edificios construidos sobre más de diecisiete hectáreas de tierra del centro de Baltimore. Perfilada en la silueta de la ciudad, contra el horizonte, se podía apreciar una de sus marcas inconfundibles: la hermosa cúpula victoriana del edificio original del hospital. Ian la había admirado como la fascinante obra arquitectónica que era, mientras recorría la ciudad al lado de Elizabeth. Sin embargo, esta vez, contemplarla desde el taxi que lo acercó al hospital le había llenado los ojos de lágrimas.

No trató de verla. Sabía que el personal del hospital no le daría información, menos aún la planta y el número de habitación en que se encontraba. Le pareció más prudente no llamar la atención. Ocupar un discreto asiento desde el que pudiera controlar la entrada al edificio y el ir y venir de la gente en los ascensores, mientras rezaba para que la suerte estuviera esa vez de su parte.

Habían transcurrido tres horas de impaciente espera cuando algo cambió. Las puertas de uno de los ascensores se abrieron y dos hombres con aspecto de gánster o de guardaespaldas salieron y flanquearon los costados. Ian aguzó la mirada y contuvo el aliento hasta que vio salir a otro tipo al que conocía bien, porque había probado la cruda dureza de sus puños, y, tras él, la figura impecable y distinguida del senador, con gesto cansado tras haber acompañado durante toda la noche a su esposa.

Se quedó quieto, comprobando si Edgar tenía razón y el senador tardaba en

regresar sólo el tiempo que le llevara tomarse un café, pero dispuesto a aguardar el día entero si fuera necesario.

Una hora después, lo vio entrar de nuevo en el recinto, vestido con ropa diferente y con aspecto de recién afeitado. Tragó saliva sin moverse y siguió con la mirada sus pasos hasta que desapareció, junto con sus escoltas, en uno de los ascensores.

Entonces se acercó, despacio y procurando no destacar, con los ojos clavados en los números luminosos que indicaban el piso por el que el elevador iba ascendiendo. Soltó todo el aire de golpe cuando vio que se detenía en el número cuatro.

Entró en otro ascensor. Los dedos le temblaban cuando pulsó el botón de la cuarta planta y aún no había conseguido controlarlos cuando salió y se encontró con la frustración de verse ante dos pasillos, ante dos direcciones. Se internó en el primero y maldijo al avistar a un par de sanitarias empujando un carro de limpieza. Tuvo que contenerse y no correr hacia el segundo pasillo, consciente de que sólo tendría una oportunidad y de que no podía malgastarla con su impaciencia.

Una mezcla de alivio y de temor lo invadió al ver, casi al fondo, a los escoltas conversando frente a la puerta de una de las habitaciones. Y sin detenerse a pensar en lo que haría al tenerlos delante, avanzó con paso rápido y seguro. Los tres hombres se volvieron a un tiempo, pero fue tropezarse con la mirada de quien lo molió a golpes lo que hizo que una corriente gélida le recorriera la columna vertebral. Siguió andando, hasta que los tres agentes le cerraron el paso y la mano abierta de Adam le impactó en el pecho, deteniéndolo en seco.

—¿Adónde crees que vas? —preguntó, con ruda prepotencia.

—Voy a entrar ahí —le respondió desafiante—. Así que hazte a un lado.

El escolta lo empujó con violencia. A punto de perder el equilibrio, Ian tropezó con las dos sillas que había junto a la pared y éstas se desplazaron, chirriando escandalosamente al arrastrarse sus patas metálicas contra el suelo.

—¡Lárgate! —le advirtió Adam—. Lárgate ahora, a no ser que prefieras que yo mismo te eche.

Iba a responderle cuando la puerta se abrió y salió el senador, cerrando con cuidado tras él.

—¿Qué es lo que pa...? —La pregunta quedó suspendida en el aire, repentinamente espeso e irrespirable. En el instante en que vio a Ian, se lanzó hacia él, furioso, tratando de empujarlo lejos de la habitación en la que descansaba su esposa.

Adam lo ayudó. Cruzó con habilidad el pie tras él y se valió de su inestabilidad para arrastrarlo unos metros y lanzarlo contra la pared, facilitando que su jefe le colocara el brazo en el cuello y le apretara la tráquea.

—No sé aún cómo definirte —dijo Stephen entre dientes—. Si como a un loco inconsciente, un prepotente necio o directamente un hijo de puta que se ha propuesto joderme. Pero seas lo que seas, te aseguro que te has metido con el hombre equivocado.

—Sólo quiero verla —dijo con voz ahogada—. Y ya no volveré a molestarla.

—Quieres verla —repitió con calma el senador—. A mi mujer. Quieres que yo te permita ver a mi mujer y me prometes que después la dejarás tranquila. Es eso, ¿no? —Ian asintió con un gesto y Stephen estalló, oprimiéndole con más saña el cuello—. ¡Maldito cabrón desgraciado! Te quiero lejos de mi esposa y, si no eres capaz de cumplir eso, me obligarás a hacer algo más drástico que darte un simple aviso.

—Juro que desapareceré después de verla.

—¡Claro que desaparecerás! De un modo u otro, desaparecerás de su vida para siempre. Y, por deferencia a nuestros breves pero buenos tiempos, te voy a dar una última oportunidad de elegir cómo quieres hacerlo. El rancho de Laredo es una buena opción, siempre y cuando te quedes allí y no te muevas ni hagas ruido. Te aseguro que cualquiera de las otras alternativas en las que estoy pensando te gustará infinitamente menos que ésta.

—Antes quiero verla —insistió con terquedad.

Stephen le encajó un golpe seco en la boca del estómago y apretó con fuerza contra la tráquea cuando trató de doblarse de dolor.

—No has entendido nada, ¿verdad? —bramó, pegado a su rostro—. No te he dado la opción de verla, sino la oportunidad de que desaparezcas del modo menos doloroso para ti.

—Lo haré. Doy mi palabra de que me iré, pero sólo después de que le haya dicho que estoy aquí y que quiero verla.

—A ver si lo he entendido —dijo con mofa—. ¿Yo le digo a mi esposa que estás aquí y tú recoges tus cosas y corres a esconderte al otro extremo del país sin haberla visto?

—Sí, si ella se niega a recibirme.

—Como esto parece una puta negociación, yo también voy a ampliar mis exigencias —dijo Stephen—. Te vas, pero además dejas de escribir. Ni novelas ni periodismo ni artículos... Nada. Nada que ella pueda ver y que le recuerde al maldito hijo de puta que eres.

—De acuerdo —respondió sin dudarle.

—¡¿Y ya está?! —preguntó sarcástico—. ¿Esto es todo lo que piensas pelear? No entiendo qué le pudo deslumbrar a mi pequeña de un cobarde como tú —dijo con desprecio.

El desconcierto paralizó a Ian durante un instante. De haber estado en otra situación, en unas circunstancias diferentes a aquella que le encogía el alma de miedo, y de no haber creído que para ella no era nadie, las palabras del senador, que oía sin escuchar, le hubieran creado la ilusión de que, al menos, no todo lo que pasó entre ellos fue mentira.

—He aceptado lo que me ha pedido, senador. Cumpla ahora con su parte.

—Preocúpate tú de cumplir con la tuya, porque te juro que a partir de hoy se acabaron los avisos. O desapareces tú o te hago desaparecer yo mismo.

Después se dirigió hacia el cuarto de Elizabeth, preguntándose qué clase de demente era aquel hombre que le había traicionado. Se había dejado humillar y había aceptado todas las condiciones que le había impuesto a cambio tan sólo de verla y, por más vueltas que le daba, no entendía por qué.

—No ha sido nada, pequeña —dijo para tranquilizarla, cuando entró en la habitación—. Una falsa alarma. Ya conoces a Adam. Se pone nervioso en cuanto cree ver a un periodista.

—Sé que está ahí —dijo ella, reviviendo la angustia que sintió la mañana en que él le reprochó bajo la lluvia—. Lo he oído.

Además de un extraño desasosiego en su voz, Stephen creyó apreciar alivio en sus ojos porque el escritor hubiera ido a verla y esa inexplicable mezcla de sentimientos lo confundió.

—Cariño... —dijo en tono de disculpa, comenzando a explicarle por qué había tratado de engañarla.

—Quiero verlo —le interrumpió ella, impaciente.

Stephen resopló, superado por una situación que no había sabido controlar.

—No lo entiendo, pequeña.

—Ayúdame a mejorar un poquito mi aspecto —dijo nerviosa, sin reparar siquiera en su protesta—. También a recoger estas revistas. —Comenzó a amontonar las que tenía al lado, sobre la cama—. Quiero tener buena apariencia cuando me vea.

El senador guardó silencio aun cuando su corazón se retorció de dolor y de preocupación.

Recogió pensativo las revistas, colocándolas en la balda inferior de la mesilla. Todo lo demás estaba en orden. Le enfermaba la decisión de su esposa de recibir a aquel tipo, pero prefirió no opinar en ese momento. Sacó del cuarto de baño un paquete de kleenex y un cepillo para el cabello y se los entregó, también en silencio. Quieto frente a la cama, observó cómo el cansancio de sus ojos se había transformado en un brillo ilusionado, mientras a él la preocupación le roía por dentro.

Tras cepillarse el pelo, Elizabeth volvió a recogerse con una estrecha cinta blanca; la misma con que lo llevaba atado desde que ingresó en el hospital. Stephen le sonrió con cariño mientras tiraba de un extremo para deshacerle la lazada.

—Déjate el pelo suelto. —Ella le sonrió. Él se enrolló la cinta en los dedos y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta—. Estás mucho más bonita.

CAPÍTULO 39

Lo que eres en mí

Ian se había quedado sin aire cuando oyó que Adam le permitía pasar y seguía sin recuperarlo mientras avanzaba por la habitación, despacio, con los incrédulos y enamorados ojos puestos en ella; en la mujer inalcanzable a la que había creído que no volvería a ver.

—¿Por qué? —murmuró lo que debió haber sido tan sólo un pensamiento, un dolor más difícil de aceptar que todos cuantos hasta entonces había padecido.

—¿Y por qué no? Esto puede pasarnos a cualquiera —respondió ella con una tierna media sonrisa, mirando la refrenada impaciencia con que se aproximaba—. Acércate —lo animó, al tiempo que le señalaba la silla junto a la cabecera.

Cuando al fin se detuvo a su lado, apoyó la temblorosa mano en el colchón y se sentó con lentitud, ocupando tan sólo el borde de la silla, para que la distancia con ella fuera más estrecha, más íntima, y así no perderse ni uno solo de sus gestos.

—Hasta en un lugar como éste estás preciosa —musitó, recorriéndole el rostro con ojos anhelantes.

Elizabeth suspiró enternecida. Bajó la mano para acariciar la de él, pero titubeó en el último instante. Cuando, aún indecisa, la dejó quieta sobre la sábana arrugada, lo rozó torpemente con el extremo de los dedos.

—Me alegra que hayas venido.

Ian se estremeció al notar el leve contacto. Se humedeció los labios, repentinamente tan secos como la boca.

—Creí que no conseguiría verte —murmuró, y miró con fugacidad a su izquierda, a Stephen, que al fondo del cuarto apoyaba el hombro en el marco de la ventana, fingiendo atender a lo que ocurría en el exterior. Ése era el mayor grado de intimidad que les iba a conceder y, probablemente, durante muy pocos minutos.

Elizabeth vio su rápido gesto y entendió su temor. Le sonrió, tierna y tranquilizadora, mientras al fin se decidía a tomarle la mano y apretársela con suavidad.

Él se quedó de nuevo sin aire. Contempló sus manos juntas a la vez que respiraba despacio y hondo. Sólo era un roce, un gesto amable, y aun así era mucho más de lo que esa mañana, y tal vez nunca, había esperado recibir. Volvió a inspirar y se atrevió a apretarle los dedos, como ella lo hacía.

—Tal vez te sorprenda verme aquí después de todo lo que ha pasado —señaló, sonriendo nervioso—. Pero he cometido muchos errores y... me gustaría enmendarlos de alguna manera. Aunque no sé bien cómo hacerlo. Ni siquiera se me ocurre qué decir —murmuró, sin levantar la cabeza—. Siempre pensé que la vida,

como el amor, eran algo que había que beberse deprisa, sin detenerse ni para tomar aliento. Ahora sé que los excesos hacen que no diferencies las cosas realmente importantes de las que no lo son. Yo no supe valorar ninguna y lo he descubierto cuando ya es demasiado tarde. —Guardó un tembloroso silencio mientras le rozaba con suavidad la mano con los dedos—. Me habría gustado que conocieras al hombre en el que me has convertido. Pero ya nada de eso importa. Ya da igual lo que fui en ti...

—... «pues he entendido que lo único importante ha sido siempre lo que tú eres en mí» —susurró ella, haciendo suya la hermosa frase que él le escribió como despedida.

Ian se quedó inmóvil, respirando lenta y pesadamente, seguro ya de que Elizabeth conocía la profundidad de sus sentimientos. Alzó con lentitud los ojos hasta encontrarse con los suyos, hermosos y celestes, que parecían haberlo estado aguardando, tal vez para perdonarle las torpezas que ese amor desesperado le hizo cometer.

Y en ese instante supo que estaba ante la última oportunidad que tendría para descubrirle sin reservas su alma.

—Al principio intenté negármelo —reconoció, conteniendo con dificultad las lágrimas—. Pero lo que crecía dentro de mí era ya imparable; fue imparable desde el primer momento. —Calló, deseando que la emoción que creía ver en ella fuera tan real y asfixiante como la que a él lo consumía—. ¡Te amo! ¡Te amo con una fuerza arrolladora que soy incapaz de controlar!

Fue un susurro tenue y desgarrado que llenó la habitación para dejarla después en completo silencio. Fue un instante breve pero eterno en el que, de haberse hundido el mundo a su alrededor, ellos no lo hubieran advertido, porque no habrían dejado de mirarse.

Tampoco Stephen, sumido en su propia realidad, hubiera reparado en la mayor de las hecatombes. Había escuchado tenso cada una de las palabras de Ian y, cuando pudo reponerse de la demoledora declaración, tragó saliva, se aflojó el nudo de la corbata y se volvió hacia ellos. Se detuvo a los pies de la cama y aguardó a que su esposa apartara la vista del escritor y reparara en él.

—Ha llegado el momento, ¿verdad? —le dijo mirándola a los ojos con pena. Y en su tranquilo brillo descubrió una meditada y serena intención—. Esperaré ahí fuera, por si me necesitas.

Ian siguió mirándola, confundido, y, cuando el sonido de la puerta le indicó que estaban solos, bajó la cabeza. Se sentía estúpido. Tanto tiempo ocultándole sus sentimientos para terminar confesándoselos en un hospital y en presencia de su marido.

—Yo no debería estar aquí —dijo, rozándole la mano por última vez—. Menos aún confesándote estas cosas. Lo último que quiero es crearte problemas. Sólo deseo que te pongas bien y... —Tragó mientras comenzaba a levantarse—. Olvida todo

esto. Olvídalo, por favor...

—¿Por qué me hiciste creer que yo era para ti una más de las muchas mujeres que habían pasado por tu vida? —preguntó, buscándole inútilmente la mirada.

Él detuvo su marcha.

—Por cobardía —respondió con la misma desarmada sinceridad—. Tenía miedo de reconocer que se puede amar como lo hacen en las grandes historias de amor y que yo te amaba de esa desesperada manera. Tenía miedo a quedarme solo, miedo a alejarme de mi camino y a no encontrar después ningún otro, miedo a sufrir. Miedo a aceptar que me había enamorado de alguien a quien jamás podría tener y a quien me pasaría toda mi maldita vida echando de menos.

Un amor tan brutal, fuerte y temeroso como el que ella sentía por él, pensó Elizabeth llevándose una mano al pecho para sujetarse el agitado corazón y confesar:

—Sé lo que es el miedo a los propios sentimientos. —Él levantó con desconcierto los ojos para leer en los de ella, donde las lágrimas estaban a punto de desbordarse—. Yo no me los negaba, pero trataba de adormecerlos, también por miedo. —Una lágrima brilló entre sus pestañas y se la enjugó lentamente con los dedos—. Primero, por miedo a enamorarme. Después, por miedo a la vida con la que me había comprometido y que me alejaba de lo que en verdad amaba. Y miedo, sobre todo, a... —Ian, cada vez más confuso, la notó temblar y le presionó la mano con cariño—. Miedo a no superar mi enfermedad... —logró decir con voz rota—, como está sucediendo, y a provocar dolor a quienes me quieren.

Su sufrimiento atravesó el corazón de Ian, que no lo pensó. Como si lo hubiera hecho siempre, como si la hubiera protegido entre sus brazos durante toda la vida, se levantó, se inclinó sobre ella y la estrechó contra sí. Y, de haber sabido cómo embeber el dolor con su cuerpo, se habría llevado consigo hasta la última pena que hubiera podido ensombrecerle la sonrisa.

Le costó apartarse. Hubiera dado media vida por poder quedarse un rato más; un rato largo que no se acabara nunca. Pero eso no era posible y se retiró con lentitud, rozando con su mejilla la de ella, aún húmeda, pasando los labios cerca de los suyos y deteniéndose al percibir el calor de su aliento, desgarrándose al alejarse para mirarla a los ojos.

—Si hubiera sabido por lo que estabas pasando, habría actuado de otro modo —dijo apenado—. No habría hecho nada que pudiera hacerte sufrir.

Durante unos segundos, ella lo miró sintiéndose aún arropada por la calidez de su largo e inesperado abrazo y conteniendo la dolorosa necesidad de ser ella la que volviera a estrecharlo contra sí.

—Si yo hubiera sabido que ocultarte la verdad te iba a provocar más dolor del que pretendía evitarte, nunca lo habría hecho... —Calló, rompiéndose ante la expresión de dulce desconcierto con la que él la contemplaba—. ¡Perdóname! —rogó con un sollozo.

Ian volvió a verla desnuda bajo la lluvia, junto al lago, rogándole perdón, y

presintió que trataba de decirle lo que entonces él no quiso escuchar.

—No, por favor —pidió conmovido—. No te culpes. Ni siquiera sabías que yo te amaba.

—Tú hablas de cobardía, pero yo he sido la más cobarde de los dos —aseguró, acariciándolo con una mirada triste—. Perdóname. En el momento en que comprendí que me amabas, debí dejar mis miedos y confesarte que también yo te quería. Debí afrontar los errores que había cometido; debí contarte que me costaba vivir sin ti.

Ian se quedó inmóvil, contemplando sus ojos cuajados de lágrimas, sintiendo sus delicadas caricias en el rostro, escuchando, sin dar crédito, sus increíbles y hermosas palabras de amor.

—Te amo —declaró ella al fin, bajando los párpados y posando la frente en la suya—. Te amo tanto que te lo oculté para darte la libertad de que fueras feliz con otras antes que desgraciado conmigo.

Una solitaria lágrima se deslizó por la mejilla de Ian. Una lágrima que Elizabeth no vio, porque siguió con los ojos cerrados, arrimada a su frente y acariciándolo mientras le abría su corazón.

—¡Te amo, te amo, te amo! —repitió, al notar la humedad salada entre las yemas de los dedos—. Te amo, y ya sea corta o larga mi vida, quiero pasarla contigo. Quiero amarte y que me ames —siguió diciendo sin saber que, con cada palabra que pronunciaba, a él se le aceleraban un poco más los latidos—. Quiero pagarte con felicidad todo lo que te he hecho padecer.

Ian reaccionó de golpe. Le sujetó la cara entre las manos y le estampó un impetuoso beso en la boca. Un beso húmedo de emoción y de lágrimas, desesperado, liberador. Su dolor de meses, su amargura, su infierno. Todo su calvario desapareció durante esos segundos eternos en los que la besó hasta ahogarse. Y respiró agitado junto a aquella boca antes de retroceder, tan sólo el leve espacio que necesitó para verle los ojos.

La contempló en silencio, confundido y lleno de preguntas como nunca había estado. De no haberse sentido tan rabiosamente vivo, hubiera creído que el dolor soportado durante meses habría acabado matándolo, y que esa eufórica felicidad que lo embargaba era tan sólo la eternidad.

—Dime que esto es verdad —suplicó con voz ronca—. Dime que no voy a despertarme, como otras veces, y a encontrarme de nuevo en mi solitario infierno.

—Te amo. Y nada ni nadie, ¡nadie! —recalcó—, va a ser un obstáculo para que comparta mi vida contigo.

—No logro entenderte —musitó desconcertado.

—Cuando enfermé, hacía ya tiempo que el amor se había acabado en mi matrimonio y ya sólo quedaba un enorme cariño —comenzó a explicarle, a la vez que lo acariciaba con los ojos—. Habíamos hablado de separación y yo hacía planes para comenzar una nueva vida, aquí o tal vez en mi país. Pero ante esta dura prueba que se me presentaba, me asusté. No quise enfrentarla sola y me refugié de nuevo en él, que

siempre había sido mi apoyo, mi compañero, mi protección. Stephen sí me seguía amando —reveló por primera vez en voz alta—, y por miedo y por egoísmo dejé que siguiera cuidándose de esa forma, a veces excesiva, en la que siempre lo había hecho.

Ian recordó los golpes, las amenazas, la rudeza del senador a la hora de defenderla. Y recordó también la dulzura con la que en ocasiones la había encontrado mirándolo, sus a veces atropelladas palabras, sus misteriosos silencios. Pero siguió callado, sujetándole las manos entre las suyas mientras ella tomaba aire para seguir hablando.

—Él me ama y yo lo quiero —reconoció con una débil sonrisa—. No parece una buena combinación, pero lo fue porque hubo sinceridad y los dos sabíamos por qué seguíamos juntos. Yo necesitaba su cobijo y él me quería a su lado; me quería y me necesitaba —aclaró—. Así que me quedé junto a él y representé el papel de la perfecta esposa del senador candidato a la presidencia. —Ian sonrió, comprendiéndola y amándola con los ojos—. Ayudarlo en su carrera política era muy poco frente a los desvelos con que él me cuidaba y padecía conmigo mi enfermedad.

Se detuvo y, con amorosa ternura, como si lo descubriera por primera vez, le recorrió con los dedos las cejas, las sienes, la aspereza del mentón sin afeitado, los labios. Y, desde el apoyo del gastado almohadón blanco, le susurró:

—Y ahí apareciste tú, junto al lago, y yo... —Rió y sollozó a un tiempo—. Yo caí rendida, pero entonces llegaron mis miedos. El resto de la historia ya la conoces; la has sufrido —dijo apenada—. No sabes cuánto siento que...

Ian siseó con dulzura posando los dedos en sus labios, sorprendido por cada revelación con las que ella lo había ido devolviendo a la vida. A una vida y a una felicidad agridulce que le apretaba la tráquea y le abrasaba los ojos. Pero la dicha, amarga o no, era demasiado grande como para que se permitiera llorar.

—No lo digas. No lo digas nunca más. No hay nada que debas lamentar. Lo único que importa de todo esto es que eres mía, que siempre lo fuiste, y que mientras me mataban estúpidos celos y me torturaba por lo que creía que era tu indiferencia, tú me estabas amando.

—Desde el primer momento en que te vi.

—Yo no sé cuándo me enamoré —reconoció, aproximándose hasta rozarle la nariz con la suya—. Podría decirte que durante nuestra primera noche en esta ciudad. Pero mi corazón asegura que fue antes; mucho antes de que yo me diera cuenta.

—Te amo, Ian —susurró.

Él tomó una bocanada de aire a la vez que cerraba los ojos.

—Dímelo otra vez —rogó con voz ronca.

Elizabeth soltó una suave risa, le pasó los brazos por el cuello y tiró de él hacia ella para susurrarle, cuantas veces quisiera oírlo, que desde que lo descubrió observándola desde el porche lo amaba sin remedio.

Y lo hizo hasta que Ian posó su feliz sonrisa en su boca, dispuesto a gastarla a

besos, a jurarle una y mil veces que la amaba con desesperación, a asegurarle que no la dejaría marchar nunca ni a ninguna parte si no lo llevaba con ella.

—Prométeme una cosa —rogó de pronto Elizabeth, mirándolo a los ojos—. Esto va a ser muy duro, van a venir días difíciles y, si el amor se acaba...

—Mi vida... —trató de interrumpirla.

—Déjame decirlo, por favor. Necesito hacerlo —le pidió inmóvil—. Quiero que me prometas que si el amor se acaba o necesitas alejarte, no cometerás el error de quedarte a mi lado porque me veas enferma. Eso nos destrozaría a los dos.

—Te lo prometo, si es lo que quieres oír, pero sé que nada conseguirá alejarme jamás de tu lado. Es aquí donde quiero estar, contigo. No hay vida para mí ahí fuera —aseguró, recordando el vacío en el que había sobrevivido sin ella—. No la hay lejos de ti y de tus brazos. Nunca la habrá.

CAPÍTULO 40

La tristeza que escondía su misterio

El despacho del doctor Carlson era amplio, luminoso y con un gran ventanal que daba al jardín de la gran avenida de Broadway. Sin embargo, mientras lo escuchaba hablar de la enfermedad de Elizabeth, a Ian el espacio se le fue encogiendo hasta resultarle opresivo. Sentado a su izquierda, Stephen oía las explicaciones que se sabía de memoria mientras lo observaba a él y analizaba con detenimiento cada una de sus reacciones.

—Le descubrimos la enfermedad el otoño pasado —explicó el médico mirando a Ian—. Unos pequeños tumores en el hígado que resultaron ser cancerosos. La sometimos a quimioterapia local y nos deshicimos de ellos.

La carpeta con el historial médico descansaba sobre la mesa por puro formalismo y la mirada de Ian apenas se despegaba del nombre de Elizabeth escrito en la cabecera, mientras volvía a verla junto al lago, con su enorme jersey gris. Ése era el misterio que escondía; ésa era la tristeza que se empeñó en ver a pesar de que ella no la mostró nunca.

—Unos meses después, en mayo, durante unas exhaustivas revisiones que llevamos a cabo para asegurarnos de que todo continuaba bajo control, descubrimos nuevos tumores. No lo consideramos un cáncer recurrente, sino más bien que el hígado aún contenía la enfermedad subyacente que condujo al primer cáncer. Esta vez se los extirpamos y la sometimos a quimioterapia para eliminar cualquier célula restante.

Los recuerdos de Ian lo llevaron esa vez a los días que pasaron juntos en esa ciudad; a la forma en que ella recibió la lluvia, como si fuera un maravilloso regalo que, pensaba ahora, tal vez temió no poder disfrutar durante mucho tiempo. Y por fin entendió el motivo de su repentina desaparición tras una de sus extrañas ausencias de cada mañana.

—¿Y qué ha ocurrido esta vez? —preguntó angustiado.

Stephen tomó entonces la palabra y fue cuando Ian recordó que estaba allí, al lado, observándolo tenso.

—Nos encontrábamos de vacaciones cuando se sintió mal y comenzó con una fase de fiebre y vómitos. Me asusté y no quise perder el tiempo con ningún otro médico. La trasladé aquí con urgencia y comprobaron que sólo era una fuerte indigestión, pero también descubrieron otra cosa que no habíamos dejado de temer: nuevos tumores en su hígado.

Ian carraspeó para aliviar el nudo de dolor en su garganta. Estaba experimentando una forma de sufrimiento que su afortunada existencia le había evitado hasta

entonces: el que provocaba la angustiada incertidumbre por la vida de alguien a quien amaba.

—Tiene dos tumores demasiado grandes para extirparlos —pasó a explicar el médico—. Queremos reducirlos con quimioembolización y, cuando alcancen el tamaño óptimo, operarla.

—¿Por qué no la someten a un trasplante? —argumentó, consciente de que hablaba de cosas que desconocía.

—Un trasplante es siempre la última opción, señor O'Connell. Es lo más agresivo que se le puede hacer a un cuerpo. Siempre existe la posibilidad de un rechazo y, cuando eso ocurre, sí que nos pone en una situación desesperada. Lo que debemos hacer es reducir esos tumores para extirparlos. Ya ha pasado por la primera sesión y con medicamentos hemos conseguido que los efectos secundarios, que suelen durar unos dos días, se atenúen hasta la insignificancia. Le aseguro que todo va a ir perfectamente.

La confianza del médico alentó su esperanza, pero a pesar de ello, sus preguntas se eternizaron y las pacientes y específicas respuestas también.

Ian salió del despacho con el alma rota, pensando en el sufrimiento de Elizabeth y en el peligro, real y dramático esta vez, de perderla para siempre, y caminó por el pasillo junto al senador, pensativo y en silencio.

Como si lo hubieran convenido, dejaron los ascensores a su derecha y se dirigieron a la escalera, iluminada por estrechas y alargadas ventanas que daban a un patio cerrado. En el rellano, justo a mitad de camino, Stephen se detuvo, cortándole el paso.

—Quiero advertirte una cosa —dijo con impertinencia—. Si he intervenido antes ha sido porque ella te ama y, cuando he visto que tú podrías amarla de la misma manera, he pensado que merece una oportunidad, aunque no termines de gustarme.

—Tengo la misma elevada opinión de ti que tú tienes de mí —ironizó él, reiniciando el descenso.

—Aún no has oído mi advertencia. —Ian se detuvo y se volvió para mirarlo—. No sé si has pensado en lo duro que va a ser esto. Si no lo has hecho, no esperes más, porque te juro que si la haces sufrir lo más mínimo, te buscaré donde quiera que te escondas. Es fácil amar a la mujer hermosa que ahora es, pero si no estás seguro de que la seguirás queriendo cuando las cosas se pongan difíciles, lárgate cuando aún puedes hacerlo.

—Jamás —desafió con entereza—. No la dejaré ni ahora ni nunca; ni por ti ni por nadie.

—Después de tus traiciones comprenderás que no pueda fiarme.

—Traicioné tu confianza al enamorarme de la que creía que era tu mujer, es cierto, y volvería a hacerlo cuantas veces fueran necesarias. Entre mi dignidad y ella, la elegiré siempre a ella. En el resto no hubo traición y lo sabes. Fueron tus errores los que te precipitaron al fracaso.

—Hazla sufrir y sabrás lo que soy capaz de hacer.

—No necesito que me lo demuestres. Tengo una ligera idea de lo que puedes hacer —dijo, acariciándose los todavía torpes dedos de la mano derecha.

Y, cargado de desesperado dolor por lo que la vida le estaba haciendo a la mujer que amaba, y de rabia por las palabras tensas que acababa de cruzar con Stephen, descendió los últimos peldaños.

La impotencia lo desbordaba cuando se adentraron en el pasillo. Parados junto a la puerta de la habitación aguardaban los guardaespaldas y, mientras se acercaba, fue fijándose en el gesto burlón con el que Adam parecía recordarle el encuentro en el que se divirtió con él a la orilla del río Hudson. La sangre volvió a hervirle. Y en ese momento sintió la misma loca necesidad de estallar que lo llevó a provocarlo para que no dejara de golpearlo aquella dolorosa mañana.

—Creo que te debo algo —dijo, al tiempo que su puño izquierdo se estrellaba con violencia en plena nariz del guardaespaldas, que comenzó a sangrar al instante.

Con un dolor que le cortaba el aliento y los ojos vidriosos por involuntarias lágrimas, Adam alzó el brazo para devolver el golpe. Pero escuchar su nombre en boca del senador lo detuvo.

Explotar ante la certeza de que la presencia del político evitaría la violenta respuesta del escolta no le sirvió de desahogo. Nada le hubiera servido de alivio esa vez. Pues ahora no era su propio sufrimiento el que lo atormentaba, sino el de ella. Y para eso nunca existiría consuelo.

Entró en el cuarto y, al encontrarla esperándolo con una amorosa sonrisa, ya sólo pudo pensar que al fin podía abrazarla, besarla, decirle que la amaba con toda el alma y demostrárselo cada vez que quisiera. Sabía que el futuro que se disponían a compartir era incierto y que no estaría libre de dolor, pero haber llegado a su corazón lo compensaba por todo el que hasta entonces ya había padecido y por todo el que, por ella, aún sería capaz de soportar.

Fuera, el senador advertía a sus guardaespaldas, en especial al furioso y desencajado Adam, que nadie tocaría al escritor si él no lo ordenaba. Después miró con preocupación la puerta cerrada y aguardó unos segundos para asimilar el sentimiento de vacío que le provocaba dejarla a solas con él.

CAPÍTULO 41

Crystal Lake

La mañana en que Elizabeth abandonó el hospital, Stephen encontró un momento para hablar con Ian a solas y recomendarle que la cuidara como a su propia vida, pues sería esa vida lo que acabaría perdiendo si a ella le ocurría algo. Le costó aceptar que su pequeña no volvería a su hogar en Washington, y no lo hizo hasta que tuvo delante las maletas con las cosas que ella había pedido que le prepararan. Ése era el final que llevaba años aplazando; el final que había sido su temida pesadilla. Y de nada le sirvieron los ruegos que le hizo para que fuera poco a poco en esa relación. Al parecer, el escritor ya la había convencido con una sola frase.

—Lo ha dejado todo por mí, Stephen —le había contado emocionada—. Para estar conmigo todos los segundos y las horas del día ha dejado el trabajo en la universidad, en el periódico. Lo ha dejado todo para irnos juntos al maravilloso Crystal Lake.

—¿Por qué tanta prisa? —le había preguntado.

—Porque la vida es corta y yo lo sé mejor que nadie —dijo, sin asomo de tristeza—. Y porque me ha convencido con una frase muy hermosa cuando yo he sugerido que estábamos corriendo demasiado: «No estoy dispuesto a desperdiciar ni un minuto más, pues, aunque viviéramos millones de años, no me bastarían para demostrarte el amor desesperado y loco que siento y sentiré eternamente por ti».

Él la había mirado a los ojos, en silencio, herido de celos.

—Mi hogar siempre será el tuyo. Siempre —insistió con cariño—. Si sientes la necesidad de regresar, hazlo, por favor.

—Estoy segura de que, pase lo que pase, quiero estar con él —le había respondido Elizabeth con convicción.

Y sólo le había quedado abrazarla con fuerza y apretar los párpados para llorar después, cuando ella ya se hubiera ido de su vida, probablemente para no volver nunca.

Los cuarenta y cinco minutos de carretera hasta Crystal Lake nunca le habían parecido tan cortos como esa tarde, mientras llevaba sentada a su lado a Elizabeth; su amada y hermosa Elizabeth. La emoción de saber que llegarían juntos a ese lugar salvaje en el que desde niño le gustó perderse y que juntos pasarían allí las noches y los días, le mantenía el pecho permanentemente henchido y a punto de estallar.

Aprovechaba las inacabables rectas de la Interestatal para entrecruzar amorosas miradas con ella y rozarla con los dedos para convencerse de que era real; que toda

esa felicidad era muy real. Ella, por su parte, no prestaba atención a nada que no fuera él. Cuando hablaba, cuando reía, cuando escuchaba, sus ojos estaba clavados en su relajado perfil, esperando que se volviera para poder mirarse en sus profundos ojos negros.

—Sigo sin entenderlo —insistió Ian cuando atravesaban las extensas zonas arboladas del condado de Essex.

Elizabeth rió, haciendo un exagerado y divertido gesto de desesperación.

—No lo entiendes porque no los conoces; porque no los has visto a todos juntos —volvió a decirle.

Acababa de explicarle que, después de que le detectaran la enfermedad, había viajado para estar con su familia mientras Stephen estuvo inmerso en las primarias. Y le había contado lo que le había ocurrido un domingo, igual a cualquier otro, en el que sus dos hermanas, su hermano y sus sobrinos se reunieron en casa de sus padres. Comprobó lo que ya sabía pero nunca se había parado a pensar, y era que la única pena que ellos tenían era que ella viviera lejos y el único alivio para esa pena era saber que estaba bien. Y entonces, viéndolos reír felices, decidió que no les destrozaría ese consuelo.

—Se lo contaré en mi próxima visita —exclamó, mirando hacia la larga Interestatal—. Cuando haya vencido a mi enfermedad.

Ian suspiró, seguro de que cada vez que mostraba esa arrasadora seguridad en su curación, lo hacía para ocultarle su miedo y evitarle también a él un poco de sufrimiento.

—Tú y yo tenemos que hablar de lo que significa compartir —la reprendió con una cariñosa sonrisa—. Compartir de verdad, tanto lo bueno como lo malo.

Elizabeth sonrió. Apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos, dejándose acariciar por la tibieza del sol a través del cristal. Y comenzó a explicar lo hermosa que era su casa en Lekeitio, rodeada de prados verdes, con el mar azul al fondo y, a medio camino, playas de arena tostada o acantilados de roca...

... y, frente a la entrada, un viejo y enorme roble con un columpio de cuerdas que su padre colgó, cuando ella era una niña de unos pocos palmos, de la rama más gruesa y robusta de todas.

En la luminosa habitación con grandes ventanas al lago, Elizabeth dormía refugiada bajo un esponjoso edredón blanco. Soñaba que era un árbol, verde y hermoso, al que acariciaba con mimo la brisa. Se sentía feliz, relajada, envuelta en los suaves olores que llevaba el aire. Un aire que, poco a poco, fue transformándose en incómoda y recia ventisca. Las hojas, a medida que perdían color y se tornaban doradas y cobrizas, se aferraban con fuerza a las ramas para no ser arrastradas, para no morir. Pero, una a una, fueron desprendiéndose y alzándose indefensas antes de caer definitivamente a tierra. No tardó en quedarse desnuda, convertida en madera seca

que el viento cuarteaba con ferocidad. No podía llorar ni gritar pidiendo ayuda. Se ahogaba, se extinguía...

De pronto, sintió que la fiereza del aire amainaba. El vendaval se convirtió de nuevo en brisa que acarició sus ramas heridas, haciéndolas reverdecer con hojas más hermosa que las que había perdido. A medida que fue despertando, el roce que la aliviaba fue convirtiéndose en una sensación cálida, húmeda, real.

Y sonrió feliz al notar que, ya despierta, sus ramas seguían estando allí, apoyadas sobre la almohada. Abrió despacio los ojos, que se llenaron con la dulce imagen de Ian recorriéndole con los labios los brazos, llenándoselos de besos, de ternura, de las caricias que la habían rescatado de la pesadilla convirtiéndola en un maravilloso sueño.

Los débiles rayos de un tímido sol de invierno se colaron por la ventana hasta entremezclarse con el cabello dorado de Elizabeth. Y él, mientras pensaba que no había visto jamás nada más hermoso, lió entre los dedos esos mechones de oro y quedó una vez más enredado en su magia. Se apoyó en su antebrazo y besó con ternura sus delicados labios sonrientes. Ella lo sujetó del pelo y tiró, obligándolo a quedarse.

Desde que abandonó el hospital, él había evitado hacerle el amor. Tenía miedo de romperla con su pasión incontenible y contenida durante tanto tiempo. Solía conformarse con besarla hasta que se les deshacían los labios o ella comenzaba a respirar agitada. Entonces, cuando sentía que la fogosidad amenazaba con imponerse, se inventaba una disculpa para alejarse y no regresaba hasta que su cuerpo abandonaba su estado de excitación y su mente recuperaba la cordura.

Esa mañana, buscó con el mismo miedo de siempre la estrecha cintura. Ansiaba acariciarla con delicadeza antes de abandonar el lecho con el pretexto de cortar un poco de leña. Bajo los aleros, había apilado suficientes troncos como para mantener el fuego encendido durante varias semanas ininterrumpidas.

Elizabeth entrelazó las piernas con las suyas, deslizó las manos por su recia y firme espalda y se escurrió hasta colocarse bajo su cuerpo. Él contuvo la respiración, inflamado como un adolescente atolondrado. La miró, encendido de deseo y, una vez más, su preocupación por no lastimarla pesó más que toda la carnalidad y el placer del mundo. Se humedeció los labios, que ansiaban quedarse y besarla hasta derretirse, se apartó hacia un costado y le acarició el rostro con los dedos mientras se lo recorría con la mirada.

—Ahora sé lo que sienten los personajes de mis novelas en esas apasionadas escenas que escribo —susurró roncamente—. Ahora lo sé de verdad y es más intenso y embriagador de lo que nunca llegué a inventar. Me gusta esta loca sensación de tenerte y saber que eres y que siempre serás la única.

—¿La única? —preguntó con una provocadora sonrisa y volviendo a apresarle con las piernas.

—La única. Incluso durante el tiempo en que estuve casado eras ya la única. Pues

cada vez que estaba con ella te estaba amando a ti. Todas y cada una de las veces.

—Te vi besando a Kate —insistió, con el mismo delicioso gesto mientras le exploraba con los dedos los músculos del abdomen.

—Eso explica tu frialdad de aquella mañana —comentó riendo—. Pero fue Kate quien me besó, mientras yo no dejaba de pensar en salir cuanto antes de allí para tratar de verte.

Elizabeth apoyó la cabeza en su hombro y le dio una serie de besos en el cuello, de camino hacia su boca.

Ian contuvo el aliento un instante.

—Debería salir a cortar leña antes de que comience a nevar.

—¿Estás planeando incendiar la casa, mi vida? —preguntó riendo—. Toda tu obsesión es preparar troncos para el fuego. —Él sonrió avergonzado y ella susurró junto a sus labios—: Soy yo quien necesita toda tu atención.

—Y la tienes —aseguró en voz baja—. Tienes mi tiempo, mi alma, mi vida entera.

—Todo menos tu cuerpo —bromeó, a la vez que le mordisqueaba los labios.

Ian se estremeció.

—Todo significa todo —aseguró, cayendo en la tentación de besarla de nuevo.

Y lo hizo, apoyado en su brazo derecho para no cargar el peso en ella, dispuesto a besarla hasta que la sangre caliente le golpeará las sienes amenazando con volverlo loco. Después saldría al porche, donde respiraría aire frío hasta que se le congelaran los pulmones, y regresaría con unos troncos de leña.

—Demuéstrame —murmuró seductora cuando él comenzó a apartarse de nuevo.

—Me muero por hacerte el amor —confesó temblando—. Me muero, Elizabeth. Pero no puedo...

La respuesta de ella fue cálida y directa. Lo silenció besándolo en la boca mientras, con las palmas abiertas, le recorría la espalda, deslizándolas con sensualidad hasta alcanzar los firmes y redondeados glúteos.

Ian gimió al sentir la excitante presión con que ella lo apremiaba.

Necesitaba con urgencia un poco de aire gélido, pero sólo se movió para estrecharla entre sus brazos y enterrar el rostro en el delicado refugio de su cuello.

—No puedo.

—Mírame... —le rogó con un susurro. Y él alzó la cabeza, lentamente, con el deseo latiendo bajo las temblorosas pestañas negras—. Estoy bien. Me siento bien y llevo dos días esperando con paciencia a que superes tus temores y me hagas tu mujer.

—Ya eres mi mujer —murmuró emocionado.

—Lo soy —afirmó orgullosa—. A partir de nuestra noche en Baltimore, siempre me he sentido tu mujer. Aunque no estuviera contigo, era a ti a quien amaba, a ti a quien amo y amaré siempre. —Hundió los dedos de ambas manos en su pelo suelto,

apartándose del rostro—. Pero ahora estamos aquí, juntos, y necesito sentir todo eso en tu piel y en la mía.

Y ese gesto tierno y esas dulces palabras terminaron de vencer su ya desgastada resistencia.

Recorrió con lentitud el cuerpo que tan bien conocía por haberlo gozado durante sus noches de soledad y volvió a acariciar con los dedos las redondeadas formas que durante meses había rozado sólo con el pensamiento. Los cálidos rayos de sol siguieron colándose en el cuarto, iluminando cada rincón con la dorada nostalgia del otoño, vistiendo de magia esa primera vez que se amaban sabiéndose correspondidos. Esa primera vez tras la que, estaban seguros, seguirían amándose una vida entera.

Durante las primeras semanas, nadie salvo Edgar y Stephen sabía que estaban juntos, y nadie que hubiera querido encontrarlos, exceptuando a Edgar y Stephen, lo hubiera intentado nunca en Crystal Lake. Ian había sido extremadamente cuidadoso. Seguro de no querer compartir los días difíciles que se avecinaban, había contado que necesitaba desaparecer por un tiempo, viajar, como estaba haciendo Audrey, buscar la paz que había perdido y no regresar hasta haberla encontrado. Después de los meses que llevaba siendo la sombra de sí mismo, las apariencias y su silencio llevaron a todos a pensar que necesitaba ese cambio para recuperarse de lo que creían que le tenía hundido: el divorcio y la indiferencia de su ex esposa.

Y eso les permitió, por un tiempo, vivir el amor a solas, sin más interferencias que las de unas pocas llamadas de teléfono. Una muy especial con la que Audrey lo sorprendió una tarde y que sería la primera de muchas otras que lo llenarían de la paz que le había estado faltando, y las llamadas diarias que Stephen hacía a su pequeña para que le contara cómo se encontraba.

A primeros de diciembre recibieron la visita de Edgar y Jennifer. Al fotógrafo, la calidez de aquella casa que descubría por primera vez lo sobrecogió y comprendió por qué su amigo se había refugiado allí cada año para escribir sus novelas. Aunque, después de verlos a Elizabeth y él juntos, mirándose a los ojos con adoración, sonriéndose y tocándose casi de modo continuo, no dudó que mucha de la magia que había en ese lugar la ponían ellos cada día.

Pero no pudo disfrutar todo lo que hubiera querido de ese encuentro. Ver a Ian tan absolutamente enamorado y a ella con un brillo en los ojos que no tuvo mientras fue la esposa del senador, le fue encajando dolorosos nudos en la garganta que le dificultaron respirar.

Hubo un momento, cuando Jennifer y Elizabeth hablaban sobre niños, en el que Ian se volvió hacia ella y le estampó un arrebatado beso en la boca. Después, mirándola fijamente a los ojos, le dijo:

—A nuestra primera hija le pondremos tu nombre. —Inspiró emocionado y añadió—: Y a la segunda, creo que también querré llamarla como te llamo a ti.

Verlos hablar de futuro con ese amor inmenso terminó de desarmarlo. Y cuando sintió ardor en los ojos, se levantó y salió de la casa, alegando que necesitaba fumar.

Recibió con placer el aire que le congeló las incipientes lágrimas y, parado junto a la barandilla, encendió un cigarro mientras contemplaba la quietud del lago. Expulsó la primera bocanada con los ojos cerrados, sintiendo en el rostro la fresca caricia del aguanieve que llevaba cayendo durante todo el día, y trató de no pensar en que todo eso que lo rodeaba, sencillo y grandioso a un tiempo, era la efímera felicidad de su amigo: la naturaleza, el lago, la soledad y ella. Ella, que le había cambiado la vida, y que se la cambiaría de nuevo cuando volviera a dejarlo solo.

El sonido de la puerta al abrirse y cerrarse con rapidez para que el frío no invadiera la casa, le advirtió que tenía compañía.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ian, colocándose a su izquierda.

—No quería contaminar tu hermoso hogar que huele a calor y a flores —dijo, mostrándole el cigarro.

—Y a tardes de otoño —añadió Ian con una evocadora sonrisa.

—Sí. Puede que sí —aceptó Edgar pensativo.

—¿Qué te preocupa? —volvió a preguntar Ian.

—¡Esta puta vida injusta me preocupa! —bramó con rabia—. Tú no merecías esto. Después de todo lo que has padecido, ahora que la tienes contigo no merecías que ella estuviera enferma.

—Es ella quien no lo merece —respondió, mientras hundía las manos en los bolsillos—. De todos modos, saldremos de ésta. Lo sé —dijo, siguiendo con la mirada la danza de las minúsculas partículas de nieve—. Envejeceremos juntos, tendremos hijos, nietos.

Edgar cerró los ojos y respiró con lentitud. Las palabras de Ian, su calma, y hasta su dicha, le partían el alma. Envidió la capacidad que tenía para encontrar felicidad en medio de tanto dolor.

—Y jugarán con los tuyos —añadió Ian para ahuyentar la tristeza que, sin pretenderlo, había invocado su amigo. Éste lo miró sorprendido—. Si no, ¿por qué lleva Jennifer toda la tarde hablando de niños? —preguntó riendo.

—Quiere uno —reconoció, y se echó a reír nervioso, mientras expulsaba la última bocanada y se agachaba para aplastar la colilla en un tronco de leña—. Te juro que me está volviendo loco.

—No puedo creer que te asuste la idea de ser padre.

—¿Asustar, dices? —Edgar volvió a reír, esta vez más suave y más bajo—. Me aterra. ¿Qué voy a hacer yo con una cosita de ésas? Además, seguro que quiere dormir en nuestra cama, robarme a mi chica...

—No puede ser tan terrible —le aseguró Ian—. ¿Te imaginas tener una copia pequeñita de Jennifer, con sus mismos ojos negros, su pelo oscuro...?

—... y su mismo carácter indomable —añadió con orgullo—. Sí, sería bonito. Sería bonito a ratos. Por eso voy a resistirme durante el mayor tiempo posible. No es

bueno forzar este tipo de cosas —opinó asustado—. Uno no debería convertirse en padre de la noche a la mañana.

—La vida es un regalo, Edgar —dijo con emoción—. Cada segundo que respiramos es un tesoro que la mayor parte del tiempo no sabemos apreciar. Tú y yo nos hemos bebido la vida a tragos, sin saborearla. Deberíamos comenzar a disfrutar de cada latido como si fuera el último. O, mejor aún, como si fuera el primero del resto de nuestra existencia.

Volvieron a reír y continuaron hablando mientras la nevada arreciaba. El aguanieve fue convirtiéndose en grandes y esponjosos copos que tardaban una eternidad en alcanzar el suelo, en el que comenzaron a cuajar con rapidez. Esa noche nadie saldría a la carretera. Edgar y Jennifer se quedarían hasta el día siguiente y ellos tendrían tiempo para hablar de las dos mujeres que eran toda su vida, y hasta de los niños que aterraban a Edgar y por los que Ian rezaba para que la vida le permitiera tener con Elizabeth.

CAPÍTULO 42

A las luces del abeto

Un esponjoso manto blanco convirtió los parajes de Crystal Lake en una postal de ensueño viva y cambiante. Hasta las ramas desnudas de los árboles se vistieron de algodón y de luz. Según los lugareños del vecino Parsippany, estaban viviendo el invierno más duro de los últimos treinta años. Pero eso no preocupaba a Ian ni a Elizabeth. Disfrutaban del hermoso paisaje abrazados junto a la ventana, abrigados desde el porche o hundiendo los pies en el frío y sonoro acolchado mientras paseaban de la mano. Después, regresaban y se acurrucaban junto al fuego. Ian se había ocupado de que Artie Perlman, el viejo leñador que cada año lo abastecía de leña, le dejara la suficiente como para quemarla sin cesar hasta la llegada de la primavera.

Era Navidad. La primera que pasaban juntos y, aunque ninguno de ellos lo dijo para no entristecer al otro, tenían muy presente el dolor de que también pudiera ser la última.

La alegría con la que Elizabeth vivió esas especiales fechas devolvió a Ian sensaciones que había tenido olvidadas. Porque, ya no fue sólo la apasionada forma que ella tenía de vivir las pequeñas cosas de cada día y a la que ya se había acostumbrado, como la primera vez que la vio recibir la lluvia y, fascinado, se dejó empapar, abrazado a su cuerpo. Durante esa Navidad, al ser un entregado cómplice de su contagiosa felicidad casi infantil, redescubrió lo que él mismo sintió mientras vivía con sus padres, cuando aún no había perdido la inocencia. Recordó el sabor del mazapán casero; el enorme pavo que su madre guisaba, sólo para tres, y del que pasaban dos días comiendo las sobras; la emoción de comprar, junto con su padre, el gran abeto que adornaba después con su madre; el olor a galletas con canela recién horneadas.

Después, no sabía en qué momento, todo había cambiado. Continuó disfrutando de las cosas sencillas, como el otoño, los paseos en soledad, las noches estrelladas, la vida. Pero también se volvió un hombre más sofisticado, que, en ocasiones, no tenía nada de espiritual. La Navidad acabó convertida en comidas de trabajo, fiestas nocturnas en las que corría el champán y el caviar y en las que nunca faltaba el sexo lujurioso. Unos días de descanso, algún viaje a un lugar exótico, regalos caros que ya ni siquiera se molestaba en colocar bajo el árbol. Había perdido la verdadera esencia de la Navidad y reparaba en ello cuando la recuperaba, de modo inesperado, junto al gran amor de su vida.

—¡Apaga las luces!

Él lo hizo con la emoción en el alma y en los dedos.

Llevaban toda la tarde adornando el enorme abeto que por la mañana le habían

comprado en el pueblo a Artie Perlman. También habían visitado el pequeño bazar de Bethy en busca de adornos. Elizabeth había enloquecido con tanto donde elegir y se había cargado de estrellas doradas, ángeles vestidos de azul, bolas rojas, luces de colores. Él llegó a dudar de que todas esas cosas tuvieran cabida en el árbol, pero, cuando llegada la noche pulsó el interruptor para dejar el salón a oscuras, todo estaba allí, prendido con amor de las ramas verdes y olorosas. Los delicados dedos de ella, y los suyos, habían ido colgando entre risas y besos cada uno de esos adornos. Y ahora, cuando tras unos instantes de oscuridad se encendían las diminutas bombillas de colores, el rostro de alegría de Elizabeth parecía el de uno más de los ángeles, iluminado por cientos de parpadeantes estrellas.

Se acercó y le tomó la cara entre las manos. Se quedó unos instantes en silencio, mirándola a los ojos, en los que centelleaban las luces suspendidas en el abeto. También los labios de Elizabeth habían enmudecido emocionados y él le susurró con dulzura:

—Gracias, mi amor.

—¿Gracias, por qué?

—Por amarme, por cambiarme la vida, por hacerme el hombre más feliz de todos los que pisan la tierra.

La besó en la boca y la impregnó de su sabor a mazapán, a galletas con canela, a paz, a deseo. La acarició con la emoción guiándole los dedos y humedeciéndole el alma. Ella le susurró que él era su Navidad, su magia, su poderosa razón de vivir.

Se amaron bajo las ramas, iluminados por los centelleantes colores de la felicidad, arropados por el suave olor a pino y a madera ardiendo, arrullados por el chisporroteo del fuego que consumía los troncos y que se mezclaba con los gemidos llenos de vida que les provocaba el gozo. Cuando la pasión les llevó a la cima y ellos gritaron extenuados, sus cuerpos desnudos continuaron abrazados sobre la alfombra. No pudieron dejar de acariciarse y besarse la piel con languidez, colmados de placer y de dicha y, sin embargo, siempre sedientos el uno del otro.

—¿Me lo puedo quitar ya? —había preguntado Elizabeth al sentir que se detenía el coche.

Ian retiró la llave del contacto y la miró. Sentada a su lado, con el cinturón de seguridad cruzándole el cuerpo y el pañuelo cubriéndole los ojos, reía con impaciencia. Él no respondió. Emocionado, se volvió hacia ella y, sorteando la palanca de cambios, la besó con suavidad en la boca.

Ella volvió a reír, sobresaltada.

—¿Puedo quitármelo? —insistió en preguntar.

—No seas impaciente —musitó, rozándole con los labios el borde del pañuelo—. Yo te lo apartaré cuando llegue el momento.

Después la había ayudado a bajar del automóvil, a subir con cuidado los peldaños

del porche y a entrar en la casa. Mientras avanzaban por el pasillo, ella pidió que le dijera si faltaba mucho y él no pronunció palabra hasta que traspasaron el umbral del salón y la hizo detenerse.

—¿Preparada? —le susurró al oído.

Ella había afirmado con la cabeza, impaciente. Y tomó una gran bocanada de aire al notar que comenzaba a desanudarle el pañuelo.

En un instante se le iluminaron los ojos, abrió la boca y se la cubrió con las manos para no gritar de júbilo. Y, antes de reaccionar, lo miró a él, rebosante de felicidad y de agradecimiento.

Fue entonces cuando Ian tuvo la certeza de que había hecho lo que debía.

No había dudado ni un segundo en pedirle ayuda a Stephen. Su orgullo no valía nada cuando se trataba de ella, y él había visto, en ese miedo que ocultaba, que necesitaba ver a su familia por si el final de su enfermedad no era el que aseguraba con optimismo que sería. Unas pocas palabras para contarle a Stephen lo que pretendía hacer y que necesitaba ponerse en contacto con la familia de Elizabeth, y escuchar otras pocas con las que le respondió que él se ocuparía de todo, fueron poca cosa a cambio de ver la dicha inmensa que estar ante ese regalo le llenó a ella el corazón.

También él disfrutó durante esa larga y bulliciosa semana de Navidad. Primero, ante el orgullo con el que se presentó como el hombre que la haría feliz durante toda la vida, y después disfrutando de largos paseos alrededor del lago o con interminables charlas en español, al calor del fuego, en las que conocer a su familia lo llevó a conocerla mejor a ella.

Una tarde, mientras tras los cristales danzaban en el aire los esponjosos copos de una gran nevada y todos conversaban en el salón, Elizabeth y sus hermanas pasaron un tiempo en la cocina, preparando un pastel de manzana para la merienda. Ian entretuvo la impaciencia de los niños inventando para ellos un cuento que les fue narrando junto a la chimenea a medida que se lo iba inventando. Pero, cuando el delicioso olor a horneado llenó la casa y alcanzó sus pequeñas naricitas, ninguna historia pudo contenerlos ante la tardanza del dulce prometido.

Aliado con los chicos, fue hacia la cocina para reclamar el pastel, pero a punto de cruzar el umbral, los retuvo estrechando con un brazo a cada uno. Había visto las lágrimas de las dos hermanas y, en contraposición, la feliz sonrisa de Elizabeth, que abría los brazos para acoger a la más pequeña.

—*Todo ha pasado ya* —decía ella en su idioma materno, al tiempo que la estrechaba contra sí—. *Estoy bien y ya siempre estaré bien.*

Entonces se encontró con sus ojos y, durante un instante, se miraron en silencio, ella disculpándose por la piadosa mentira y él diciéndole que no cometería el error de juzgarla.

—¡*Queremos la tarta, amatxu!*^[5] —exclamó uno de los niños con impaciencia. Y las hermanas se apresuraron a pasarse las manos por las mejillas.

—*La queremos, sí, pero esperaremos lo que haga falta* —dijo Ian pidiendo perdón con la mirada mientras se llevaba con él a los chicos.

Un rato después, ellas llegaban al salón llevando la tarta y tres preciosas y agotadas sonrisas.

Mientras la veía cortar y distribuir las porciones como si fuera amor en lugar de un simple y sabroso pastel, lo comprendió. «No lo entiendes porque no les has visto juntos», le había dicho Elizabeth, y tenía razón. Porque en ese momento de feliz y pausado alborozo, tuvo la seguridad de que era mejor así. Ellos seguirían siendo felices ignorando la realidad y eso le seguiría dando a ella la paz que necesitaba para poner toda el alma en luchar contra el destino que quería arrebatarla.

—*Mañana iremos a Parsippany* —oyó que les decía a sus pequeños sobrinos, mientras les servía las porciones más grandes—. *Compraremos dos trineos para jugar en la nieve.*

Después miro a Ian, preguntándole con los ojos si eso sería posible tras la gran nevada que estaba cayendo. Él asintió con un gesto, sonriente y seguro. Si era necesario, despejaría el camino hasta la carretera a paladas, pues, si su amada Elizabeth quería ir de compras a Parsippany, irían. Y si después quería que se deslizara por la nieve para entretener a los chicos, también estaba dispuesto. Pues esa semana junto a su familia tenía que ser la mejor de todas cuantas hasta entonces habían pasado juntos.

CAPÍTULO 43

Entre sueños grises de esperanza

Llegada la primavera, durante una de las revisiones a las que sometieron a Elizabeth en el Johns Hopkins, el doctor Carlson les comunicó que los tumores no se habían reducido lo suficiente como para extirparlos y que se imponía la necesidad de un trasplante.

Ian suplicó que usaran el suyo. El médico le explicó que un trasplante en vivo era una buena opción, que un adecuado pedazo se regeneraría en poco tiempo por completo, pero que tendrían que hacerle una serie de pruebas que demostraran que existía plena compatibilidad.

—En previsión de que la espera para recibir el órgano se alargue, comenzaremos con una terapia biológica para reforzar su sistema inmunológico —le comentó el médico—. No necesitamos hacer algo más drástico, ya que los beneficios de la quimioembolización a la que ya la sometimos permanecerán de diez a doce meses.

—¿Qué es la terapia biológica? —preguntó Ian con miedo—. ¿En qué consiste?

—Es algo largo y complejo de describir —respondió el doctor Carlson comprendiendo su estado de ansiedad—. Todo depende del tipo de cáncer al que nos enfrentemos, del paciente... —Dudó sobre qué explicarle y al final decidió ser preciso—. De todos modos, en este caso sólo nos interesan algunos de los beneficios que aporta esta terapia: impedir que las células cancerosas se diseminen hacia otras partes sanas, aumentar la potencia letal de las células del sistema inmunológico y mejorar la capacidad del cuerpo para reparar o reemplazar células normales que hemos dañado o destruido con el agresivo tratamiento al que la hemos sometido.

Ian respiró hondo y trató de controlar la angustia.

—¿Ella estará bien? —preguntó...

... y salió del despacho preocupado por los efectos secundarios que podía causarle la terapia. Síntomas parecidos a los de la gripe, con escalofríos, fiebre, dolor muscular, debilidad, pérdida de apetito, náuseas, vómitos; posibilidad de sangrar o magullarse con facilidad.

Rezó en silencio para que esos efectos fueran leves, como los que durante dos días siguieron a cada sesión de quimioembolización y no todo lo graves que el médico le había asegurado que podían ser en algunas ocasiones.

Al día siguiente de que le fueran realizadas las pruebas a Elizabeth, Stephen mantuvo una dura conversación privada con el doctor Carlson.

—Por la amistad que nos une, voy a hacer como que no te he oído —dijo el

médico con gravedad.

—Pero ¡yo quiero que lo escuches! —alegó Stephen desesperado—. Y quiero que me digas que puedes hacerlo.

—Lo que propones es un delito. Todos, por más ricos o poderosos que seamos, debemos aguardar una lista de espera. Hay pacientes que llevan años esperando la llegada de un órgano y son muchos los que mueren sin haberlo recibido.

—¡Eso no va a pasarle a ella! —exclamó, golpeando la mesa con el puño—. Si tú no nos ayudas, buscaré quien lo haga. Sé que existen formas de acelerar el proceso.

—¿A qué precio?

—Al que sea. Aunque me cueste todo lo que tengo y todo lo que soy, salvaré a mi pequeña.

—Cuando alguien está dispuesto a pagar por un órgano, siempre hay alguien capaz de cometer cualquier exceso para conseguirlo. No te metas en esto, Stephen —le aconsejó con severidad—. Ni siquiera sabrías cómo hacerlo. Nosotros la curaremos, y lo haremos de la forma correcta.

—¿Y cuánto tiempo significa la forma correcta? ¿Un mes, dos, un año? Es posible que ella no pueda esperar tanto.

—Lo hará. La ayudaremos a hacerlo con...

La puerta se abrió de golpe y entró Ian como un ciclón.

—¿Por qué me dicen que mi hígado no sirve para Elizabeth si aún no me han hecho ninguna prueba?! —preguntó a gritos—. ¡Quiero que me hagan las malditas pruebas, ya! ¡Ahora! —exigió, parado frente al médico.

—Ya no son necesarias, señor O’Connell. Su sangre, al igual que la del señor Thompson, es incompatible con la de la paciente.

—¿Está... seguro de eso? —preguntó, a punto de derrumbarse.

—Vamos a tranquilizarnos, por favor —pidió el doctor Carlson mirando a uno y a otro hombre—. Lo que tenemos que hacer lo hemos hecho ya, y es incluirla en lista de espera. Ahora tratemos de que, cuando llegue el momento, ella esté en las mejores condiciones posibles. —Stephen se alejó resoplando—. Me ha dicho que quiere volver cuanto antes a Crystal Lake —comentó, dirigiéndose a Ian—. No pongo objeción a eso, siempre que se cumplan algunas condiciones. La más importante: deberá usted llevar siempre consigo un teléfono y estar en disposición de traerla aquí en cuanto lo llamemos. Un órgano llega de improviso, a cualquier hora del día o de la noche y entonces hay que actuar con urgencia. —Juntó las manos, igual que si rezara, y las apoyó sobre la mesa—. ¿Qué me dice?

—Que estará donde desee estar —aseguró, mientras lloraba por dentro—. Y que yo respondo de ella con mi vida.

A finales de primavera, el cansancio de Elizabeth comenzó a ser, en apariencia, el único síntoma adverso provocado por la terapia y lo sobrellevaron con una vida

tranquila y el amor y la paciencia que Ian le dedicó a todas horas. Él no pudo imaginar que ese ligero cansancio era sólo lo que ella le dejaba ver y que le ocultaba que había comenzado a vomitar varias veces al día. Si el tratamiento estaba cumpliendo su cometido, pensaba ella, no iba a preocuparlo detallándole cada pequeña incomodidad que los efectos secundarios le fueran provocando.

El porche, con su balancín, se convirtió en el rincón favorito de las calurosas tardes de verano. Ian se sentaba en un extremo, Elizabeth se tumbaba en el resto y apoyaba la cabeza en sus piernas. Él solía mirar con amorosa preocupación su tez, cada día más pálida, que le iba confiriendo un aspecto de hermoso y delicado ángel de cristal. Y eso lo asustaba.

Madeleine fue testigo de algunas de esas miradas durante las veces que ella y su esposo dejaron la tranquilidad de Laredo para pasar unos días con ellos en ese entorno, también tranquilo, pero tan diferente al de las grandiosas llanuras del rancho. Siempre observó esa disimulada preocupación de su hijo en silencio, hasta que una vez, después de que hubiera preparado la maleta para regresar a casa a la mañana siguiente, encontró a Elizabeth en el salón, en animada charla con su marido. No necesitó preguntar para dar con Ian, en el porche, junto a la barandilla, mirando hacia la oscuridad de la noche.

—Nunca te había visto tan triste, hijo —le dijo, abrazándolo por la cintura—. Ni tan feliz. Y he visto las dos cosas a un tiempo.

Él la estrechó por los hombros y la apretó contra sí.

—Soy el hombre más feliz sobre la tierra, mamá —le aseguró con voz ronca—. La amo como jamás pensé que pudiera amar a nadie, ni en este mundo ni en ningún otro. Pero... a veces —suspiró despacio—. A veces no puedo evitar este miedo a perderla.

—Ten fe —musitó con ternura—. El amor es la mejor medicina, la más poderosa magia. Y hay mucho amor en esta casa. Todo saldrá bien.

Ian había alzado el rostro hacia el cielo cuajado de estrellas y había deseado que esa tierna sabiduría que siempre acompañaba a su madre estuviera, esa vez más que nunca, en lo cierto.

Días después, una tarde en la que el viento caliente había mecido el balancín mientras Elizabeth y él hablaban de grandes novelas, ella se quedó pensativa, con la mirada perdida en el movimiento de las ramas verdes de los árboles. Llevaba meses esperando que Ian recuperara las ganas de inventar historias, pero el tiempo avanzaba y él ni siquiera hablaba de los motivos que lo habían llevado a dejar de hacerlo.

—Mi vida, ¿por qué no vuelves a escribir? —le preguntó.

Su alma de escritor, que creía adormecida, sufrió un sobresalto.

—No es el momento.

Ella alzó los ojos, tan azules que le transparentaban el alma.

—Siempre es el momento de hacer lo que nos gusta —lo reprendió con cariño—. Lo primero que conocí de ti fue tu pasión por escribir. Te olvidabas del día en que

vivías, de las horas...

—Me olvidaba de todo excepto de esperar a que aparecieras cada tarde, ahí, en el sendero junto al lago. —Bajó la cabeza y la besó con suavidad en los labios—. Ese instante en el que volvía a verte al atardecer era mágico.

—Sí, lo era —reconoció ella con una dulce sonrisa—. Por eso quiero que lo cuentes. —Él preguntó con los ojos y ella le aclaró—: Quiero que cuentes nuestra historia de amor. No puedo imaginar qué tipo de novela has estado preparando hasta ahora, pero sea la que sea, está claro que no te seduce lo suficiente. Escribe la nuestra. Cuenta nuestra hermosa historia de amor.

—Elizabeth... —dijo como una súplica, angustiado por el aire de despedida con el que parecía pedirle que inmortalizara su historia para recordarla cuando ya no estuviera.

—Si lo que temes es dejarme sola durante mucho tiempo, eso no será problema. Estaré cerca de ti, en silencio. Ni siquiera me sentirás, y me encantará estar a tu lado mientras escribes.

—Me gusta sentirte —susurró él, y sus ojos negros la acariciaron como si temiera no poder hacerlo durante mucho tiempo—. No necesito plasmar en un papel cuánto me amas. Prefiero que tú me lo repitas cada día durante muchos, muchísimos años.

La mirada de Elizabeth se nubló al entender cuáles eran sus temores. Pero pensaba que si al fin tenía que irse, quería hacerlo tranquila, sabiendo que la pasión por escribir estaría con él, llenándole las horas y ayudándolo a salir adelante.

—Hazlo por mí. —Volvió a sonreírle para compensarlo por su pequeño chantaje—. Seré feliz viéndote escribir, en especial si lo haces narrando nuestra historia.

La abrazó contra su pecho. ¿Cómo decirle que no? ¿Cómo negarle algo? No se sentía con fuerzas para retomar la pluma y escribir lo que sabía que iba a hundirlo en la tristeza. Porque ya no sería aquel desesperado desconsuelo que padeció mientras la convirtió a ella en protagonista de un corto relato inventado. Ahora se trataba de narrar su verdadera historia, y de que inevitablemente llegaría a la dolorosa enfermedad que plasmar en palabras lo destrozaría por dentro.

Tiempo después, en pleno mes de agosto, huyendo del calor de las primeras horas de la tarde, Elizabeth dormía con placidez, acostada en el dormitorio. Durante instantes eternos, Ian permaneció llenándose los ojos de su imagen y el alma con su sosegada respiración. Con la emoción palpitándole en el pecho, recordó el día en que decidió convertirla en la heroína de una de sus novelas y cómo la vida concluyó que fuera la protagonista real de toda su existencia. Suspiró al comprender que eso era lo que ella quería que relatara.

Se acercó al escritorio con pasos silenciosos para no despertarla ni que el regio mueble lo oyese llegar. Le imponía cierto respeto y le inquietaba la idea de que, sentado ante él, ya no sintiera la misma magia con la que había ido llenando

incontables cuadernos.

Se reencontró con su vieja pluma y su olor a tinta rancia. Sus dedos se cerraron sobre ella y la acarició con el pulgar. Había olvidado cuánto le gustaba su tacto. Sacó uno de los cuadernos, vacío de palabras y, cerrando los ojos, pensó en cómo comenzaría a contar su historia. La respuesta estaba frente a él, tras la ventana que iluminaba el escritorio y desde la que había contemplado a la luz de su vida.

Miró hacia el lago y volvió a verla con su sedoso cabello rubio convertido en juguete del viento, envuelta en el viejo jersey bajo el que su soledad y su miedo habían buscado cobijo. Y sus dedos asomando bajo las mangas, finos, delicados, llenos de amor y ternura, repletos de caricias que, aunque entonces no lo supo, lo aguardaban a él. Sólo a él.

Una hora después, Elizabeth se despertaba y vibraba de felicidad al ver a Ian sumergido en la escritura. Se quedó quieta, observando sin molestar, tal como había prometido que haría.

Ian, acariciado por esa mirada enamorada que en esos momentos ni siquiera presintió, se fue reconciliando con su vieja pasión por escribir. Fue recuperando la esencia que para su espíritu habían tenido sus cuadernos en blanco, el olor a tinta, el áspero sonido de la pluma deslizándose por el papel. Sus recuerdos, sus sensaciones, los primeros hermosos días de la historia que guardaba en la mente y en el corazón fueron brotando de entre sus dedos y poseyendo el blanco inmaculado, llenándolo de pasión y de vida.

CAPÍTULO 44

Cuando ya no estés aquí

Durante años, Ian se había acostumbrado a escribir al ritmo en que las historias surgían de su mente. Sin que fuera consciente del cansancio, se detenía sólo cuando el flujo de ideas perdía fuerza y éstas dejaban de servirle. Ahora, por primera vez era distinto. Se centraba en la historia mientras la mujer a la que amaba dormía y, apenas la sentía despertar, cerraba el cuaderno y corría a su lado a emborracharse con su ternura.

Era primeros de septiembre. Los días se acortaban en beneficio de las noches, que les robaban las horas, y una luz apagada y dulce llenaba las tardes en las que se comenzaba a vislumbrar la llegada del otoño.

Y fue durante una de esas últimas tardes de verano cuando ella, tumbada en el balancín y con la cabeza apoyada en sus piernas, se atrevió a decirlo.

—Me gustaría leer lo que llevas escrito.

Él rió ante su impaciencia.

—Tendrás que esperar a que la novela esté terminada y publicada —bromeó feliz—, y comprarla como el resto de mis ansiosas fans.

—Pero... aún faltan meses y no sé si estaré aquí entonces.

La sonrisa de Ian desapareció. Ella, con una simple frase, lo había enfrentado a la cruel posibilidad de la que nunca hablaban. Y sólo el murmullo del viento se atrevió a romper el silencio con el que se miraron, compartiendo el dolor de perderse.

—No digas eso —rogó Ian.

—Pero es una realidad que...

—¡No es una realidad! —gritó—. No es una realidad y tú menos que nadie deberías decirlo —le reprochó, apartándola para ponerse en pie.

Bajó aceleradamente los escalones del porche y se alejó por el prado cubierto aún de minúsculas flores blancas de verano. Las lágrimas que retenía en los ojos no le dejaban ver hacia dónde caminaba. Pero un cielo despejado se reflejaba en las aguas tranquilas del lago y él siguió la dirección de aquella grande y borrosa mancha azulada.

Cuando reparó en que pisaba el sendero en el que la vio por primera vez, ya no pudo retener las lágrimas. Las dejó brotar con libertad mientras volvía a recorrer aquel paseo que tantas veces hicieron juntos, buscando esa vez un lugar alejado. Necesitaba gritar su desesperación donde no fuera oído; donde no hiriera a nadie, salvo a sí mismo; donde, por una vez, pudiera permitirse la licencia de llorar hasta quedarse seco.

Poco a poco, el llanto y el padecimiento fueron agotando su cuerpo y su alma, y

el cansancio fue a su vez serenándole el espíritu. Comprendió que Elizabeth estaba en su derecho a tener horas bajas, incluso días o semanas. Era él quien no debía desfallecer y menos aún enfadarse y gritarle, anteponiendo su propio dolor al suyo. Ella se sentía débil y apenas comía gran cosa. Y, por si eso no fuera suficiente, había observado que vomitaba a menudo y que se lo ocultaba para no preocuparlo. ¿Cómo iba a tener fuerzas? ¿Cómo pretendía que tuviera confianza en el futuro? Miró a lo lejos, hacia la casa que se perfilaba sobre la frondosidad del bosque de hayas. No la vio en el porche. Resopló y aguardó a que la congoja dejara de desgarrarle la garganta antes de regresar a buscarla.

La halló en la habitación, tumbada en la cama, con la ventana entreabierta y la mirada perdida en el movimiento con el que la brisa agitaba el delicado visillo. Se acostó a su lado y cuando advirtió que había llorado se le acrecentó el amargo sentimiento de culpa.

—Lo siento, mi amor —susurró—. Perdona mi estúpida reacción.

—No quería herirte —respondió ella, y el azul de sus ojos volvió a llenarse de mar—. Pero no deberíamos evitar hablar de esto. Negándonos la realidad no conseguiremos cambiarla.

—No es necesario cambiarla, amor mío —le aseguró con dulzura—, porque la realidad es que esta tarde, mañana, pasado o la semana que viene nos llamarán para hacerte ese trasplante. Ésa es la realidad que nunca debes olvidar.

—¿Y si no llega a tiempo?

—¿Y si el mundo se acaba esta noche? —preguntó mientras le acariciaba el rostro con ternura—. Vivamos cada día como si fuera el último, mi amor —propuso con emoción—. Porque nadie en este mundo sabe si despertará mañana.

—Sólo quiero que estés preparado para cuando ocurra...

—¡No, Elizabeth! —se rebeló tomándole el rostro entre las manos—. No voy a prepararme para lo que no va a pasar. Estarás conmigo la próxima Navidad y la siguiente y todas las Navidades de los próximos cien años. Y necesito que también tú lo creas.

La súplica que ella distinguió en sus ojos, como la de un desgarrado «no me quites lo único que tengo de ti», le encogió el corazón.

—Lo creo, mi vida —dijo, para borrarle el dolor—. Lo creo.

La estrechó contra sí mientras inspiraba para retener las lágrimas y se juraba que jamás las derramaría ante ella. Cuando estuvo seguro de que podría contenerlas, se apartó y, mirándola, le pidió que durmiera, pues ya había interrumpido durante demasiado tiempo su descanso.

—¿No vas a escribir? —preguntó, al ver que continuaba acostado.

—Hoy no —le respondió en voz baja, como si ya durmiera y temiera despertarla—. Hoy quiero estar cerca de ti.

Más que querer, necesitaba, casi tanto como necesitaba el aire, tenerla cerca. Pues ella, con su inocente comentario, le había metido el frío en el corazón y el miedo en

el cuerpo y temía que, si se apartaba, pudiera dejar de respirar. Necesitaba estar a su lado, acariciarla con el tacto de los ojos, con la brisa del alma. Necesitaba alimentarse de su poca vida para poder traspasarle la suya, la que le dolía vivir en soledad, la que le hubiera regalado de haber sabido cómo hacerlo. Y tumbado sobre el lecho, veló su sueño y veló el sueño de su propia vida.

Cuando despertó, salieron a caminar por la hierba, descalzos para sentir bajo los pies el agradable cosquilleo. Ian llevaba en la mano uno de sus cuadernos.

Se detuvieron junto al arce de grueso tronco y frondosas ramas. Él se sentó en el suelo y apoyó la espalda contra la tibia corteza. Ella se tumbó en el suelo, con la cabeza recostada sobre sus muslos y contempló las hojas que agitaba la brisa con dulzura. Pero cuando la tierna y masculina voz comenzó a leer, describiendo con pasión los tonos cobrizos y dorados de su primer otoño juntos, bajó los párpados y se dejó envolver por su voz aterciopelada, que le acariciaba el alma y le alentaba la vida.

Cada tarde, después del obligado descanso de Elizabeth, Ian fue leyéndole con amorosa dedicación lo que había escrito mientras velaba su sueño. Las tardes en las que aún soplaban una suave y cálida brisa de finales de verano, lo hicieron sentados sobre la hierba, bajo el viejo arce. Después, los días más desapacibles compartieron los ratos de lectura en el porche, en el balancín. Y, según irrumpía el otoño, en las jornadas en las que el frío era más duro o el viento más intenso, se quedaban en el interior de la casa, en el pequeño y acogedor saloncito que daba a la parte trasera. Elizabeth adoraba ese rincón. Le gustaba sentarse en la mecedora, junto al mirador semicircular, y mecerse con suavidad mientras admiraba el frondoso y cambiante bosque de hayas.

Stephen, que continuaba llamándola cada día para saber si seguía estando bien y si el escritor continuaba haciéndola feliz, necesitaba verla, pasar con ella un rato algo más íntimo que los momentos que habían compartido en el hospital durante los tratamientos o las revisiones. El último, en el que se tomó la decisión de someterla a un trasplante, le parecía demasiado lejano. Pero nunca se lo decía. Pensaba que el escritor no querría recibirlo en su casa y no deseaba crear problemas a la que durante años había sido su mujer y a la que siempre consideraría «su pequeña».

Lo que había pasado por alto era que Elizabeth lo conocía bien y que, en sus sutiles preguntas e indirectas, ya había advertido lo que le preocupaba.

Una noche, durante la cena, le contó su sensación a Ian, añadiendo que también estaba desando verlo. Él le sonrió, sorprendido de que le preguntara algo tan obvio.

—Lo que no entiendo es por qué no le has invitado aún. Yo esperaba que hubiera venido hace tiempo.

—Lo he evitado por no ponerte en una situación comprometida. Sé lo que sentís el uno por el otro.

Ian, que había comenzado a retirar los restos de la cena y apilaba frente a él los

platos, se detuvo a mirarla. Era cierto que la opinión que le merecía el senador no había cambiado, pero, a pesar de ello, no se sentía con derecho a evitar que la viera. Comprendía que él había llegado antes y que la importancia que había tenido en la vida de Elizabeth no se borraría nunca.

—¿Y en qué puede afectar eso? Él vendría únicamente por ti.

—Pero tendríais que veros —comentó, recogiendo y doblando las dos servilletas con aire de preocupación—, y no me gustaría que su visita se convirtiera en un mal trago para nadie.

—Puedes estar tranquila —respondió animado, mientras se levantaba para llevar los platos a la cocina—. Seré correcto.

Mientras, ella trataba de imaginar cómo sería un encuentro entre sus dos hombres.

—Sólo correcto... —musitó, tan bajo que sus palabras parecieron más un pensamiento que una afirmación.

Él sonrió y se detuvo con los platos en las manos, se acercó hasta sentir en sus labios su afligida respiración y le susurró con dulzura:

—No voy a decirle que me gusta, ni le haré la pelota, ni intentaré caerle bien. — Le besó la nariz con suavidad—. Pero te prometo que seré amable y me comportaré como un perfecto anfitrión.

Retomó su camino sin abandonar la sonrisa. La feliz respuesta de Elizabeth de «con eso me bastará», le hizo volverse desde la puerta y cambiar su cariñosa expresión por otra de divertida maldad.

—Aunque éste sería el lugar perfecto para darle la paliza que merece. ¡Incluso podríamos enterrar su cadáver en el bosque y nadie sospecharía de nosotros!

—¡Ian! —gritó fingiendo un enfado al que restó credibilidad su alborozada sonrisa.

Y cuando él desapareció riendo, camino de la cocina, ella le siguió los pasos. Apoyó el hombro en el marco de la puerta y, en silencio, para que no reparara en su presencia, lo observó doblarse las mangas de la camisa y abrir el grifo del fregadero. Pensó que le gustaba verlo bromear y que adoraba su risa contagiosa que la llenaba de dicha. Todo en él la llenaba de dicha. Incluso la simpleza de verlo fregar los platos con esa poca habilidad que, sin embargo, compensaba con mucho empeño.

A pesar de su cuidadoso sigilo, él sabía que estaba allí, observándolo, como había hecho otras veces, y probablemente con la misma deliciosa sonrisa. Podía sentir sobre sí el calor de su mirada mientras se aventuraba a adivinar cuáles serían esta vez sus pensamientos. Perdió la concentración en cuanto apreció que se aproximaba y emitió un involuntario gemido al sentirla pegada a la espalda, abrazándolo, acariciándole el abdomen y susurrándole que la tenía muy abandonada. Su sangre, fácilmente inflamable, ardió en un segundo. Se volvió, con las manos mojadas y llenas de espuma y, estrechándola por la cintura, besó con avidez su boca.

—Me vuelves loco —dijo, respirando su aliento.

Volvió a besarla a la vez que la tomaba en brazos y la llevaba casi a ciegas hacia

el salón, para amarla sin prisa al calor del fuego, para volver a grabársela en el alma y en la piel mientras, una vez más, se dejaba olvidada la razón en cada delicioso centímetro de su cuerpo.

CAPÍTULO 45

Dejando fuera la tristeza

La tarde en que esperaban la visita de Stephen, un sonido ensordecedor los hizo salir al porche justo en el momento en que un impresionante helicóptero plateado se posaba majestuoso sobre la hierba. Cuando las aspas dejaron de girar y se abrieron las puertas, descendieron los tres guardaespaldas que Ian conocía bien. Y pudo constatar que verlos ya no le retorció las entrañas. Un segundo después, hizo su aparición el senador, con su porte distinguido y su luminosa sonrisa de triunfador a pesar de haber perdido su gran sueño y de haberla perdido a ella.

Ian miró a Elizabeth, hermosa y radiante, a su lado, y se sintió el más afortunado de los hombres.

—Ve a recibirle —le dijo, tras apretarla un instante contra sí—. Sé que lo estás deseando.

Ella le estampó un beso en los labios y echó a correr cuanto pudo, aunque menos de lo que lo hizo Stephen. Éste devoró en un momento la distancia que los separaba y, tomándola por la cintura, la alzó del suelo y la estrechó con fuerza. La emoción le cortó el aliento y le sacudió el alma al tenerla de nuevo entre sus brazos. Hundió el rostro en su pelo para aspirar, una vez más, el familiar olor con el que había vivido y que tanto echaba de menos.

—¡No imaginas cuánto te he extrañado, mi pequeña!

La misma emoción invadía a Elizabeth, que se aferraba a su cuello sin ninguna intención de soltarlo. Él había sido su amor, su vida y, en los últimos años, su compañía y su refugio. Le gustaba sentirlo, olerlo y llenarse de la paz y la seguridad que le infundía. Tenían mucho que abrazarse, mirarse, sentirse, pero, sobre todo, tenían muchas cosas que contarse. Todas ellas se les fueron enredando en el corazón y en los ojos, con los que no dejaban de recorrerse, observando cada uno de los pequeños cambios. Los apacibles y grises ojos de Stephen estaban húmedos, a punto de desbordársele las lágrimas.

—¿Mi grandullón va a llorar de emoción? —rió ella, mientras contenía su propio mar.

Él sonrió y la dejó de nuevo en el suelo, pero continuó abrazándola.

—No quisiera. No estamos solos —le dijo en un susurrado tono confidencial.

Aquél era su Stephen: el tierno, el sencillo, el que lloraba de emoción; el que, en la intimidad, desnudaba su alma sin complejos. Ella había tenido la suerte de conocerlo. El resto del mundo se quedaba en la superficie. Conocían al político duro e influyente, al autosuficiente y seguro de sí mismo, al que no habían visto flaquear ni derramar una lágrima ni siquiera durante su dura caída. Sólo ella sabía separar el puro

marketing del hombre real.

Finalmente, el encuentro entre los dos hombres se redujo a un saludo amable, a la pregunta obligada de cómo iba todo y a una breve y reticente respuesta para afirmar que «todo» marchaba a la perfección.

Ian, con una disculpa cortés, evitó entrar en la casa. Entendió que era el momento de ellos dos y que necesitarían intimidad para hablar de sus cosas, pasadas, presentes y, por qué no, probablemente también futuras.

Pero, a pesar de todos sus razonamientos, necesitó alejarse para airear, caminando entre arces y hayas, la incomodidad que le provocaba dejarla a solas con él.

—Me engañas por teléfono —le reprochó Stephen cariñosamente mientras Elizabeth le servía otro café—. Estás más delgada de lo que me haces creer cuando no puedo verte. ¿El escritor no se ocupa de que te alimentes bien?

—Lo hace —aseguró ella—. Pero tú sabes cómo es esto. Lo pasamos, o más bien lo padecemos juntos la primera vez.

—Era más fácil cuando te tenía a mi lado. Al menos, entonces podía asegurarme de que comieras, de que...

—Él lo hace, Stephen —dijo, interrumpiéndolo con una sonrisa—. Cuida de mí hasta extremos que no imaginarías.

Recordó los juegos que inventaba para que comiera; y los premios: un beso por un bocado más; un beso y un achuchón mimoso por otros tres bocados; la especial recompensa cada vez que se terminaba toda la ración, consistía en llevarla en brazos hasta el roble para leerle allí lo que había escrito el día anterior.

Stephen negó con la cabeza con aire resignado.

—Durante todos estos años, he pensado que, de alguna manera, me necesitabas. Y una vez que te has ido, he confirmado lo que ya sabía, y es que era yo quien te necesitaba a ti, que cuando te cuidaba me cuidaba a mí mismo asegurándome de que no quisieras marcharte. —Le tomó las manos entre las suyas y le sonrió con cariño—. Y has estado ahí hasta el final, pequeña.

—Los dos nos hemos ayudado, Stephen, y lo hemos hecho por puro y simple cariño.

—Cariño —repitió en voz baja, pensativo—. ¿Qué falló en lo nuestro? —preguntó de pronto—. ¿En qué fallé yo?

—¿Por qué hablamos de esto después de tanto tiempo? ¿Qué sentido tiene, si entonces llegamos a la conclusión de que no había culpables?

—El de no volver a cometer los mismos errores —argumentó él—. ¿En qué te fallé?

—Nunca me fallaste. Fue a mí a quien se le acabó el amor. De haber podido hacerlo, te aseguro que hubiera seguido amándote siempre. Pero los sentimientos son algo que no podemos controlar. Volverás a comprobarlo por ti mismo cuando te

enamores de nuevo.

Para enamorarse de otra antes tendría que olvidarla a ella, pensó Stephen mientras terminaba de beberse el café, y no le parecía que le fuera a ocurrir en un futuro cercano.

—¿Me sirves otro? —pidió, acercando la taza vacía a la cafetera—. Está delicioso.

Elizabeth sonrió mientras callaba que lo había hecho Ian, unos minutos antes de que él llegara. «¿Puedo echarle sólo un poquito de cianuro?», había bromeado con expresión divertida mientras lo colocaba en la mesa.

—Me gusta esa sonrisa —dijo Stephen alzando la taza hasta la altura de los ojos—. Sea lo que sea lo que la provoca, brindo para que lo siga haciendo durante muchos, muchísimos años.

Los últimos minutos Ian aguardó sentado en los escalones del porche, sin importarle que se le notara la impaciencia por quedarse de nuevo a solas con Elizabeth. Eran las consecuencias de tenerla sólo para él en un entorno medio salvaje y deshabitado, pensaba mofándose de sí mismo, cuando la puerta se abrió. Y para no interferir en el abrazo, largo y cariñoso, con el que ellos se despidieron, se levantó y avanzó unos pasos.

Ella se quedó en el porche mientras el senador se acercaba a él y le pedía que lo acompañara un trecho. Ian no aceptó con palabras, pero comenzó a andar hacia el helicóptero por mera cortesía y, sobre todo, por no borrar la preciosa sonrisa que iluminaba el rostro de Elizabeth.

Se detuvieron a mitad de camino. Desde donde los dulces oídos de ella ni los de los fornidos escoltas pudieran oírlos.

—Nunca te lo agradecí —dijo Stephen con las manos en los bolsillos y la mirada recorriendo el paraje—. No voy a entrar a valorar que no me entregaras al traidor, pero sí quiero reconocer el valor de lo que hiciste.

—Mi motivo fue ella —señaló con sequedad.

—Me lo advertiste, aunque en aquel momento no lo entendí. Pero pienso que, de todos modos, lo hubieras hecho por mí.

—No estoy seguro de eso —reconoció con sinceridad—. No me gusta esa forma de llegar al poder. Sería más digno presentarse a las elecciones con todas las cartas boca arriba, confiando en salir elegido por lo que uno es, por lo que vale y por lo que está dispuesto a hacer por su país y por sus compatriotas.

—Hermosa utopía —ironizó Stephen, deseando que fuera cierta—. Dentro de tres años te contaré si ha sido posible.

—Te deseo suerte en esa aventura en la que, si ganas tú, todos lo haremos —dijo, a la vez que se volvía dando por terminada la breve conversación.

—¡Espera! —pidió Stephen mientras sacaba del bolsillo una tarjeta de visita y se

la tendía—. Puede que no llegues a usarla nunca, pero si necesitas trasladar a Elizabeth, el helicóptero estará a tu disposición. —Ian la miró sin responder y el senador insistió—: Hazlo por ella y ante la mínima duda que tengas de que el tiempo se acaba, llama sin perder un segundo. El helicóptero estará aquí antes de que hayas tenido tiempo de sacarla de la casa.

Sujetó la tarjeta entre los dedos y contempló los números mientras asentía con la cabeza, en silencio, con la misma angustiada sensación que le devoró al oírle decir a ella que tal vez no estaría allí cuando se publicara el libro.

Ante su prolongada quietud, el senador comenzó a alejarse en dirección a sus hombres. Ian lo observó y se sorprendió admirando la capacidad que tenía para reponerse de los infortunios, por muy grandes que éstos fueran. Para reponerse, o al menos para aparentar que lo había hecho.

—Tal vez yo también lo entienda —dijo alzando un poco la voz, y Stephen se detuvo y se volvió a mirarlo—. Aunque no esté de acuerdo, aunque yo en tu lugar me hubiera ocupado personalmente —aclaró, mirando con fugacidad a los escoltas—, tal vez entienda tus motivos para lo que hiciste.

Durante unos segundos, el político le dedicó una sonrisa conciliadora, despidiéndose después con un gesto.

Ian se acercó a la casa con los ojos y el corazón centrados en la mujer a la que amaba y que lo aguardaba en el porche. La rodeó con sus brazos y, al tenerla contra sí, la sintió más pequeña y delicada que nunca.

—Te amo, mi hermoso y cálido atardecer —susurró, mientras los azotaba el aire que levantaba las aspas del helicóptero.

—Eso tendrá que demostrármelo de nuevo, señor Ian O’Connell —lo retó ella con dulzura.

Inspiró pegado a su cabello, con los ojos cerrados. El olor que adoraba se entremezclaba con el del café que salía por la puerta abierta. Su alma se llenó de paz, de calor de hogar, de ternura. Y, mientras el senador y su ostentoso helicóptero se elevaban en el cielo, la cogió en brazos y entró cargando tan sólo con el amor. Al cerrar la puerta, dejó fuera la tristeza, el tiempo que avanzaba en su contra, el despiadado miedo a perderla.

CAPÍTULO 46

Lejos de ella

La naturaleza en Crystal Lake se incendiaba de rojos, ocre y dorados. Se preparaba, llena de esplendor, para el obligado descanso tras el que despertaría a un nuevo renacer. Era el otoño, que llegaba para llenar de nostálgica fascinación hasta el rincón más escondido. Era la impresionante y bellísima contradicción en la que la preparación para la muerte, sólo aparente, del bosque, sabía y olía a plenitud y a vida.

La mayor parte del tiempo, Elizabeth disfrutaba de esa mágica explosión tras los cristales, refugiada en los amorosos brazos de Ian. A veces, cuando el frío no era demasiado hiriente, abrigada como si estuvieran en el Polo Norte, contemplaba desde el porche la lenta caída de las hojas y el trajín con el que las ardillas se apresuraban a terminar de llenar sus despensas para el largo invierno.

También ellos se habían preparado para esa rigurosa estación, con leña suficiente para caldear el hogar y con las provisiones que Ian traía, una vez a la semana, de Parsippany.

Durante la última visita al hospital, y fuera de la presencia de Elizabeth, le había confiado al doctor Carlson su temor a que a ella la vida se le fuera sin que se dieran cuenta. El médico propuso que la ingresaran si eso iba a darle a él tranquilidad. Pero no era su propia tranquilidad lo que Ian buscaba, sino la de la mujer a la que amaba sobre todas las cosas, y sabía que no la encontraría encerrada en un hospital, por muy cómoda y lujosa que pudiera ser la estancia.

Y, una vez más, se la llevó al entorno casi mágico de Crystal Lake.

Debido a su cansancio, poco a poco dejaron al sexo esperando fuera: en el porche y sobre el balancín que mecía el viento, en las hojas doradas que caían junto a la baranda y en las que se amontonaban contra los escalones. Dentro, en cada rincón de la casa, siguieron anidando el amor y la dulzura.

A veces, bajo la calidez de las sábanas, Ian llenaba de vida el cuerpo de Elizabeth. La desnudaba con delicadeza y la acariciaba llevando el alma en los dedos. Recorría la piel sedosa que tanto deseaba, la ardiente que lo enloquecía, la blanca como la nieve que lo llenaba de ternura. Ella cerraba los ojos y se dejaba querer, se llenaba de la pasión sin sexo de su amante, del amor que le entregaba sin esperar nada a cambio. Él la recorría con sus besos, suaves y delicados, sin que importara el tiempo, y los dos sentían que nunca habían estado tan cerca ni se habían amado tanto, ni su pasión había sido tan pura o su deseo tan profundo como en esos instantes. Después dormían, desnudos y abrazados, unidos por la piel y por el alma.

Cada amanecer, cuando la neblina aún no se había despegado del suelo, él la dejaba dormida y salía a caminar por la senda que tantas veces habían recorrido

juntos. El frío le despejaba la mente, le provocaba un dolor más carnal que el que lo destrozaba por dentro y le daba el empuje que necesitaba para afrontar un nuevo día. Ese paseo le servía, además, para hablar solo, para gritar su angustia, para llorar, para desesperarse.

Una mañana, tras una de esas noches en las que la había amado con la intensa levedad del alma, cuando su rabia contra el mundo era más grande y su desesperanza más profunda, lloró su impotencia sobre el rugoso tronco del arce bajo el que le había leído tantas veces. Gritó al cielo, o a quien fuera que tuviera el poder de elegir entre la vida y la muerte, que no se la llevara, que no la arrancara de su lado, que le permitiera tenerla consigo para cuidarla y amarla siempre.

Y, justo en ese instante en que él aullaba su desesperación, una sensación de ahogo despertó a Elizabeth gritando el nombre de Ian. Inspiró con fuerza buscando serenarse, pero la opresiva sensación de un mal presagio siguió impidiéndole el paso del aire.

Apartó el edredón y, mientras el frío le rozaba la piel, se puso el camisón del que las amorosas manos de Ian la habían despojado esa noche, y se acercó con apresurado temor a la ventana.

Sujetó con dedos trémulos el visillo y lo apartó con lentitud hacia un lado. Y entonces, cuando pegó el rostro al cristal para otear entre la dispersa neblina del amanecer, la sensación de angustia que le había interrumpido el sueño le estalló en el pecho y la invadió entera.

Él, el hombre al que amaba más que a la endeble vida que sentía que la estaba abandonando, era la imagen de la desolación. Con la frente apoyada en el tronco del arce, golpeaba con los puños la corteza mientras su cuerpo se convulsionaba por lo que le parecieron incontenibles sollozos.

Pensó que eso era lo ella había querido evitar al mantenerlo lejos: cambiar su exultante felicidad por tristeza, su optimismo por desesperanza, su amor a la vida por muerte. Lo amaba tanto, que habría cambiado la felicidad de tenerlo por la certeza de que a él la vida le sonriera siempre.

De pronto, sintió que estaba robándole lo poco que le había dejado. Se apartó de la ventana y apretó la espalda contra la pared, con las manos sujetándose el herido corazón. Pensó que no tenía ningún derecho a invadir la soledad que él encontraba en cada amanecer. Ese breve tiempo durante el que abandonaba el calor de la cama, recorría el sendero entre los aún adormilados árboles, y regresaba a tenderse a su lado, desnudo de nuevo, para no rozarla hasta estar seguro de que había recuperado el calor.

Por eso ella nunca se quejaba, por eso soportaba en silencio los incómodos, a veces rabiosos, efectos secundarios que le provocaban la terapia. ¿Qué iba a ganar mostrándole su propio sufrimiento, salvo aumentar inútilmente el suyo? No. Elizabeth no creía que amar significara compartirlo todo, tal como él aseguraba que debía hacer pero luego tampoco cumplía. Ella lo amaba demasiado como para hacerlo

participe de un dolor que no estaba en sus manos aliviar. Seguía guardando para sí ese miedo atroz a no poder mirarse en sus ojos negros durante mucho más tiempo, a no volver a sentir la caricia del sol o la humedad de la lluvia en la piel. Miedo a no envejecer a su lado, a no tener hijos con él. Miedo a dejarlo solo, a sentirse sola allá donde su alma fuera a ir. Tenía cientos de miedos que trataba de enmudecer con cada despertar, cuando abría los ojos y descubría que seguía estando allí, a su lado, descubriendo una nueva y hermosa mañana. Tal vez la última.

Pensó sensatamente en volver a meterse en la cama, arrojarse y aguardarlo fingiendo dormir. Pero en lugar de eso, fue contando los minutos que tardó en regresar, llorando por el dolor y las sombras con las que le había llenado su hermosa vida.

Le sorprendió verla despierta, sentada en el borde de la cama y con los pies desnudos sobre la alfombra. Hubiera preferido hallarla adormilada, como otras mañanas, para evitar el riesgo de que, al mirarlo ella a los ojos, advirtiera que había llorado.

Y a pesar de ese temor, su primer impulso fue abrazarla y llenarla de besos. Pero cuando la tuvo cerca y la miró de frente, se encontró con una tristeza despiadada y profunda que nunca antes había estado allí. Miró hacia la ventana y sus ojos se clavaron en la parte del cristal que el visillo ya no cubría. Y un descarnado temor le heló la sangre.

—¿Hace mucho que estás levantada? —preguntó, paralizado por la angustia. Ella no respondió y, mientras ambos se miraban en silencio, comprendió lo que sus hermosos ojos azules habían contemplado—. ¡Oh, Dios! —exclamó, mientras volvía a abrazarla con fuerza—. Lo siento, vida mía. Lo siento.

La cobijó contra su pecho y suspiró como si ése fuera a ser su último aliento. Y se maldijo. Se maldijo en silencio una y mil veces por haberse roto tan cerca de casa, por haberse roto tan peligrosamente cerca de ella.

—Me prometiste que cuando sintieras ahogo estando a mi lado me lo dirías —le reprochó ella cuando ya no pudo contener las lágrimas.

Él se apartó para mirarla. Y se le encogió el corazón al ver dos gruesas gotas transparentes, como las del rocío que perlaban la hojarasca cada mañana, brotando amargas por entre sus pestañas.

—Es lejos de ti donde me ahogaría sin remedio. —Le enjugó con los labios la humedad de las mejillas—. Y es por eso que a veces, muy pocas veces —aclaró, con una sonrisa afligida—, me puede el miedo a perderte. Te lo dije: no sé vivir sin ti, mi amor. Ya nunca sabré vivir sin ti.

Y cuando ella le pagó con una apocada sonrisa, él volvió a tomarla en brazos para llevársela del dormitorio bien arrimada a su corazón.

En el salón del mirador semicircular, sentado en la mecedora con ella acurrucada en su regazo y abrigada con un cobertor de lana, aguardó mientras veía disiparse la

niebla y aparecer los primeros indecisos rayos de sol. En silencio. Sin que las lágrimas que los destrozaban a los dos por dentro se tradujeran en llanto.

Comenzaba otro día difícil en el que tendrían que luchar contra el desánimo y la tristeza, contra el dolor que desgarraba el alma, contra el miedo a perderse. Pero lo harían; siempre lo hacían. En los momentos más difíciles se miraban a los ojos y recordaban el milagro de estar juntos, de amarse y se proponían sin palabras hacer de éste el mejor de todos los días de su vida, por si fuera el último.

CAPÍTULO 47

Vestida por hojas doradas

Aquel 20 de noviembre amaneció espléndido y extraño, como si la naturaleza que los rodeaba tratara de enviarles una señal. Su pequeño y apartado mundo despertó con un cielo despejado y un inusitado viento caliente que sopló entre los árboles haciendo temblar las últimas hojas doradas.

Tras su acostumbrado paseo, Ian regresó al dormitorio, se desvistió y volvió a acostarse junto a ella. No necesitó aguardar a que se le desentumecieran los músculos y a entrar en calor para tocarla, como le había ocurrido otras mañanas. Se arrimó a su espalda, con cuidado de no interrumpir su sueño, deslizó un brazo por su cintura y buscó con los labios el dulce sosiego de su nuca.

Y el frío que encontró en su piel se convirtió en una afilada sombra que se le quedó atravesada en el corazón.

Entonces la rodeó con ambos brazos y la estrechó contra sí, necesitando creer que eso la mantendría a salvo de su oscuro presentimiento.

Por la tarde, mientras leía en voz alta junto a la chimenea, la sensación que lo atenazó por la mañana seguía oprimiéndole el pecho y, a ratos, ni siquiera le permitía respirar. Con cojines y almohadones había improvisado un comfortable lecho en la alfombra, para que ella descansara al calor del fuego. Él se sentó a su lado y, entre párrafo y párrafo, se interrumpía durante unos segundos para arroparla, para rozarle con cariño las manos, que continuaba teniendo heladas, para besarla y repetirle que la amaba con locura.

Leyó emocionado lo que había escrito sobre la noche en la que, mientras la abrazaba en aquel hotel de Baltimore, atormentado de deseo, descubrió que quería tenerla en su cama todas y cada una de las noches del resto de su vida. Se detuvo cuando ella colocó la mano en la suya, buscándosela para entrelazar con suavidad los dedos.

—Te amo —musitó, recostada en los almohadones—. Y cada día que amanece y te encuentro conmigo, doy gracias y me pregunto qué he hecho para merecerte.

—Existir —susurró él con ternura—. Amarme. Convertirme en el hombre más feliz sobre la faz de la tierra.

Ella sonrió mientras el cansancio la obligaba a cerrar los ojos y él reanudó la lectura. Hasta que su prolongada quietud le hizo creer que se había quedado dormida.

Suspiró a la vez que se frotaba los párpados con los dedos. El sufrimiento de ella le dolía tanto como su propia impotencia por no saber cómo ayudarla. Pensó en avivar el fuego, volver a arroparla y dejarla descansar mientras llamaba, por tercera vez ese día, al doctor Carlson.

Dejaba el cuaderno en el suelo cuando la mano de Elizabeth cayó, inerte, como una hoja dorada se desprende del árbol en un día de otoño sin viento. Y sintió que la sangre abandonaba sus venas. El temor lo ahogaba y respiró con fuerza diciéndose que no ocurría nada, que sólo se había quedado dormida.

—Mi amor... Despierta, mi amor —imploró en un susurro—. Despierta y mírame un segundo.

Pero ella siguió inmóvil, con el gesto sereno y la tez pálida como la nieve. Asustado, colocó el oído en su pecho, sobre el corazón, y percibió sus latidos tan apagados que temió que acabarían deteniéndose si no conseguía despertarla.

Le rodeó la cara con las manos y gritó angustiada que abriera los ojos, que le hablara, que no se fuera. Y se sintió morir al comprender que había llegado el temido momento en que sólo podía abrazarla y pedir ayuda.

Recordó el helicóptero de Stephen. No podía dejarla sola, pero la tarjeta con el número al que debía llamar estaba en la cocina, junto al teléfono móvil. La acarició, la besó y le susurró al oído, creyendo en verdad que podía oírlo:

—Vuelvo en un minuto, mi amor. No te vayas... ¡por Dios, Elizabeth! —sollozó, al temer no encontrarla con vida cuando regresara—. ¡Espérame! No te vayas.

Corrió hasta la cocina con las alas que en ese instante le daba el alma. Marcó el número con dedos raudos e impacientes y, al instante, se precipitó de nuevo hacia el salón. Respondió una voz femenina y, por fortuna, le bastó con pronunciar su nombre. El senador se había encargado de dar instrucciones para el caso de que recibieran una llamada urgente de Ian O'Connell y la joven trató de tranquilizarlo diciéndole que ellos se encargarían de todo, incluido el aviso al hospital para que esperaran preparados su llegada.

Arrodillado junto a ella, posó los labios en los suyos, como si fuera a besarla y, al no percibir ni un leve hálito, el miedo se le convirtió en atormentada agonía.

—Mi amor, despierta... —rogó, anhelando percibir, al menos, un leve parpadeo—. Háblame. Necesito escuchar tu voz.

Silencio. Un alarmante silencio que lo sumió en la más absoluta desesperación. Le gritó, en medio de un llanto desgarrado, que no se fuera, que no lo abandonara. La acarició, la besó...

... la reclamó.

—Dijiste que me amabas. Prometiste que siempre estarías conmigo... No puedes irte... —exigió, mientras el aire se le volvía espeso, irrespirable—. ¡Dios, Elizabeth!, te suplico que no me dejes aún.

Cuando pudo controlar los sollozos, con cuerpo trémulo pero manos firmes, la cubrió con una de las mantas con las que había tratado de quitarle el frío. Mientras lo hacía, le repetía que todo saldría bien, que el doctor Carlson sabría qué hacer, que ella tan sólo tenía que aguantar un poco más.

La tomó en brazos y sintió que ni una paloma hubiera pesado menos. La estrechó contra su pecho y apretó los párpados, besándole el cabello y apresando su siempre

cálido aroma a atardecer.

Salió al exterior sin dejar de hablarle ni un instante para mantenerla así atada a la vida: a su vida. No podía dejarla marchar. Se negaba a aceptar que la estaba perdiendo, y la ceñía con fuerza para ayudarla a retener su último aliento.

Apenas alcanzaron el porche, un viento caliente los azotó, envolviéndolos con olor a humedad y a musgo, a recuerdos y añoranzas. Y entonces Ian reparó en que los olores del otoño, además de ser hermosos, dolían.

Se sentó en el primer escalón y derramó sus lágrimas más negras al dulce amparo de su cuello. Mientras le susurraba cuánto la quería, su mente se torturaba ante la aterradora idea de no volver a verla jamás, de no escuchar su voz ni su risa, de no poder acariciarla, de encontrar en su lugar un vacío inmenso, imposible de llenar con nada ni con nadie. De volver a subsistir con la desesperanza, con la soledad, con la indiferencia entre vivir o morir.

—No me abandones... —sollozó, pegado a su piel—. Te lo suplico... Quédate conmigo.

Oyó el sonido de un motor en el viento. Se alzó de nuevo con su liviana carga y caminó hacia el claro donde los recogerían en unos segundos. Al pasar junto al viejo arce, el dolor hizo que le flaquearan las piernas. Se dejó caer de rodillas mientras gritaba su nombre y le suplicaba, una vez más, que no lo abandonara, porque no sería capaz de vivir sin ella. El helicóptero, en su descenso, formó un torbellino de viento que arrastró el grueso manto de hojas que tapizaba el césped. Una espiral de ocres y amarillos, rojos y café, danzó rodeando sus cuerpos y, durante un instante infinito, los convirtió en bellísimo otoño. Les alzó y revolvió sus cabellos, entretejiéndolos en unos sedosos mechones negros y dorados que se abrazaban, que se fundían en un último intento por no separarse. Sus almas se acariciaban bajo el remolino de hojas en el que, las más hermosas y ardientes, las del rojo pasión de vivir, cayeron sobre Elizabeth. Ian sintió que ella había querido despedirse con el otoño, haciendo el esfuerzo sublime de retener el aliento para aguardar a las últimas hojas. O tal vez fueron las hojas las que la esperaron a ella.

Y volvió a gritar y a llorar su impotencia y su miedo.

—No me hagas esto, por favor... Sé que aún estás aquí, que me oyes... No me abandones...

Su llanto fue desgarrador al comprender que, por mucho que le destrozara las entrañas, si había llegado el temido final, amarla también consistía en ayudarla a irse en paz.

Tomó su mano y la estrechó con fuerza. Sintió que un infierno de hielo negro se le llevaba la vida y que sería en él donde aguardaría hasta que volviera a encontrarse con su amada en otro lugar diferente, seguramente cálido y lleno de luz.

Contuvo el llanto que le desgarraba el pecho y miró los delicados párpados cerrados.

—Estoy aquí... contigo... —Inspiró una gran bocanada para darse fuerzas—. No

estás sola, mi amor —le susurró con besos pegados a su sien—. Nunca estarás sola.

Era él quien se sabía solo, él quien viviría siempre en invierno, bajo un cielo sin sol, en una permanente noche sin luna ni estrellas. Conocía la muerte de vivir sin ella y sabía que no podría soportarlo.

—Espérame, mi vida... —le pidió, seguro de que aún lo oía—. No tardaré en reunirme contigo.

El otoño continuó danzando a su alrededor. Las hojas más vivas y de colores más intensos se prendieron a sus cabellos, con los que el viento siguió trenzando mechones dorados con sedosos azabache. Eran las últimas notas de color que, en torno a los dos amantes, regalaba la esplendorosa naturaleza.

Se acercaba el largo y crudo invierno.

CAPÍTULO 48

Una historia que contar

Cada pocos segundos, dedicaba una fugaz mirada al reloj. Sumido en sus pensamientos, Ian apenas prestaba atención a quienes se apresuraban de un lugar a otro cumpliendo con su cometido mientras él aguardaba sentado en un cómodo sillón, acariciando el pañuelo de seda en el interior del bolsillo de la chaqueta para sentir, una vez más, que tenía a Elizabeth a su lado.

Faltaban dos minutos para las ocho de la mañana. En los estudios de la NBC, en Rockefeller Center, en medio de una excitación que para cualquier profano hubiera parecido caótica, se ultimaban detalles y se daban las últimas instrucciones para que la puesta en escena resultara perfecta. Arrancaban con una nueva emisión del programa matinal.

El decorado del plató simulaba ser un acogedor café de bohemios. Un lugar agradable, de luz tenue, que invitaba a la conversación en voz baja y a la lectura. Ante él y sobre la mesa, con dos humeantes tazas de café, se encontraba su último y más esperado libro: su historia.

Aguardaba con tranquilidad a que todo diera comienzo. A pesar de los años que llevaba sin aparecer en los medios, no había perdido su seguridad ni su aplomo. Era consciente de su magnetismo, de su poder de seducción, pero, sobre todo, confiaba en los resultados de un trabajo bien hecho y aquella novela era, sin ninguna duda, su mejor obra. En ella había ido dejando sus esperanzas, su felicidad, su amargura. Sus lágrimas. Durante tres largos años, su alma había anidado en sus dedos para narrar el amor y el desamor de su vida.

El programa dio comienzo con puntualidad y de forma impecable. Desde el primer momento, escritor y periodista se entendieron a la perfección, por lo que el tiempo y las preguntas se fueron sucediendo casi sin sentirlo.

En un momento de la entrevista, la presentadora quiso saber el porqué de tantos años para escribir una novela, cuando acostumbraba a publicar una cada año.

En su relación con Elizabeth, había aprendido a ser celoso guardián de su intimidad, y seguiría siéndolo el resto de su existencia, por lo que, una vez más, evitó mencionar que la historia narraba los años más importante de su propia vida. Ni siquiera quiso señalar que era un hecho real y ese «pequeño detalle» obstaculizaba cualquier explicación.

—Comencé a escribirla en un momento muy difícil para mí. —Sus ojos se ensombrecieron al recordar la enfermedad y el dolor de la que ya siempre sería su amor eterno. Volvió a sentir, por un instante, el aleteo de un sollozo al viento, de un corazón desbocado en busca de auxilio, de un grito desgarrado y desolador—. Por

muchos motivos, ésta ha sido la novela que más me ha costado terminar.

—Coincidió con tu divorcio de la heredera de los Stanford. ¿Es ésa la dificultad a la que te refieres?

Ian respondió con naturalidad, pero sonrió a la periodista, esperando que entendiera su petición de dejar a un lado su vida privada.

—Divorciarse siempre implica mucho sufrimiento para las dos partes. Sobre todo, cuando continúa existiendo un gran cariño. No se toma la decisión de la noche a la mañana.

La presentadora comprendió su amable mensaje y, aunque creyó percibir que el escritor había sufrido, y que aún lo hacía, pensó que tal vez por el amor perdido de su ex esposa, no quiso desaprovechar la buena sintonía que había surgido entre ellos desde el primer momento. Entre conseguir una entrevista brillante o arriesgarse al hipotético y morboso descubrimiento de que el deseado escritor padecía de desamor, prefirió la seguridad de la primera opción.

Regresó al tema literario que, al fin y al cabo, era de lo que trataba su reconocido programa. Comentó con él detalles y pasajes de la novela que le parecieron interesantes, y le fue pulsando, sin pretenderlo, sus resortes más sensibles, ocultos y dolorosos.

—Esta novela está llena de maravillosos otoños. Es evidente que es una estación que te gusta, ¿no es cierto?

—Para muchos, el otoño representa la madurez, la soledad, la muerte —respondió con voz grave—. Para mí siempre ha supuesto todo lo contrario. Es la belleza, el deseo de renovarse, de vivir. Son los colores de la pasión, y sin pasión no hay vida.

Mientras hablaba, su semblante fue tornándose sombrío ante el recuerdo de un otoño muy diferente y triste. Llevaba en su mente, como grabados a fuego, los párpados cerrados de su mujer amada, su rostro blanco como la nieve, su sedoso cabello dorado cubierto de hojas. La imagen de Elizabeth vestida con los últimos colores de vida del otoño la tenía clavada como una daga que jamás podría arrancarse.

Sus emociones se entreveían en sus expresivos ojos negros. La tristeza les confería una fascinante belleza de la que la periodista no pudo abstraerse.

—Te gusta el otoño y, sin embargo, parece que te entristece hablar de él. ¿A qué es debido?

La cámara volvió a tomar un plano corto de sus ojos y todas las luces y las sombras de su mirada, que tenían subyugada a la entrevistadora, atraparón también al espectador.

Tardó en responder. Su mente voló muy lejos, muy alto, hasta el helicóptero en el que trasladaron a Elizabeth al hospital, hasta la desesperación que lo consumió al no sentir la vida en su cuerpo inerte. Cuando vio que la muerte se la arrebatava, ya sólo pudo llorar con amargura, sumido en una devastadora soledad. En aquellos dramáticos instantes, tuvo la firme convicción de que tampoco él seguiría viviendo.

La seguiría —se dijo entonces, en medio de tan insoportable sufrimiento—; buscaría el lugar más alto de Baltimore, el que estuviera más cerca del cielo y de ella, y pondría alas a su destrozada alma para que volara hasta encontrarla de nuevo.

Suspiró, tratando de regresar al presente, soportando un consistente nudo en el pecho. ¡Le resultaba tan sencillo dejarse llevar por tristes evocaciones, pero tan difícil, después, abstraerse de ellas!

—Todos tenemos algunos recuerdos que nos entristecen —contestó, retomando la pregunta—. Los míos van unidos al otoño y a mi novela.

Lo dijo con tanta aflicción, que la periodista se conmovió. Carraspeó con el propósito de dar más relevancia a ese sentimiento. Sabía que un detalle como ése añadía humanidad y emoción a cualquier entrevista y que la prensa, al día siguiente, comenzaría a forjar toda una leyenda sobre la misteriosa pena que afligía al atractivo escritor.

—Si te preguntara cuáles son esos recuerdos, ¿me lo dirías?

Fue la añoranza la que sonrió mientras él negaba sin palabras. La pantalla se llenó con su rostro, con su melancolía, pero también con su media sonrisa apagada, su misterio, su magnetismo.

La mujer aceptó con un gesto resignado y continuó:

—Aunque estamos comenzando a descubrir esta última novela, respóndeme a algo que creo que nos inquieta a todos tus lectores: ¿tendremos que esperar otros tres o cuatro años para la siguiente?

—Espero que no. —Soltó una corta y clara risa—. Aunque eso nunca se sabe; nuestra vida puede cambiar en un instante.

Sabía mejor que nadie que los planes poco servían cuando el destino decidía jugar a enredar los hilos con los que se tejen las vidas e ilusiones. Había tardado muchos años en comprenderlo, pero Elizabeth le había enseñado muchas cosas. Su dulce y adorada Elizabeth. A la que él abrazaba, tres años atrás, camino del hospital, apretándola con fuerza contra su pecho, suplicando a su propio corazón que latiera por los dos, porque ya no oía palpar el de ella; a la que lo destrozó soltar para que un grupo de enfermeros se la llevaran en una camilla, alejándola de su vista a la velocidad del viento...

... La que lo dejó abandonado en medio de un frío mortal, en un enorme vacío, con un desgarrador presentimiento de que no volvería a verla con vida.

Frente a la barra con sabor a historia del Club 21, Edgar tomaba su segundo café del día, conmovido aún por la emoción contenida que había visto en su amigo durante la entrevista. Disfrutando de los privilegios que le concedieron llegar acompañando al reconocido escritor, había contemplado el programa como un entregado espectador más, pero desde el favorecido lugar de las bambalinas del plató.

—Espero que esto marque el comienzo de tu vuelta a este mundo de asfalto, de

restaurantes, de salas de exposiciones...

—Nada que pueda compararse con la vida tranquila en Crystal Lake —lo interrumpió Ian con una sonrisa—. Seguiré viniendo cada vez que lo necesite, como he hecho durante años, pero volviendo después a casa.

—¿De verdad no añoras un poco de barullo, alguna fiesta?

—De verdad —aseguró, a la vez que le daba unas palmadas en el hombro—. No echo en falta nada. Además, tampoco estoy viviendo en Alaska. Eres tú quien suele irse hasta el otro extremo del mundo para traer imágenes impresionantes.

—¡Si al final tendré que darte la razón! —bromeó Edgar antes de acercarse la taza a los labios y tomar un sorbo de café.

Ian observó el suyo mientras su pensamiento regresaba a uno de esos momentos en los que su amigo estuvo lejos, en África, en los desérticos y ardientes alrededores del lago Asalé, para fotografiar a los trabajadores afar y miembros de la tribu tigré avanzando con sus enormes caravanas de cientos de dromedarios y asnos, y extrayendo después, en condiciones extremas, la valiosa sal del suelo. Recordó la desesperación con la que lo llamó desde el hospital para decirle que todo terminaba, que Elizabeth se iba y que él no podía soportar el dolor. Tampoco encontró consuelo en esa llamada. Edgar le aconsejó que no perdiera la esperanza, pero él ni siquiera lo escuchó. Sólo pudo golpear con el puño contra la pared hasta destrozárselo, mientras maldecía con impotencia a la vida que le arrebatava lo que más quería.

—Te has quedado muy callado —comentó Edgar con suavidad.

—Recuerdos —respondió, mientras hacía girar la taza sobre el pequeño plato.

Pero Edgar consideraba que ése debía ser un día de celebración y no de penas.

—Supongo que has recibido la invitación de Audrey —dijo con la clara intención de alejar a su amigo de la tristeza—. ¿Irás a su boda?

—No lo he decidido aún. Mi presencia les estropearía el día a sus padres y no creo tener derecho a hacer eso.

—Sería una buena ocasión para que arreglaras las cosas con ellos. En algún momento tendrán que aceptar que entre su hija y tú ha quedado una buena amistad.

Ian continuó pensativo durante unos segundos, con la mirada fija en los juguetes antiguos que pendían del techo; regalos, todos ellos, de clientes importantes.

—¿Qué opinión te merece ese tipo?

El «tipo» en cuestión era el prometido de Audrey. Una joven promesa de la Fórmula 1, nueve años menor que ella, que tenía a toda una horda de jovencitas suspirando por él.

—Hablas del piloto. —Se frotó el mentón con insistencia antes de continuar—. En principio me cae bien. Lo he tratado poco, pero según una expresión textual de Jenny, no mía, «es encantador».

Edgar rió mientras se preguntaba por qué se complicaban tanto las mujeres para calificar a un hombre. Para algo tan simple eran capaces de utilizar más palabras de las que él opinaba que existieran, con lo sencillo que le parecía decir de alguien que

era un buen tipo o un cabrón.

—Yo no estoy tan seguro —dijo Ian—. Demasiado guapo, demasiado encantador, demasiado seguro de sí mismo y demasiadas chicas siempre a su alrededor.

—Esa definición me recuerda a alguien —dijo Edgar con mofa.

—En serio. Quiero que sea feliz y me da igual con quién. No me gustaría que volviera a pasar por lo que pasó conmigo.

—Deja de analizarle los novios igual que si fueras su padre; acostúmbrate a que no debes preocuparte por ella. ¡Y relájate! —lo aconsejó con buen humor—, porque a mi Jenny le gusta y ella tiene buen ojo. —La sonrisa irónica de Ian le hizo preguntar —: ¿Acaso no te fías del sexto sentido de mi chica?

—¿Ese sexto sentido que le falló un poco, igual que a Audrey? —dijo, apenado y una vez más arrepentido—. No merecían lo canallas que fuimos con ellas.

El rostro divertido de Edgar se convirtió en una mirada enigmática, en un bajar la voz ante un secreto que, tal vez, no era tan secreto.

—No, no lo merecían. Pero ¿quién te dice que Jenny no se enteró?... —Esperó hasta ver una silenciosa pregunta en los ojos de su amigo—. Nunca he hablado con ella de esto, y Dios me libre de hacerlo, pero siempre he tenido la sensación de que sabía más de lo que aparentaba.

—¿Y por qué crees que no te lo dijo nunca?

Edgar se palpó la cajetilla de cigarros en el interior del bolsillo y apoyó los codos en la barra.

—En su día le di muchas vueltas, pero ya no. Tal vez pensó que sería más fácil superarlo de esta forma y seguro que tenía razón. Si hubiéramos llegado a discutir por esto... —Chasqueó la lengua y negó con la cabeza—. Yo soy muy temperamental, muy bocazas; lo habría jodido todo. Ella me conoce mejor que yo mismo.

También Ian lo conocía bien, aunque siempre se negó a creerle cuando decía que si perdía a su Jennifer no podría soportarlo y se quitaría de en medio. Entonces le pareció exagerado y melodramático y al final comprobó por sí mismo que era cierto: la vida dejaba de tener sentido cuando perdías a la persona a la que amabas.

Lo supo al enamorarse como un loco de Elizabeth y lo recordó cada segundo de aquella trágica noche en el hospital, cuando, sentado en una rígida silla de plástico, esperó en un inhóspito pasillo a que le dieran noticias. Fueron horas largas y difíciles en las que hubiera querido gritar la impotencia y el dolor que le convertían el alma en jirones. Pero no aguantó solo. Mientras sus padres hacían lo imposible para conseguir un vuelo en el aeropuerto internacional de Laredo, llegó Stephen, apenas media hora después de que él se hubiera desahogado por teléfono con Edgar, y se sentó a su lado, en silencio. Si la angustia, el miedo o la soledad hubieran ocupado espacio, aquel largo y gélido pasillo habría reventado como un globo con exceso de aire.

Ahora entendía, tal vez mejor que nadie, que su amigo dijera que no podía vivir sin su esposa, sin la excepcional Jennifer que lo amaba por encima de todo.

—Te va a costar pagarle a esa mujer sorprendente todo lo que le debes —dijo,

conteniendo a duras penas la emoción.

—Es cierto. Siempre lo he dicho. Soy un cabrón con suerte.

Llevaba diciéndolo desde el día en que se declaró a Jennifer y ésta lo aceptó. También mientras fue un marido infiel e imperfecto, y continuaba diciéndolo a pesar de llevar años redimido, convertido en un hombre enamorado y fiel.

—No hay más que mirar a tu pequeñaja para estar de acuerdo con eso. —Sonrió recordando a la vivaracha Jenny y sus preciosos ojos negros, sabiendo que acababa de tocar el tema favorito de Edgar—. A pesar de que noche tras noche asalte el centro de vuestra cama.

Cuando, tras dos cafés y una larga y divertida conversación sobre lo difícil pero maravilloso que era ser padre, abandonaban el local, Ian le pidió a su amigo que lo acompañara a la Quinta Avenida, para que lo ayudara en algo extremadamente importante para lo que no podía confiar en nadie excepto en él.

CAPÍTULO 49

Donde siempre es otoño

A media mañana y tras despedirse de Edgar con un emocionado abrazo, Ian inició el regreso a casa. Tan sólo tres cuartos de hora separaban la ciudad de uno de los lugares más hermosos que conocía; especialmente en otoño.

En el último tramo, en cuanto enfiló la estrecha carretera que conducía al lago, bajó el cristal de la ventanilla. Lo relajaba sentir en el rostro la brisa con olor a humedad, a musgo, a hojas secas y a nostalgias de ese precioso entorno. Pensaba que, si en verdad existía un paraíso, tenía que parecerse mucho a Crystal Lake.

El viento, más frío de lo normal para ese mediados de noviembre, sopló hacia el interior del coche llevando en sus alas nuevos y dolorosos recuerdos. Volvió a sentir la angustia de la espera junto a Stephen, cuando el doctor Carlson salió a informarles de que la situación era extrema, que no conseguían estabilizarla. Les había ofrecido una sala más cómoda, pero los dos quisieron mantenerse lo más cerca posible del lugar donde Elizabeth luchaba por su vida.

Con el alma aterida por los recuerdos, detuvo el coche bajo el techado de madera adosado a uno de los costados de la casa y caminó hasta el porche, escuchando el crujir de las hojas bajo sus pies. Continuaba fascinándole ese sonido que, en cada nueva pisada, se revelaba diferente. Un aire casi gélido le azotaba el rostro y le enredaba los cabellos; el mismo que había llenado el porche de hojas amarillas y cobrizas y mecía el balancín. Se sentó en él y dejó vagar la mirada por las ramas de los arces y las hayas. Su corazón y su mente siguieron ahondando en los recuerdos de aquella noche en la que aguardó al lado del senador, abrumados ambos por la angustia, la impotencia, la desolación. Casi de madrugada, y tras cinco horas de dramática espera, una enfermera les comunicó que nada había cambiado y que se prepararan para lo peor.

Las piernas le habían flaqueado. Buscó apoyo junto a la puerta por la que desapareció la enfermera y, con la frente contra la pared, se dejó vencer por lágrimas silenciosas que poco a poco se le fueron convirtiendo en llanto desconsolado. Se detuvo al sentir en el hombro la suave presión de una mano amiga. Y al volverse se encontró con el rostro doliente y a la vez sereno de Stephen. Entonces, olvidando los viejos celos, se fundieron en un intenso y doloroso abrazo. A partir de ese instante, hablaron y padecieron juntos, compartieron temores y anhelos en la noche más larga de sus vidas, sufriendo por la misma hermosa mujer y bebiendo un amargo café de máquina en vasos de plástico.

Habían pasado tres años desde aquel duro otoño y el bellissimo espectáculo volvía a lucir en todo su esplendor. El bosque ardía en colores, el viento convertía las hojas

en mariposas que revoloteaban haciendo giros antes de caer con suavidad al suelo. El verdor de la hierba se hallaba oculto bajo una gruesa capa de hojas con color a vida que antes, en su último aliento, habían brindado un hermoso y agonizante vuelo. Y él inspiró despacio para atrapar esos olores a añoranzas y serenar su espíritu antes de entrar en la casa.

Avanzó por el pasillo en media penumbra y alcanzó la cocina, en la que la suave claridad se filtraba a través de las cortinas. Sobre la mesa, junto a la correspondencia sin abrir, dejó las llaves del coche y la novela. En la portada, unos bellísimos ojos azules sonreían desde un cielo sin nubes, y en unas delicadas letras doradas se leía el título: *Donde siempre es otoño*.

Observó el libro unos instantes y dibujó con los dedos cada uno de los dulces iris azules que siempre serían su luz. Suspiró al pensar que eso era lo que le había enredado el alma en recuerdos durante toda la mañana. Ni un momento se había separado de la novela y ésta tenía impregnada en sus últimas páginas todas las lágrimas y el sufrimiento de aquellas horas eternas. Acarició esos ojos una última vez y, con otro hondo suspiro, se dirigió despacio al pequeño saloncito del mirador semicircular.

La puerta estaba entornada y, nada más entrar, lo recibió el esplendor del incendiado bosque de hayas, que parecía querer atravesar los cristales para inundar el cuarto.

Sonrió mientras avanzaba y, allí, junto a la cristalera, envuelto en una agradable y dorada luz de otoño, se arrodilló en la alfombra, frente a la mecedora.

—¿Qué has hecho durante toda la mañana? —preguntó con ternura, tomándole las manos entre las suyas y contemplando con fascinación su hermosa sonrisa.

Y, sin darle tiempo a responder, la besó en la boca para calmar toda esa necesidad que siempre acumulaba desde el instante en que se alejaba hasta que volvía a reunirse con ella.

Porque seguía sin saber vivir si no la tenía al lado.

Porque seguía sin entender cómo algo tan sencillo y simple como el brillo de su mirada o una de sus sonrisas, podía cambiarle a cada minuto la vida, llenándosela de un loco y apasionado amor que ni siquiera podía describir.

La miró a los ojos mientras hundía los dedos entre su sedoso cabello rubio; el mismo que fulguró un instante en el contraluz de aquel lejano y cálido atardecer en Crystal Lake. Entonces no pudo imaginar que descubrirla durante unos breves segundos, espolvoreada de mágicos reflejos, fuera tan sólo la señal de que iba a tener el privilegio de amarla durante la vida entera.

Llevaba ya cuatro años amándola en ese lugar único y alejado del mundo. Cuatro años enamorándose, día tras día, de la mujer que le alborotaba la vida y se la colmaba de amor. Cuatro años descubriendo que cada nuevo amanecer podía ser sorprendente y único cuando lo recibía abrazado a su piel.

—Lo que he hecho es esperarte con impaciencia —dijo Elizabeth con apasionada

dulzura, dándole un rápido y sonoro beso en los labios. Su carcajada recorrió la estancia cuando vio que él había cerrado los ojos, esperando la llegada de otro beso—. Aunque también he hecho planes para la Navidad —siguió contando mientras, con una divertida mueca, Ian simulaba decepción—. Ha llamado mi hermana pequeña. Dice que van a poner un abeto tan grande que no quedará espacio para nadie más en el salón. —Otra alborozada risa surgió de su boca—. Están locos de contentos porque vayamos a verlos también este año.

Nadie podía estar más loco de felicidad que ella. Nadie como ella para recibir cada día como si fuera un maravilloso regalo, nadie para convertirlos en irrepetibles y perfectos. Nadie capaz de contagiar, con tanta pasión, toda esa alegría que desbordaba a cada instante.

Y mientras la oía reír y contar lo que harían nada más llegar a su pueblo de Lekeitio, volvió a dar las gracias, no sabía si a ese desgarrado amor con el que le había suplicado que no lo abandonara, a sus almas, que habían luchado hasta el final para no separarse, o a un milagro. Su única certeza era que, cada vez que la miraba, necesitaba agradecer el instante en el que, durante aquella inacabable y dolorosa noche, apareció el doctor, con aspecto extenuado y satisfecho, para comunicarles que el momento crítico había pasado. Dejó de escucharlo después de esas palabras. El alivio lo hizo estallar en sollozos. Y, derrumbado en el asiento, con los codos en las rodillas y el rostro oculto entre las manos, vertió las lágrimas más liberadoras de su vida, consciente de que el camino que los aguardaba sería aún largo y difícil, pero esperanzado de nuevo en que podrían superarlo juntos.

—Tengo ganas de hacer ese viaje —le dijo, con los ojos humedecidos por la agonía de aquella lejana noche—. Me gusta tu pueblo. Me gusta tu mar, tu puerto, tus acantilados. Me gusta tu gente. —Le rozó la nariz con la suya y susurró—: Me gusta todo lo que me acerca más a ti. Por eso...

—¿También mis revoltosos sobrinos? —lo interrumpió con chispeante ironía.

Él la besó entre risas ante la inoportuna pregunta, aplazando para un mejor momento lo que tan deseoso estaba de decirle.

—Especialmente ellos —reconoció emocionado—. Se ríen como tú lo haces. A veces me pregunto si los hijos que tengamos se les parecerán. Si tendrán esos ojos azules y esa risa fácil y contagiosa.

Elizabeth inspiró ante la mezcla de sentimientos que le provocó oírlo mencionar a los hijos que, durante mucho tiempo, creyó que jamás llegaría a tener. Contempló el brillo en su mirada, el mismo que había llenado la pantalla del televisor y que la mantuvo acurrucada en el sofá durante todo el programa.

—Has estado impresionante —le dijo casi sin voz—. Me habría gustado estar allí, contigo.

—Estabas conmigo —susurró como una caricia, mientras sacaba del bolsillo el pañuelo. El destino, como siempre, volvía a hacer encajar las piezas y esta vez lo hacía señalándole el momento preciso para lo que tan cuidadosamente había

preparado—. Siempre y en todas partes estás conmigo.

Ella sonrió ante la visión de la tela que él y su amor habían convertido en algo tan especial e importante. Se quedó inmóvil cuando le hizo extender la mano, con la palma hacia arriba y le entregó el pañuelo con los extremos cuidadosamente doblados que ocultaban un pequeño bulto, mientras le musitaba, mirándola intensamente a los ojos:

—He venido pensando durante todo el trayecto. Recordando... —dijo en voz baja, acariciando la seda—. Y es que hay momentos en la vida que te marcan, e irremediable marcan el resto de tu existencia. He necesitado que llegaran para ver que las cosas realmente importantes están en las más sencillas, entre sus pliegues, y que sólo es necesario apartarlos para verlas. —Separó con cuidado el primer doblez del tejido, sin quitar los ojos de ella—. Primero necesité encontrarme a mí mismo entre todas las capas banales y superfluas.

Elizabeth siguió quieta, alternando la mirada entre él y el modo en el que sujetaba otro pliegue de suave tono azul.

—Me he pasado media vida creyéndome alguien que no soy, media vida pensando que el amor era un sentimiento tranquilo que podía controlar y dirigir. Una emoción simple y no más importante que ninguna otra. Hasta que te conocí —dijo conmovido—. Y todo cambió, como cuando vuelves la página de un libro. —Deslizó hacia un lado la tela, haciendo que de pronto apareciera el hermoso y vivo estampado.

Ella inspiró, embriagada por sus palabras y por su mirada rebosante de ternura. Y en silencio, para no interrumpirlo, le acarició suavemente la mejilla. Durante un momento, él cerró los ojos, arrimándose a ese cálido contacto.

—Sabes que el camino para llegar a ti fue largo —dijo con voz rota, antes de abrir con lentitud los párpados y volver a mirarla—. Pero durante ese arduo recorrido aprendí que el amor no es sólo placer y sonrisas. Tú y yo sabemos bien que surgen problemas y que, para salvarlos, es necesario aferrarse juntos a ese amor. —Rozó con las yemas de los dedos los extremos temblorosos de los de ella—. Porque amarse es entregarse cada día, enamorarse cada día y hacer que cada día ese amor sea más sorprende e intenso —dijo, a la vez que levantaba otro extremo y hacía aparecer el azul más vivo y enérgico de la tela—. Sé que me quedan muchos sentimientos por descubrir y que sólo podré hacerlo contigo.

Tomó aire y lo expulsó de golpe, emocionado, mientras sujetaba entre los dedos el último pliegue que extendería por completo el pañuelo.

—Te amo, Elizabeth Salaya —declaró, con la pasión desgarrada de la primera vez —, y tengo la certeza de que te amaré siempre, que no te fallaré nunca, que te haré feliz cada segundo que esté a tu lado en esta vida e incluso después —aseguró convencido—. Porque, sea lo que sea lo que nos espere tras esto, sé que no existirá fuerza alguna capaz de llevar mi alma lejos de la tuya. Porque, desde que te vi, lo más importante fue, es y siempre será lo que eres en mí.

La emoción ahogó las palabras en la garganta de Elizabeth, pero él pudo apreciar cómo sus labios pronunciaban sin voz un «te quiero».

Inspiró conmovido a la vez que se humedecía los labios. Apartó el tejido y dejó al descubierto lo que con tanto esmero había encerrado entre la seda que era ya como un pedazo de su alma.

Los dedos de Elizabeth temblaron al rozar la pequeña caja. Y siguieron haciéndolo mientras tiraba de un extremo del lazo blanco que la ceñía, deshaciendo la lazada. Ella conocía bien ese tono azul aguamarina de Tiffany & Co., en la Quinta Avenida. Había recibido muchas joyas en esos especiales estuches, pero jamás le había latido el corazón con tanta intensidad como al contemplar esa que le entregaba con ternura el hombre de su vida. Levantó la tapa, miró dentro y después a los ojos negros, tan brillantes y emocionados como los suyos.

Y al tiempo que suspiraba, lo oyó susurrar:

—¿Quieres casarte conmigo?

Mientras tanto, tras los cristales de aquella estancia rebosante de amor, la naturaleza se preparaba para el descanso antes de comenzar un nuevo ciclo. Y lo hacía, una vez más, con una explosión de belleza, con una alegoría de la vida, con un viento frío que silbaba entre el esplendor de las copas de los árboles, dedicando su apacible canto de sirena a las hojas doradas, para seducirlas para que abandonaran las ramas y lo siguieran a danzar con él giros imposibles, aleteando en toda su hermosura hasta entregar su último suspiro.

La vida continuaba, sublime, orgullosa y perfecta en la naturaleza que rodeaba la acogedora casa junto al lago; ese cuyas aguas cambiaban su color dependiendo del cielo, de la luna, de la lluvia o del viento. Ese que a veces se veía negro, como ojos en noche perpetua; azul, como mirada enamorada en un cielo abierto; verde, como la esperanza; dorado, como los sueños, como centelleaba en ese instante, como probablemente luciría el resto de la eternidad.

Contenido extra

Reseña de Elisabeth Ramos

De la mano de *Donde siempre es otoño* nos adentramos en lo que esa maravillosa estación representa. Simbolizando el todo y la nada. El encuentro, el lugar donde siempre vuelves a ser.

Con gran habilidad, Ángeles nos transporta a Manhattan y a Crystal Lake, recreándolos con pinceladas tan visuales como reales. Con colores suaves y melodiosos. Y allí, bajo ese escenario y esa estación idílica, nos cuenta la historia de Ian, de su descubrimiento, y de Elizabeth, que llega para cambiarle la vida. Los traza con precisión y nos hace testigos de sus decisiones y errores. Tras ellos la política americana cobra importancia, con sus senadores y elecciones; y la sombra permanente de un gran misterio entreteje la trama hasta la resolución final del mismo, de los miedos, del orgullo, de las ataduras, del futuro, y del amor que con esa fuerza arrebatadora se impone a todos.

Con un estilo cadencioso y elegante, la autora, nos regala una historia de las que siempre se recuerdan. Y consigue, desde la primera línea, convertir cada una de sus frases en una espiral envolvente que te lleva una y otra vez a tocar el alma de sus protagonistas, alcanzando un desenlace sorprendente y brillante. Un amor que, por la fuerza y la verdad del mismo, todos quisiéramos vivir.

***Donde siempre es otoño* es un vuelo de hojas rojas, doradas y ocres, un paseo por sentimientos como el amor, el miedo, el orgullo.**

Es la representación de un sublime final después de un principio maravilloso.

Entrevista a Ángeles Ibirika

La autora de *Donde siempre es otoño* responde a nueve preguntas esenciales para entender su novela, el proceso de creación y conocer un poco más qué se esconde tras esta creadora de historias que nos llegan al corazón.

La primera vez que entramos en tu blog nos sorprendió una frase: «Deja que tus manos escriban lo que les dicta tu corazón». ¿Qué significa para ti? ¿Es esta tu forma de entender la literatura y el proceso de creación de tus novelas?

Ángeles: Yo siempre he escrito con y desde el corazón. Lo hago porque me gusta, para vivir la historia mientras le doy forma, sin ceñirme a clichés o a lo que piense que pueden buscar los lectores. Dejo que el corazón, y no el cerebro, me dicte las historias. Eso hace que sean más verdaderas y más vivas.

~~~~~

Sabemos que escribes todas tus novelas a mano, algo extraño en estos tiempos, pero con lo que recuperas la esencia del escritor clásico. Cuéntanos esta manera de trabajar tan artesanal que tienes. ¿Qué te aporta? ¿Piensas que así consigues que tus novelas sean aún más cercanas para el lector, más personales, más auténticas?

: Todos necesitamos inspiración para escribir, y estar mirando la pantalla de un ordenador mientras tecleo las letras no me inspira. No entro de verdad en la historia, y si yo no la vivo mientras la escribo nadie podrá vivirla mientras la lea. Dibujar cada palabra de cada frase me estimula la imaginación y me mete de lleno en la piel de los personajes. Si tuviera que prescindir del papel y la pluma, mis novelas serían simples historias contadas, y sus hojas no estarían impregnadas de sentimientos.

~~~~~

La cita de Françoise Sagan con la que comienza *Donde siempre es otoño* –«He amado hasta llegar a la locura; y eso a lo que llaman locura, para mí, es la única forma sensata de amar»– es toda una declaración de intenciones. A nosotros nos ha hecho pensar en una cita de Antonio Gala, «El que no ama siempre tiene razón. Es lo único que tiene». ¿Las compartes? ¿Crees que es posible hacerlo todo por amor? ¿Podrías confesarnos alguna locura por amor que hayas cometido?

: Comparto la de Françoise Sagan, ya que pienso que cuando se ama hay que hacerlo

con toda el alma, pero no la de Antonio Gala, pues da por hecho que si no amas no tienes nada, salvo a ti mismo y a lo que quieras hacer, decir y ser. Y pienso que se puede ser feliz sin amor. Por supuesto, siempre que no se deba a que estás enamorado y no eres correspondido. Y, sí, creo que hacemos casi todo por amor. A veces puede ser por amor a uno mismo, al poder, al dinero. Otras por amor a alguien: madre, esposo, hijos, hermanos... Y por supuesto por amor a un hombre o a una mujer. El amor es el responsable de grandes gestas, pero desde luego también de enormes locuras. ¿Locuras que yo haya hecho por amor?, muchas, aunque mejor no las cuento (risas). Yo veía al que hoy es mi marido y me temblaban las piernas, literalmente. Y eso me ocurrió durante muchos, muchísimos meses, hasta que aprendí a controlarme.

~~~~~

El amor de Ian y Elizabeth es muy palpable: sensual, apasionado, envolvente y, en algunos momentos, casi enfermizo. Amor y desamor, la fina línea entre el amor y el odio y los sentimientos contradictorios se suceden constantemente en *Donde siempre es otoño*. Es el Amor en mayúsculas, el amor que todos quisiéramos vivir, al menos una vez en la vida. Pero, ¿es un amor real? ¿O, como piensa Ian, es el amor que sólo se vive en las novelas?

: Al principio todos los amores son así de apasionados e impetuosos y no piensas en otra cosa que no sea verle, verle, verle, ¿no? (risas). Hay muchas clases de amor porque cada uno lo creamos y lo vivimos a nuestra manera. Pero estoy convencida de que cuando el amor es de verdad, incluso cuando ya ha pasado a esa fase tranquila en la que parece que nada se mueve y todo huele a rutina, harías cualquier cosa por la otra persona. Hasta dar la propia vida.

~~~~~

El otoño es casi un personaje más de la novela y tiene un valor simbólico. ¿Qué es el otoño para ti?

: Para mí, el otoño es magia pura. Es la estación más hermosa del año. Vivo en el campo, y aun en los días más oscuros los colores del otoño parece que llenan la casa de luz. A veces, mientras llevo algo de una habitación a otra, me quedo mirando hacia la ventana como tonta, dando gracias por poder disfrutar de tanta belleza y tanta vida.

~~~~~

Ian es un escritor a quien la inspiración le ha abandonado por primera vez. Y es un instante fugaz, un momento al que prácticamente ni da importancia, el que hace que

la recupere. Pero no sólo eso; incluso hace que se replantee algunas de sus convicciones. ¿Has vivido esta misma situación? ¿Te ha pasado alguna vez que un instante te haya cambiado tu vida o algunas de tus creencias?

: Creo que eso nos ha pasado a todos alguna vez. A veces, tanto para bien como para mal, los cambios son muy estruendosos y visibles. Otras, son silenciosos, como en el caso de Ian, y van tejiéndose en ti sin ninguna prisa. En mi vida ha habido instantes que, estoy segura, han variado mi rumbo. Lo que ignoro es qué rumbo era ese otro que abandoné. Si echas la mirada atrás y piensas en tu vida, verás que hubo momentos, muchos momentos, que si no se hubieran producido tu vida sería otra muy diferente.

~~~~~

La novela se sitúa en Manhattan y en un momento político y social muy concreto. ¿Cómo te documentaste? ¿De dónde sacaste la inspiración para contextualizar la novela? ¿Por qué la situaste en Estados Unidos y no en España, un país que conoces mejor?

: Necesité mucha documentación sobre política americana, sistema de elecciones, modo en el que se consiguen fondos para las campañas... También me documenté sobre cómo llegaron a la Casa Blanca un buen número de presidentes, sus comienzos en política, su entorno familiar y social. Sus éxitos, sus fracasos, sus escándalos. Y una vez estudiado todo eso pude formar a nuestro senador candidato demócrata. El motivo de situar la novela en Estados Unidos fue porque todo lo que supone la larga campaña, comenzando por las primarias y después con la propia elección a la presidencia, encajaba perfectamente con la historia que quería contar. La política española no me servía por muchos motivos, algunos muy evidentes (risas).

~~~~~

¿Qué lee Ángeles Ibirika en su tiempo libre? ¿Qué títulos te han marcado como lectora y como escritora? ¿Hay algún libro del que no puedas desprenderte y que te acompañe siempre?

: Leo todo tipo de géneros, pero siempre busco libros que me lleguen muy adentro, aunque me hagan llorar. Me gustaron mucho *Cometas en el cielo* o *Mil soles espléndidos*, de Khaled Hosseini. Este autor escribe historias duras con mucha sensibilidad. Hay dos libros de los que no podría desprenderme, muy diferentes entre sí. Los dos me enseñaron cosas importantes para mi formación como escritora. El primero fue *El penúltimo sueño*, de Ángela Becerra. Con él, además de llorar muchísimo, aprendí que puedo dejarme llevar por la emoción y hacer música con las

palabras sin que por ello tenga que dejar de ser una narrativa ágil. El otro libro es *Seda*, de Alessandro Baricco. Es un libro dulce y precioso que se lee en apenas una hora. Según lo iba leyendo me parecía más el bellísimo boceto de una historia larga que una novela. Al terminarlo entendí que no era necesario contar más, y tampoco hacerlo de otra forma. Este precioso libro me enseñó que, como escritora, puedo hacer lo que quiera con mis historias, que todo y nada está escrito, y que las reglas se crean precisamente para romperlas siempre que hagas algo correcto.

~~~~~

Y ya para terminar, Ángeles, ¿qué les dirías a las lectoras de Booket?

: Lo primero, gracias por acercarte a mí a mi novela *Donde siempre es otoño*. Espero de corazón que te haya gustado, que te haya hecho sentir, sonreír y llorar, y que al llegar al final hayas pensado que ha merecido la pena. Todo esto me hace estar en deuda contigo, y espero pagártela creando otra historia con alma.

Gracias, y un abrazo muy, muy fuerte.

ÁNGELES IBIRIKA



ÁNGELES IBIRIKA nació en Ugao-Miraballes, un pequeño pueblo cercano a Bilbao y vive en el campo en compañía de su esposo, sus dos hijos y sus perros. Siempre ha trabajado rodeada de libros; en una editorial o regentando su propia librería. Hace pocos años resurgió su inquietud por escribir, cambiando las poesías de su juventud por novelas cargadas de sentimientos. La propia Ángeles dice: «Mi gran reto es emocionar y conquistar la complicidad del lector. Conseguir que se sienta tan unido a los personajes que tras meses de haber cerrado el libro se pregunte qué habrá sido de ellos tras superar tantas calamidades».

Es autora de *Entre sueños* (2010), galardonada como Mejor debut romántico en El Rincón Romántico y con el Premio Romántica's como mejor autora revelación española; y *Antes y después de odiarte* (2011), con la que ganó dos premios Dama. *Donde siempre es otoño* es su tercera novela publicada.

Notas

[1] Asambleas. <<

[2] Iowa y Nueva Hampshire: los dos estados en los que se inicia el calendario de primarias, y con fama de alzar vencedores a los que de verdad merecen ser presidentes. *(Nota de la autora)*. <<

[3] Programa de entrevistas. *(Nota de la autora)*. <<

[4] *Bagels*: panes judíos elaborados tradicionalmente de levadura de trigo y que suelen tener forma de donuts. La masa se cuece en agua y después en el horno. (*Nota de la autora*). <<

[5] Mamá, en euskera. (*Nota de la autora*). <<